

Pedro de Lorenzo



LA SOLEDAD EN ARMAS

**Un libro cuarenta años
prohibido por su autor**



Lectulandia

«La soledad en armas» es la novela de la tragedia, no de España; sin de: la tragedia España. Enteramente dialogada, rehúsa las acotaciones. Su lectura iguala en tiempo las horas de la acción. Discurre, esa acción, en Madrid; tarde y noche del 23 de agosto de 1939. Mientras los siete personajes evocan la guerra y sus palabras traen a escena a otro largo centenar de personajes, ignoran que, ese mismo día, en el Kremlin, se firma el pacto ruso-germánico, desencadenante de la II Gran Guerra.

Me he despojado, para «La soledad en armas», de las apoyaturas que me pudieran ser más propias: la descripción, el transporte poético, el gozo del paisaje. He pretendido una obra de forma fiel a su sentido: la tragedia. Vamos acumulando episodios, y cuando nos parece que tenemos suficiente número de episodios acumulados, nos arrojamos a ponerlos en representación mortal... y penúltima.

Lectulandia

Pedro de Lorenzo

La soledad en armas

Novelas del descontento - 4

ePub r1.0

Titivillus 03.09.2019

Título original: *La soledad en armas*
Pedro de Lorenzo, 1980
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

A la memoria de Lorenzo de Lorenzo, militar, muerto en guerra; y de Santiago Morales, campesino.

Y el que lo vio ha dado testimonio, y su testimonio es veraz.

JN. 21, 24

HABLANTES

ALFONSO DE LA MORA. Familiarmente, Alonso.

CATALINA, esposa de Alonso.

BERTA, soltera, falangista.

GABRIEL, poeta lírico, republicano.

ZITA. Por otro nombre, Diana. Esposa de Gabriel.

FRANCISCO JAVIER DE LOS OLMOS, funcionario, católico.

AVELINA, casada con Olmos.

OTROS PERSONAJES

(Por su orden de aparición en las conversaciones)

Don Jesús, don Julio, don Pepete, farmacéuticos. — Eusebio Rodríguez y Bermejo de los Millares, director de Banco. — Profesor Galiano, civilista; su esposa, doña Cristina; Jimena, hija de ambos. — Don Fausto Garmendía, casero. — Don Camilo Peña, padre de Catalina. — Artemio López Lancho, psicoanalista. — Amadeo, músico militar. — Celia, exmonja. — Cándido, hijo del Maestro Lata. — Federico Liaño, poeta. — Enrique, hermano de Berta. — Don Leoncio, médico. — El Militar Retirado. — Juan Ramón Garfias, teniente provisional. — Cruz Regueira, exgobernador. — Eve, hermana de Catalina. — César, marchante. — Los Pachecos. — Doña Dolores. — Mateo Porres, recadero. — Comandante Pina. — Señá Xela, portera; su hijo, huelguista de la construcción. — Juan de Dios, propietario. — Raúl, primo de Alonso. — *El Gorra*, director de periódico. — *La Canónica*, entretenida. — Compañero Leal. — Urbano Bermejo y Nuria Foix, padres de Avelina. — Don Matías, presbítero. — Rebeca. — Triguera, terrateniente. — Blanca, hija del maestro de Santa Eulalia. — Valeriano, pintor de brocha gorda. — Lucas, Montse, Tanito, Elvira, Ángel, niños. — Capitán Martínez. — Meléndez, avalista. — Luis Peña, hermano de Catalina. — Buenaventura, libertario. — Aurelio, tabernero. — Don Cosme, coronel. — Excmo. Sr. D. Ceferino de Bartolomé Velarde y Maese de Maravall Gozalo, gobernador militar de la plaza y provincia de Alcándara. — El niño de Balmaseda. — Eleno, guardia. — Teniente don Ildefonso. — Roberto Nicolás, jefe local de Falange. — Don Ramiro, teósofo. — Don Celes. — Doña Adhelma, madre de Catalina. — Antolín Navarro, alférez estampillado. — Papá Tornero. — Teniente Gómez, del Estado Mayor. — Don Rodrigálvarez, coronel de Artillería. — Lidia. — Sofía. — Tarburúa. — Fuencisla, bordadora de estrellas. — Ovejero Nogales. — Capitán Alférez. — Juan Manuel, bachiller en armas. — Gaytán, topógrafo. — Artiles, coronel. — Santi Castillo, soldado de segunda. — Don Sergio, mosaicos. — Anita López, fusilada. — Lynch, voluntario irlandés...

Y prohombres de la política, el Ejército y la revolución; asesinados y asesinos, violadas, presos, gente del pueblo.

La acción, en Madrid; tarde y noche del 23 de agosto de 1939.

ACTO PRIMERO

1

CATALINA — BERTA — ALFONSO

CATALINA. — ¿Has dormido?

BERTA. — Una cabezadita. Esta casa es muy fresca.

CATALINA. — Da a la sierra; y ahí, aunque no sea mucho, el río.

BERTA. — Queda una como nueva. La siesta; el gazpacho y la siesta: eso es España.

ALFONSO. — ¡La siesta! Son las cuatro y media. ¿Tomamos café?

CATALINA. — Venían a las cinco.

ALFONSO. — Cuatro y media a cinco. Almorzaban con sus parientes. Les dije que los invitaran, que esperábamos a los dos matrimonios.

BERTA. — No conozco a los primos de Gabriel.

CATALINA. — No, ni nosotros.

BERTA. — Pero Gabriel está de pensión. ¿Sabéis las señas?

ALFONSO. — Prado, 14. Paseo del Prado. Teléfono..., eso es lo que no apunté. Total, ¡no tenemos teléfono!

BERTA. — ¿Y si hay que llamarles?

ALFONSO. — El bar de abajo. Se busca. Viene en la guía.

BERTA. — Oye: no pasa un alma. Es asfixiante. ¿Encontrarán taxi?

CATALINA. — O toman metro a Sol y en Mayor el 35. Les deja ahí: cruzar, y a la puerta.

BERTA. — Gabriel, ¡qué apasionado! Es poeta. No porque haga versos; quiero decir, su temperamento, su vida. Me parece bien lo de la licenciatura. No por eso dejará de ser poeta y, en cambio, unos laboratorios le estarían que ni pintado. Los de Alcándara se anquilosaron a la muerte de don Julio, y con la pérdida del hijo de don Pepete.

CATALINA. — ¡Pobre! No llegó a recibir la primera paga. Ya se decía: Alférez provisional, cadáver efectivo.

BERTA. — También, bachilleres de los frentes.

CATALINA. — ¿Molestaron a don Jesús?

BERTA. — La depuración; le separaron del Instituto. Y llevaba sin tacha la auxiliaría. Es lo que pretende Gabriel: sucederle en Química.

ALFONSO. — La gente les considera.

BERTA. — Son católicos de verdad. De los que tu mano derecha no sepa qué da tu mano izquierda.

ALFONSO. — Por eso.

BERTA. — No les pasó nada. Gabriel no ha hecho la guerra: una cosa de taquicardia. Inútil. «Este muchacho anda mal del motor», dijo el comandante médico. Y al final, exento: por falta de perímetro.

ALFONSO. — ¡No dio el pecho!

BERTA. — Se pasó la guerra de revisión en revisión. Me alegré por Diana. Sin hijos. Siempre sola. Y en casa de don Jesús...

ALFONSO. — ¡Tan maniático!

CATALINA. — Es un enfermo.

ALFONSO. — Eso: maniático.

BERTA. — Gabriel sirvió de mucho en la retaguardia; animaba los cuadros artísticos; el teatro de autos y de entremeses: *Los Tarumbas*, que es como la famosa *Barraca*, una *Barraca* de provincias.

ALFONSO. — Lo sé. Cuando tenía que ir de revisión, la víspera no dormía; se pasaba la noche llevando de una a otra pieza, las más distanciadas de la casa...

CATALINA. — ¡La casa de don Jesús! Pues, tiene fondo.

ALFONSO. — Dos maletas enormes cargadas de libros. Por la mañana se presentaba a reconocimiento y, aparte la cara de no haber dormido, el temblor, de las maletas; que se correspondía con la ordenanza de exenciones: fibrilar, levísimo.

CATALINA. — Es un gozo escucharle, porque lo contaba todo, las minucias de su picaresca.

BERTA. — A los Olmos no les he visto nunca.

CATALINA. — Son parientes por parte del tío de Diana.

BERTA. — El 19 de julio Diana estaba en Alcándara. Se iban a ir de veraneo. Diana es de Miño, un pueblito de pescadores, de Galicia. Esperaba el

regreso de don Eusebio, su tío, a quien siempre llamó padre, y que había tenido que acudir a Madrid a una reunión. Cuando les cogió la guerra.

ALFONSO. — Pero don Eusebio murió en Alcándara.

BERTA. — Sí. Nerviosísimo por Diana, consiguió en Madrid un salvoconducto: una credencial, figúrate, ¡de periodista!

ALFONSO. — Se la procuraría Olmos.

BERTA. — Seguro. Y tiró para Alcándara con una expedición que se estrelló en las lindes de la provincia. Le cazaron como a tantos otros. Herido, lo trasladaron al hospital.

ALFONSO. — Ya.

BERTA. — Diana y Gabriel se casaron, rápidamente. En dos tiempos: civil, que era lo inmediato; y con dispensa, por la Iglesia. ¡Si hubieran tenido hijos!

CATALINA. — Don Jesús habría sido feliz.

ALFONSO. — Y don Jesús, ¿no se casa?

BERTA. — ¿Dónde va ya?

ALFONSO. — No es tan viejo.

BERTA. — ¡Ay, el egoísmo del solterón...!

CATALINA. — ¿Qué hace ahí esa maleta?

ALFONSO. — Ahora me la llevo. La volví a encontrar en el despacho. Es maleta recuperada. Me acerqué al bufete un día y levanté yo mismo los precintos. Un amigo suyo, en la guerra, un situado, mandó que precintaran el protocolo de Galiano. Lo han respetado. Como lo dejé aquel otro agosto, hace tres años.

BERTA. — Y ésa, tu maleta.

ALFONSO. — Yo dormí algunas noches en aquel piso. Buen refugio; no me equivoqué. Eché el pijama, las cosas de aseo a la maleta. Y he visto que iba guardando periódicos, papeles. Una mañana, apenas entrar tocaron el timbre. Era un viejo cliente; le emocionó encontrarme. Le había llevado yo, de manera muy personal, un pleito. No se ha fallado aún ese pleito. Y... he empezado a cobrarlo: esta casa.

CATALINA. — ¡Sí! Esta casa, ya ves, reciente y amueblada, nos la proporcionó..., Alonso, ¿cómo se llama?

ALFONSO. — Un cliente. Don Fausto. Y me traje la maleta. Hoy, es cosa de volver a ver. Los periódicos, por ejemplo: 14 de julio. Les he dado la hora de siesta. Periódicos; una agenda, quizá patética; apuntes que entonces comprometían; la carta, única, de ésta; una carta que vino con el último correo de Alcándara.

CATALINA. — Fue mi padre, de noche, a la estación. La puso en el buzón del tren. Yo aguardaba despierta su regreso. «Ya está». Y como en un aparte: «Debería venirse. He visto a la gente muy soliviantada. Estuve a punto de abrir y decírselo. Llevaba sellos. Puse: Urgente. Es lo que se me ocurrió. Yo que vosotros, estos días los pasaba juntos». ¡Padre! ¡Si tenía razón!

BERTA. — ¿Has sabido algo nuevo?

CATALINA. — Sigue. Le pedían pena de muerte. Se defendió. Él solito. Le salieron seis años.

BERTA. — ¡Nada! Este verano, y a la calle.

LOS MISMOS — GABRIEL — OLMOS — ZITA — AVELINA

ALFONSO. — Es una fecha imborrable. Entonces, él me dijo:

—Mire, miércoles; hoy, 15 de julio, miércoles. Mis vacaciones empiezan mañana, y no tengo billete. ¡Me voy!

—También se van los míos.

—No le oculto que me atrae conocer su tierra.

—La conoce.

—Digo conocer. Hice un alto allí. No la he andado. De momento, salgo para el norte.

—Los míos, pasado mañana, en Delicias. Y yo le digo: no sé si nos volveremos a ver.

—Sigue ofuscado por lo de Sotelo.

—Eso tumba al Gobierno.

—¡Qué tontería! Atentados, magnicidios incluso, los ha habido siempre. En todo país.

—Y caían los gobiernos.

—No.

—Esto puede acabar con el Régimen.

Y en los silencios de esa despedida de mi inquilino, o realquilado, recordaba yo una conversación, meses atrás, a mi regreso de La Mota, cuando en Calatravas, calle de las Calatravas, me encontré con un músico del Regimiento, amigo el músico y que, mirando la marcha de la política, concluía: «No, esto ya no».

GABRIEL. — Era... ¡Verás, hombre! Un músico republicano.

ALFONSO. — Sí. Ése. Y me advertía, sin necesidad de más palabras, que antes que republicano, militar. Y antes que músico, militar: las cosas no

funcionaban. Sólo mucho más tarde comprendí que...

GABRIEL. — ¡Amadeo! Se llamaba Amadeo.

ALFONSO. — El mismo. Y en su elementalidad representaba la voz del Ejército.

OLMOS. — Usted, ¿había estado en La Mota?

ALFONSO. — Ida y vuelta, el 16 de febrero. Me pareció decisivo en aquellas elecciones el voto de la amnistía.

OLMOS. — No se equivocaba usted.

ALFONSO. — ¿De usted? O camaradas todos...

GABRIEL. — La mayoría somos familia. ¡Sí! Los que estamos aquí, todos unos a otros nos debemos la vida.

ALFONSO. — Decía que, como las elecciones no me apasionaron, del 14 de abril acá, observo.

BERTA. — En las del 33 influyó el voto femenino. Hasta las monjas. Celia, o la Concha, la del notario, antes que Concha monja, se acaloraba en La Mota vísperas de la elección: votaba contra. Pero ¡qué curioso!, a los históricos de la República: el partido radical.

ALFONSO. — Lo que yo veía es que la bandera de perdón a los republicanos republicanos, los encarcelados de la República, acrecentarían la fuerza de la izquierda. Mis discusiones con el inquilino eran de risa.

OLMOS. — ¿Hombre de la situación?

ALFONSO. — Médico. Los médicos y los maestros estaban con la República. No los militares en su totalidad. No, ningún cura. Las fuerzas se dividían.

OLMOS. — También se hallan divididas en el mundo.

ALFONSO. — No es lo mismo. El mundo respeta los resultados de sus elecciones. ¿España? Vino la República, año 31: el 32 se alzaba Sanjurjo; Sanjurjo con los monárquicos y la remonta de Madrid. Ganó la derecha el 33, noviembre del 33: antes de un año, en octubre, los republicanos, los más-que-republicanos, desacataban, y acudían a las armas contra la facción vencedora. En febrero del 36, tomaba el poder la izquierda: se presumía consecuente un levantamiento de la derecha.

GABRIEL. — Ése, ése es el asunto. Si no me conviene, las elecciones no valen.

BERTA. — El mejor destino de las urnas es el de ser rotas.

OLMOS. — Fueron los asesinatos. El doce, la noche del doce, y bueno la madrugada del doce al trece. Una tensión doble, extrema.

ALFONSO. — Es lo que no entendía el realquilado. Yo sentí que vivíamos como la semana de prueba de la República. Ño me podía mover de Madrid, y aguardaba impaciente el que la familia partiera de vacaciones. Alejarla, en el instante decisivo. Pero ¿que el Gobierno caía? Eso, para mí, sin la menor duda.

CATALINA. — ¡Pena de Artemio!

ALFONSO. — El realquilado. Se llamaba Artemio.

GABRIEL. — ¡Claro! López Lancho. Artemio López Lancho. Murió.

CATALINA. — Le pilló la guerra en Alcándara.

GABRIEL. — El domingo, 19 de julio, estuvo con tu padre, en casa.

ALFONSO. — Nos engañó. Dijo que salía para el norte.

CATALINA. — Cambió de idea.

GABRIEL. — Pues, en casa. Había buscado a tu padre y se presentaron en casa. No volví a verle hasta que le trajeron al Salón de Recreo, el casino de señores, habilitado para hospital.

CATALINA. — No me encontré con él.

GABRIEL. — Le habían herido en Griñón. Consiguió que lo trasladaran al hospital de Alcándara. Y le tratamos mucho tu padre y yo. La conversación era siempre Alonso.

CATALINA. — ¿Mi padre? Se hallaba detenido...

GABRIEL. — Entre detención y detención. Le detuvieron a final de septiembre y le soltaron. A López Lancho le animó a enrolarse Cándido, el hijo del Maestro Lata.

BERTA. — Uno de la Legión; que había sido de la Legión. ¿No te acuerdas de Modesto Lata? Su hijo, Cándido. Iba para periodista. Murió en el primer envite a Madrid. Los mejores desaparecían, rápidamente.

GABRIEL. — Liaño, poeta, Federico Liaño, ¡encanto de criatura!

BERTA. — ¡Aquel domingo, 19 de julio, en Alcándara! Se reunía el partido comunista, que andaban perseguidos del gobernador, y mi hermano Enrique, en persona, les llevaba la legalización, orden de Madrid. Tu padre estaba invitado. Ya sabes cómo le quería Enrique.

GABRIEL. — ¡Y yo! Me planté en aquel garaje donde se reunían. Con el padre de Catalina. Garaje, no; era un salón como de baile, bajo, y se pasaba a un corralito con una parra en medio. El garaje quedaba enfrente, de chaflán. Y allí es donde asomaron, al disolverse la asamblea, los guardias, los romanones que nos protegían o nos vigilaban. Los mandó el gobernador civil al echarse las tropas a la calle.

BERTA. — No volví a ver a Enrique desde las elecciones. O quizá marzo. Sé que el 19 de julio acordaron la huelga. ¿Y qué podían hacer?

ZITA. — Hacer, hacer... Un grupo, o sea, en la carretera, asaltaron el coche de don Leoncio, el médico, y siguieron a la otra provincia. Algunos se fueron para la cárcel; tomaron una camioneta y se encerraron ellos solos, en aquella estrechez de calle. Llevaban un revólver para todos. ¡A morir! Como el tío, ¡bendito!

GABRIEL. — ¡Zita! Mira, y entonces don Camilo, acabábamos de almorzar y se llegó a casa con el desconocido: Artemio; ése era el acompañante y desconocido... Pensaba don Camilo en sus hijos, Madrid... Mi hermano, como siempre: el sufrimiento en el silencio; se le saltaban las lágrimas. Y yo dije:

—¡Don Camilo! Conspiraremos. Traeremos la III República.

CATALINA. — Su temor era Gil Robles. Le aterraba una dictadura clerical.

GABRIEL. — Salió muy confortado. Luego supe que, a la puerta, se tropezó con el general, ya sabes que en el fondo se querían, y tuvo sus arrogancias de vecino, tu padre. Continuó algún tiempo juez de Alcándara.

CATALINA. — Sí, pero los muertos... Él no consentía: cada noche uno, ¡uno!, cientos de muertos en la cuneta... Hasta que lo destituyeron.

AVELINA. — ¡Dios, qué tierra!

3

TODOS

CATALINA. — Es café café. Lo ha traído Berta. ¿Qué vais a beber?

GABRIEL. — ¿Qué nos ofreces?

CATALINA. — ¡Todo, hombre! Coñac, ron, anís..., todo.

OLMOS. — Lo admito, es una aberración...: yo, cerveza.

GABRIEL. — El café, lo tomaría helado: dos tazas en un vaso, ¿tenéis hielo?, con agua.

ALFONSO. — También, pero no el café: después del café, ron y hielo. Hay. Lo subieron del bar.

AVELINA. — ¡Qué cacharro tan precioso!

CATALINA. — Viejísimo, ya se ve. Ahora, conserva el hielo de maravilla.

AVELINA. — Esto... Es de un valor incalculable.

CATALINA. — ¡Pchs! Estaba en la casa.

AVELINA. — Nosotros, la cerveza la refrescamos en el pozo; a mediodía cargo de botellitas la cesta y la descuelgo al pozo, en el patio.

CATALINA. — Me agrada el jerez. Sólo que, a estas horas... BERTA. — ¿No había zarza?

CATALINA. — Ya lo creo. La trajimos de La Mota. Sí, me apunto: zarza, hielo y sifón. Y queda alguna gaseosa, de bolindre, no muy fría.

AVELINA. — ¡No! Eso del refresco de zarzaparrilla.

BERTA. — Zarzaparrilla todas.

CATALINA. — Aquí hay cigarros. Son portugueses.

ALFONSO. — Charutos. Suavísimos. Y en homenaje a Zita, cigarrillos *Diana*.

ZITA. — ¡Majadero! Ahí lo ves: Diana, Diana... Que me quedé con Diana.

AVELINA. — Me chifla esta casa. Y hoy, lo que es hoy, conseguir una casa...

ALFONSO. — Sencilísimo. Yo estaba en el viejo despacho. Iba todas las tardes, solo. Pasaba las mañanas con el general y me dejaban la tarde. Acudía al despacho; me ponía a revisar papeles.

OLMOS. — Galiano, don Joaquín, no ha vuelto, ¿verdad?

ALFONSO. — No. No sé de él hace mucho. De cuando en cuando recuerdo, y siento ansiedad... Pues, se presentó un cliente. Buscaba no al profesor Galiano; buscaba mis estrellas: una recomendación para su pleito; inacabable: la invasión de unas fincas en Guadalajara. Quería que yo le defendiera.

—¡Si no estoy de alta! Vengo por aquí, a recoger papeles.

—No importa —decía—, yo corro con el alta, y usted me defiende.

Me hacía regalos. En mi cumpleaños, ¿y cómo lo sabría?:

—No voy a esperar al santo, enero: San Ildefonso, 23 de enero; el año que viene, usted verá...

Me visitaba en el hotel. La antigua casa, la de las vistas al campo, desapareció; la arrasó un bombardeo. Desde la entrada, me instalé con el general, y aunque luego el general aceptó el palacete de Serrano, yo seguía de hotel, en comisión de servicios.

CATALINA. — ¡Aquí vengo!... Berta: ¿y si nos sentáramos al fondo, aquel rincón? Así, éstos pueden hablar de sus cosas, sus tras-cen-den-ta-les cosas.

OLMOS. — Medio Madrid, deshecho. Y, bueno la gente no para: ¡todos a Madrid!

GABRIEL. — Entonces, ¿esta casa?

ALFONSO. — De Garmendía, don Fausto Garmendía, el cliente de que os hablaba. Compró la manzana entera y amuebló algún piso. Ni contrato ni nada. Estoy lo que se dice en precario.

OLMOS. — ¡Hombre!

ALFONSO. — Sí. ¿Y si pierde el pleito de Guadalajara?

OLMOS. — Tampoco te va a desahuciar..., no. Un señor así es un caballero.

ALFONSO. — Lo es. Visitamos la otra noche su casa. Ya os contará Catalina. Vive en plaza de la Independencia. Una sesión de la *belle époque*. Jóvenes invitados, al piano, y soltera, ya mayorcita, la hija de Garmendía aria

tras aria... Los cuadros; no digo biblioteca, los armarios de libros, siglo XIX. Catalina es que no salía de su asombro.

GABRIEL. — Ahora que se han retirado y, por lo que veo, lo pasan divertidísimas; ¿qué sabes de Galiano? Y...

ALFONSO. — Partió el 2 de julio. Cuando Martínez Barrio formó aquel gobierno, de horas, que ni llegaron a tomar posesión, tuve la esperanza de que apareciera don Joaquín. Yo iba, mediado el verano, con la carpeta de despacho. El otro año, por ejemplo, el anterior a la guerra, llegué al María Cristina acatarradísimo.

—Métase en el baño. Muy caliente. Se toma un ponche en seguida, ¡y a otra cosa!

San Sebastián es Europa. Sí que don Joaquín me prevenía:

—En invierno, una ciudad levítica.

No se llevó a la familia, en el 36. Su hija; no tenía más familia. La esposa, doña Cristina, le acompañó a Santander: a un curso internacional. Les atrapó la guerra en Santander. Y se trasladaron por mar a Francia.

GABRIEL. — Jimena... No nos oyen. Estás felicísimas con su zarza; hablan todas a un tiempo.

ALFONSO. — La reclamó. Alguien de muchas campanillas protegió el despacho de Galiano; lo precintaron, y yo entendí que mi función había concluido. Salvaba el protocolo: dos mil asuntos, sus personas, señas, posesiones. ¿Os dais cuenta? Un archivo como ése en manos de unos desnaturalizados... Y me quedé solo. Hasta que pude pasarme. Jimena, nos vimos en Alcándara; había entrado en zona nacional y gestionaba el regreso de su padre. Conoció a Berta en Salamanca. Se me presentó en el cuartel.

BERTA. —... ¿Me hacéis sitio? ¿O conspiráis? ¡Hablabais con tales precauciones!

GABRIEL. — Jimena...

ALFONSO. — Les contaba la peripecia de Galiano y tu encuentro con Jimena en Salamanca.

BERTA. — ¡Ave María! Podíais también ocuparos de otras cosas... ¡En fin! Me la llevo.

GABRIEL. — ¡Berta! Es fabulosa, Berta.

ALFONSO. — Yo confesé mis relaciones de guerra con Jimena: Catalina comprendió. Lo fatal es que un día, limpiando ese cuadrito, donde escondí una carta, vio que Jimena me visitaba, yo detenido, y eso no se lo había dicho. No perdona. Gracias a Berta...

GABRIEL. — Una bendición de Dios.

ALFONSO. — Se la ha traído Berta. Ha aprovechado que abrimos casa, y la ha traído. Porque se negaba a volver.

OLMOS. — Las mujeres... ¡Si yo, bueno os contara!

ZITA. —... ¡Vaya biblioteca!

ALFONSO. — Es del casero. Nos alquiló el piso amueblado. OLMOS. — ¡Lástima de libros! Mira; hay un teniente, uno que se pavonea de haber entrado el primero en Madrid, Garfias, se llama Garfias, Juan Ramón Garfias... Pues ése, asaltó la casa de Cruz Regueira, el periodista gobernador.

ALFONSO. — ¡Bah! Gobernador... Un hombre de derechas. Republicano de los del 14 de abril. Estuvo en Cádiz. Y escribía: «La perla del Mediterráneo». Ya me diréis lo que manejó —¡ni enterarse!— la plaza y provincia a su cargo.

OLMOS. — El teniente Garfias fue mandando echar a un camión los libros, ¡por miles!, la biblioteca espléndida del exgobernador. ¡Requisaba!

ALFONSO. — Pensaría que Regueira ha muerto, o que lo mataran, y...

OLMOS. — Sólo que vive. Aguanta: no se le ocurriría reclamar; saber, ya sabe quién es el del expolio. ¡Bandidaje!

GABRIEL. — Galiano —se dijo eso—, ¿es masón?

ALFONSO. — *¿Quién es masón? / El que va por delante en el escalafón...* No. Pertenece al club de los rotarios.

OLMOS. — Pues, lo mismo.

ALFONSO. — Yo no estoy en que los rotarios sean masones masones.

OLMOS. — Si vuelve, doce años y un día.

ALFONSO. — ¡Ah, no lo dudo! A don Camilo, a mi suegro, le dieron la lata: «¿Es usted masón?». Seis años. Pedían la pena capital; modificó el auditor, y de veinte para arriba, sí...

CATALINA. —... Os lo ha dicho Alonso. ¡Nada! Nuestro nuestro, ese cuadrito.

ALFONSO. — La guerra toda, en la maleta; lo acabo de enmarcar. En la maleta siempre, de puesto a puesto. Una joya. Lo pintó Eve. Muchos años antes, pero me lo dio al marchar ellos a París, recién principiada la tragedia. Es cuanto he podido conservar... *La soledad en armas*, lo tituló Eve; y lo es. Esa otra maleta, la reencontré en el viejo despacho, esos papeles; me la traje. La primera noche que vine a dormir aquí. Oía las campanas, miraba las ruinas de la ermita. Virgen del Puerto, de mi tierra; era el 14, vísperas de la Asunción. Y di en la maleta con una agenda de bolsillo, 1936. Voy a ir

nombre a nombre revisando esa agenda. ¡Tanto desaparecido! Voy a poner una cruz a cada nombre muerto o desaparecido.

GABRIEL. — ¡Cruces en una agenda! ¡Fantástico! Un rótulo para la elegía de España.

OLMOS. — ¡Chist!

SÓLO HOMBRES

OLMOS. — ¡Dices el 17! El 16, y no que alardee de memoria, aunque cosas como éstas no se olvidan; es que era el día del Carmen, la fiesta del barrio, la verbena. Hablo, bueno, de la otra: ¡que fue una verbena! Los funerales de la democracia: ese reto de Gil Robles en el Congreso.

GABRIEL. — ¿Funcionaba el Congreso?

OLMOS. — La Permanente. Y duró toda la mañana. Al salir de la sesión, Gil Robles y los demás, los líderes de la derecha, abandonaron Madrid.

ALFONSO. — No hacía más que reunirse el Gobierno. En Oriente. El Gobierno temía la revolución; no la cuartelada.

OLMOS. — Y le tocó: la revolución en Madrid; en provincias, el pronunciamiento.

ALFONSO. — El 17.

OLMOS. — Venía ya desde los funerales: los dos entierros: el del teniente Castillo y el de Sotelo. Casares era un optimista.

GABRIEL. — Tenía el optimismo de los tísicos. ¿Habéis reparado? Con Casares, tísico, empezó la guerra. La remató otro tísico: Besteiro.

OLMOS. — Hay tísicos y tísicos. No compararía yo Casares a Besteiro.

GABRIEL. — Digo el optimismo. A Casares le preguntaban por el levantamiento: «¿Que se levantan los militares? ¡Que se levanten! Yo me voy a acostar ahora mismo».

OLMOS. — Sí. Pero el Gobierno no hacía más que reunirse. Por la mañana. Por la tarde. Y no soltaban prenda.

ALFONSO. — Con el aquel de las vacaciones, ni me enteraba.

OLMOS. — Pues, Madrid hervía.

ALFONSO. — Me refiero al 17, el viernes. Aquella noche tomaban el tren Catalina y los niños. Yo iría el primero de agosto. Esas dos semanas me atendería la portera: nada, hacer el cuarto y una comida muy elemental. No habíamos lo que se dice veraneado, nunca. El huésped, la academia de Catalina, la pasantía, nos iban arreglando: ¡un año feliz!

OLMOS. — ¡Canastos! ¡Y qué año!

ALFONSO. — ¡Podíamos veranear! Don Joaquín me hablaba de un hotelito de tercera, bien, próximo a Buen Pastor... Pero yo me acerqué en febrero, las elecciones de febrero, a la tierra; soñaba con volver: ¡todos a Mota del Ángel! Y de señor...

GABRIEL. — En Alcándara no se conocía el veraneo. Alguno se permitía San Sebastián; pocos más, el balneario de los Castañares, en la provincia. Nosotros, ni nos movíamos; tiene razón Alonso.

ALFONSO. — Pasé un rato inolvidable; los niños exaltadísimos, la medianoche, la estación: Delicias; les estoy viendo en el andén: la farola del medio; el mixto, que entraba. Las locomotoras de maniobra. Y una luna roja inmensa. Con su media lengua, ¿pero de dónde se los sacarían?, echaban versos a la luna; los niños, trozos de canción... Cuando partieron, me quedé feliz y muy triste. Tomé el tranvía hasta Recoletos.

OLMOS. — A esa hora, habría ya noticias en muchos mentideros, y por la radio...

GABRIEL. — Alcándara, los primeros rumores llegaron el 18.

ALFONSO. — Sí, yo el 17, la noche del 17 al 18, recalé, solo, en la terraza de *Gran Café*. ¡Si les encontrara! Aquel contertulio del 21 de junio, domingo. O el dibujante que, ¿para dónde tiraría? No sé si os he hablado de esa cabeza. Se la llevó Catalina. Le hechizaba. Hasta que paré un taxi, uno de los últimos viejísimos taxis que todavía he visto en Madrid: esos cupés de pescante y dos plazas: ¡a casa!

GABRIEL. — ¡Cómo te aguardaban!, Catalina, don Camilo... En Alcándara.

ALFONSO. — Yo iba en agosto; habíamos apalabrado una casa para agosto. En La Mota, muy cerca de La Quintana, la quebrada de aquellos energúmenos, los Pachecos... Que por cierto, lo pasaron fatal.

GABRIEL. — La catástrofe, que los dispersó. Unos bastardos, sí; pero, si llegan a estar en La Mota...

ALFONSO. — La Mota, como si no hubiera guerra.

GABRIEL. — Porque no estaban los Pachecos.

ALFONSO. — ¡Hombre! Os voy a contar un caso. Y de consecuencias que podrían incluso haber sido feroces. Trabajaba yo en el bufete; ordenaba asuntos, para septiembre. Al recadero, uno de los tipos más peligrosos y sé bien lo que me digo, le había echado Galiano. Tampoco era para eso. El jefe notó que le faltaban cigarros. Me habló. Sospechaba de Porres, Mateo Porres, el recadero. Entonces, dejó en la mesa unos duros. Encontró al otro día el dinero, intacto. Volvió a dejar aquella noche una pequeña cantidad. Nadie tocaba las monedas. Insistió. A Galiano le divertían esas niñadas. Las narraba con regocijo y su punta de expectación. Por la tercera vez, de modo ostensible, puso diez duros en la mesita del tresillo de la antesala. A la mañana siguiente, contó: ¡doce! Doce duros. ¡Caray!

Llamó al recadero:

—Oye; dejé aquí diez duros y resulta que hay doce.

—Es que yo también quería probarle a usted.

Montó en cólera Galiano. Le despidió.

OLMOS. — Pero ¡qué cosas! Si es graciosísimo...

ALFONSO. — Y el 18 había yo tomado al despacho después de almorzar. Al paso de la antesala, a la vista del tresillo, sonreí; me enredaba en esos recuerdos de la inocencia cruel. Antes de ponerme a la tarea, sonó el timbre. Tuve que abrir la puerta.

—¡Caramba!

Era César. Jamás había estado César en el bufete:

—¿Pasa algo? ¿Eve?

—Vengo de tu casa. Me han dicho que se ha ido Catalina, de vacaciones.

—Anoche, sí, en el tren de anoche. Yo voy el uno de agosto.

—¿Sabes algo de África?

—¿África?

—Se ha sublevado el Ejército, en África. No andes por ahí. Métete en casa y espera.

—¿Yo? ¿Qué tengo yo que temer?

—Galiano. Quizá no le falten enemigos. Todos, en excepciones como ésta, debemos temer. Nosotros pensamos largarnos. Nadie sabe cómo puede acabar un alzamiento.

No me invitó a quedarme con ellos. O a irme, y se iban. Ni aun cuando le acompañé al estudio de Eve.

GABRIEL. — Acuarelista *prmissima*. ¿Tú no conoces las pinturas de Eve? Hermana de Catalina.

OLMOS. — No.

GABRIEL. — Primorosas. La acuarela, se la tiene por arte menor; y no es eso.

ALFONSO. — Hacía mucho que me firmó un cuadrito: un cromo. Ése... Ahí, se fue al óleo.

OLMOS. — Muy lindo.

GABRIEL. — Triste. Y aun hermoso, de no ser, como lo que pretendería, apenas un bosquejo. Lo suyo es la acuarela. Digo bosquejo por el tamaño, no su realización: ese hombre desvalido y alerta...

ALFONSO. — Una escena que después he vivido, hondamente. Es el muchacho en la soledad, las alambradas que le amenazan. Para mí, más atenazan que defienden. Los verdes, y el fondo de paisaje, tan sabiamente dispuestos. Es tierno y cruel.

GABRIEL. — Como la guerra.

ALFONSO. — No había entonces guerra. Me lo tenía prometido. De años. Le complacía que me agradase. Nos separábamos. Me lo llevé.

—Le entona un marquito oro viejo. Si nos dejan, lo enmarco.

—Va mejor así. Me sobrecoge esa pintura, la sugerencia de esa pintura. El hombre en armas, solo. ¿De qué lado caerá?

Subí de Sol a Mayor, a la parada del tranvía, entre corros de noticias: «Los regulares y los legionarios han cruzado el Estrecho».

OLMOS. — No. Todavía no.

ALFONSO. — Se decía, aquella noche. Y se decía que los moros pasaban a cuchillo a los obreros, y que a formar cuerpos de milicianos. Alarmado y feliz, llegué a casa. Coloqué el cuadrito mimosamente, a la espera del marco. Sí. Acompañaba. ¡Eve, Eve! Pues que es una artista... Media vida aferrados a nuestras convicciones y, de repente, la revelación.

GABRIEL. — ¡Que si es artista! Y además: César le ha venido bien.

ALFONSO. — Yo, eso... En cuanto cené, cerré las ventanas y traté de conectar la radio: la galena; siempre conmigo. Si no fuera los gastos del veraneo, me compraba un receptor. No había yo vivido la sanjurjada.

OLMOS. — Esto era inédito. Nunca se rebelaron, bueno los ejércitos coloniales. Hubo un amago, en la dictadura: Goded.

ALFONSO. — No, no. Por César, y por los incidentes de los últimos días, presentí que se trataba de algo serio, muy duro y general. Quizá algo atroz.

OLMOS. — Nosotros nos asomamos a la verbena. Apenas gente en la calle. Ningún conocido, gente de bien. Ni en el barrio. Se caminaba, no se andaba. Nos mirábamos unos a otros de reajo. Me tropecé a un periodista, vecino, de

la redacción de enfrente; me dijo que venía del Congreso: y que la *Ceda* no se unía a los militares, rumor de pasillos.

ALFONSO. — ¿Sí? Pues yo no cazaba nada en la galena. Me iba al dormitorio, y el teléfono. César:

—Esta tarde se ha reunido en el Congreso la ejecutiva socialista. Que todos los diputados salgan para sus provincias. Y que al menor conato declaren la huelga. Y... —bajando la voz, ahuecándola— esto es grave, esto es sumamente grave, querido: que se repartan armas a las organizaciones.

OLMOS. — Prieto dio la noticia a los periodistas:

—Ha sido interceptado un radiograma de África. Las tropas de Marruecos se han sublevado. Melilla está en poder de los rebeldes.

Y auguró:

—Todo dependerá de la actitud de un determinado jefe; si asume el mando de la subversión, ¡malo!

GABRIEL. — ¡Franco!

ALFONSO. — Franco.

LOS MISMOS — BERTA

BERTA. — Pero ¡qué calladitos! ¿Otra taza? No es de lo mejor: portugués.

GABRIEL. — Riquísimo, Berta. Sí que me tomo otro café.

OLMOS. — Sin moverte de casa, aquellos días... Insufrible. El asesinato de Sotelo fue la gota de agua; lo que decidió el alzamiento. Y yo tengo, bueno la versión Prieto: la dio en *El Socialista* el mismo que ejecutó a Sotelo.

GABRIEL. — ¡Qué error! Me pongo en el caso de Prieto.

OLMOS. — ¡Ah! No le conocéis...

BERTA. — ¡Pche! Yo estaba en Canarias; seguía a Enrique: le vieron por las islas menores; unos cultivos de henequén. Y me cogió en Tenerife; no digo sorprendió: el golpe lo aguardábamos desde abril. «¿A qué espera el general?»: ésa era la pregunta.

ALFONSO. — ¿Qué te llevó a Falange, Berta?

BERTA. — Pues, mira: un ideal muy concreto. Mi casa, es lógico, vivía en la derecha. La muerte de mi padre me hizo revisar críticamente a esa derecha. La izquierda me horrorizaba: todo lo de Enrique me horrorizaba. ¡No me iba a inscribir en la *Fai*! Falange, una ilusión azul: la España faldicorta alegre.

ALFONSO. — Tú eres una mujer responsable, Berta: la Falange es los curas.

BERTA. — ¡No digas eso! Eso, tu general; los reaccionarios como tu general. Yo suspiraba por una España superadora de la derecha y de la izquierda, una sociedad que pusiera fin a la tragedia de España.

ALFONSO. — Dices, la tragedia de España: *de*. ¡Ingenua! España es la tragedia misma. La tragedia *España*. Vamos acumulando episodios. Y cuando

creemos acumulados suficiente número de episodios, los sacamos a representación mortal y... penúltima.

BERTA. — Quizá. Enrique se había vuelto a la península. Mi búsqueda me obligó a romper el incógnito. Yo era secretaria de la Falange de Alcándara. Recurrí a los camaradas de Tenerife. Pero, estábamos en lo de Calvo Sotelo y el alzamiento: no tiene que ver lo uno con lo otro.

OLMOS. — ¡Qué dices! Sin lo de Sotelo, no hay alzamiento.

BERTA. — ¡Hombre! No es que yo fuera enlace; me hallaba cerca del enlace de militares y falangistas. Todos a la expectativa, la decisión final, Franco. El 13 de julio, a mediodía Tenerife ignoraba la muerte de Calvo Sotelo. Terminaban las maniobras y la guarnición se reunió en Las Raíces, el monte Las Raíces.

ALFONSO. — Llevaba ya días la misión del *Dragon Rapid*.

OLMOS. — Eso fue una aventura.

BERTA. — Déjate. ¡Aventura! El avión partió de Inglaterra el 5 de julio. ¿Oyes?: el día 5. Y aterrizó en Francia, Portugal, África. Mi ilusión, regresar en el *Rapid*. Me presentaron a un diplomático gentilísimo. Se pasaba las manos, suave, por las solapas. Hablaba muy bien. Cultísimo. Sangróniz: eso es. Yo para los adentros, sonreía: Este señor, si un día viste deportivo, americana sin solapas, no sé qué va a hacer de sus manos.

OLMOS. — Sangróniz... ¿El marqués de Desio?

BERTA. — No había entonces marqueses. Se expresaba con medias palabras. Manifestaba simpatía atentísimo por nosotros.

GABRIEL. — Como que había subvencionado una revista de las *Jons*. Y Foxá... ¡Pero, qué gracia! Foxá decía, ¿qué decía...? Sí, de Queipo: «El emirato de Queipo». Y Sangróniz: «El sangronizato de Salamanca».

BERTA. — Foxá es un deslenguado.

GABRIEL. — Sangróniz me recuerda a otro marqués, *el señor de Norpois*, de Proust.

BERTA. — En resumen: que sólo descubriéndome, conseguiría la vuelta. Y Enrique, mientras, por Alcándara. ¡Ya es perra suerte!

GABRIEL. — Le vi.

BERTA. — Se respiraba ese clima. Ibas a un café, un sótano. Y las mismas palabras, *Café*, era el saludo: Camaradás-Arriba-Falange-Española. En las maniobras de Marruecos los oficiales cantaban *Café*, ante la ignorancia, suspicaz, del Alto Comisario. Y Franco... Fíjate que montó vestido no de

militar. En el vuelo de Casablanca a Tetuán, abrió el maletín y se cambió de ropa... ¡Hasta ahora!

ALFONSO. — ¡Él maletín, el maletín! Os detallaré la importancia del maletín en los pronunciamientos. Luego, cuando Berta vuelva.

GABRIEL. — Se portó muy bien Berta. ¡Angelote de Alcándara!

OLMOS. — El 18 de julio nadie sabía de verdad nada. Prieto, Prieto el mismísimo, decía cómo por la mañana se interceptó aquel radio firmado en Tenerife.

ALFONSO. — ¡Qué jaleos! Yo al tirarme de la cama, y desperté muy temprano, inquieto, oí la nota del Gobierno en Unión Radio: la sublevación de África. Bajé al quiosco; venía ya en la prensa. Vi hacia la Puerta del Ángel masas de gente. Entré en un bar. Iba sin afeitarme, sin corbata. La mala cara, la noche apenas dormida, me debían de favorecer. Hablaban conmigo sin recelo. Al volver para casa, advertí en el puente los primeros paisanos con fusiles.

OLMOS. — Se temía la marcha sobre Madrid: los regimientos acantonados río afuera.

BERTA. — ¡Ay, no os dejo! ¿Más café? ¿No? Me llevo las tazas. Y ¿qué decís de la mañana? Franco lanzó su manifiesto a las cinco de la mañana. Esa noche, tampoco dormí.

ALFONSO. — Nadie. Yo no hacía nada. Poner la radio. El profesor tenía una radio magnífica; a veces, oía música y trabajaba. Un aparato alemán. Espléndido. La radio no daba más que proclamas, citaciones, amenazas. Aguanté hasta «La Palabra», el boletín de las dos: el Gobierno prevenía de que Radio Ceuta trataba de hacerse pasar por Radio Sevilla.

OLMOS. — ¡Cómo podrá uno acordarse! ¡Aquello, lo único esperanzador del día! Porque Casares ordenó que se entregaran los cerrojos de cuarenta mil o cincuenta mil fusiles de la Montaña. El coronel se negó. Lo menos seis camiones ya dispuestos. Sería como las tres de la tarde.

ALFONSO. — A esa hora estaba yo en Sol. ¡Cuidado que fue un verano! Se derretía el asfalto: 40 grados. Más. Y todo lleno: los tranvías, la calle. Delante de Gobernación, muchos de Asalto; y paisanos y paisanos en la acera. Entré en *Barflor*; pedí un bocadillo. Me reconoció el camarero: se acordaba de noches atrás, que hubo un crimen, de madrugada, y yo venía de *Gran Café* con aquel novelista —y ¿de qué lado intervendría?—, Pedro de Lorenzo...

GABRIEL. — ¿No es de la tierra? Me suena...

ALFONSO. — Extremeño hasta la médula. El camarero me aconsejó: «No siga. Se han sublevado el cuartel de la Montaña, el campamento de Carabanchel... Y así, igual no llega a casa». Me senté. Se estaba relativamente fresco. De pronto, las calles quedaron desiertas. «Ya verá —me dijo—, cuando termine el trabajo, luego, a la tarde...». Se mezclaban los rumores. Y allí, las cinco, las seis; me llevé *Claridad*, de Largo Caballero, único que se saltó la censura, con mucha información del alzamiento. *Barflor* tenía un altavoz poderoso; sentí no quedarme.

OLMOS. — A las diez hablaba Pasionaria. Los periodistas abarrotaban el viejo centro de Teléfonos. Ya los verías.

ALFONSO. — No. Me agarré a la galena y fui hilvanando algún que otro detalle: que a media tarde hubo consejo de ministros; que avanzaba hacia Palacio el regimiento de los artilleros de Carabanchel; y la rendición de Queipo en Sevilla.

OLMOS. — ¡Ah, de lo más chistoso! A las dos horas, esa rendición es que se les mantenía a raya. Y empezaron a radiar órdenes de la destitución de los mandos y el licenciamiento de soldados. Ahí, lo vi todo negro; ¡no queda uno en los cuarteles!, pensé.

ALFONSO. — Oí esa nota. Había subido la portera. Me llevaba la cena. Le asustaba el que no hubiera ido a mediodía. Venía de Madrid. Llegar a casa, pasar el puente, es venir de Madrid. Le aterraban los grupos y el grito de «¡Armas, armas!». Su hijo, de la construcción, os acordaréis que se hallaban en huelga...

OLMOS. — Como que habría sepulturas para media semana. Y venga de huelga.

ALFONSO. — El hijo de la portera caracoleaba un punto nervioso, agresivo.

OLMOS. — Nadie creo yo que se acostara, o que durmiera. La cosa había empezado y, bueno, esa misma noche podía terminar. ¿Cómo perderselo? ¿Qué sería de Madrid? Yo me asomé a San Bernardo. Detenían los coches, patrullaban. En la glorieta formaban unos cien guardias civiles. Eso, una acera. Enfrente, paisanos arma al brazo. El sereno me alertó:

—Le piden a usted la documentación en Correos y Recoletos. No vea, la que hay por los alrededores de Piamonte, la Casa del Pueblo. Y la calle de la Luna, con el comité de la *Ceneté*. ¿Atocha?

No. Él venía de Atocha. Por eso pregunté, ¿Atocha? La gente, a los altavoces. De ahí que se le hiciera tarde. Hablaba Pasionaria. ¡Formidable! *No pasarán*. Eso dice. Es lo más grande.

ALFONSO. — Era la voz de la derrota.

GABRIEL. — El grito de Verdún: *On ne passe pas!*

ALFONSO. — ¿Verdún? ¡Te lo sabes todo!

GABRIEL. — Y le hemos devuelto el grito. Lo tomaron de lema los zapadores franceses. No se proponían vencer, sino el no ser vencidos. Lo de Verdún se tiró un año. Aquí han hecho falta tres. ¡Y con Alemania!

OLMOS. — También allí luchaba Alemania.

GABRIEL. — Y con Italia...

ALFONSO. — La madrugada fue tremenda. A las dos, nuevo Gobierno. Debe de haber sido el gobierno más breve de la historia. Leyeron la lista por radio. Antes de salir en la *Gaceta*, ya habían dimitido los ministros. Y la multitud iba y venía entre Sol y Oriente, y clamaba: «¡Armas al pueblo!». Esto realmente lo supimos después. Aquella noche...

GABRIEL. — Pues, ¡todo el mundo en la calle!

OLMOS. — Sí, sí, todo el mundo... Sólo que te descuidabas y te mandaban al otro mundo.

ALFONSO. — Cuando supe lo de Martínez Barrio y que había telefoneado a Mola...

OLMOS. — Ya habían hablado Miaja y Mola.

ALFONSO. — No. Digo que me acordé: Galiano... ¡Tonto de mí! Calculando: igual le hacen ministro.

OLMOS. — No se podía. Ni intentarlo. Mola era progresista, pero se alzaba en Navarra. No cabía desligarse del espíritu de Navarra. Se daba él cuenta: «Ni a usted ni a mí nos harían caso. Seríamos los primeros en caer».

ALFONSO. — Mola tenía ese complejo. Le duró toda la guerra; lo que vivió de guerra. El complejo de lealtad. Yo dormí, vestido, hasta muy entrada la mañana. Estas cosas, ¿de qué ojos se borrarían? ¡Cómo va uno a olvidarse!

SÓLO HOMBRES

OLMOS. — Fue la última misa. A la salida nos miraban con temor, con ceño. Había yo comprado *La Libertad*; me gustaban las «Coplas del día», Luis de Tapia. ¿No es bueno?

GABRIEL. — ¡Qué sé yo! Ese tipo de versos...

ALFONSO. — Vosotros vivíais debajo de *El Socialista*.

OLMOS. — Vivimos. Enfrente de la Redacción. Y eso me salvó: que llevábamos años de balcón a balcón, mirándonos. Ministro de Hacienda, Prieto, me llamó a su despacho; simpatizamos.

ALFONSO. — El 19 de julio... Amanecía. Era el primer domingo de la guerra. Nadie te lo acababa de confirmar, pero estábamos en guerra.

OLMOS. — Vociferaba la multitud: bajaba de Sol a Cibeles; subía de Guerra a Gobernación. Y coches, bueno requisados, camiones con armas, banderas, mujeres: todo un ambiente de fiesta, exaltada la muchedumbre, ese domingo; de trecho en trecho, en cualquier calle se improvisaba un discurso, una arenga, se agitaban los fusiles. La mocedad, pañuelo rojo al cuello, alzaban el puño. Imponía, ¿eh?

ALFONSO. — Como que yo traté de huir. Me dirigí a la estación, a Delicias. Los rumores saltaban al paso: la sublevación en provincias. Y oías: Sevilla, Córdoba, Pamplona, Valladolid, Burgos... Y los cuarteles de la capital.

OLMOS. — ¡Los cuarteles! La Montaña, Carabanchel, Getafe, Alcalá... ¿Qué harían? Eran clave. Y no se decidieron. Ahí se perdió Madrid. Bueno, y empezó la guerra.

ALFONSO. — Los obreros vigilaban la estación; mandaba el comité. Los ferroviarios, sin trenes, controlaban el movimiento de viajeros. Me fui a la

ventanilla; ¡Alcándara! No había tren para Alcándara. El corazón me dio un vuelco. Un subfactor, socarrón, me atendió paseando, amable, silencioso. Entramos en la oficina de telégrafos. Manipularon. Uno, dijo:

—¿Alcándara? Compañero: en Alcándara se declaró el estado de guerra. Si, ahora mismo. Todavía a las diez hablaba yo con Alcándara. Cuatro gatos: ni medio batallón.

Y otro:

—En Teruel se ha leído el bando y Teruel no tiene guarnición; los siete de la Caja de reclutas. ¡Si lo sabré yo! El gobernador anuló el bando.

Entonces, el subfactor:

—No te ilusiones. Se les sumará la Guardia civil. Y lo mismo en Jaca, Huesca. No porque tú seas de Teruel...

Salí como un sonámbulo. En Legazpi, entre el mercado y el matadero, unos camiones formaban barrera. Me vine para Atocha. Las ventanillas abiertas, nadie se acercaba. Pregunté: ¿Badajoz?

—¿Qué Badajoz?

La capital, y había; aunque tampoco aseguraban la llegada. Desistí. Badajoz y Alcándara, incomunicados. Los trenes no pasaban de Córdoba, Guadalajara, El Escorial... Un cinturón de barricadas ceñía a Madrid. El río, eso lo había visto: Manzanares, Vallecas, Ventas, Cuatro Caminos, Tetuán. Si Martínez Barrio...

OLMOS. — Se había formado, bueno el gobierno Martínez Barrio, y cayó el gobierno Martínez Barrio. Giral, nuevo presidente, lo primero que hizo fue armar al pueblo. Madrid no se entregaría sin sangre. Era la guerra: la sublevación, la revolución; pues, la guerra.

ALFONSO. — Martínez Barrio, ¡gran negociador! Lo sabía por conversaciones de Galiano.

OLMOS. — Por eso Azaña le encargó del Gobierno. Prieto le apoyaba. Entonces, los socialistas se negaron a participar, se opusieron a Prieto. Yo sin moverme, la noche en vilo, acobardado. La misa, la salida de misa, me iluminó: apenas fieles; y espiándote, paisanos de brazalete encamado, hostiles.

ALFONSO. — En Marina, vi sacos terreros y una ametralladora; las puertas cerradas y junto al quiosco, uno en mangas de camisa que hablaba a un centenar de personas; frenéticos, le interrumpían, le aclamaban.

OLMOS. — ¿Sabes lo que hice? Me consagré a la escucha: muy bajita la radio, yo temblando. Sevilla, a ráfagas Ceuta, y hasta Valladolid. Aterrado, ésa es la verdad. Martínez Barrio marchó a Valencia. Entreabrí la persiana.

Luego, vino la orden de levantarlas y dejar abiertos los balcones; de noche, con luz. O disparaban. O subían por uno.

ALFONSO. — Me entregó la portera una carta, repartida a media mañana: *Urgente*. No se la querían dejar. Era de Alcándara. Felicidad toda, esa carta, impacientes de mi vacación. La portera no se iba. Me veía leer, y no se movía.

GABRIEL. — Eso es una portera. Fisgando, fisgando...

ALFONSO. — La señora —dije—: que han llegado. Y los niños. Le mostré una cuartilla con monos de los niños, unos dibujos coloreados... Don Camilo, en pocas letras, abajo, me decía que llevaba la carta personalmente al tren: el matasellos, 19, cero horas. Cuando aquel tren arribara a Madrid, y esa carta a mis manos, Alcándara estaba por los militares.

—¿Y qué va a hacer usted?

Me preguntó no por la familia, sino qué pensaba de mí. Estas cosas las advierte uno luego. Ya ni la galena ocultaba las realidades del levantamiento. Se llamaba Xela, *señá Xela*; esa gallega tipo comadre:

—¿Por qué no se va usted? O viene la señora, sin los niños.

—¿Y cómo? Ya estuve en la estación: no hay trenes. Soy aquí el acorralado.

—Por mí, a usted no le falta nada. Como de la familia; pero, eso, que en estos berenjenales, lo propio, todos juntos.

Recia, bien asentada, el pañuelo a la cabeza, los brazos en jarra, al aguardo. Me dio un repente: el teléfono. Descolgué... Y volví a colgar: don Camilo no tenía teléfono. ¿Por quién avisarle? Un telefonema, y que me llamen de allí, la central de Alcándara. A la hora que fuese. Respondieron:

—Avería en la línea.

Dije a la portera que almorzaba en casa. No se inmutó. Quería hablar:

—¿Se ha acercado a la Puerta del Angel? Asómese. El paseo ya lo está viendo: lleno. ¡Y los fusiles!

Sin bandolera los fusiles. De cuando en cuando llegaba un disparo seco, así como de la Plaza de España. Hacia el puente crecían las masas. No alcanzaba a más. Y sí vi. Aunque tratando de que no lo viera la comadre: vi venir a las del segundo, tan piadosas, seguro que de misa.

OLMOS. — Esa mañana, todavía la oyeron, formados, impecables, media compañía de cadetes, de la Montaña. Los contemplaban en silencio. Algunos de Asalto abrían paso hasta la iglesia de los carmelitas. ¡Infelices! A mediodía entró en la Montaña el general, de paisano. Mucho arriesgaron para llevarle el maletín: el uniforme.

ALFONSO. — Otra vez el maletín. ¡Diablo! Os he prometido las historias del general y el maletín.

OLMOS. — Seguían dando notas: Miaja cesaba en Guerra; esa cartera la desempeñaría el gobernador, ¡tu tierra, mira!, de Badajoz. Pozas, el de la Guardia civil, se instalaba en Gobernación. No escuché más; la noticia me hundía: ¡la Guardia civil!

ALFONSO. — ¡Sí, el barullo! El problema era las armas, la entrega de armas a las organizaciones. No pedía otra cosa la radio. En Zapadores, más arriba de casa, los oficiales se cargaron al coronel, o teniente coronel, que repartía las armas. Almorcé. Habían detenido un camión de víveres del polvorín de Retamares en la Puerta del Ángel; entonces, un teniente, tiró de granada de mano. Continuaron: en el camión iba el general Herrán.

OLMOS. — ¡García de la Herrán! Pues, yo toda la noche pendiente de una patrulla que paraba los automóviles en el bulevar. Automóviles y gente de a pie. Se llevaban a algunos. No me atreví a salir.

ALFONSO. — Yo sí. Me arremangué la camisa, ¡por la primera vez en mi vida!, y a la calle. Una mujer, una desconocida, exultante se dirigió a mí:

—¡Han puesto en libertad a los presos! ¡La Modelo es nuestra!

Surgía, junto a ese aire de sospecha de todos contra todos, la más fácil comunicabilidad. Le miraban a uno movidos por la hostilidad o la simpatía, así, a la primera: con odio, o amigos de toda la vida:

—¡Documentación!

—En la chaqueta. ¿Tú te crees que ahora, que me voy a guardar, bien guardadita, la cédula y todo eso?

La mujer que se me había cruzado, gritó desde atrás, todavía no lejos:

—¡Que es de los nuestros, oye!: déjale pasar.

En cuanto pude, me di media vuelta: a casa.

OLMOS. — Es que te jugabas la cabeza. Por lo menos, en casa...

ALFONSO. — No. Lo que hice es llevarme el carnet de abogado, ¡aquel timbre mágico: Ilustre Colegio de Madrid! Ya sereno, defensor del pueblo, abogado y en mangas de camisa, a pie, calle adelante, me fui metiendo entre la multitud. Vi colarse en la Montaña muchachos de mono azul obrero y la manifestación del paso de la batería.

OLMOS. — Media batería *schneider*, del siete y medio. La bajaron por la Vega a remolque de un camión de cervezas. Y yo, a la radio. Anocheecía cuando me sobresaltó la voz, patética, de Goded: la rendición de Barcelona.

ALFONSO. — Sí, sí. La oíamos en medio del pueblo. Nadie hacía caso al himno de Riego. La gente deliraba. Inmediatamente, pusieron un disco: *Mi*

jaca, esa canción.

GABRIEL. — ¡*Mi jaca!* También yo la escuchaba, tras una cortinilla, escondidito, mientras decían mi nombre... Pero, del otro lado.

LOS MISMOS

GABRIEL. — Religiosamente, en silencio, no he dicho palabra: no he contado mi caso. Y tengo mi 19 de julio: Alcándara, domingo, media mañana. Día del Señor, y me veíais en el local donde se legalizaban los comunistas. Un salón bajo, de baile, y frente a la puerta, lateral, otra a un jardinillo.

OLMOS. — ¿Tú comunista?

ALFONSO. — ¡Chis! No hay vecinos; sin embargo...

GABRIEL. — Republicano. Joven republicano histórico, invitado de honor. Mis palabras, de gratitud, las acogieron con aplausos. Rehusé un asiento en la presidencia. Me preguntáis, y no sé de qué iba.

OLMOS. — Ya habría noticias, el 19.

GABRIEL. — La noche antes. Al pasar junto al *Conventín*, que, a propósito, es ahora casino de señores, ¡la degeneración, Alonso, qué pena!, se arremolinaba la gente, bebiéndose el altavoz: hablaba Sevilla.

OLMOS. — Queipo.

GABRIEL. — No. Transmitían noticias. Todavía no las charlas de ese majadero.

ALFONSO. — Por favor...

GABRIEL. — Rápido, fusta en mano, dobló la calle, la esquina del *Conventín* hacia la casa donde vivía, allí a la vuelta...

ALFONSO. — ¿Allí? Pina.

GABRIEL. — El mismo. Comandante Pina. Tú no le conoces; Alonso ya ves, en el acto. *Breeches*, severo el aire, resuelto. Por la mañana, las fuerzas del golpe desfilaban bajo su mando.

ALFONSO. — Catalina lo vio. Lo dice siempre: al compás de *Los voluntarios*, Calatravas adelante, a la plaza Mayor. Mi suegro, ¡cómo sufriría! Y que era amigo de Pina, como del Militar Retirado: el general.

GABRIEL. — No. Don Camilo estaba conmigo, en el salón de los comunistas. Llegó la noticia, y se disolvieron: cada uno a su pueblo, a organizaría en cada pueblo. Yo, para casa, contristado, sin demasiada noción de los hechos, y de las consecuencias. No hicimos siesta. Lo celebré, porque a esa hora nos visitó don Camilo. Con tu inquilino o realquilado, Artemio. Y don Camilo:

—¡Mis hijos! Madrid... Porque éstos implantan una dictadura Gil Robles.

OLMOS. — ¡Ya quisiéramos!

ALFONSO. — Eso temía. ¡Y era el juez!

GABRIEL. — Un juez de la República. No había noticias concretas. Le animé mucho. A ti, te quiere más que a sus hijos. No perdonaba al gobernador:

—Ese quídam, inepto, corrompido. ¡Concentra diez mil hombres por teléfono, los pueblos se vuelcan sobre la capital, y no hay Pinas que valga!

Alguien avisó a mi hermano; le secreteó mi presencia en los comunistas y el peligro que corría. Que no me exhibiese; que la tormenta pasara.

OLMOS. — Nadie se imaginaba una guerra. Cosa de tres, cuatro días.

GABRIEL. — Y un primo tuyo, Raúl, me invitó a que me refugiara en su pueblo. Se le subieron a mi hermano las nociones del honor:

—¡Cómo! ¿Por qué? Éste no tiene que huir. No ha hecho nada...

A las pocas horas, cedió; tomé las traseras de la casa de don Camilo, que salvaban dos calles, y me fui por los arrabales al coche de línea de Villachica.

ALFONSO. — ¿Raúl? No es de Villachica.

GABRIEL. — Raúl, de La Fuente. Llegué a La Fuente. Había pasado por allí; había seguido. Me senté a la fresca, a la puerta de una casa, parientes de Raúl. Me vio un conocido de mi hermano: el padre de una muchacha a quien le diera clases de Química Jesús. Y me llevó en su mula a Villachica, que es otro pueblito, cercano, sin carretera: lo ideal.

OLMOS. — Es lo que uno deseaba: escapar, algún pueblo. Sólo que no pude, hasta más adelante.

GABRIEL. — En Villachica íbamos al casinillo; comentábamos las noticias. Una noche, alarmados por mi estancia en casa de don Juan de Dios, que es quien me alojaba y protegía, los socialistas hablaron de asaltar la casa.

Planeamos la defensa; una carabina, dos escopetas de caza, don Juan, su yerno y yo. Pero no hubo nada.

ALFONSO. — Ya estabas a un paso de la Falange. Y con ingreso heroico.

GABRIEL. — Sí, sí... A un paso: muy largo. El día de Santiago, me despertó Juan de Dios. Venían unos falangistas de la capital, y a su casa. Me escondí en una bovedilla de los doblados. Yo les oía charlar, jocundos, reciamente, y comer jamón abajo; ¡hombre, eso no lo oía! Lo supe cuando se fueron. Dejaron de alcalde de Villachica a mi acogedor.

OLMOS. — Por algo los socialistas...

ALFONSO. — Triunfabas sin dar golpe.

GABRIEL. — Después de almuerzo irrumpieron en el casinillo otros falangistas, del pueblo de Raúl, y volví a esconderme en la alcoba de la salita, detrás de la cortina. ¿Me oyes?: *Mi jaca / galopa y corta el viento...* Eso cantaban. Venían por mí. Juan de Dios marchó con ellos y convenció al jefe de La Fuente de quién era yo y que, en todo caso, me entregaría en la capital. ¿Sabéis mi temor? Que me hicieran levantar el brazo y cantar su himno en la media legua de camino. ¡Eso me preocupaba, esa humillación!

OLMOS. — Y te entregó el amigo alcalde...

GABRIEL. — No. Tras la cortina, se me ocurrían estupideces: «¿Y si estornudo?». «¿Se me verán los pies?». Seguí en Villachica. De día, me llevaban a la casona de una dehesa, como a otra media legua; y a su hora, con la cesta de comer, una vieja muy cariñosa. Por la tarde, se me reunían los amigos. Paseábamos. Había uno, ¡qué tipo!, uno que preparaba oposiciones a judicatura y no sabía a quién apuntarse. Nos bañábamos en un charco, un recodo del arroyo. Hasta que el alcalde me trasladó a la capital y nos bajamos antes de la parada de coches, por si vigilaban la entrada de viajeros.

—Si te detienen, digo que vas detenido. Entonces tengo que llevarte a la comisaría. Ya lo arreglaremos.

Semanas sin salir ni al balcón, también escuchaba la radio: Madrid. Una tarde me citaron al gobierno civil. Aguardé en el pasillo; un banco larguísimo, de listones, yo solo. El gobernador me preguntó si me adhería al Glorioso Movimiento.

—Es que soy inútil.

—Pues que lo sometan mañana mismo a revisión —encargó al secretario.

Y me dejó en paz. Antes, bueno, me echó un fervorín, sacó de algún cajón de su mesa un revólver de la guerra de Cuba, y se le nublaban los ojos invocando a España y amenazando a enemigos invisibles: el judaísmo, el comunismo y el masón. Yo, la verdad, temblaba. Ahora lo cuento así, como

una gracia, pero temblaba. ¡A este tío se le escapa el tiro!, y temblaba. Cuando llegué a casa, mi hermano había preparado un colchón y una maleta.

OLMOS. — Por si lo pedías; si ibas a la cárcel...

GABRIEL. — Meses, liado el colchón, la maleta creciendo de papeles, libros, ropa, ya con la idea de que vinieran por mí. Si fuera hombre importante, vestigios para un museo. Y, como no llamaban a mi quinta...

OLMOS. — No has hecho la guerra.

GABRIEL. — No de militar. Inútil. Eso es una historia larguísima. Hacer, hice otras cosas. Desde luego, la guerra me la hicieron: la padecí.

OLMOS. — ¡Y quién no!

GABRIEL. — Digo que no me he beneficiado de la guerra. Me valió de mucho Berta. La situación de terror en Alcándara fue intensa, aunque no prolongada. El uno de agosto fechó el primer paseo; era un empleadillo del ayuntamiento; le sacaron de su oficina a la luz del día. Floreaba las noches la bocina de un automóvil siniestro; detenían a la gente y se los llevaban al río. O los dejaban de momento en un cuartelillo. El destino era el puente, el río Tajo, ¡y al agua!

OLMOS. — Querido... Yo, recuento, bueno de la villa, la villa y corte, o de Iberia, donde nos refugiamos una temporada, y...

GABRIEL. — Lo mismo, ya sé. En una zona se llamaban mareos; en la otra paseos. Y al final, lo mismo: el crimen.

ALFONSO. — ¡Chitón! Las mujeres, ¿dónde andan?

GABRIEL. — Déjalas. ¿Podríamos decir lo que decimos, lo que fue?

ALFONSO. — Y es...

GABRIEL. — Lo que nos salvó es que a últimos de agosto se instaló en Alcándara el cuartel general. Quizá nos bombardeasen. La calle, más incómoda: todo manifestación y desfiles. Allí nació la jefatura de los Ejércitos. Pero ya la ciudad quedaba bajo el control de jueces militares: oficiales de la reserva, jóvenes alféreces habilitados; al mando de un comandante de requetés, jefe de milicias. Empezamos a respirar.

ALFONSO. — Y te casaste.

GABRIEL. — Diana estaba sola. Su padre, su tío, a quien ya sabéis que siempre llamó padre, intentó pasarse... Ahí vienen... Y nos casamos. Mira qué felicidad... Ahora, que se me den los exámenes y aquí me veis trajinándome la vida nueva, ¡oh, nueva España! La poesía, ¡a freír espárragos! Poeta, licenciado en Químicas. ¡Y a vivir!

OLMOS. — Eres el que Diana, ¿por qué Diana?, Zita, nos pintó. La ocasión, bueno es única. Y estoy yo.

GABRIEL. — Lo sé: querías mucho al tío de Diana. Eras primos. Esto es, que tú eres mi tío, tío segundo por afinidad.

ALFONSO. — Matemático. Cuatro días y celebramos una licencia. Al menos, la del poeta.

GABRIEL. — Mira, mira; no las tengo todas conmigo. Traigo muy de lado los estudios: la Orgánica, Inorgánica, Técnica, Experimental... Se trata de complacer a Jesús, y de poner casa. Todo se andará, ya veremos.

OLMOS. — El casado casa quiere.

GABRIEL. — Sí... También una separación puede llevarse a Jesús a la tumba. ¿Se hará a la soledad?

OLMOS. — ¡Qué cosas! Será felicísimo de veros en casa vuestra, viviendo por vuestros propios medios; muy feliz. Y hasta puedes hacer un que otro versito, como entretenimiento.

GABRIEL. — No he perdido el fervor, ni la poética; oye; ni mi republicanismo... No se aviene mal la República con las ideas de Berta.

OLMOS. — Tú no vas a vivir con Berta.

GABRIEL. — No. Yo es que sin Berta no viviría. No sabéis lo que es eso.

OLMOS. — ¡Ay, que no lo sé! Si no llega a ser por Prieto... Sólo que ahora tienes que callar.

ALFONSO. — Ahora y antes y por los siglos de los siglos... Callar.

LAS MUJERES

CATALINA. — Tiene dos terrazas. Es como vivir en un jardín. La otra da a la fachada donde Madrid alterna la piedra con el desmonte, el campo y el solar. Desde aquí, no: pero San Francisco el Grande, el seminario, las Vistillas. Y eso, el viaducto; Palacio. Para abajo, la cuesta de la Vega, el Moro, Campo del Moro.

ZITA. — Una doble vista. O sea, la sierra; con nieve se pondrá preciosa.

CATALINA. — A la izquierda, ¿ves?, el río. Agosto: pues, ahí lo tienes: agua. Pasado el río, un poco a la derecha, ese fondo...

AVELINA. — La Casa de Campo.

CATALINA. — Yo de estas dos terrazas haría jardín, rinconcitos de jardín... Si fuera nuestra.

AVELINA. — ¿Y por qué no?

CATALINA. — ¡Ay! Alonso es tan raro... Como si no se hallara, en sitio alguno. Su pío es cambiar. Dice: «Diez años a la conquista de la Puerta del Sol, ¡para esto: pararse a la otra orilla del río!».

ZITA. — ¿Esas ruinas?

CATALINA. — La ermita del Puerto. Es la Virgen de Plasencia. Los extremeños se congregaban en la ermita y los campos de la ermita el domingo de Resurrección... No: el siguiente.

AVELINA. — Será el de Quasimodo.

CATALINA. — Eso. Cuando vivíamos del puente allá, hacia la carretera de Extremadura, que la gente confunde carretera y paseo, me ilusionaba oír las campanas de esta ermita. Las escuchaba la noche de Todos los Santos; y los

Difuntos. Me recordaba Alcándara. Aquella noche de la tristeza infinita, tristeza o pena o no se sabe qué. Y te aflige, dulcemente.

BERTA. — Te emocionas tanto como él, y luego vienes con que no te importa la tierra, su tierra...

AVELINA. — Las campanas, creo yo que se habrán salvado. Si no las fundieron para cañones... La iglesia, y lo destruían todo. ¡Vieseis Iberia! O la Diócesis, como la llaman: la provincia. La ciudad allí es el Vaticano.

CATALINA. — Iberia, no la conozco. Conocer, conocer, no conozco nada.

BERTA. — Extremadura. Se la oyes a Alonso y vive. No es una tierra, ni el hombre de la tierra: es pura alma. Enmudeces oyéndole y como si te recitaran un poema.

CATALINA. — Alonso es de Centenera. Pertenece a Alcándara. Y él lo matiza: «Eclesialmente, Badajoz: diócesis de Badajoz». Las une en su nombre, desde las inscripciones del nacimiento: una, en el registro civil; la otra, el libro de bautismos. ¿Y le querrán allá, en Extremadura?

ZITA. — A Gabriel, ni verle. Lo primero que Gabriel debería es desaparecer de Alcándara y sus alrededores. No lo entiende.

BERTA. — La guerra ha sido una marcha de las provincias sobre Madrid.

ZITA. — Hay muchas tierras que deberían ser provincia, y no lo son. Por ejemplo: el Bierzo. El Bierzo es Galicia.

BERTA. — *No me digas gallega, que soy berciana: / cuatro leguas parriba de Ponferrada.*

CATALINA. — Alonso, pues sueña con Plasencia. Una capital, o dos capitales más en Extremadura. Plasencia, capital de la Alta Extremadura. Lo único capaz de asentarse aquí es lo que aquí hay de Plasencia: la ermita; sigues, el puente, carretera de Extremadura; te metes en el parque, junto al Moro, bajo la Vega; y el camino central, a la ermita de Plasencia.

AVELINA. — Los niños ahí pueden ser muy felices. Cruzas la calle y los tienes en un jardín. Esos viveros. No sé cómo se llaman.

CATALINA. — En tiempos, de la Infanta María Teresa; hoy, ¡cualquiera!

AVELINA. — La ermita, sí. Y la Virgen: la Melonera.

BERTA. — ¡Ah, que habría puestos!

AVELINA. — Y verbena. ¡Tú qué sabes, las verbenas de esa ribera! Agua no traerá; pero, verbenas... De San Antonio a San Isidro, ¡échale!

BERTA. — Melonera, Melonera... Nada irreverente. Plasencia, que la consagró Patrona, en el puerto, Virgen del Puerto, le dice la Canchalera.

CATALINA. — Es uno de los pocos sitios de Extremadura que conozco, personalmente: Plasencia. Y ya veis: no he subido al puerto. Sí Alonso. Alonso es que se ha pateado la provincia, y mucho de la otra, Extremadura toda.

ZITA. — Es natural.

BERTA. — Y ahora, España y media... No lo considerarás un privilegio.

CATALINA. — ¡Cómo! No me lleva a ningún sitio.

BERTA. — Y ¿qué, de cantinera en la guerra?

CATALINA. — ¡Si no fuera por los niños!

AVELINA. — Tenéis dos, me han dicho.

BERTA. — Niña y niño. A cuál más rico.

CATALINA. — Para ti te los daba.

ZITA. — Por mí, los que vengan.

AVELINA. — Es verdad: tampoco tú has tenido hijos. Y Berta...

BERTA. — Con Enrique, ya, ya. Tarea de por vida. Lo crié como una madre. Le llevo... Pues, veinte años.

AVELINA. — Los míos son unos cafres. Están en la edad.

BERTA. — Lo que le diría a tu esposo, Catalina, es que vaya pensando en La Quintana. Es una dehesa de La Mota, Mota del Angel, corazón de Extremadura. Y La Quintana, en dehesas, la que más del pueblo, un pueblo grande, cabeza de partido; y su gente, lo mejor de lo mejor.

CATALINA. — ¡Los Pachecos! Alonso los trató. No es que se entendieran.

BERTA. — Con nadie. La guerra ha liberado de los Pachecos a ese pueblo. Es lo que no se podía consentir: el feudalismo de familias como los Pachecos. Tenía que venir lo que vino.

CATALINA. — Y ¿qué habrá sido de ellos?

BERTA. — En la ruina. Muertos. Desaparecidos. Ni sombra de lo que fueran. Y allí habría que entrar a caballo. Parcelar La Quintana, habitarla. Civilizar esa quebrada. Sería el rincón para pasarte la vida sin pensar, felices.

ZITA. — Con dinero.

BERTA. — Lo de menos. Yo he alquilado una casa, una de las dos o tres casas de La Quintana. Es donde están los niños de Catalina.

AVELINA. — ¿Con los abuelos?

BERTA. — No. Una muchacha muy seria, de la propia Mota. Sin problemas. Y de aquí a unos días, convencerle: todos a La Quintana; septiembre en La Quintana, un paraíso.

CATALINA. — Es el verdadero veraneo. Sólo que, Alonso, ¿y quién le

mueve?

BERTA. — Los niños. No le traigas a los niños. Verás cómo acude. Y hasta se queda.

CATALINA. — No podría vivir en La Mota. Las cosas en Madrid se le ofrecen de lo más favorable. Hay que pensar en el mañana.

BERTA. — Ir y venir. No te diré, en la crudeza del invierno. Aunque La Quintana da al otro lado de la umbría. Una gloria.

AVELINA. — El niño, ¿es el mayor?

CATALINA. — Elvira. Pero Angelito es muy listo. A los tres años, se iba a la máquina de escribir; decía:

—Yo quiero *maquinar*...

Y la niña; ni los tres cumplidos, y se le ocurrían cosas como ésta:

—Me voy a ver a la niña.

Y escapaba a otra habitación, a mirarse en el espejo. O me la llevaba y nos encontrábamos con alguien:

—Voy a la peluquería conmigo y mamá.

BERTA. — El niño es solemne. ¿Te acuerdas cuando se enfadaba porque le metíamos en la cama? Le llamo, le pongo el pijama, le molesta acostarse y, muy bajito:

—*Todas* la gente se mueren de noche...

O también, fantasía arriba:

—En las estrellas negras se posan los angelitos malos.

ZITA. — ¡Ah, qué ricura! O sea: Gabriel tan dichoso. Y no es que no le gusten los niños. Él, con sus versos.

CATALINA. — Ya vendrán.

AVELINA. — Y os hartarán. Vierais los míos, ¡gamberros! Y está una siempre, de un hilo.

BERTA. — ¿Cómo, cómo era eso? El día que la nena llegó pintada como un indio, y va y me enseña el brazo:

—Carbonito.

O le pregunto: ¿qué quieres de los Reyes?

—Un columpio con agarro.

Me pongo a contar, y no acabo. Los niños es el espectáculo más apasionante. Angelito andaba ya, pero se caía y no sabía levantarse; ese niño no anda —decíamos—: desfila: un, dos. Y hubo que enseñarle a ponerse en pie por tiempos; un, dos, un, dos...

CATALINA. — Me río... La niña en su cuarto, de noche, y grita; acudo, asustadísima: ¡Nena! ¿Qué te pasa?

—¡Nada, nada! Que estaba torcida.

BERTA. — ¡A La Quintana! Eso es. Se necesita agua, lo primero. Se necesita luz. Estoy en la Provincial dale que te pego, para que se emprenda la repoblación. Todo se hará: ¡una España nueva! Y se hará bien. Yo me figuro el albergue: en lo alto, unas rocas para balcón de Extremadura. No importa que sean de otra finca.

CATALINA. — Doña Dolores. ¡Ah! Nos quiere mucho... ¿Alonso? Ni que fuera su hijo. Y a mí, pues...

BERTA. — ¡Susceptible, que eres una susceptible!

CATALINA. — No. Si es la verdad. Conmigo, nada.

HOMBRES

OLMOS. — Iba yo siguiendo los partes, las arengas. Madrugué, esa mañana. Había comenzado el asalto. La radio, con silenciador; sí, una mantita por encima. Solo, en el gabinete. No pisaba la calle. No me decidía a ir, ni tampoco no ir, a la oficina. No es que me preocupase: disfrutaba legalmente de vacaciones; las tomaba de 15 a 15. En Madrid; veraneamos un año en Alicante; para mi economía, bueno la quiebra.

GABRIEL. — Ahí tienes, la izquierda, y no se lo cree.

OLMOS. — A mi edad, con mi puesto y las bajas, lo natural es que llegue a jefe de administración civil de primera. Ahora, que... Y están los estudios: tres muchachos. Solían pasar, los muchachos, si aprobaban, y aprobaban, medio verano en Iberia, con los abuelos. Nosotros, nada, seis u ocho días, para la reunión de familia.

GABRIEL. — No he estado en Iberia.

OLMOS. — Te asombraría. Es ciudad para poetas. Quizá más de pintores. Una tierra mágica. Y andábamos detrás de una casita orillas del río chico, bajo los hocinos. El ideal es un hocino, esos huertitos que se alzan sobre la hoz. Vísperas de la guerra, el año antes, la pudimos estrenar; acabaron unas obras, cuatro remiendos. Los dueños de la casita vivían encima, en la suya, la verdadera casa. Alquilamos los bajos. Hacia Santiago, estábamos allí. Y el 36, si no fuera por la que se armó...

ALFONSO. — De todas formas, Iberia debió de ser sitio tranquilo.

OLMOS. — Aguardábamos. Pensábamos lo de todos: esto no puede durar. Y nos lo decíamos al principio y otras cien veces a lo largo de la guerra. De cuando en cuando, les animaba: —Sí, iremos a la casita del hocino.

ALFONSO. — Todavía, vosotros, vivíais juntos. Lo tremendo es la incomunicación: aquella angustia.

OLMOS. — Juntos, te preocupabas mucho; temías por la familia. Y, ya ves, no me movía de casa. El portero, que tenía un hijo a quien coloqué de ordenanza en Hacienda y me salió socialista, porque se le rebotó a su mismo padre, me subía los periódicos. Lees, bueno lo que temes o lo que deseas: el Gobierno triunfaba en todos los frentes...

ALFONSO. — Luego había frentes.

OLMOS. — Lo que digo. Y a través de esas victorias, te hacías idea de la extensión: las ganancias y pierdes.

ALFONSO. — Yo recuerdo el lunes, en el garaje del 47: requisaron los automóviles. Pedían la llave, porque nadie las dejaba en el coche. Te entregaban un papelito. Muy legal todo. Al vecino del primero le dieron un susto y el papelito. Era un *Fiat* dos plazas; el vecino, representante de productos farmacéuticos, ¡y vendedor de discos!

GABRIEL. — ¿Cómo discos?

ALFONSO. — Gramófono. Pero yo salía, callejeaba. Me impresionó la manifestación de los cañones hasta la Plaza de España. Los oradores que interrumpían la marcha, los cañones oyéndoles. El capitán, la gorra un punto ladeada. Los oficiales, de mono, corraje y su graduación en la gorra.

OLMOS. — Llegaban a casa los estampidos. Y las descargas en la noche. No había manera de dormir. Los balcones, tú lo decías, de par en par, las luces encendidas, y el calor de aquel julio, lo primero de África llegado a Madrid, entrándose en las alcobas a bocanadas.

ALFONSO. — Sí, por eso, al amanecer me echó de la cama un avión que volaba a ras, bajísimo. Como a las siete empezaría el asalto. No el asalto: hubo antes un bombardeo, de ése y algún otro avión.

OLMOS. — Es que vosotros vivíais...

ALFONSO. — A dos pasos. Y me fui a ver. Los cañones se montaron al pie del Cervantes. Pusieron unos cajones de dinamita, atentos a una posible salida: no se llevaran los cañones; los hubieran volado. Y allí hasta el mediodía. Es cuando entró el general, de paisano.

OLMOS. — Perdona: entró el domingo. Y efectivamente, de paisano. Eso dijeron, hora tras hora, la radio y luego en el juicio.

ALFONSO. — Cierto. Y lo que os anuncié: la fábula del general y el maletín. Una larga fábula. No principia ni termina con la llegada del general; porque le llevaron el maletín, y seguro que se jugaban la vida, la libertad al

menos, pasándole ese maletín. Y en el maletín, lo que iba es el uniforme. Un general que se levanta, requiere el uniforme: hasta ese momento, no es general. Revestido, ya puede con el mando.

GABRIEL. — Lo que contabas del vuelo de Canarias.

ALFONSO. — Y cosas muy divertidas de otros generales y su maletín. Al arrancar el avión de Casablanca, sacó Franco el maletín. Instante en que el inglés, el piloto, se percató de lo que pasaba: al verle en mitad del vuelo quitarse el traje de paisano y transformarse en general. Es el rito.

GABRIEL. — ¡Como los toreros! ¿Te acuerdas del *Gorra*, el director de *El Radical*? Preguntaba: «¿Se ha roto algo?». Y sonreía: «¡Como los toreros!».

ALFONSO. — ¡Gabriel!... El uniforme caracteriza. Sanjurjo, en Madrid, las noches que se animaba, concluía siempre con esta decisión: tomar el tren y dar el grito en Zaragoza.

GABRIEL. — ¿Por qué Zaragoza?

OLMOS. — Había sido capitán general de la región, ¿quinta, no?, Zaragoza.

GABRIEL. — Ya.

ALFONSO. — Escucha, escucha:

—¡Esto no tiene arreglo! Me planto en Zaragoza.

Se veía de paisano. Entonces, algún amigo le acompañaba a casa de la *Canóniga*, donde le guardaban el maletín. O se llevaba el maletín, o ni soñar con la guarnición de Zaragoza. Afortunadamente la *Canóniga* les servía cariño y manzanilla —la *Guita*, esa manzanilla—; y perdían el tren.

GABRIEL. — ¿La *Canóniga*? Oye, la *Canóniga* es pieza importante. No, no: es que la *Canóniga* motivó el choque de los intelectuales con el dictador. La iban a procesar por asunto de drogas. Pues, ¿no sería que Sanjurjo apeló a Primo de Rivera?, y trasladaron al juez. Se opuso el presidente del Supremo. Le destituyó el dictador. Unamuno saltó como una pantera y fue cuando el dictador desterró a Unamuno. ¡Qué arbitrariedad! Y, qué pintoresco. La *Canóniga*, ¡sopla!, la *Canóniga*...

ALFONSO. — Verás... Ésa es la *Caoba*. El maletín dio en tierra con la vida de Sanjurjo. La avioneta que le traería de Portugal no disponía de aeródromo; no se lo concedieron los portugueses, porque Ansaldo había aterrizado en campo militar, y les molestó.

OLMOS. — Portugal estaba con nosotros.

ALFONSO. — Sí, pero había límites, respetos. Era al principio. Consecuencia, que Sanjurjo se obcecó en meter un maletín, ¡maletín, un

mundo: esos baúles que se llamaban mundos!, con sus uniformes todos. Venía para Jefe del Estado. Ansaldo le espetó de saludo este reconocimiento:

—¡A la orden del Jefe del Estado español!

Aviador, consciente de su vuelo, vio que no podrían despegar, entre los árboles del rastrojo, con el sobrepeso del maletón. Sanjurjo se mostró impasible. Le aguardaban en la pista de Gamonal, generales, fuerzas, música, formados. Y así es que Sanjurjo no llegó nunca a Burgos.

OLMOS. — ¿No habría sabotaje? Aquí, bueno se dijo...

ALFONSO. — El maletín, hombre, el maletín... La avioneta no podía. Rozó uno de los árboles y se vino abajo, envuelta en llamas. Sujeto al asiento, Sanjurjo no logró escapar. Sí el piloto. El general murió carbonizado.

OLMOS. — ¿Y tú viste de cerca el asalto a la Montaña? Porque fue espantoso. Cinco horas. Y la aviación, el cañoneo... A las doce, Unión Radio difundía la toma.

ALFONSO. — Espantoso. Habría allí miles de hombres y de mujeres. Improvisaban parapetos, avanzaban y retrocedían de árbol en árbol. No las tenían consigo. Caían muchos. Los heridos, al cine Venussia, ¿recuerdas?, Venussia, con dos eses, final de la Gran Vía.

OLMOS. — Como que debió de ser el primer hospital de sangre.

ALFONSO. — Cambiaban el emplazamiento de las piezas. Un cañonazo, y el frenesí. Y había un quince y medio: el terror. Los altavoces tronaban más que los cañones: concedían la licencia a los soldados. Disparaban con todo: fusiles, pistolas, escopetas.

OLMOS. — Los del cuartel, ¿eh?, tampoco eran mancos. Se defendieron como leones.

ALFONSO. — Como leones. Zumbaban las ametralladoras desde las azoteas y ventanas.

OLMOS. — Tres mil bajas de asaltantes.

ALFONSO. — No había lucha posible. Una salida a tiempo, o que se les uniera Carabanchel... Los muros se cuarteaban, se desmoronaban los tejados. Y ¡el asalto!: en cabeza, la Guardia civil. Lo demás, nadie lo ignora. Los suicidios, los ametrallamientos del patio, y en la misma calle. No olvidaré nunca... Aquella mujer, con su gorra de plato ladeada, como la del capitán de la artillería en la Plaza de España.

OLMOS. — ¡Miseria de país! Ahí se hundió todo. Al rato, ardían las iglesias. López Ochoa, afecto a la República, y lo sacaron del hospital, la cabeza hincada en un palo... En Campamento o en Getafe mataban a García

de la Herrán, el más valiente de los generales: el de la sanjurjada en Sevilla...
¡Como si lo estuviera viendo!: con su canotíe...

GABRIEL. — De paisano. Ése no usaba maletín.

ALFONSO. — En Sevilla. En Madrid iba de general.

OLMOS. — Las radios te enloquecían: era la tarde rabiosa de la revolución. Se lanzaron, a tumba abierta, de Madrid a los alrededores; la sierra, Guadalajara; Alcalá y Guadalajara... A un cura, los de su pueblo le asesinaban en la mismísima Puerta del Sol.

GABRIEL. — Lo que me sorprende es eso que habéis dicho de la Guardia civil. No acaba de entrarme.

ALFONSO. — Se pensó en disolverla. En Barcelona, al lado de la República, fue decisiva contra Goded. En Madrid...

OLMOS. — Madrid, bueno al principio vacilaban. Incluyó la balanza Pozas, Inspector general, jefe del Cuerpo, y a quien nombraron ministro de la Gobernación.

ALFONSO. — Te diré. La semana de Salamanca, abril del 37, detuvieron a un significado falangista; no les dejaba entrar; les increpaba desde el balcón, a voz en cuello: «¡Asesinos de Calvo Sotelo!».

OLMOS. — ¡Ah!, si no va un oficial de la Benemérita, a Sotelo no le sorprenden. Gozaba de inmunidad parlamentaria.

GABRIEL. — Es lo mismo: hubiera muerto allí, ante su mujer y sus hijos. Por eso, quizá, se entregó.

OLMOS. — Y la garantía de la Guardia civil. Lo que tiene es que ¿cómo disolver un Cuerpo, cubierto de gloria en todo un siglo, y en la guerra con el heroísmo del santuario de la Cabeza?

ALFONSO. — Pesaba; un garbanzo no deshace la olla. Y está el prestigio, la Guardia civil de pueblo. Fuera de toda mancha, no hay duda.

LOS MISMOS

ALFONSO. — De repente, apareció Eve en casa. Le agradó ver en un hueco de la biblioteca su cuadrito: *La soledad en amias*, ese cromó. Me traía un aval. No por mí; pensaba que yo no precisaría de avales.

GABRIEL. — Sí, como Jesús conmigo en Alcándara: «Éste no ha hecho nada; no tiene por qué esconderse ni temer». Son las viejas posiciones; el padre, el hermano mayor. «Mi hijo no es culpable». No saben; ¡ni idea de las pasiones de una guerra!

ALFONSO. — Eve y César compartieron mi preocupación del despacho: protegía ese aval los protocolos y asuntos en trámite. Se multiplicaban los registros, la incautación de casas y oficinas de quienes salieron de España. O de Madrid:

—César me dice que lo tienes en más que tu propia vida.

Y es verdad. Afectaba a miles de personas, entre pleitos archivados y litigios en curso. Podrían mover la destrucción los interesados, en algún caso. Yo me consideraba custodio de ese protocolo; mi deber único, aquellos días.

OLMOS. — Siempre «aquellos días». Convencidos todos de que era cosa de días.

ALFONSO. — Con el aval, me trasladé al despacho; me quedé a dormir allí. Martín me inquietaba. Si Martín me sabía en la casa, no se arriesgaría a una vileza, cualquier desmán, rencoroso de Galiano.

—¿Y cómo lo conseguisteis? —curioseé, le pregunté a Eve.

—En el ateneo, la célula de Luis.

Llevaba una de las células el nombre de Luis Peña, hermano de Eve y de Catalina, aquella criatura, héroe o mártir de su ideal.

—La familia..., reducto de la burguesía —ironizó el camarada, otro muchacho de la *Fai*, escandalosamente joven, a quien ya Eve y César conocieran desde la muerte de Luis—. Sí que él hablaba siempre de vosotros...

Y extendió el aval; una hoja de un taco de notas, sin más que, *Meléndez*, la firma avalista: «Garantícese la seguridad personal de...».

—Alonso Mora —contestó César, impávido.

Asumió mi nombre como si tal. Ellos tenían pasaporte diplomático; marchaban a París en misión artística, miembros de la Exposición internacional para la que después compondría su *Guernica* Picasso. Y rápido, porque César es el reflejo, instantáneo, dio mi nombre como suyo, en el aval: «Garantícese la seguridad personal de Alonso Mora. *Meléndez*». Sin más; ni fecha, ni sello, ni los datos de la cédula.

—Todos —enfaticó— acatarán esta orden. Pásate a primeros, y que te expidan el carnet: el que te corresponda como trabajador de lo que seas, o el de varios. Allí te lo arreglan. Con esto (el aval).

Era el día de Santiago. Sábado.

OLMOS. — Por poco, año santo. Cuando Santiago cae en domingo, es año santo.

GABRIEL. — ¡Ya! Zita soñaba con el viaje a Compostela.

ALFONSO. — Y el cartujo, el otro hermano de Catalina. Él no podía, no salen de la cartuja. Nos animaba. La cartuja de *Aula Dei* está en zona rebelde, me decía yo: a salvo.

OLMOS. — ¡Qué extraña, la *Ceneté!* En Zaragoza se abstuvieron. Cabanellas se puso al frente de los nacionales. Increíble: ese pedazo de masón presidiendo la Junta. A un entrañable amigo suyo, a quien ordenó el ministro que fuera en busca de un entendimiento a Zaragoza, lo mandó fusilar. O dejó que le fusilaran.

GABRIEL. — ¡La guerra!

OLMOS. — Pues la víspera de aquel Santiago, por la noche, escuché a Prieto en Unión Radio. Prieto se había instalado en Marina, junto al gabinete Giral. Era allí otro gobierno. Aquella noche hablaba desde Gobernación. No he conocido hombre más entero. Fue cuando dijo:

—Anuncié que se equivocaban, que ahora no iba a ser otro 10 de agosto... Encontrarán resistencia, una resistencia importante, y la lucha va a ser cruenta. ¡Rendición no la esperéis! —y es que le estoy oyendo—. Encontraréis cadáveres, pero no hallaréis prisioneros...

ALFONSO. — También yo le oí. Muy mal, en mi galena. Esa frase, me sobrecogió.

OLMOS. — Le seguía con las mayores precauciones, por la costumbre. A Prieto bien que se le podría escuchar, a radio en grito. Y es que me había hecho a conectar las otras, las nuestras, con el máximo sigilo; y cuidaba siempre de no dejar Sevilla, o Radio Club Portugués; volvía a situarla en Unión Radio, y apagaba.

ALFONSO. — El domingo mismo, el 26, a media tarde, iba para casa de Galiano: la primera noche que pensaba pasar allí. Llevaba los dos últimos *ABC*. El especial de ese domingo debía de estar impreso antes del alzamiento: traía una ilustración, la cabeza de una dama, en portada; y las páginas gráficas de siempre. Cerca ya del bufete, me dieron el alto.

OLMOS. — ¡El carnet!

ALFONSO. — Miré atrás. Era dos romanones: uno, derecho a mí; lentamente, el otro de la pareja.

—¿Y ese papel? ¿Conque *ABC*? ¡Venga!

—¡Si este *ABC* ya es otro! ¿O no lo ven?

Y les mostraba la primera página, ya no gráfica, del número anterior: un recuadro inmenso; las tres líneas, de letras gordísimas, que decían: *Viva / la / República*; y en la cabecera, *ABC, Diario republicano de izquierdas*. Camino de la comisaría, desde un coche que se nos cruzó, unos tipos vocearon:

—¡Buen pájaro!

Es inconcebible. ¿Cómo podrá uno ser tan gratuitamente malvado? Seguro que no me conocían, ni me vieran jamás. El guardia tozudo, que el otro no abrió la boca, se justificaba:

—¡Qué! Nos venías con el cuento de la República... ¡República!

El aval se lo entregué al comisario. Encargó al propio guardia, el acusador, que fuese al ateneo, a comprobarlo:

—Esto no ofrece garantía: es una hoja mal arrancada, sin un sello, ni fecha... Habrá que verlo. Y ¡no se preocupe! La comisaría le garantiza su seguridad personal, que es lo que ahí dice: ese papel.

Y me mandaron sentar. Me puse a hojear *ABC* del sábado. Lo recuerdo con precisión inalterable: bajo un titulillo, «Algo es algo», la noticia de la depuración, funcionario de no sé qué, de Muñoz Seca.

OLMOS. — Quizá Correos.

ALFONSO. — Pues..., mira.

OLMOS. — Hacienda. Digo... Porque estos artistas sacaban una credencial, ¡y a pasearse!

ALFONSO. — ¡Tampoco hay derecho! Le fusilaron, le trajeron de Barcelona.

GABRIEL. — Sí, un disparate. Merecía el fusilamiento, pero por malo. Mal escritor.

OLMOS. — A mí me divierte.

GABRIEL. — No eres extremeño. *Los extremeños se tocan...* ¡Qué estupidez! Como para quien escribía. La derecha.

ALFONSO. — ¡Calla! Seguí leyendo... ¿Os canso?

OLMOS. — Por favor...

ALFONSO. — «Los rebeldes son batidos en todos los frentes de combate...». ¡Y, toma!: «Nota de Gobernación. Nadie podrá ser detenido», etc. Bastaría para identificarse la cédula personal. Se me ocurrió:

—Soy abogado. ¡Mi carnet!

—¿A ver? ¡Y cómo no lo ha dicho! No tiene que temer nada, si no hay contra usted más que la diligencia de ese guardia. Uno puede leer *ABC* o *Mundo obrero*. Siempre que sean legales.

—¡Si es que este *ABC* es el republicano!

—Por eso.

Y torció una sonrisa. Tardé en comprender. Un día, a solas, en la cárcel, evocando la escena, vi la luz: les fastidiaba que leyese *ABC* «republicano». Quedaba en la Policía y en las fuerzas de Seguridad, avasallado por los de Asalto y los milicianos, mucho sentimiento de la derecha.

OLMOS. — Y sí que sería eso.

GABRIEL. — ¡Qué país!

ALFONSO. — Volvió el guardia, las orejas gachas. En el ateneo no se hallaba el firmante, pero le bronquearon por haber puesto en duda la soberanía de una orden de su célula.

—¡Por poco me dejan allí! ¡Valiente! —comentaba con el otro guardia, mientras me devolvían el aval; y, para mí solo—: Por esta vez...

OLMOS. — Yo el aval lo recibí en casa. Como tú. Vino un empleado de *El Socialista*. Al despedirle, se fijó en la puerta: el Corazón de Jesús:

—¡Por partida doble! —dijo, riéndose—. Ahora que, con esta carta del jefe, no hay cuidado. Además, están ustedes a un paso; en cualquier momento, no tienen más que llamar; desde el balcón mismo.

El aval era una carta breve y cordialísima de Prieto: me agradecía una felicitación y recordaba, eso es lo importante, mis servicios a la República en

Hacienda, cuando él ministro. La guardé como oro en paño. Luego, tuve que verle para lo de mi primo, el tío de tu mujer: ¡otra historia!

GABRIEL. — ¡Qué atroz injusticia!

OLMOS. — La guerra. Por eso, en las dos zonas, supongo, había que andarse con pies de plomo; hacer cosecha de carnets.

GABRIEL. — Yo tuve el de Milicias nacionales, la derecha derecha; y el *Seu*, que me lo proporcionó Berta. ¡Ah!, y de la compañía cómica de *Los Tarambas*... ¡Qué sé yo!

OLMOS. — Tú estabas en la edad. ¿Y Miaja? Miaja, hasta el del movimiento juvenil unificado. ¡A sus sesenta años!

ALFONSO. — Lo de los carnets se tomó peligroso. El partido comunista los facilitaba a pequeños comerciantes, a empleados, a los taxistas: quienes se protegían de la *Fai*. Había que ser hábil. Porque te pedían la documentación; y resulta que si era un grupo libertario y tú sacabas el carnet comunista, ¡ibas dado!

OLMOS. — Pues, eso.

LOS MISMOS

OLMOS. — Me pasaba las noches en vela, no me perdía escucha.

GABRIEL. — Y nosotros, radio Madrid. ¡Decías! A un forastero que se dejó el dial en Madrid, le previno el botones: que mirara lo que hacía, que en ese hotel había mucho emboscado, y por menos se le atrapaba a uno y le fusilaban.

OLMOS. — Aquí todo fue bien. Sólo un vecino, amigo de siempre, como de familia, que me armó un escándalo, con Jo arriesgado que eso era, porque yo, desde lo del Sagrado Corazón, y quité rápidamente la placa de la puerta, bueno me puse a limpiar papeles y se atascó la cañería.

GABRIEL. — Lo mismo que mi hermano, con los del bajo; tenían un jardinito y los quemaban; en casa no los podíamos quemar: no quedaba más que echarlos a la taza y tirar de la cadena. Pues, fíjate: habían sido correligionarios; el del bajo, al menos fue simpatizante. Los registros se hacían terribles. Y todo por la incultura de quienes registraban.

ALFONSO. — En uno, en otro sitio, idéntico.

OLMOS. — Y luego, lo que parecía complicarte, es lo que arreglaba las cosas. Se me presentó el tío de Zita. Le dijeron que se preparaba una expedición sobre Alcándara. Quería ir a toda costa; entrar con los voluntarios el primero en Alcándara.

ALFONSO. — Se respiraba optimismo. Hundidos los cuarteles; Alcalá; se tomó Guadalajara. Más: Albacete. Toledo, estaba el Alcázar, pero cercado. Y Oviedo, y el cuartel de Simancas en Gijón. Cercados. Los milicianos contenían el avance en la sierra. Cabía fantasear: ¡Extremadura!

OLMOS. — Entonces, subí a *El Socialista*. Pregunté:

—¿El compañero Leal?

Es quien me llevó a casa la carta de Prieto. Dije que era el vecino del 32, Monteleón, 32. Me atendió un compañero del compañero. Le entregué la nota: que Eusebio no iba a ir como soldado, a su edad. Porque a todo esto, él, se le metió entre ceja y ceja vestirse de miliciano. Salió don Indalecio en persona.

—Aquí está. —El carnet—. Y a ver si manda crónicas vivas y brillantes...

Resuelto: Eusebio, corresponsal de guerra. Andaría por los cincuenta; algún año menos.

—¡Chico! Ahí tienes lo que quieras...

Se enroló entusiasmado. Nunca le volví a ver.

GABRIEL. — Sí, le asesinaron en Alcándara.

OLMOS. — Yo lo supe por Prieto. El hombre mejor informado de la guerra; me recibió en su despacho del periódico. Iba muy poco por el periódico; se pasaba el día en Marina. A mí, me llamó al periódico. Me dio el pésame. Ha sido la última vez que lloré. No. No. La última, cuando se liberó Madrid.

—¿Por qué no se va usted de inspección a Iberia? —me propuso.

Sabía que mi mujer es de Iberia. Catalana, pero la conocí en Iberia. Todos los veranos, unos días en Iberia, por mi suegro. Ya os dije que, al final, arreglamos una casita, muy barata, carretera de Palomares.

ALFONSO. — Conozco el sitio. Frente a la hoz del río Seco. Delicioso. Es como el mar. Y como el fuego. Nunca se cansa uno de mirar el mar, el mismo y distinto. Ni te cansas de mirar el fuego. Pues igual, esa hoz.

OLMOS. — Perfecto. En las habitaciones del guarda, que instalaron luz y adecentaron en lo posible. Los muchachos lo pasaban muy bien. Te daba miedo las noches. Yo apenas me movía. Y mi suegro se negó a que siguiéramos en el hocino. No corrían tiempos para aquella soledad. Aunque había los vecinos de arriba, dueños de la casa toda, y que eran del gobierno.

GABRIEL. — ¡Nada! Eso no valía. ¡Y de noche!

OLMOS. — ¡Hombre! Recuerdo que me asomé, después de cena, al portal. No había otra luz: la bombillita del veraneante. Por la carretera, junto a la cerca de la finca, debía de ir un ciclista. Lo delataba el rojo del piloto: alrededor, todo a oscuras. Y le inspiré este berrido:

—¡Ahivá! ¡Y qué pedrá que tiene!

Otra noche se nos llevaron la cortina que hacía de toldo a la entrada. Dentro, pegada a la puerta, la cama de Lucas, el mayor. Eso de que se atrevieran hasta el portal mismo, a robar la cortina, me produjo escalofrío. Les oye Luquita, y sale: que le dan un leñazo.

GABRIEL. — ¡Huy, en aquellos momentos!

OLMOS. — Fuimos un día a la piscina, no piscina, una especie de zonche que llenaba el dueño de la casa y nos había incluido, de palabra, en el alquiler: podía uno, bueno darse un remojón, y los muchachos aprendían a nadar en esa caja de agua. Enfrente, donde está el seminario, se atropaban los curiosos. Hay como doscientos metros, y la finca alzaba un arriate denso y estirado. Se extasiaban de vernos en calzón.

ALFONSO. — Entonces, el año 36 no hubo Iberia.

OLMOS. — Mandamos a los niños. Los llevó Avelina, y regresó a Madrid; seguíamos a la espera: el embrollo de militares y revolucionarios no podía durar. Pero pasaban los días, el asunto iba a peor, el permiso de la oficina se me acababa... Es cuando me llamó Prieto.

ALFONSO. — Y te ofreció la inspección. Nada cómodo. Ponerse a fisgar, entre el enemigo.

OLMOS. — Mira; estuve otra vez a punto de echarme a llorar. ¡Qué tremenda mezcla de emociones! La muerte de Eusebio, la protección de Prieto a los míos, a mí, sin compromiso alguno... Nos trasladamos a casa de mi suegro.

ALFONSO. — ¿Dónde la tiene? O tenía...

OLMOS. — La tiene, la tenemos... Está en la calle de San Pedro, el cogollo de las dos hoces, en la cima. Es, como las de barrio antiguo, grande y apenas atendida. Se ve desde el patio, a un lado, el río Verde; el río Seco al otro lado. Por las noches, en la neblina de la junta de los dos ríos, como una vista del mar. Ceuta: eso me recordaba. Yo hice el servicio en Ceuta.

ALFONSO. — ¿Y no os molestó nadie? Digo, a tu suegro. Tú, de enviado oficial, a tus anchas.

OLMOS. — Eran los chicos; que allí, estupendamente. A mi suegro, jubilado, nadie le hacía caso; y hay que añadir, para bien, que le preocupaba el desenlace. Era republicano de los de Zorrilla, histórico. Le aterraba el salvajismo de aquellos días. Nunca se hizo ilusiones sobre el final:

—La guerra la ganan siempre los generales —decía.

Hablábamos ya convencidos de esa realidad: guerra. Se dedicó a salvar a todo perseguido, sin distinguos; en lo humanamente a su alcance. ¡Suerte!, no llegó a ver la paz. No. Murió... Enero de este año; agonizaba cuando la liberación de Barcelona. Su pensamiento ¡se le hacía tan contradictorio!: deseaba el final y, sin embargo..., desvariaba por un nuevo Bruch, o la resistencia de Barcelona. Una mañana, en Carretería...

ALFONSO. — Carretería es la calle de Alcalá, de Iberia. Allí, en las elecciones del 36, pegaron fuego al coche de Miguel Primo de Rivera.

OLMOS. — Pero ¡cómo te sabes Iberia!

ALFONSO. — Eso vino en los periódicos. Por lo demás, lo de tu suegro es lógico: un viejo liberal, en nuestras circunstancias, se hace de orden.

OLMOS. — Nada, nada de eso: le fastidiaban los sublevados. Los males que sufríamos los achacaba a quien desencadenó la guerra. Y en Iberia se vivieron escenas horribles.

ALFONSO. — Estás dándome la razón...

OLMOS. — Que no, hombre: que no conoces los pueblos. Unos vándalos. Eso es lo que son. Mira, en Carretería tendieron las imágenes, expoliadas las iglesias, y ya hay iglesias y conventos en Iberia. Un camión fue pasando por encima de aquellas obras devotas, y de arte, destrozándolas, entre el clamoreo de quienes lo presenciaban.

GABRIEL. — La persecución religiosa ha sido general. Claudel hizo una oda a los mártires de España. Le admiraba cómo sobre tantas muertes y torturas no se diese una sola apostasía. Por cierto, que tradujo esa oda, en Pamplona, un poeta primerísimo; Jorge Guillén.

ALFONSO. — ¿Guillén? Guillén... ¿No marchó al exilio? Valladolid le odiaba.

GABRIEL. — No lo sé. Catedrático, pues habrá tenido que irse. Tradujo, eso me consta, la *Oda a los mártires*. ¡Como que la tengo! La repartíamos en las misiones de la Sección Femenina.

OLMOS. — ¡La insensata confusión!: mi suegro en su delirio de un Bruch y anhelante del final. Nosotros, no voy a decir celebramos, pero ¡sí, celebramos! que el padre de Avelina no viera el hundimiento. ¡Y a saber cómo lo hubiera pasado un liberal! Ahí, donde en tiempos se predicó la guerra santa, y donde nació esta palabra: Cruzada.

ALFONSO. — Mi abuelo murió defendiendo a Iberia del asalto de los carlistas, en la tercera guerra, la del Norte, o si queréis, el tercer acto de la tragedia, no de España, como le matizaba a Berta, sino España, la tragedia llamada *España*, ya cuatro actos.

GABRIEL. — Es que el cura rural sirvió siglo y medio en la guerrilla, agente de la guerrilla. Y el pueblo se endemonia. Se han perdido el respeto. No hay un cura inteligente...

ALFONSO. — ¡Zambomba! Don Matías, el párroco de Centenera, tomó el tren de Salamanca. Iba yo a su lado. Cura él, yo de teniente. Se pusieron a mis

órdenes, y pidieron la documentación. Entonces, el cura sacó un cartón rojo con las cinco flechas, el carnet provisional de militante...

OLMOS. — ¡Anda! Y en la República, en un pueblo de Ciudad Leal, como luego la llamaron, vi a otro cura, un santo, que al buscarme, porque habíamos hablado de unas lecturas de infancia, un tomo de su librería, pequeña, removi6 un trabuco, no trabuco, un rev6lver de 6sos de tambor.

GABRIEL. — No hay cat6lico que en el fondo no sienta una punta de anticlericalismo. Yo lo atribuyo a la depauperaci6n cultural de la Iglesia. ¿A qui6n dan ense~anza las 6rdenes religiosas? Al hijo del pudiente. ¿Qui6n va a misa en el pueblo?: los cuatro ricos.

ALFONSO. — Exageras... He sido monaguillo.

GABRIEL. — Ya, ya se te nota.

ALFONSO. — Asistí en Centenera a las misiones. Dos frailes: uno, gordo y riente; adusto y flaco el otro. Predicaban. Y el pueblo, sí que les seguía. Y quería. No te vuelvas al siglo XIX.

GABRIEL. — ¡Bueno! Tú me dirás...

LAS MUJERES

AVELINA. — No: yo nací en Barcelona. Mi padre era funcionario de Correos. Venimos de Salamanca: los Bermejós, de Salamanca. Le ascendieron, le destinaron a Iberia. Vivía yo la vida de las muchachitas de Iberia. Teníamos una casa grande y vieja, en lo alto. Iba a las monjas:

—La catalana —me decían.

Primero, con menosprecio; ya moza, como si en ello hubiere un secreto atractivo.

CATALINA. —¿Y Zita?

AVELINA. — Nos tratamos poco. Zita es mucho más joven. Somos en realidad tía y sobrina; primas, pues que suena mejor: nos llamamos primas.

ZITA. — Avelina y papá eran primos segundos; o sea, Javier y Avelina son mis tíos.

AVELINA. — Y ahí lo tienes: Iberia nos salvó. Por supuesto, Prieto: su aprecio a mi marido; y el traslado: con mi padre. En Iberia no acabábamos de entrar: me llevaban a las monjas, pero ni mamá ni él iban a misa; era un liberalote. Como casi todos los de su Cuerpo.

BERTA. — Telégrafos, todavía más avanzados.

AVELINA. — Eso en la guerra nos avalaba. Y ¡vierais cómo sufrió! Porque no podía, no conseguía apenas nada, y lo quería todo, en favor de los acosados. Aquello se puso fatal. El gobernador, como si no existiera. Se confiaba a mi padre:

—Esto es el Rif; no hay carreteras, no hay teléfonos; no logro comunicar con los pueblos. La provincia está ocupada.

Anarquistas. Hacían lo que les daba la gana. Y ese gobernador sería el tercero o el cuarto de la guerra. Los anteriores habían dimitido, muertos de

miedo. Cuando venía a Madrid, Javier se lo contaba a Prieto:

—Dígame la verdad —le pedía Prieto.

La relación con Prieto no tiene misterio. Vivimos en Monteleón, 32, ya sabéis; los balcones dan a *El Socialista*, que tenía entrada por el bulevar, Carranza, 20, si no me equivoco. Prieto en mangas de camisa, por la Redacción.

ZITA. — Yo en tu casa me pasaba las horas al balcón, mirando. A veces se le oían unos tacos terribles. No debía ver bien: como si los párpados le pesaran.

AVELINA. — Pesarle, todo: era tan grueso como Javier. Al cabo de los años se encontraron en Hacienda. Se conocían de balcón a balcón, y se saludaban. Vino la República y Prieto se enteró de que Javier trabajaba en el ministerio.

—Somos vecinos. Somos del mismo partido...

Sí, el partido de los gordos. ¡Ay!, que Javier y bien sabe Dios cuánto hace por no engordar, pone sus ciento, corriditos.

CATALINA. — Es alto.

AVELINA. — Pero son 110 kilos... Tampoco yo voy a escandalizarme. Las catalanas somos así, un poco grandotas.

BERTA. — ¿No has dicho que de Salamanca?

AVELINA. — Mi padre. Mamá era catalana. De los Foix, con mucha buena sangre y blasones ganados al mar. Os la enseñaré si vais por casa; veréis los retratos, ¡qué buena moza! una belleza antigua, muy pagada de sus siete siglos de antepasados mediterráneos. No se relacionaba en Iberia. Sola. Mi padre echaba el día a la oficina y *La Concordia*. Les encrespaba su republicanismo.

CATALINA. — Como nosotros. Papá también. Y no se notaban el vivir sin ese reto a los señores del casino.

BERTA. — ¿Señores? ¡Ellos! Tu padre, ¡cuánto me acuerdo de él!

AVELINA. — Y el asunto es que se le estimaba. Digo por el mío. Todos. Y lo atribuían al liberalismo propio de Correos.

CATALINA. — No, no: creaban problema; ¡eso de ser el forastero! La formación para nosotros era esta sola norma: una obra buena, de corazón y de verdad, cada día.

AVELINA. — Ya ves...

BERTA. — ¿Cómo le conociste? Tu marido.

AVELINA. — ¡Iberia! Había ido en visita de inspección. Por eso Prieto le mandó de nuevo en la guerra a Iberia, Mi padre se mostraba muy abierto con el forastero. Tú lo has dicho: se sentían, ellos también, el forastero. Les presentaron en el casino. Le invitó a casa, y quedó en volver más despacio. Empezaba a gustarle Iberia.

ZITA. — Es que vuestra casa, ¡un museo!

AVELINA. — Cuatro cosas. Unos vestigios de Ampurias.

ZITA. — Y la biblioteca, un portento para esa ciudad.

AVELINA. — Bueno... Javier fue a la semana santa. Iba yo de mantilla y luto. Era la procesión del Miserere. Le conmovió. Muchísimo.

ZITA. — *Muchísimo*, dicen allá... Estremece. No es para contarlo. Se necesita, al menos ver, oír aquel aullido. Divino. Y estabas tú; no sólo el Miserere.

AVELINA. — Se quedó hasta la Pascua. El domingo, nos cruzábamos, nos mirábamos, en la calle. Me identificó luego en casa. La primera vez y como si no me hubiera visto. De manera que...

BERTA. — ¡La del Miserere!

AVELINA. — ¡Eso dijo! Y a mi padre, al despedirse, que no volvería. Que sólo volvería, si era a pedir la mano de su hija. Mi padre, estupefacto. Y ahí tienes: no se opuso.

CATALINA. — Ya en eso nos diferenciamos. El mío, ¡oh, qué resistencia! «¡Sois tan jóvenes!». Como si el noviazgo fuera exclusiva de la ancianidad...

AVELINA. — Lo nuestro, así de sencillo. Fulminante: para el otoño, nos casábamos y nos instalamos con la madre de Javier, impares de Monteleón, más arriba. Hasta que conseguimos nuestro piso. ¡Y a traer hijos! Tres hijos. Prieto, en la guerra, cuando le recibió, lo primero que hizo fue interesarse por su madre:

—¿Qué tal su señora madre?

¡Si le sabría de derechas!; su *señora* madre...

BERTA. — ¿Se manifestaba Prieto animoso en la guerra?

AVELINA. — ¿Prieto? Muy pesimista. Cuenta Javier que se arrellanaba en el sillón; y con la voz bajita y toda la dulzura posible:

—¡Estamos perdidos!

BERTA. — Y Javier, ¡qué compromiso! Porque no le iba a contradecir, ni alentar. Prieto sentía predilección por Iberia. Quizá el último mitin lo diera en Iberia. Una ciudad que también significó mucho para José Antonio.

AVELINA. — Prieto hizo los imposibles por salvar a José Antonio.

BERTA. — Lo creo. Si tarda unos meses el alzamiento, José Antonio y Prieto se entienden. Nosotros veíamos en Prieto un jefe ideal.

ZITA. — Lo mismo se piensa de José Antonio y Pestaña; le he oído a Gabriel.

BERTA. — Quien le atraía es Prieto. Y eso, que casi se pegaron en el Parlamento. Había nobleza en los dos. Se admiraban. Y se reconciliaron en seguida.

AVELINA. — Otro que fascinaba a Prieto es Yagüe. Sólo que cuando más le subía su estima, le venía a la memoria lo del tío Eusebio.

ZITA. — ¡No me lo recordéis!

AVELINA. — No: ¡que cómo es el mundo de complicado y pequeño! Intentó Prieto aproximarse a Yagüe en la guerra, avanzada la guerra, para una solución de compromiso.

CATALINA. — Algo inasequible. Lo expresó antes muy bien Berta: las provincias, empeñadas contra Madrid. Cada capital vivió su guerra; cada provincia. Y si era limítrofe con provincia de signo contrario, invadir al vecino, tanto mejor.

BERTA. — ¡Es verdad! ¡El gozo de la provincia cuando instalaban en ellas algún ministerio!

ZITA. — Eso decían. Y que si no se eligió a Sevilla capital de España, fue por no chocar con el virrey: Queipo.

BERTA. — ¡Ah!, pero con su radio aportó a la victoria casi como todos juntos. Queipo es que era el militar de viejo cuño. Se pronunció sin fuerzas, sin más que su ayudante: así tomó nada menos que a Sevilla.

CATALINA. — Quizá. No le tengo simpatía. ¡Esa ordinariez de su charlas! Y luego, un hombre esencialmente conspirador...

BERTA. — ¡Ya hoy, a sus años!

CATALINA. — Pues que se anden con cuidado. Y hablábamos de la provincia. Todas somos provincia. Yo, más allá de las provincias.

ZITA. — Eso, tú ¡una mujer del otro mundo!

CATALINA. — La gracia de mi suegro, cuando novios. Y Alonso, ¡tiene tan poco sentido del humor! Le enojaba muchísimo. ¡Cariño!

BERTA. — Me encanta oírtelo: ¡cariño! Lo que debe ser. Y a otra cosa.

CATALINA. — Pero, si yo... Tú nos conoces. ¿O tengo en la vida algo más que Alonso? ¡Vasca, que eres una vasca!

BERTA. — ¡Oh, y me pirra trepar año tras año el monte, y hace ya la tira que no asomo por allí! El cementerio de los ingleses... Urgull. ¡Hermosísima

tristeza!

ZITA. — Vasconia no es triste. Sí mi tierra.

BERTA. — A Diana se le va poniendo la cara de las mujeres de su tierra. La veis ahora menudita, fina; pero, con el tiempo...

ZITA. — Sí. Nací en un pueblito de La Coruña. Miño. O sea, Miño pueblo. Miño ría, frente por frente de Sada.

CATALINA. — Y ¿ellos?

ZITA. — Gabriel, Segura de la Sierra, esa Castilla de Andalucía: jaenero.

CATALINA. — Alonso...

ZITA. — Ya se sabe.

CATALINA. — «¡Yo soy Extremadura!», grita. Corazón de Extremadura.

AVELINA. — Estoy viendo que el único madrileño es Javier... Sí, el único.

BERTA. — Las provincias eran un jubileo por la caída de Madrid. O la resistencia de Madrid. Madrid: eso es todo. La guerra se llamaba Madrid.

AVELINA. — Por el Gobierno.

BERTA. — El Gobierno desapareció rápidamente de Madrid. No había más que Madrid. Lo demás, entretenimientos, maniobra, guerras provinciales, frentes secundarios; meses sin pegar un tiro ni mover una posición; hasta que los cambiaban, no fueran a entenderse.

CATALINA. — No lo han pasado del todo mal. Por lo menos, Alonso.

AVELINA. — Y vosotras. El servicio allí no faltaba; las que quisieras. ¿Aquí? La mía, que se había criado en casa, que pensaba salir en su traje de novia, de mi casa, me espetó:

—Señora: me voy. Yo, con el pueblo.

—¡Y que lo digas, hija!

¡Qué descanso el día de la liberación de Madrid! Como que se acabó la guerra.

ZITA. — ¡La maldita guerra!

HOMBRES — BERTA

ALFONSO. — Fue creciéndome un sentimiento: el sentimiento de la inseguridad. El aval debía canjearlo mediado agosto. Si acudo al amigo de Luis, verán que no soy quien lo sacó: César; gestión que no me apetecía, personalmente. Continuaba César en Madrid; si va César y le piden: fotografía, firma... Todo lo que concretase, invalidaba el carnet.

OLMOS. — ¡Y quién se arriesgaba a la calle, sin una garantía! Expuesto a otro control y quizá no de los guardias, sino grupos extremistas enemigos de la organización que expidiera ese aval. Vivíamos la caza del hombre.

ALFONSO. — La portera, una de esas noches, me habló de los *paseos*. ¿Paseo? Era la influencia del cine: dar el paseo, en Hollywood, valía por ser mandado uno al otro barrio. Al vecino le metieron en un automóvil; se lo llevaban a darle un paseo. A las afueras, le hicieron caminar unos pasos, de noche. Se detuvo: fue a encender un cigarrillo:

—¿A qué te paras?

—No me negaréis el último pitillo.

Ni eso: «¡Adelante!», conminaron; y le abatieron a tiros. Me dijo la portera.

OLMOS. — Madrid, ¡qué negros días!

GABRIEL. — ¿Sólo Madrid? Era juez de Alcándara don Camilo. Y ya lo he contado: el primero de agosto, dos falangistas entraron en el Ayuntamiento; detuvieron a un modestísimo funcionario. Le acusaban de haber hecho un plano para la revolución y toma de Alcándara. ¿Cabe cargo más estúpido? El funcionario apareció muerto en una cuneta, a la luz del día.

ALFONSO. — Sí; mi suegro trató de que la justicia interviniese: pasó el tanto al de Instrucción. Le destituyeron. Poco después, le encarcelaban;

aunque en seguida se le puso en libertad.

GABRIEL. — Lo malo es que don Camilo siguió clamando: en las calles, en el casino...

ALFONSO. — Eso es. Entonces le citó la policía. Le sospechaban masón. Salió de la comisaría, libre.

GABRIEL. — ¡Y continuó chillando!

ALFONSO. — Le volvieron a llamar:

—¿Es usted masón?

Ser, mi suegro es el carácter. Tuvo un golpe de efecto:

—Si lo soy, ¿usted cree que se lo diría?

Hasta que una noche fueron por él, le procesaron, y ahí le tenemos, de penal en penal, ya casi medio año de finalizada la guerra.

OLMOS. — Aquí, no pasa ¡bueno! de la primera...

GABRIEL. — Es un viejo republicano; su partido, el radical, acató el alzamiento y aun publicó el acuerdo patriótico de espontáneamente disolverse.

ALFONSO. — Éste le conoce; uno de los radicales, gobernador, exgobernador de Alcándara, negociaba entre la provincia y Portugal, yendo, viniendo, a la compra de armas. En una de esas aventuras sufrió un accidente: le afectó a la cabeza.

GABRIEL. — Una madrugada en Alcándara pusieron en libertad a los políticos significados. Les aguardaban a la puerta de la cárcel. Es una calle estrecha. Dispararon. Uno acertó a huir, se coló en una casa. Escapaba y le persiguieron de tejado en tejado, tiroteándole, hasta dar con él en tierra.

ALFONSO. — No, no: que no te lo figuras. Recorrían la provincia y se les condujo a la capital, tres muchachos de Madrid, de Misiones pedagógicas. Iban de escuela en escuela montando bibliotecas, hacían teatro, ofrecían recitales. Eran dos y la muchacha. Uno de ellos, casado con la muchacha. Les arrebataron los carnets y les obligaron a comérselos.

GABRIEL. — Espera: les salvó de mayores la Sección femenina. Además, no eran esposos. Lo fingieron por prudencia, ¡ellos allá!

ALFONSO. — Lo más leve, la purga. Allanaban una casa. Y en la propia casa o la calle o el cuartelillo, te metían entre pecho y espalda medio litro de ricino.

GABRIEL. — Otra muchacha, la subieron a la sierrilla y la dejaron desnuda en una vuelta de la carretera. Se llamaba Rebeca. Nacida en la Valí de Arán, y destinada en la oficina de colocación obrera, quizá la única mocita que

trabajaba fuera de su casa en Alcándara. Pero el nombre, Rebeca, bastó para el furor de los arcángeles: «¡Esa hebrea!»... Y había rodado por Alcándara un pintor alemán.

ALFONSO. — ¿Cómo?

GABRIEL. — Sí, uno de Alemania, huido, que vivía haciendo retratos de café en café.

ALFONSO. — ¡Qué dices! A mí me retrató un alemán, bohemio, alto y desgarbado, la noche del 21 de junio, menos de un mes del alzamiento, en *Gran Café*. Andaba como Charlot...

GABRIEL. — ¡Ése! Iba de mesa en mesa: un retrato, un duro. Le preguntaban. Tenía mano de pintor:

—¿Cómo se las apaña así, a lo vagabundo?

—¡Hitler! —sonreía.

Un atardecer de ese agosto lo descubrieron, asesinado, en el Paseo de los Álamos; recoleto, pero en la mismísima capital.

OLMOS. — ¡Concho! ¡Es que todo se lo cargáis al movimiento! Los militares.

GABRIEL. — En Alcándara, el Militar Retirado, a la cabeza de los jóvenes apostólicos destrozaban muestras y asaltaban los partidos ya disueltos, precintados los locales. Arrojan a la calle papeles y muebles. Esas pérdidas salvaron, gracias al celo de los fervorosos de Cristo, a un sinfín de personas: las fichadas en aquellos archivos.

ALFONSO. — Se consolaban: «¡La segunda vuelta! ¡Déjate que venga la segunda vuelta!».

GABRIEL. — Cesaron al Militar Retirado, en la jefatura de las Milicias patrióticas, y se lamentaba con don Camilo, ¿tú lo sabías?: largas parrafadas de casa a casa, vecinos como eran. Las críticas trascendieron. Les avisó Jesús, mi hermano. ¿Conspiraban?

ALFONSO. — ¡Hola! Trajo inmediatas consecuencias. Una de aquellas noches registraron en casa de mi suegro. Cargaban con libros malditos, como el diccionario de Alcalá-Zamora, español-francés, y que atribuían al expresidente de la República. Eran un sargento o brigada y dos números de la Guardia civil. A media mañana, volvieron. Ya tenían, ¡al señor juez!, entre rejas. Tenían, es un decir: lo tienen.

OLMOS. — Es que no me lo puedo ni creer...

GABRIEL. — ¡Los famosos; no se salvarán sino los famosos!, aseguraba aquel tonto. Agosto, y en la zona nacional, liquidaron a García Lorca. Nadie

es inmune a las guerras; mucho menos, en guerra civil.

ALFONSO. — Aquí, lo primero que uno hacía era vestirse de mono, sin corbata. Cuanto menos se representase, mejor.

OLMOS. — Sí, sí, pero hoy hace años y un día de los asesinatos de la Modelo. Tal anoche. Y se trataba de Melquíades Álvarez, y, bueno, Ruiz de Alda... ¡Tantos! La noche triste de Madrid. No sólo esa noche; la cárcel en mano de las bandas dos o tres días. Los arrastraban al patio. Igual que uno bramara o que suplicase, y los hubo que perdonaban o emplazaban o se defendían a puñetazo limpio, quizá provocativos de un más pronto asesinato.

GABRIEL. — Eso vino de la toma de Badajoz: las noticias que llegaban con los fugitivos de Badajoz.

BERTA. —... ¿Qué pasa? ¡Yo estuve en Badajoz! ¿No podéis ya dejarlo? Hurgar y hurgar en la herida...

OLMOS. — Di, ¿es cierto? ¿Fue lo que cuentan, Badajoz?

BERTA. — ¡Ay! Ni lo sé yo misma. Se me quedó muy adentro, como una pesadilla. Buscaba a Enrique. Era por la Asunción. Los habían atraillado y metido en la plaza de toros. Con sus espectadores y espectadoras. ¡Espectadoras!

GABRIEL. — Lo macabro. El frenesí de la muerte, ese recio gusto hispánico de la muerte. Los toros y la muerte. Y a cuidar la última compostura. ¡Viva la muerte!

BERTA. — Yo no lo vi. Sé que en Valladolid el capitán general dictó una nota, durísimo para las señoras que acudían a las ejecuciones. Aquella madrugada, por un permiso especial, que me costó lo mío, iba con una escolta de cadáver en cadáver. Era un lienzo de Goya. Había caído Badajoz, al asalto. Prosiguió la lucha, cuerpo a cuerpo, en las calles. Llegó la noche. ¿Cuándo empezó la represión?

GABRIEL. — El coronel, o teniente coronel, los arengaba: «Dicen que sois frailes. ¡Legionarios! ¡Entrad a darles misa!...». Sí, Javier, sí...

ALFONSO. — Es lógico: la guerra. Lo penoso es que luego vendría lo que vendría: esos cientos de milicianos y soldados, guardias, carabineros, fugitivos y devueltos por los portugueses. La hostilidad de Portugal y de África, la venganza de la historia, sobre Badajoz, que es África y es Portugal.

BERTA. — Se los veía en las posturas más extrañas: de a montón, las camisas chamuscadas, la sangre en los boquetes. De pie, contra la barrera; o junto a un burladero, plantados puño en alto. Un muchacho, con la cabeza rota; otro, abierto el pecho por los disparos. Boca arriba, en actitudes

grotescas, de la risa al llanto. Mutilados. Manos crispadas, mandíbulas colgando. Una cadenita al cuello. Doblados, cosidos a balazos. Mujeres en posición impúdica... Los recogían en angarillas, y al camión. Y otro camión...

OLMOS. — Berta, ¡como hay Dios! No eres tú quien lo dice, y yo eso ni lo escucho. ¿Y Enrique?

BERTA. — Me trasladé al depósito judicial. Mirando y mirando, a doble fila. Vestían muchos de azul... ¡Como yo misma!

GABRIEL. — ¡No llores! ¡Basta!

BERTA. — Insistía. ¡Enrique, Enrique! En mí, aquellos ojos desorbitadamente abiertos. Nunca se me desvanecerán esas imágenes. Me clavaban sus pupilas, muertas, y me desmayé. Más de una vez me desmayé. ¡Enrique!, insistía.

OLMOS. — Ahí empezó la guerra: Badajoz. Los horrores sin fin, la lucha sin fin. Derecho a Madrid el ejército expedicionario que suponía nuestra liberación.

GABRIEL. — Y la protagonista se erguía, ¡muda, no!, inmensa de alas, sobre la pávida faz de España. La protagonista, la muerte, llamando a los poetas. Alberti, excarcelado de Maltón; ¿conocéis estos versos?

*Los niños de Extremadura
van descalzos.
¿Quién les robó
los zapatos?*

Y Miguel Hernández, al extremeño de centeno. Miguel Hernández ahora preso en Ocaña, plañidero de Extremadura, de la yunta y el niño:

*Carne de yugo, ha nacido
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello...*

BERTA. — Acababa de regresar a la península; el tiempo justo para ir a Badajoz, aquella noche festera, por la Virgen, ansiosa yo de encontrar, vivo o

muerto, a Enrique. Aquello, fue superior al alivio del posible rescate de mi hermano.

GABRIEL. — Y resulta que Enrique había estado a verte, en julio. Consagrado a la limpieza de comunistas, el gobernador le puso en la raya de la provincia. Un día más, y no lo cuenta.

ALFONSO. — Ese gobernador, montañés... Me hablaron de él cuando las elecciones, yo para La Mota. Aguantaba lo poco, unos meses, que le permitieran su jubilación, o cesantía. El 19 de julio dejó hacer. ¿Lo detuvieron?

GABRIEL. — ¡Na! Cubrir el expediente. Frecuentaba la sociedad: los Triguera. Estaban en lo mismo.

BERTA. — Es que a mí se me dijo que Enrique participaba en una asamblea de legalización de los comunistas el 19 de julio, y que huyó por la carretera de La Roca. Pensé entonces: Badajoz... ¡Si!... Me llaman. Querrán ver la otra terraza. Os dejo.

GABRIEL. — Y por eso Berta, desde aquella noche, sin ni ella misma advertirlo, se trocaba en el ángel de Extremadura. Movida de su corazón bueno, y de la sacudida de tanto horror...

OLMOS. — ¡Horror, horror! Pero la diplomacia, la Iglesia: el silencio es unánime. ¡Palabra: me dejáis sin respiro! Voy yo también: me voy a ver qué hacen estas mujeres.

ALFONSO — GABRIEL — LUEGO, TODOS

ALFONSO. — ¡Cualquiera que nos oyese!

GABRIEL. — Ya: que somos rojos.

ALFONSO. — Bueno, pero es muy grave. Y por eso, cada dos por tres te aviso: que bajes la voz.

GABRIEL. — Entonces, sí que seríamos rojos...

ALFONSO. — ¿Qué pensará Olmos?

GABRIEL. — Pues, tú me dirás si no se adaptó él a todas las situaciones. Y Avelina, es que no se le cae Prieto de la boca. Berta, ahí la tienes: falangista de la primera hora.

ALFONSO. — Berta es una santa.

GABRIEL. — ¡Me lo descubrirás a mí!

ALFONSO. — Sí, Alcándara cainita. Sobre todo, fue injusto; encarnizadamente injusto. Alcándara estuvo por los militares el 19 de julio. No hubo oposición. Ni antes: nadie había hostigado, no diré ya agredido, a un cura, por ejemplo.

GABRIEL. — La guerra la movieron los privilegios, el temor a perder unos míseros privilegios. Y se trataba de imponerlos por el terror.

ALFONSO. — En Madrid era distinto: primero, una lucha cruenta; y además, la revolución. El Gobierno ya no existía. Carecían de ejército. Privaba la acción personal, las reacciones de grupo. Se condenaba en zona roja las escenas de inhumanidad; las aborrecía quien quiera que tuviese el menor mando político: un mando impotente para evitar la barbarie; amenazado en mil ocasiones por la propia barbarie.

GABRIEL. — La barbarie en la otra zona de Badajoz, eso es lo trágico, superó las represiones de la plaza de toros. Al hijo, niño, de un propietario, lo clavaron en la verja de picas del jardín, a la vista de la madre, martirizada, implorante; se habían llevado al padre: lo enterraron hasta el cuello y se entretuvieron tirando al blanco, a su cabeza.

ALFONSO. — Yo..., de salida me tocó un frente quieto. Paseaba las mañanas en una huerta, de mesas de piedra, de cuidados viales; se la apropió la plana, y yo era el mecanógrafo de la plana. No es que supiese escribir con los diez dedos. El comisario me eligió, en méritos de mi ortografía. Le irritaba la chacota de la división cuando recibían los partes, plagados de faltas.

GABRIEL. — ¡Fíjate! Y además, el inculto es implacable con las faltas de ortografía. A Valle-Inclán se le acercaba un cajista, cuartilla en mano:

—Don Ramón: que ha puesto usted ermita con hache.

—Eza ez la ezpadaña —ceceaba.

ALFONSO. — Antes de llegar las tropas, en ese pueblo, medio manchego, hubo represalias de una delicadeza atroz. Las relatava minucioso un pintor, pintor de brocha gorda, compañero de aquellas jornadas de miliciano. Los ricos traían exasperado al pueblo. Localizaron en Madrid a muchos de ellos y los metieron en la cárcel, de partido, muy moderna.

GABRIEL. — Sería Victoria Kent: una de esas mujeres tipo Concepción Arenal. Lástima, que duró poquísimo.

ALFONSO. — Atiende. No tan poco. El pintor me contó que se hallaba de guardia, pero no podía hacer nada. Lo supo y le mandaron callar. Sopesaría también lo que significaba no hacer caso; por contento se dio de que no le callaran de otra manera.

GABRIEL. — Tal vez no fuera el único testigo. Y, si podían confiar...

ALFONSO. — No, que le cargaba la conciencia y se me confesó. Las tardes de visita a los presos, las mujeres acudían en cuadrilla. Todos en una relativamente grande habitación, las dejaban allí media hora.

GABRIEL. — Y se daban el lote.

ALFONSO. — Supongo. Y que nadie atendería, agarrado a su pareja. Consentían la entrada a las esposas de los detenidos. Cambiaron de mandos y aquellas visitas a cuerpo limpio se acabaron. Pues, no te diré funcionarios; reglamentistas, de la capital. Desde entonces, al locutorio. La reja daba a los interiores de la cárcel y, por fuera, un pasillo corto y ancho, a la parte de oficinas... ¡Chist!

GABRIEL. — No oyen. Andan curioseando. Las oímos; por eso, no nos oyen.

ALFONSO. — Es que, entre las de aquella tarde, había una señora muy vistosa. El vigilante la dejó más tiempo que a las otras. Y te dije que las visitas se colectivizaron, como antes, pero en el locutorio; lo que daba de sí el locutorio, espacioso. Se quedó sola, con el marido enfrente, la reja al medio; reja y alambreira. El vigilante se paseaba por detrás. La señora había vuelto más de una vez la cabeza y le sonreía, agradecida. ¿Me hago entender?

GABRIEL. — Perfectamente.

ALFONSO. — La puerta. Un espacio ancho y estirado. De frente, la reja y alambrada. El preso, al otro lado de la reja. La visita, en el local que te digo. Y el vigilante, que se paseaba. El marido mostraba su contento de que les permitiese un rato solos. Solos de las otras visitas. Y aunque a través de la reja, se amartelarían. Sospechaba el pintor.

GABRIEL. — Pero está la alambrada...

ALFONSO. — ¡Hombre, no sé! El vigilante era un gañán, emboscado.

GABRIEL. — Y a lo mejor, del pueblo.

ALFONSO. — O de algún vecino pueblo. De repente, que es a lo que iba, el vigilante rodeó a la jaquetona. El marido gritó. Acudieron otros dos vigilantes y vieron la escena; ella se había dado la vuelta y el gañán la abrazaba y besaba. Forcejeaba la mujer. Entonces los otros dos le ayudaron. Uno, echó la llave a la puerta. Y entre los tres la desnudaron ante los ojos del marido.

GABRIEL. — ¡Hijos de perra!

ALFONSO. — Que no se atrevió a seguir gritando y cayó de rodillas y se puso a rezar. La echaron al suelo y uno tras otro fueron forzándola. Y vuelta a empezar. Parece que de momento perdió el sentido. Al final, me contaba casi a voces el pintor, jocundo, rugía. Le dijeron que rugía. Hasta que al marido se le contagió el gozo y farfullaba:

—¡Putá, putá!

GABRIEL. — Increíble. Digo increíble, y no. Así es la guerra. Lo inicuo de la guerra.

ALFONSO. — ¡Ya ves! La escena se repitió con algunas otras esposas. Las que apetecían. O de maridos a quien se quería infligir esa ofensa y humillarles. Y no por eso cesaban las visitas.

GABRIEL. — ¿Y ellos?

ALFONSO. — Sólo se sabe de uno que se negó al locutorio. Los vigilantes tendieron una colchoneta, para más regalo... Al fin, llegaron las tropas.

Liberaron a los presos. No hubo ningún Otelo en aquel pueblo. Algunos fueron de nuevo detenidos y conducidos a otra provincia. Algunos se quedaron por el camino... ¡Silencio! Aquí están.

AVELINA. —... Lindísima. ¡Hija, una casa de cine!

CATALINA. — Ahí, el servicio: cocina y ducha y dormitorio de servicio. Un pisito, sí, confortable. Y estamos, como ves, a la mano izquierda entrando, en el salón.

OLMOS. — No, y la biblioteca, los cuadros... ¡Un piano!

CATALINA. — La ventaja, que no hay vecinos. Puedes darle al piano.

ZITA. — ¡Si tardan en alquilarse!

CATALINA. — Tampoco es que te guste vivir tan sola. Sí que regresarán los niños. ¡Tengo unas ganas! Por otro lado, lo pasan muy bien ahora, en la sierra. Este sofoco de Madrid...

ZITA. — Si aquí es como estar en jardín propio...

CATALINA. — Queda un poco a trasmano. Hay el tranvía, el 35.

AVELINA. — Ese cogimos, ¿no, Javier?

CATALINA. — Luego, a la noche, si vais en la jardinera, toparéis con un ciego, a la guitarra, alegrando el viaje.

OLMOS. — ¡Pena de ermita!

BERTA. — La reconstruirán. Ya me ocupo. Regiones devastadas. Es una joya. Y es la ermita de la tierra: Virgen del Puerto. El Puerto de Plasencia, ya se dijo.

ZITA. — Y ¡qué parque! O sea: el Moro, la Vega... Allá la sierra, a la vista el río.

OLMOS. — Una canalización, bueno del año 11. Estará así como en el año 11.

ZITA. — Pero no deja de ser río. Y para extremeños como Alonso, en el camino de Extremadura.

ALFONSO. — Eso es verdad. Sin embargo, prefiero la otra terraza.

AVELINA. — La hemos visto.

ALFONSO. — La fachada poniente de Madrid: San Francisco, las Vistillas... La piedra blanca de Colmenar y los desmontes. ¡Todo! El palacio en el campo. Y los chapiteles, tan madrileños, de Ventura Rodríguez. Sólo echo en falta a los niños.

CATALINA. — Mira, la nena, que tiene entonces tres años, dice:

—*Ero el camadora.*

Sí, la que hace las camas. El niño es menor. Y de una fantasía... La niña, otra vez:

—Soy la *pintera*. Ya lo *sabas*.

Eso de jugar el quién es, se le da al niño. No, no me derrito: es que se le da. Se sienta en la escalerita de la biblioteca, allá en La Mota, os hacéis cargo, cuatro libros, y dice:

—Soy un viejecito.

Un día se me escapó. En casa de doña Dolores, Berta la conoce, se fue a una pecera que miman las muchachas, las hijas de doña Dolores, y al rato se me presenta con un pez en la mano, muerto. Lo cogió; el pez fuera del agua se ahogó, naturalmente; y se lo trajo:

—Mira: se ha parado.

AVELINA. — Es como el mediano de los míos, que mató a un conejito, de jaula, y se me vino corriendo:

—¡Mamá, mamá! Perro roto...

En los días de Iberia. Y Luki, allá por sus cinco años, va y me dice:

—Porque yo soy el mayor, ¿sabes?... Menos mal que hemos tenido un mayor, que si no... Montse empuja a Tanito y lo cae, fíjate.

Estoy contenta del mayor. Una mañana:

—¿Con qué te has soñado?

—Con Dios.

Daos cuenta. ¡Los niños! O se pone a pintar, y me previene:

—Pinto este cohete, pequeño, porque está muy lejos.

OLMOS. — Sí es listo. Le preocupa saber a qué estamos. Y, bueno coge el calendario; ahí viene todo el mes. Corre a mi despacho, a un reloj de mesa que trae los días, se vuelve y pone el dedo en la fecha, ¡a tantos!, del almanaque.

BERTA. — A esa edad, una delicia. Les da por indagar y te enloquecen.

AVELINA. — Luki tuvo temporadas agobiantes. Lo preguntaba todo. Oye, cuestiones así:

—¿De qué color...?

Eso: de qué color es el ahorro, y de qué color la carcoma. Y Segovia, y la ira, y Portugal... Tres años. La nena, a esos mismos tres años, fabulaba:

—En mi pueblo... Tengo un reloj por fuera. Dentro, una puerta verde. Y un pozo. Hay palomas. Una paloma muy pequeña: así. Y una ratita.

Cuando mi padre salía con el mayor:

—¡Vamos! ¡Engaña!a!

A la hermanita; que se quedaba llorando porque no se la llevaban.

CATALINA. — ¡Ah! Venía a casa el practicante, cariñosísimo con los niños. Y el mocoso entonces se pegaba a mi falda; apremiaba:

—¡Escóndeme, escóndeme!

GABRIEL. — Lo escribo. Para un cuento.

CATALINA. — Pues, para otro. Dice:

—Mamá: ¿es hoy luna llena o es luna vacía?

CATALINA — ALFONSO — GABRIEL

CATALINA. — Sí, sí: vamos a verlo.

ALFONSO. — Ésta les enseña hasta el cuarto de baño. Y lo pasmoso, Olmos. Tan feliz, de habitación en habitación.

GABRIEL. — ¿Has sabido algo? Jimena...

ALFONSO. — ¡Jimena! Era también agosto; primer agosto en guerra. Me quedé sin dinero. Me defendía, por los comedores; se me hacía violento seguir, sin darle nada a la portera. Me humillaba. Y sabe Dios que se portó ejemplarmente.

GABRIEL. — También andaría allá con allá.

ALFONSO. — Madrid, de momento no se escaseaba. El problema es muy sencillo: no cobraba; mal podría pagar. Me gasté las últimas en los encargos: lo que llevaría en agosto de vacaciones, al reunimos en Alcándara: una falda para Catalina...

GABRIEL. — ¡Olé! Y los niños.

ALFONSO. — Por cierto: no conoce uno a su mujer, el cuerpo de su mujer; te das cuenta si comparas, cuando vuelves a ella después de estar con otra. Pero así, de repente, sin más... Y te decía: pues que me voy a una tienda de modas; pido una falda:

—La del escaparate.

Y ahora viene: ¿le quedará estrecha, larga? Ignoro sus medidas. Pongo la falda sobre mí mismo y no me hago idea. Me da que el vendedor es un poco marica; se mueve ante mí con maneras muy distinguidas. Pago y me llevo la pieza. Ya se verá.

GABRIEL. — ¡Es posible! Debe de ser así.

ALFONSO. — Lo de los niños y entonces vino en mi ayuda. Soltera, entendía de niños. Como toda mujer. Compramos unos vestiditos de lunares, percal, baratos, muy monos. Cuando al cabo del tiempo llegaron a Alcándara, perfectos: ni a la medida. Y me sirvieron de avales: la más creíble de las pruebas; ese detalle, al registrarme, les convenció:

—Éste se pasaba, no hay duda —dijo el capitán Martínez, una acémila, padre de un teniente coronel de Ingenieros: ¡échale!

GABRIEL. — Y, Jimena...

ALFONSO. — Escucha. Si vienen, cambio... Entró en el bufete; anochecía; estaba yo solo: comía radio. Luego, montaron una emisora, poderosísima, en Burgos; unas instalaciones alemanas.

GABRIEL. — Sí, hombre: Antonio Tovar. El autor de un librito que se llama *El Vidente*. No Antonio Tovar; ese libro lo escribe Giménez Caballero, y lo que relata es un viaje, al término de la guerra o poco antes. Le acompaña a Don Benito Antonio Tovar, que ampliaba estudios por la Institución Libre en Alemania y había sido, o lo era, subsecretario. Muy falangista. Le hicieron director de Radio Nacional.

ALFONSO. — No le conozco... No tenía yo noticias de Catalina ni de la familia de Catalina. Jimena me llevó a su hospedaje: *Viajeros Alcorcón*; y que no se me ha ocurrido, ¡pues mira!, si continúa o si cerraron. En la plaza del Ángel.

GABRIEL. — Ahí arriba.

ALFONSO. — No. Eso es Puerta del Ángel. Digo plaza, la Plaza del Ángel. Desde el balcón de Jimena se veía, Espoz y Mina abajo, derecho, la Puerta del Sol.

GABRIEL. — Oye, ¿y cómo vivía de pensión? En guerra.

ALFONSO. — Por eso. Le agobiaba el mercado, las dificultades. Sin servicio. Le deprimía la soledad. Se fue a esa pensión. Inmensa, una segunda planta inmensa. ¡Prohibidos los bultos en el ascensor! No hice caso, pero el niño del portero cortó la corriente y hube de echarme la maleta al hombro y subir a pie. Me sorprendió ese gesto, rápido y eficaz, del chiquillo. Una inteligencia precoz: inclemente.

—¡Que se jorobe el señor!

Decía esa pequeña mente encerrada, el niño de la portería.

GABRIEL. — ¿Ibas ya con Jimena?

ALFONSO. — Me esperaba. Consiguió otra habitación, contigua. Vivimos casi todo el mes juntos. El siete, que es mi cumpleaños, me regaló, pues *La*

cartuja de Parma, un libro que va siempre conmigo. Nadie como Stendhal ha narrado una batalla: la batalla de Waterloo. Me lo compró por eso. Yo le había dicho que, de colegial, en casa me lucían relatando el Waterloo de *Los miserables*. Brunete, lo viví como sobre el cañamazo de esas otras páginas.

GABRIEL. — ¿Teníais ya relaciones?

ALFONSO. — Ninguna. Acudíamos, empezamos a ir, a un café de la calle de Zaragoza. Una noche, en su cuarto, me enseñaba unas postales. Gritaron en el pasillo; fue la llamada del pavor. Se me abrazó. Uno, que le dio la epilepsia. Ya desde entonces me quedé: una entrega serena; dudo que ella gozara. No desesperó. Al amanecer, volvíamos a querernos y yo me pasaba a mi habitación. No hablamos de amor, nunca. Nos servían el desayuno entre ocho y nueve: un cuenco de plata y leche en polvo. Era pensión entonada; realmente parva: sopa de hierbas a mediodía y el panecillo, un puño de maíz; un pescadito. Muy gratas las habitaciones.

GABRIEL. — ¡Qué cosas, la guerra! Porque dices: nunca hablamos de amor. ¡Lo hacíais!

ALFONSO. — Nos juntábamos, nos apretaban la miseria y el temor. Una mañana, con mi desayuno venía una esquelita: Jimena acababa de escapar. No me anticipó su propósito. Recordábamos mucho, con emocionada estima, a su padre. Le sabía en Santander. Nos preocupaba. En la escuela decía que se refugiaba en una embajada y que, a las primeras, marcharía con sus padres. A la madre, doña Cristina, yo no la vi nunca.

GABRIEL. — Qué embajada, misterio. La guerra: es evidente.

ALFONSO. — ¡Ah! Me revelaba dónde, en qué libro tenía su padre unos dineros y cómo le agradaría que los aceptase: ese dinero, al final, no valdría nada. Finísima. Inteligente. No indagué; ¡Francia, qué otra embajada! Ni me lo habrían confirmado así como así.

GABRIEL. — ¿Y *el* dinero? ¡Una mujer, y que está en todo! Toda mujer, ¿eh? En todo.

ALFONSO. — Cabal. Tomo II, volumen 2.º, del Enneccerus, libro esencialísimo: Enneccerus-Kipp-Wolff, versión castellana todavía incompleta. Quizá se incorpore Castán. Ahí, páginas 300-301, veinte billetes de mil pesetas: un capitalito. Tomaba un billete y me las veía y deseaba para cambiarlo: la suspicacia. Anotaba en un tarjetón cada billete y la fecha.

GABRIEL. — En definitiva, no cobrabas. No tendrías, a veces, ni esperanza de cobrar. Te pertenecía.

ALFONSO. — Sí. Debía además la pensión de Jimena y la mía propia. Aquel día mismo pagué: no provocar recelos. Eso me decidió. Luego, te

acostumbras.

GABRIEL. — No te ibas a hacer mala conciencia.

ALFONSO. — Las circunstancias no me lo permitirían. Mi soledad, ahora absoluta, me desmoronaba. Torné a mis costumbres: el comedor de guerra; especie de cuartel, sin armas, y donde unos boletos te conseguían el poquito de rancho. Allí traté a un matemático y a un medio médico —el matemático, primerísimo—, que iban como a la deriva.

GABRIEL. — ¡Aquello sí que es Madrid! Ni de unos ni de otros. ¿Y no os detenían, no os pasó nunca nada?

ALFONSO. — ¿Te parece poco? Por la noche, me recogía en el bufete. Empecé entonces, sin ella, a enamorarme de Jimena; horas evocándola... ¿Eve? ¿Se hallarían en Francia? Podrían averiguar, hablarme de Jimena. Busqué a Eve. ¡Todavía en Madrid!

GABRIEL. — ¡Ese cuadrito! Ya me contaste. Ese cuadrito...

ALFONSO. — Sin marco, mis poquísimos recuerdos, los vestidillos para Catalina y los muchachos, todo, a la maleta: dispuesto. ¿A qué? ¿Crearás que a Eve no le pareció ni medio bien el asunto Jimena?

—Tú allá. Eres grandecito. Pero yo no haría traiciones como ésa; la traición gratuita: a Catalina, cuando la guerra os impide el contacto y aun el saber si uno vive, si está libre, si los niños...

—¡Calla!

—Y a Galiano. ¿Cómo has podido portarte así con el profesor?

César, hábil, cortó aquella tensión, no ya incómoda, límite. Se iban, sí. Me sugirió César unas letras para Catalina. Las harían llegar. Me enseñó:

—Escribe con esa tinta, aquí, este cartoncito.

Una postal. Tinta china. Puse cuatro líneas, unos cariños, aún violento por Eve. La farsa, que contemplaba Eve. Apenas secas, César las recubrió de temple.

—Y ahora... —mostró cómo eliminando el temple resaltaba, tal un palimpsesto, lo escrito.

GABRIEL. — Hay cien maneras de comunicarse. ¡Lo que aguza el ingenio!

ALFONSO. — Me tendió otra postal. En la mitad, dedicada a texto, una frase. Don Camilo entendería. No reparé en la posibilidad de la censura por lo críptico de la frase. Ni conté con que don Camilo pudiese no hallarse libre, no existir. Y al dorso, bajo lo pintado, porque ese texto Eve lo ocultaría con un dibujo al temple, para los niños, les anunciaba mi propósito: pasarme.

GABRIEL. — ¡Eve! En definitiva, nadie te abandonaba. Ni te condenaban a los infiernos de Dante.

ALFONSO. — Lo admito; al terminar, parecía olvidada del episodio. Y hasta contenta. Echarían la tarjeta en Francia. ¿Quién se iba a figurar en esa pintura un mensaje?

GABRIEL. — ¡Las mujeres! No hay lógica en la mujer; no hay consecuencia.

ALFONSO. — ¿Le animó mi decisión?: el frente. ¿Lo tuvo por pena adecuada, propósito de enmienda? ¿Tanto le desvelaría la felicidad de su hermana? No se llevaron nunca. A don Joaquín no lo conocía. Ni a Jimena. ¡Incomprensiones del corazón! Como tú dices.

GABRIEL. — El corazón femenino. ¡Ascuas! Diana me descubre que su prima es celosísima. Tan guapa... Guapetona: eso. Y que hartos de escenas, Javier se quita el cinturón y la zurra. ¡El cinturón, date cuenta! Y ella entonces le adora; y perdona. Avelina ¡tú!, hermosura de mujer...

ALFONSO. — No lo creerás: me daba que ese matrimonio es algo raro.

GABRIEL. — Raro... Lo que me preocupa es Diana. La noto nerviosísima. Lo del tío, el no haber tenido hijos... ¡Se ha hecho supersticiosa! Pero no al modo alegre, de mi tierra. No: supersticiosa gallega: de meigas, y compañías, y ataúdes... Terrorífico. Y que nos hace sufrir.

ALFONSO. — ¡Cuidado!

GABRIEL. — ¿Vuelven?

ALFONSO. — Sí, es lo que te decía: ahí, en ese parque...

CATALINA. —... ¡Ajá! ¿Qué parque?

HOMBRES

ALFONSO. — Estamos en el aniversario: 27 de agosto. Casi; hoy, 23. Esa fecha, el 27, ¿qué me decía? En La Fuente celebraban la víspera de San Agustín. Madrid, 1936... Aquella madrugada, un avión bombardeó Cibeles.

OLMOS. — ¡Ya lo creo! Los jardines del ministerio de la Guerra, el patio. Era jueves.

ALFONSO. — A media mañana acudí al entierro de mi avalista, Meléndez, el camarada de Luis. Regresaba Meléndez de Toledo, los asaltos contra el Alcázar de Toledo, y ametrallaron su automóvil. El aval en mi bolsillo, podría ya canjearlo por un carnet: libertario.

GABRIEL. — ¡Bravo! Te va.

ALFONSO. — Y, sin embargo... Lo que deseaba es abandonar Madrid. No por miedo a Madrid. ¿En qué otro rincón de aquel campo de muerte, España entera, sentía uno seguridad? No, lo que yo pretendía, pasarme: Catalina y los niños y don Camilo y los amigos de La Mota. Aguardar allí el final.

OLMOS. — El avión que esa madrugada bombardeara el palacio de Buenavista, fue abatido, bueno en Peña Grande. Yo venía de Iberia; la familia en Iberia, yo en Madrid.

ALFONSO. — Me enteré en el entierro. Hablé con mucho cenetista. Les mostré el aval. No me favorecía. Uno de los suyos, ¿necesitaría de aval?

—Guárdate eso.

Hasta que se me ocurrió justificarlo como defensa de Galiano, el bufete de Galiano, temeroso de los comunistas. A mediodía llegaba el primer embajador de Rusia. No podían ver a los comunistas. En medio de aquel espectáculo, mortuorio, corría la sorna:

—¿Vas a ir a lo de Mangada?

GABRIEL. — La muerte no debe existir para el anarquista. Ni para el católico.

ALFONSO. — Pero lo de Mangada, la coronación de Mangada...

OLMOS. — ¡Un chalao!

ALFONSO. — Sí. La columna de Navalperal en que Mangada zurró a las fuerzas de un hombre al que allí se le pintaba de siniestro...

GABRIEL. — ¡Otro! El Mangada azul. Con poderes secretos de escalofrío, en Salamanca.

OLMOS. — Tiene razón Alonso. Mangada era popularísimo. Le adoraban en su barrio, y le entregaron, ¡hala!, el fajín de general.

ALFONSO. — Concreté. Quedamos en que tras el funeral, un camarada me acompañaría y se me daba el carnet. La guerra no iba de lo mejor: rondaban ya los moros a Oropesa, tres horas de Madrid:

—Inglaterra lo mismo que Italia, Francia lo mismo que Alemania; uniéndose para atamos las manos. Porque eso es el Comité de no intervención.

OLMOS. — Tampoco dentro les favorecía sus posiciones: Cataluña a salvo; parte de Aragón. Barcelona, sindicalista; y las cooperativas expandidas por Aragón.

ALFONSO. — Se me dijo que en Extremadura una columna de valencianos tomaba pueblo tras pueblo: *La columna fantasma*. ¡Concho!

OLMOS. — Valencia, bueno se torcía un poco hacia la *Ceneté*.

ALFONSO. — El que me hablaba, tomó el nombre de guerra de Buenaventura. Es un modo de honrar al héroe: Buenaventura Durruti.

OLMOS. — En agosto, ¿había muerto Durruti?

ALFONSO. — No. Yo no lo cito por el nombre del mártir. Sino el héroe. Y me anticipó lo que después vi en los periódicos: que efectivamente habían ocupado parte de Extremadura.

GABRIEL. — ¡Qué disparate! Jamás, y te lo firma no un fanático: ¿ocupar? Ni la más mínima porción de Extremadura.

ALFONSO. — ¡Sí! Tomaron un pueblo. El pregonero lo cantaba de calle en calle. Valdelacasa, Villar del Pedroso, Carrascalejo. Entre la Jara y el río: Carrascalejo de la Jara, Valdelacasa de Tajo. Las operaciones principiaron el 25, al atardecer; aquella misma noche, la incursión; y con la amanecida, el asalto. Más: el comandante cayó herido frente al ayuntamiento. *Los chacales* entraron en Villar.

GABRIEL. — ¡Primera noticia! Allí, ni idea: *La columna fantasma*, *Los chacales...* ¡Toma tomate!

ALFONSO. — Teñía una punta de romanticismo aquellas horas. Y os lo confieso: me enorgulleció, me sentí cuñado de Luis Peña. Y extremeñísimo. Me aleccionaron: que me negase a todo registro del despacho y a cualquier tentativa comunista o propósito de mi detención. No se podían ver. No les perdonaban, ni se hallaban dispuestos a una repetición, las depuraciones de Rusia.

—Nosotros no hacemos la guerra por la guerra. Luchamos para implantar el sindicalismo ibérico.

Y se me entregó el carnet. Me alejé con una ilusión creciente: incorporarme a *La columna fantasma*, Extremadura... Llegué, abstraído, al despacho. En la puerta, ¡Martín!

—Nada, hombre. Que acordándome, acordándome, pues me voy a ver si le veo. ¿De quién eres?

—De los tuyos... Mira, Martín; yo he hecho algunos servicios; lo que ahora hay que hacer es la guerra. Y yo, a Extremadura. Es la única tierra que tengo.

—No te me pases... ¡Anda!

Me dejó sin respuesta. Agregó:

—¡Anda! Y no te preocupes. Eres más desgraciado que yo.

GABRIEL. — La inaudita sagacidad del pueblo.

ALFONSO. — Como que ni reaccioné. Aunque me irritó muchísimo el tuteo. Cosa nada nueva. Empezó por el hijo de la portera. ¡De qué modo me fastidió! Aquel tipo...

OLMOS. — Estaba a la orden del día.

ALFONSO. — Me acompañó Martín al enganche. Recordaba yo, a solas, que mi padre hizo la campaña de Cuba: guerra civil. Y mi abuelo dio su vida en la defensa de Iberia: ¿lo sabías, Javier?

OLMOS. — Hace un rato. En la carlistada, ¿por el setenta?

ALFONSO. — Aquella ciudad, aquel asedio: guerra civil. Y echaba mis cuentas; ¿lucharía al pierde? ¿Sería digno decirse: ni los unos ni los otros? En armas, pero en soledad. Ese centinela del cuadrado de Eve. Me lo llevaría: conmigo hasta el final. O la consumación de la guerra.

GABRIEL. — Tú ibas a pasarte.

ALFONSO. — Sí. También, iba a la guerra. No lo sabe uno. Lo que se dice saber, en esas circunstancias no se sabe. Tomé el tren muy de mañana. Un inacabable rodeo por Ciudad Real.

OLMOS. — Ciudad Leal.

ALFONSO. — ¡Ah, claro! Y el tren, todo tercera, abarrotadísimo. Asfixiaban las horas de siesta en el corazón de La Mancha. En una de las mil paradas, me tropecé a una pareja que allí mismo, indiferentes a la muchedumbre en compartimientos, pasillos, jardineras, se hacían el amor.

GABRIEL. — Alonso: el calor es impúdico. El hombre se quita la chaqueta, se quita la corbata. La mujer...

ALFONSO. — Me habían dado una bolsa de viaje. Habría de almorzar, y aun cenar, antes de mi destino. Iba de mono azul. Única joya, ese cuadro entre cartones en el macuto. Y los vestiditos que, ¡cómo llegarían!, ¿y llegarían?, para Catalina, la falda de Catalina y lo de los niños. ¡Brava impedimenta! El tren se detuvo al paso de un túnel. Nos eternizaba las horas la tiniebla.

OLMOS. — Algún bombardero.

ALFONSO. — Las horas muertas. Cuando seguimos, temías que no se acabara nunca el túnel. Era de noche. No encendió las luces el tren.

OLMOS. — El bombardero.

ALFONSO. — O que llegábamos al frente. Porque bajé en medio del campo, entre dos estaciones, y nos aguardaban los transportes de la división. En una palabra: llegué a la Jara a mediodía del 29. La Estrella nos acogió festivamente. Fui destinado a la plana del batallón: necesitaban un mecanógrafo, os lo dije. Tres días de ruta y yo debía de tener cara de miliciano, pero en fino: a la plana.

GABRIEL. — A mí, sí, me has contado lo de la ortografía. ¡Qué jocoso! En la plenitud de la catástrofe, los pudores del mando; no redactar el parte con faltas de ortografía...

ALFONSO. — Yo, contentísimo. Por la tarde, a los entreluces, conocí a un tipo muy divertido, solo, sentado bajo el parral que aportalaba la casa de Aurelio: una taberna.

—¡Siéntate, coño! Y que para eso eres novato: te pagas un ron.

Lo bebíamos a secas. Se llamaba —es el de la cárcel de las violaciones; se lo conté a Gabriel— Valeriano; y como de Chamberí:

—Vale. Llámame Vale.

Copa a copa, un dedal aquellas copas, de ron negro Jamaica, nos tirábamos en la taberna, vacía casi siempre, desde la caída de la tarde, en que se cenaba, hasta medianoche. El frente, parado. No había toque de silencio. Traía en su maleta:

—¿Ves? Un kilo de bicarbonato.

En papel de estraza. Y novelas de Pitigrilli. Nos salíamos por tangos; alguna que otra musiquilla, ligera, de Madrid. Dormíamos en la iglesia, la sacristía, bajas ambos de guardia y de servicio, adscritos a la plana.

OLMOS. — ¿También mecanógrafo?

ALFONSO. — Lo empleaban para croquis. Tan diestro en el dibujo como yo de máquina de escribir: cero. El comisario de la unidad no era de lo más exigente.

GABRIEL. — ¿Qué le vas a pedir a un recluta, compañero?

ALFONSO. — ¡Demonio! ¡Con todo la gozas! No, no: me alegro. Almorzábamos en la plana mayor con el médico, estudiante de cuarto en San Carlos, y los enlaces. El frente, quieto, nos permitía vagar por las honduras de una huerta, un jardín en el abandono, propiedad del cacique, fugitivo. En la casa, teníamos la oficina y las habitaciones del mando.

—¿Pintarías? —me propuso.

Nos perdíamos por la huerta y charlábamos a la mesa de piedra, bajo el frescor de los sauces. Poco a poco nos fuimos confiando, confidenciando. El pintor se me confabulaba. No temí.

—Yo te hago mi ayudante... Marcharíamos pintando el kilométrico de la carretera. Nadie nos va a decir nada. Y adelante adelante, nos plantamos en Carrascalejo. Tampoco allí dirán ni pío: lo que resuelva la comandancia. Necesitas otro mono: un mono blanco. Y darle un poco a la brocha.

Le tenían por entonces llenando de signos los muros de la casa cuartel.

GABRIEL. — ¡Es lo más genial que he oído! Y él, ¿por qué se pasaba?

ALFONSO. — Había estado en las tomas de la Alcarria. Le tocó una escena imborrable: llevaron a las tapias del cementerio a una familia: el *facha* de la aldea. Todos: padre, madre, hijos; cuatro o cinco hijos. Y los pusieron a la pared.

OLMOS. — Me lo imagino. ¡Desalmados!

ALFONSO. — Uno de los niños se agarró llorando, a gritos, a las faldas de la madre. Entre carcajadas, los milicianos hicieron fuego. El pintor se apartó tras un cancho: vomitaba. Y... el pintor era socialista: no concebía otra forma de sociedad.

OLMOS. — ¡Te delató!

ALFONSO. — ¡No, no! Ahora os lo cuento.

LOS MISMOS

ALFONSO. — Llevaba muy poco en el frente. No me sentía seguro; trataba de ganarme la confianza del mando. A veces me inquietaba: ¿estaré vigilado? Mi edad, mi profesión, un carnet tan reciente...

GABRIEL. — ¿Y el pintor?

ALFONSO. — Acordamos una espera. Y de la noche a la mañana se recibió orden de traslado en la unidad: a los dos o tres días me vi en los Montes, tierra de Badajoz.

OLMOS. — Estarías contento. Lo que deseabas.

ALFONSO. — Si y no; no era allí tan asequible esa idea de irse pintando carretera adelante hasta las posiciones nacionales; un frente áspero, de líneas distendidas. Para mayor contrariedad, teníamos encima el otoño. Las noticias de Madrid no estimulaban el cambio de zona.

OLMOS. — Al menos, era un frente inactivo: eso que te encontrabas. Y aguantar.

ALFONSO. — El pueblo vivía de la fábrica: embutidos, un quehacer propio de Extremadura. Los ugetistas se incautaron de la fábrica; remedaban a la *Ceneté* de las cooperativas. Detuvieron al fabricante y colocaron de aprendiz, con un sueldito, a su hijo. Trabajaba a gusto el muchacho. Salvó al padre. La fábrica no detuvo su producción.

GABRIEL. — Pero, el pintor... ¿Qué decía el pintor?

ALFONSO. — ¿El pintor? No vino con la unidad. No había terminado su tarea signífera y le retuvieron: lo alistaron en las fuerzas llegadas de relevo. Eso, trajo que me notara muy solo. El 31 de diciembre me punzaba la nostalgia de Madrid: Nochevieja, ¡única!, de Madrid.

OLMOS. — Una costumbre que va extendiéndose. Hasta en Iberia, en la calle, se pusieron a celebrarla. Borrachera y ruido, simplemente. Alegría, ya comprenderéis que... los cuatro gazzápiros.

ALFONSO. — Alegría, la puede sentir el hombre en los momentos críticos. Días antes del 31, la plana —yo seguí en la plana— se instalaba en un pueblo algo más hópito, de las alturas, rico, pueblo de castaño y aceite. En el anterior, como a cuatro leguas, frecuenté la casa de una muchacha, hija del maestro.

GABRIEL. — ¿No cerraron las clases?

ALFONSO. — Nada. Viejo y viudo, el maestro se hacía a caballo dos leguas ida y vuelta; la escuela, mixta, de un anejo. Pedí pasar la nochevieja en aquella puebla donde acampáramos. Me las prometía a la lumbre, la cocina baja, de la casa del maestro.

OLMOS. — ¿Y no había problema? ¿Se daba así como así un permiso, bueno en medio de la guerra?

ALFONSO. — Depende: según los mandos. Además, eran posiciones, aunque distanciadas, de la unidad misma. No te niego que el enemigo podía infiltrarse, y se infiltraba, entre las posiciones. Yo tenía caballo; se lo compré al maestro, precisamente: su caballo; con yerbas, pero lustroso; quinientas pesetas: caro. El dinero de Galiano me quemaba. Aparte de que lo compré por halago al maestro y con el pensamiento fijo de volver a su casa.

GABRIEL. — ¡Qué riqueza de situaciones! La catástrofe, ¡bah!; el hombre es lo que importa. Ahí tienes ese hombre: con su caballo...

ALFONSO. — Atajé lo posible, me hice las cuatro leguas muy pegado a la línea, entre la nieve, a galope de jaral en jaral. Si peligrosa es la nieve, a la descubierta, ¡no te digo, el jaral!, los amagos de la emboscada. Y me planté en Santa Eulalia, entonces Eulalia de las Fuentes. Habíamos dejado allí una compañía, y ni me vieron.

OLMOS. — Andarían ya de preparativos. Si también para ellos era nochevieja...

ALFONSO. — El asunto es que me colé, sin más, en casa del maestro. Y pasamos los tres la noche, serio el viejo, callado, la muchacha de labios nerviosos, que me atraían... No hay para esos trámites como la soledad.

GABRIEL. — Te hago una frase: el mejor afrodisíaco, la abstinencia.

ALFONSO. — ¡Caracoles! Horas a la lumbre, de la jarra al vaso, los labios fáciles para la parla y ese vino recio, retinto, de pitarra. El viejo se fue a dormir. Felices la muchacha y yo, canturriando.

GABRIEL. — Si no es... ¿Se llamaba?

ALFONSO. — Blanca. Y la compañía, que celebró la medianoche a tiros, las doce uvas doce tiros, y luego otros doce tiros, y en seguida la traca de tiros..., debió de notar que en la casa del maestro había luz, o nos oirían. Llamaron a la puerta. En la guerra, pero un pueblito: amigos todos. O no amigos: conocidos. La muchacha antes de asomarse me escondió en la alcoba. No les dejó pasar. Les convenció de que su padre dormía.

OLMOS. — ¿Y se fueron? Porque ahí lo grave es el patoso. Y más, en guerra. Impunemente.

ALFONSO. — Se fueron. Al retirarme, de madrugada, y dónde dormiría ni tampoco dispuesto a regresar, otras cuatro horas, a ciegas, la noche de neviza, sí que arropadora por su hosquedad misma, me cazaron. Estaban en la vinolencia unánime. De parapeto en parapeto. Hasta que les pude hacer un regate y me volví a casa del maestro. Se levantó el viejo:

—Voy a dejar este frente. No diga nada a Blanca. Y usted, ¿cómo seguirá yendo al caserío, sin caballo? Las vacaciones, ya queda poco. ¿Y luego?

¡Concho! El maestro me miraba con ojos de sangre. Y de golpe cerró el postigo. Permanecí, estúpido, junto al caballo: *Picatoste*. La noche cruda, de grados bajo cero, me apuraba por *Picatoste*. Le pusieron de nombre *Picatoste*. La cuadra se hallaba al fondo de la casa, traspuesto el zaguán. No podía hacer nada. Lo até de las bridas a la reja y dejé allí para siempre, a Blanca, el padre de Blanca, el caballo del padre de Blanca...

OLMOS. — Un viejo rencoroso. Es de cajón.

ALFONSO. — Me apenó Blanca. Por Blanca, me decía. También yo bebí lo mío. Blanca entenderá: que no vuelvo. Le habría regalado, pero a Blanca, el caballo. Iba a eso. ¿O no? El padre, ni me dejó hablar. ¿Quería o no quería que me fuese? ¿Por el caballo, por Blanca? Ésa es la cuestión.

GABRIEL. — Palabras de ley: *To be or not to be: that's the question...* ¿Y qué hiciste?

ALFONSO. — Recitarme esa duda, calle abajo. Hasta que me los topé. Lo más fácil: un tiro del mataperros; no llevaba armas. Yo soy aquel que ha hecho la guerra, de un lado, y otro lado, sin matar a nadie. Me consta.

OLMOS. — Pero, ya teniente...

ALFONSO. — No disparé jamás. Me apropié de un garrote. Como los generales: la cachava de bastón de mando, un cayado para andar de leña... Y al cinto, el revólver juguete detonador. En mi propósito esa resolución: yo, no mataría. Ni ahí, entonces; ni allá: si llegaba allá.

OLMOS. — ¿Y nunca te lo impidieron? Porque un caso así es de fusilamiento.

ALFONSO. — Trabajaba en la plana. La gente no se fija. Si me las doy de pistola, se la queda un mando. Cualquiera: el de turno. Las armas escaseaban; eran el personaje de la guerra. Y cada cual, agenciándose las. ¡No hacía yo la competencia! Tranquilos...

GABRIEL. — Es verdad.

ALFONSO. — Beber y beber, nos llevaba a la pelea. Con un jefecillo se agrió la discusión. Soltó en medio del grupo una granada. No se desenrolló la cinta... ¡Estrella! Amanecía, de cara al camposanto. Sin palabras, todos a una, al bombardeo de los muertos.

OLMOS. — Lo que yo digo: ¿y el enemigo? Si en ésas ataca el enemigo...

ALFONSO. — Nada del otro jueves. Se les veía venir. Lo reiteraban las declaraciones de los pasados. ¡Mecachis, la ocasión perdida, la idea del pintor!

GABRIEL. — Genial, genial... Lo más grande que he oído.

ALFONSO. — Se frustró esa posibilidad. Solo, ni soñarlo. Y los teníamos encima: todo aquel movimiento de luces en la noche, carros en caravana: refuerzos. Sin la menor duda. Todavía, con el año nuevo, hice una excursión a un huerto de membrillos.

OLMOS. — ¿En enero?

ALFONSO. — Sí. No había membrillos. Era tierra de nadie. Cuatro o cinco, un borriquito y angarillas. El comisario nos bronqueó a lo bestia. Yo creo que porque no trajimos membrillos; que lo gozaría, asándolos, con azúcar, a la lumbre de la plana.

GABRIEL. — Sí, te pasaste por entonces. Tengo yo idea: enero del 37.

ALFONSO. — Dormía en la plana misma. Y me sacaron del camastro. Debía de ser algo muy grave, para complicar a los oficinistas y de noche. Medio muerto de sueño, tuve una intuición: regresé por el macuto. Subimos para el puerto. Rompían los fogonazos la tiniebla. ¿Alguna escaramuza? En la confusión, me agarbé junto a una mata de retamas. Inmóvil. Los míos retrocedían y yo quieto. De repente, me vi rodeado. Jugándomelo todo, grité: «¡Viva España!». Dudaban. A la primera pregunta, «¿Por qué no se ha pasado antes?», nos tirotearon. Fue un aval más: habérsenos tiroteado juntos; el enemigo de mis enemigos es mi amigo...

OLMOS. — Según. No todo es así de fácil. También yo me habría pasado.

GABRIEL. — Tú, funcionario. Tú, no movilizado: mayor... Otra cosa. Y tenías aquí la familia; aquí o en Iberia: juntos.

ALFONSO. — Pesaba esa razón; la familia. Al registrarme, dieron con los vestiditos: la mujer, los niños. Evidente: éste se quería pasar. Y el cuadro de Eve; que dije: para los niños, el niño: un cromo. Me iluminó el recuerdo del pintor; les solté el propósito de evadirnos, pintando, carretera adelante. Se tronchaban de risa.

Un cabo exclamó:

—Mi teniente. Es verdad, es verdad. El otro día, por el Ibor, se ha pasado un pintamonas de éstos blanqueando, blanqueando, los kilómetros.

—Se llamaba —interrumpí— Valeriano, Vale.

—¡El mismo!

Resultó irrefutable. Me agasajaron. Hablé también de mi cuñada en Francia. De mi cuñado cartujo, en Zaragoza. De mi jefe: sin noticias de él, su hija en la embajada.

OLMOS. — Eran jóvenes. Eran combatientes. Acogían.

ALFONSO. — Eso: un rendimiento orgiástico al sometido. O vencido. O voluntario. La generosidad de los frentes, gozosa y limpia. Una centuria misma alistaba al abuelo, el padre, el hijo: hombres del pueblo. Como los otros. Como yo, sin ir más lejos. Si acaso, el barrunto de una posible superioridad, al saberme abogado. Me llevaron, agotadísimo, a la enfermería de la posición. Y a dormir.

GABRIEL. — Pasarías miedo...

OLMOS. — ¡No, qué miedo!

ALFONSO. — Muchísimo. Y venían las preocupaciones. El pensar: Catalina, los niños. Don Camilo... Sosegaba aquel sótano de casa labradora. A la mañana, entraron unas muchachas, arriscadísimas, con el desayuno. Medio dormía; el médico me reconoció así por encima. Extenuación: dos días. Me creyó otra vez dormido y habló con el oficial:

—¡Este elemento!

OLMOS. — En el cuartel las mulas, bueno las llaman elementos...

ALFONSO. — Me conducían a la capital. Primero, al puesto de mando de la división. La camioneta no pudo con un repecho, en curva; paramos. Nos metimos en el monte, cuatro pasos de la cuneta y cogimos madroños. Madroños y más madroños: ¡la jumera de madroños!

GABRIEL. — ¿El madroño embriaga? ¿O es un cuento?

ALFONSO. — ¡Hombre! Hicimos noche en el pueblecito recién rebasado. Nos recibió el jefe de la Falange, un anciano, secretario del ayuntamiento, que daba fiesta en su casa y tenía dos hijas muy bonitas. El camionero, gigantón, gansote, danzaba:

—*¡Ay, Bartolo / que te coge el toro / que te coge el toro / que te va a coger!...*

A velocidad de trabalenguas, simpatiquísimo. Oí en la comandancia el nombre del coronel: don Cosme, regimiento de Alcándara. ¿Conocería a mi padre? Yo había estudiado con un hijo del coronel.

—¿Está don Cosme?

Y un brigada cuartelero, chusquero, con más años que el mismísimo coronel, me espetó:

—¿Qué coño es eso de don Cosme? Aquí no hay don ni amigos ni Dios que valga.

GABRIEL. — ¡Mendrugó!

ALFONSO. — Me retuvieron en una salita. Hasta que llegó la Guardia civil para mi conducción a Alcándara. Traían a un evadido, de Huelva, y unos aviadores extranjeros. El tren se llevó todo el día. En la estación de salida nos esposaron uno con otro.

GABRIEL. — ¡Hale! Para que te pases.

ALFONSO. — Protestaban de vernos así, esposados, sobre todo por el soldadito de Huelva, en el andén unos de zapadores. Lo hacían por los extranjeros. Me subió un sonrojo.

GABRIEL. — Es que la Guardia civil, ¡se las trae!

ALFONSO. — Tampoco. La Guardia civil tiró de fiamblera y se pusieron a comer. No llevábamos nada. Nos ofrecieron un poco de pan y tortilla de patatas. Los aviadores no aceptaron; no dijeron palabra en el trayecto. El de Huelva se ponía morado y celebraba las bromas de los guardias.

—¿Pasado, eh? ¿No serás cogido? O dejado coger...

Y les reía. Yo quizá fuese el de más edad. Aludí a la familia; razoné la evasión sin políticas, con argumentos íntimos. Ya de noche dieron entrada al tren y volví a verme niño, velados los ojos de verme a mí mismo niño, en Alcándara.

LOS MISMOS — MUJERES

OLMOS. — Es que tu evasión fue típica. El evadido que se deja coger, como le decían al de Huelva. Se agazapa, sobre todo si es de noche, y que le cojan. Llevarías medalla al pecho.

ALFONSO. — No.

GABRIEL. — Eso te salvó. Los puñeteros se ponían una cadenita, una medalla, y cien veces lo he oído:

—Camilleros; no hemos disparado; jamás; ni un tiro.

ALFONSO. — Y sería verdad. Mi revólver, que me lo requisaron, os lo dije; un detonador. Yo no pegué un tiro. Sólo que, como usaba revólver, me tomaron por oficial:

—No: plana mayor; mecanógrafo.

Y les divertí con lo de la ortografía. Ni me descubrieron el hombro, a ver si traía la marca, el retroceso del máuser contra el omoplato. Creían a pie juntillas. Sí que tampoco alteraron el interrogatorio, la estúpida primera pregunta, impresa, de cada expediente:

—Y usted, ¿por qué no se pasó antes?

Una obsesión. Venía luego el procedimiento. A veces, el procedimiento se estiraba: depuración política de...

GABRIEL. — ¡Dímelo a mí! Los pasados y los quedados.

ALFONSO. — Recalqué mi deber de custodia del protocolo: Galiano. Sucedió algo con Galiano. Porque se retuvo, meses, la investigación: yo sucesivamente en el cuartelillo, el cuartel, prisiones militares. Ignoraba que don Joaquín figurase en ninguna secta.

GABRIEL. — Tampoco eso podría inculparte.

ALFONSO. — Los dedos se les hacían huéspedes. El caso es que llegamos a la estación. Los guardias habían de seguir con el evadido, media España abajo, hasta entregarle en Huelva: la caja de recluta de su quinta en Huelva.

GABRIEL. — Oye, ¿y los aviadores?

OLMOS. — Rojos.

ALFONSO. — Al ver a los aviadores, unos moros se rebulleron en la estación; nos increpaban. Por el tren, sin prisas: los viajes duraban días. Vi a una pareja de recién casados, amigos de familia. Fue una suerte: podía avisar que estaba en Alcándara y ya les diría dónde; pero sano y salvo. ¿Qué fue de don Camilo? No sabían.

GABRIEL. — Vivían su vida, lo propio. ¡Don Camilo!

ALFONSO. — No insistí. Los guardias, que permitieron, incluso apartándose, la conversación, se impacientaban. Torné al grupo, sentados bajo un cobertizo, junto a la cantina. Y llegó la Guardia civil de Alcándara por nosotros.

OLMOS. — ¿Los aviadores? ¿Y de qué país serían? En Madrid, a los internacionales se les llamaba rusos; aunque fueran irlandeses, que también hubo.

ALFONSO. — ¿Irlandeses? Estuve algún tiempo con irlandeses; católicos, en zona nacional... Pues, los aviadores, a la cárcel vieja. Lo más odioso. A través del viaje y en la estación, sospeché que los fusilaban.

OLMOS. — Para eso no iban a situarlos en tan apartada y pequeña capital. No. Igual los canjeaban.

ALFONSO. — Puede. Tu problema excluía, te metía en ti mismo. Por ejemplo: me llevaron a la prisión nueva y no había orden de ingreso para mí. ¡En aquel hotel, yo no tenía reserva! Los guardias se devanaron los sesos redactando una instancia en la oficina. Y el cabo de servicio rechazó la instancia: no me admitían; no era paisano. Al guardia más joven se le ocurrió: —¡Al cuartelillo!

Los de Asalto, que ante la Guardia civil ni rechistaban. Pues, ¡para el cuartelillo! En el barrio noble, el cogollito de Alcándara. Llovía intensamente. Y en efecto: no exigieron papelito; allí siempre había un hueco. Me bajaron a la celda, en el sótano. Estaba yo alegre, aunque muerto de hambre. Y de frío.

CATALINA. — Lo supimos aquella noche, pero no conseguí localizarle. Nadie te echaba una mano.

ALFONSO. — Lo desconocían. Yo mismo. ¡Si nos pasamos las horas de un sitio para otro!

CATALINA. — Y no hacía más que pensar: en Madrid matan a Alonso; en Alcándara matan a mi padre. No es que se inmiscuyera en políticas Alonso; yo temía por el despacho: Galiano. De qué lado actuara Galiano. Pobre, no.

ALFONSO. — ¡Ya ves! Los otros es quien le perseguían.

CATALINA. — Es que yo me figuraba la guerra no de burgueses contra proletarios, sino entre pobres y ricos: así como Extremadura.

GABRIEL. — Lo de tantas. Habréis oído lo de Miguel Hernández.

ALFONSO. — ¿Un poeta? Comisario. O que recitaba en las trincheras.

GABRIEL. — No. Es esto. La novia del poeta vio cómo le mataban al padre, guardia civil retirado, en Elda o Novelda: los rojos. Se casó la muchacha. Y anda ahora que no vive para salvar al marido: preso de los nacionales.

OLMOS. — Y la de Ruiz de Alda, el aviador Ruiz de Alda: que le fusilaron al padre, bueno almirante, en Ferrol; y al marido en la saca de la Modelo. Eso, las ilustres, las de familia distinguida. Que, a las que no conocemos...

CATALINA. — Cuando empezó la guerra, mi única preocupación Alonso. ¿Habría recibido la carta? Fue mi padre en persona a la estación: al buzón mismísimo del coche correo. ¿Duraría esto mucho? Vinieron los días; y la gente, como aquel necio auxiliar de Dibujo, ¡a vestirse de mamarrachos!

GABRIEL. — Un extranjero en Salamanca se asombraba: tarbus y chilabas de la mehala de Larache; candoras y turbantes o resas de los tiradores de Ifni; jaimas. Y polainas, *breeches*, tubos, *leggings*. Puñalitos, vergajos. Guerreras, cazadoras, tabardos: capotes, de la manta con el agujero en medio.

Y decía:

—Aquí son muy aficionados al uniforme.

Un socrático matizó:

—Sí, siempre que sean multiformes...

ZITA. — También nosotras lucíamos uniforme: el funeral. O sea: los lutos, de tinte doméstico.

CATALINA. — Eso. Llegó la detención de papá. Le soltaron, de momento. Pero yo, todo lo veía negro, muy para largo y muy negro. Sólo Berta, gracias a Berta...

BERTA. — ¡Mujer!

CATALINA. — Sí, que me consiguió una escuela. Y en Mota del Angel, donde ejerció Alonso de abogado. Pues, me trataron bien. Pude sobrevivir. Un día tuvimos noticias de Eve: una postal preciosa, de París. Alonso, ¡nada!

Nunca imaginé que debería borrar, ¡y cómo!, la pintura; que traía un mensaje. No estaba ya mi padre... No se me ocurrió.

ALFONSO. — Fue lo primero que pregunté, al vemos en Alcándara; y ver, nos veíamos en el calabozo. No pensó Catalina que aquello fuera un escrito; cuatro letras, de noticia, de ánimo, bajo los colorines de la postal. Más de medio año, ¡a ciegas! Lloraba y reía.

CATALINA. — Empezaba otro calvario: la serie de gestiones del expediente. Sugeridas por unos, por otros; recomendaciones: de casa en casa. Alcándara, un ambiente poco favorable; y con lo de papá, mucho menos. El aval del cartujo no lo estimaban: nadie, tan católicos, le hacía caso. ¡Qué pintaba un monje, en la clausura!

BERTA. — No. Es que los amigos, los verdaderos, se hallaban en el frente.

CATALINA. — O no querían saber. Me ayudó, ¿sabéis quién?, un vecino, capitán retirado, a quien ni saludaba. ¿Influyó en él la ascendencia de Alonso: hijo de militar, nieto de militar? Y se puso a remover el expediente. Que iba, volvía, de juez a juez; ni le procesaban ni dejaban en libertad.

GABRIEL. — ¡Aquí le tienes! Escucha, asiente, sonrío... Como si hablaran de otro. ¡A que estás recordando tu llegada, Alcándara, el cuartelillo!

ALFONSO. — Nos trataron sin severidad. Menos la primera noche. Al bajarla la celda, la encontré habitada: otro detenido, un niño.

—¿Y tú qué has hecho?

Vestía de falangista. ¡Le; acusaban de fusilar a un tren! Se hallaba de servicio, en su pueblo, un montículo cerca de la estación. Pasaba el tren:

—Y va aquel tipo y me saca por la ventanilla el puño cerrado.

—Sería abierto.

—¿Cómo abierto? ¡Cerrado, joder, cerrado!

Entonces el muchachito, que tendría dieciséis, diecisiete años, se echó a la cara la escopeta y disparó.

GABRIEL. — Inconcebible. Unos haciendo la guerra y otros jugando a hacer la guerra. Lo de ese niño.

ALFONSO. — Apenas entrar yo, y nos llamaron; unos de Asalto, que nos conducían al gobierno militar. El gobernador tenía fama de extravagante. Me lo advirtieron: ¡mucho cuidado! Exigía el conocimiento cabal de su nombre y apellidos, su complicado nombre y apellidos.

GABRIEL. — ¡Che, che! Que paraba a un militar o un paisano en medio de la calle:

—¡A ver! ¿Quién soy?

—Un coronel. O mi coronel..., según.

—¿Cómo me llamo?

Y ante el silencio, le mandaba a la cárcel:

—Yo soy don Ceferino de Bartolomé Velarde y Maese de Maravall Gozalo, gobernador militar de la plaza y provincia de Alcándara.

—Sí... Sí, señor...

—¡A la cárcel!

ALFONSO. — ¡Magistral! Ni un punto de caricatura: así. Suerte, que aquel excelentísimo —te has comido eso: «Yo soy el excelentísimo señor...»— suerte que no nos recibiera. Salía; nos vio al cruzar el vestíbulo de la casa en funciones de gobierno, una mirada al bies y siguió para la calle. Acudía a la recepción del Visir de Marruecos; no iba a perder su precioso tiempo en aquellos desgraciados... Conque nos volvieron al cuartelillo. Pero, el niño...

GABRIEL. — ¡Qué gracioso! El niño que fusiló a un tren.

ALFONSO. — Pues el niño regresó empapado y muerto de frío. Se sacó del pantalón unos papeles y les prendió fuego en un rincón de la celda. El guardia, que aún nos acompañaba, le dejó hacer, sonriente. ¡Felón! Irse el guardia y bajó un brigada seco, de gafas, malhumorado, que nos echó una bronca atroz.

GABRIEL. — ¿A los dos?

ALFONSO. — Callé, solidario. Nos quitó hasta los zapatos. Y prohibió que nos pasaran la cena. Se emperró en que pretendíamos deshacernos de documentos, o algo así: que pensábamos incendiar el cuartelillo, etc. Arrojava una bombillita su temblor sobre las paredes, pintarrajeadas:

—Esto es la celda para después tirarlos de cabeza al río, y mira, mira, todo lo escriben —me ilustró el muchachito, pródigo en juramentos—. Ese cabrón de brigada es rojo. Tú, ándate...

Juntos, en el único estrecho catre, roído yo de hambre y de sueño, y las confidencias del niño, no dormía: don Camilo; el silencio de Catalina, a quien mandé recado por aquella pareja de novios... ¡Noche amarga!

CATALINA. — ¡Ni sabíamos dónde se encontraba! ¿La cárcel, prisiones? Y luego, ¡ese cuartel! Ni idea de la existencia de ese cuartel.

ALFONSO. — Fue la noche del 16 de enero...

CATALINA. — No la he olvidado. Jamás.

LAS MUJERES

BERTA. — Lo digo con el orgullo de que fuera todo un pueblo: en La Mota no se ha matado a nadie. Ni los de La Mota han matado ni han permitido que se llevasen a nadie de La Mota cuando acudían las partidas de alrededor.

CATALINA. — Por ti. Que detuvieron al juez, alcalde y concejales y los trasladaron a la capital.

BERTA. — Escoltados y reclamados por los nuevos mandos de La Mota. No yo; todos; el arcipreste en cabeza. Y visitaron, sin temor alguno, al famoso fatuo gobernador de la plaza y provincia.

ZITA. — ¡No entendería!

BERTA. — Se contuvo ante el arcipreste, imagen viva de la piedad. El gobernador, concluyó:

—Que los suelten. Al fin y al cabo... En La Mota sois todos comunistas.

Y les volvió la espalda. Pero detenidos y liberadores regresaban, aquella misma tarde, juntos al pueblo.

CATALINA. — Sí, algo único. Hablo por mí. Pedí yo una plaza de maestra provisional; sabían a mi padre encarcelado, Alonso en zona roja: mi dolor aparte y mi inquietud, fui bien mirada.

ZITA. — Y lo que tú dices: que a La Mota subía de cuando en cuando ésta. O sea, como la llama Gabriel: Angel de Extremadura.

BERTA. — ¡Por Dios! Gabriel es un poeta.

CATALINA. — Pues, sí, porque Berta pedía, prevenía, movilizaba a los falangistas, sus relaciones de Alcándara: de la cárcel a los jueces, salvando a cuantos pudo.

AVELINA. — Madrid, ¡y quién no llora muertos en su casa! Zita: lo tuyo. Feroz. Zita sola en Alcántara.

ZITA. —Sola y metida en los preparativos del verano. El primer mazazo fue aquella incomunicación: dos Españas. Y a las pocas semanas, la noticia de Eusebio en el hospital. Esa alegría, al fin: leve, ya sólo a esperar su restablecimiento.

CATALINA. — ¿Os veáis?

ZITA. — A diario. Todas las tardes, una, dos horas, en la sala de vigilados. Pero, esa tarde... Mi padre, porque le llamé siempre padre, ¡el tío Eusebio!, y esa tarde, ¡que no está! O sea: no sabían; y yo notando que sí, que lo sabían. Grité. Se me representó muerto.

AVELINA. — Eusebio o las sarcásticas contradicciones de la guerra, dice Javier. Director de un Banco, su riesgo era Madrid. Entonces Javier visitó a Prieto. Le proporcionó Prieto un carnet o un nombramiento para que pudiera entrar con las fuerzas que iban a tomar Alcántara. Hubo una escaramuza, ya en la provincia; le hirieron.

ZITA. — Cosa de nada. Un balazo limpio, en el hombro. Todo atenciones en el hospital: la sorpresa, y en seguida el razonamiento, admirativos de su audacia: ¡venir en esa columna, a sus años, banquero, disfrazado de periodista! ¡A pasarse: lo suyo!

BERTA. — Impensable, sí. Aquel bárbaro, por lo demás grandioso, corazón generosísimo, y los ciscos que le arman por tender su mano al enemigo, pues que venía enardecido, la lucha, las bajas y necesitaba camas.

ZITA. — Echó a patadas a los heridos de aquella columna. Echar, los echaron al río.

BERTA. — Es lógico tu dolor. Pero ¿sería orden de aquel jefe? ¡Tanto desconcierto!

ZITA. — Berta, querida... ¡A voces! En el propio hospital.

BERTA. — Eso no son órdenes. O no se cumplen.

ZITA. — La cumplieron. Me tocó a mí. Por la noche, ¡a la camioneta, con los demás! Los fusilaron en el puente.

AVELINA. — Prieto nos lo comunicó a los pocos días. ¡Cómo pudo saberlo! Javier dice que era el hombre mejor informado. Tomó como a deber el protegemos, sin nada a cambió. ¡Total, yo no podía ir a misa!

ZITA. — ¡Qué tarde!: no había manera. Y aquellos rostros de médicos y de monjas, la superiora... Ocultándose a ellos mismos el espanto. Lloré. He

llorado cuanto se pueda llorar en este mundo. No hay ya lágrimas en el fondo de mis ojos.

CATALINA. — Mi padre, en libertad todavía, trató de explicárselo: ¡No el enemigo a la espalda! Entre los soldados y los milicianos, ¡don Eusebio! Nada menos.

AVELINA. — ¡Don Eusebio Rodríguez y Bermejo de los Millares!, director del Banco.

ZITA. — ¡Le hubieran llevado a la cárcel! O al cuartel.

BERTA. — ¿Herido?

ZITA. — ¡Si no fue nada! Un tiro en sedal: nada.

BERTA. — Pues le retenían para no instruirle en el cuartel, los calabozos del cuartel, sumarísimo. Como a los no heridos. Que los ejecutaron. Se le quería salvar. Le habían cogido el carnet, ¡y en qué cabeza cabe que viniera de periodista! Le distinguía y trataba Alcándara. Que pasara el alboroto: unos días, y a casa. Luego, la noche, entre tantos, sin ocasión de avisar a nadie... ¿Quién no se conmovió de esa desgracia?

ZITA. — Perdona, Berta: asesinato.

BERTA. — ¡Cómo no perdonar! Y también tú debes perdonar. Todos, todos: perdonar. Esa confusión: irreparable, ya sé. Pero ¡no te tortures!, olvidar...

ZITA. — ¡No quiero olvidar!

AVELINA. — Pretendió Prieto canjearte. Una quimera. Tenía a gala el favorecer, trayéndose a Zita, a la familia, y ya, la memoria de un herido de los rebeldes, un católico y banquero, hombre de honor. Para Prieto, socialista de los tiempos viejos, contaba el honor; aquél, no combatiente, que acudía al asalto de la ciudad donde quedara Zita, la prohijada sola y en el desamparo. Adoraba él a sus hijas; en lo más crítico, ellas fuera, escribía a sus hijas.

CATALINA. — Aquí la gente se contiene, refrena la expansividad:

—¡No me cuente su caso! —dicen.

¡Y cómo no recordar y confesar...! ¡Berta!, ¿y tu preventivo? Habla Avelina de hijas, y estoy viéndome con los niños, en La Quintana.

BERTA. — ¿El albergue? ¡Oh, qué rincón de veraneo para las muchachas! La Quintana, esa gran finca.

CATALINA. — ¿Se sabe de los Pachecos?

BERTA. — Debieron de sufrir horriblemente. Aunque a La Mota, la ausencia de esos degradados...

CATALINA. — ¡Facinerosos!

BERTA. — Le vino bien. De haberles cogido la guerra en el pueblo, yo no podría decir: allí no se mató a nadie. En la zona roja, desaparecieron. Casi todos. Porque, a poco de la victoria, llegó un familiar, lejano y deseaban o necesitaban vender. Es cuando pasó por mi cabeza: un albergue.

CATALINA. — Ya veremos...

BERTA. — ¡Pícaro! Sí, Alonso tiene sobre esto sus ideas. Por ejemplo: que doña Dolores, ya tan viejita, se desprenda de sus heredades, desparramadas, para invertir en una sola; es decir, que compre La Quintana. Vamos a rivalizar...

CATALINA. — Lo más rico de La Mota. Pues, corcho: que administrado es una renta. Y además, el agua. Altura y agua. Se podría construir, es la manía de Alonso. Aquellas peñas azulencas, la casona... ¡Qué delicia!

BERTA. — ¿Creeréis que ayer, en el desfile, me acordaba yo de los niños, tu niña?

CATALINA. — ¿Ya quieres ir afiliándola? ¡Berta, Berta! Insidiosa Berta...

BERTA. — Los niños lo gozan allí. Y no te digo, con las visitas de Angustias y de Verónica, mirándose en ellos, como si les fueran propios.

CATALINA. — A ésas, idólatras, es a quien Alonso habrá de convencer.

BERTA. — ¡Diantre! ¡Si La Quintana la necesito para mí!

CATALINA. — Te la quita Alonso. ¡No le conoces! Como se le meta aquí... Una casa para siempre: para el retiro.

BERTA. — ¿Retiro? Teniente provisional, Estado Mayor, ni treinta años, a las órdenes del victorioso... Y ¡retiro! Te engatusa. Deliras. Alonso, Ildefonso, Alfonso, don Alfonso de la Mora... Su vida está en el empuje. Y la tuya con él.

CATALINA. — ¡Ay!

BERTA. — Matrimonios reñidos, los más queridos... ¿No es refrán de casadas?

AVELINA, ZITA. — ¡Desde luego!

ZITA. — Aunque, o sea: nunca nos tiramos Gabriel y yo los trastos a la cabeza.

AVELINA. — ¡Muñeca! Pues, que el primo te oiga. O será que, como Gabriel es poeta... Lleváis casados muy poco todavía.

CATALINA. — Y con la guerra, en luna de miel. No: que Alonso está entusiasmado, salta a la vista. ¿Las estrellas? ¡Tontería!: con sus petróleos.

BERTA. — ¿Te parece poco?

CATALINA. — Petróleos, pero de abogado. Él no es señor de negocios. ¿Me guardáis el secreto? Le han prometido la asesoría. Y Alonso, o don Alfonso, Alfonso de la Mora, como tú dices, y que al terminar la guerra ha estrenado ese nombre, que es su verdadero nombre, se quema las cejas en la legislación de sociedades. Porque el general le tiene para su garantía de consejero y, ¡todo un teniente general!, no está dispuesto a que le sobrevengan responsabilidades por Petróleos Porto Ares, S. A.

BERTA. — ¡Cómo te especificas! Yo creo que la asesoría, al menos los gananciales de la asesoría, te corresponden.

CATALINA. — Me llaman.

ZITA. — Y para mí, que éstos no se entienden.

BERTA. — Está lo de Jimena. ¿Y qué habrá sido de ella? Pasó por Alcándara. La conocí, aquellos días de la unificación. Le facilité la entrada; una tarde, Alonso en el expediente. Nunca lo he dicho. Ni a él.

AVELINA. — Y ¿Catalina?

BERTA. — Lo sabe y no lo sabe. ¿Lo de la celda? ¿El hecho mismo? El hecho es que en la vida de Alonso existe Jimena. Se lo habrá dicho como se dicen estas cosas.

AVELINA. — A medias, sí. Que es el sadismo.

BERTA. — No soy casada. Opino que el único modo posible de confesión. Yo al traérmela, he tratado de romper el hielo. Si Catalina ahora se lo lleva, un permiso, con los niños, La Mota... Los desarreglos sólo se arreglan por un arreglo. Y ¡qué van a hacer! Otra: ¿dónde estará Jimena? Se marchó el padre, y ¡cualquiera sabe! Don Joaquín Galiano es mucho hombre: se situará. Igual no vuelven. Entonces, no hay problema: no pensará Alonso en el exilio. Además, que el amor de Alonso es Catalina. Eso, a ciencia cierta. Y en cuanto a Catalina... Besaría el suelo que él pisa, la verdad.

HOMBRES

ALFONSO. — La guerra es no sólo todas las operaciones y las jornadas de campaña. La guerra es una simultaneidad sucesiva de horrores y de altruismos, de grandeza para lo malo, para lo bueno. A esas temperaturas, crea el hombre su fantasía heroica. En una zona, en la otra zona: españolas ambas.

GABRIEL. — La guerra es el crimen.

ALFONSO. — No. El general no escatimaba su admiración por los escopeteros sitiados en la torre de una iglesia de Extremadura: ocho días resistiendo sin medios, sin esperanzas, con la ferocidad de la exasperación. Lo subrayaba, en contraste con el rico de aquel pueblo...

GABRIEL. — Pero ¡Alcándara!

ALFONSO. — Es igual. Un prócer, a quien se le encontraron cofres pesadísimos, mundos, esos baúles, cargados de duros de plata.

GABRIEL. — ¡Y los que habría, colocado en Portugal! ¡Un crimen!

OLMOS. — Mira, mira: la conversación del Alcázar entre Moscardó y su hijo, al teléfono, ya me dirás si no es para inscribirla en mármoles y en bronces. El asedio que conmovió, bueno a un mundo en el escepticismo, y alzó ante ese mundo, atónito, bandera de idealidad...

GABRIEL. — Medieval.

ALFONSO. — O el mensaje del cuartel de Simancas, en Gijón. Trataba el Cervera de aliviar con las cortinas de fuego de sus baterías la defensa: tener a raya el cerco. Los sitiadores rompen el último reducto, y el coronel radia esta petición al crucero:

—El enemigo está dentro. ¡Tirad sobre nosotros!

OLMOS. — En un lado. Y en el otro. ¿Qué simpatías pueden suscitar en mí los anarquistas? Pues yo os digo que lloré, que se me velaron los ojos, al oír la muerte de Durruti. Nadie sabe cómo fue esa muerte.

GABRIEL. — Un crimen...

ALFONSO. — Se decía que quiso contener a los suyos en desbandada. No le escucharon. Y echó para adelante, solo.

OLMOS. — Sí. Lo de Miaja. Se encontró con los milicianos, que huían. Hubiera caído Madrid. Entonces, aquel bobo, de gafas y ojos torcidos, se creció:

—¡Cobardes! ¡A vuestros puestos! Al que dé un paso atrás, lo dejo seco. ¡Cobardes, cobardes! ¡A morir a vuestra trinchera! ¡A morir conmigo! ¡Con el general Miaja!

Pistola en mano. Eso.

ALFONSO. — Durruti recibió un disparo por la espalda. ¿Un accidente, un tiro perdido? Fue llevado de pueblo en pueblo, unos funerales...

GABRIEL. — Marca España.

OLMOS. — El entierro, bueno de Madrid a Valencia y por Valencia a Barcelona. A hombros. Recordaba esa marcha aquel cuadro de historia de la reina tras el ataúd de Felipe el Hermoso.

ALFONSO. — Quizá ese viaje de Madrid a Levante, se repita, con José Antonio, de Levante a Madrid. Y será poco más o menos: de pueblo en pueblo, por los campos de La Mancha...

GABRIEL. — ¡Estuviera oyéndonos Berta!: «Una jornada para la unidad, la grandeza, la libertad de España». Durruti, José Antonio: cenetistas y falangistas. ¿Tiene Berta razón? No, no se hubieran entendido.

OLMOS. — Prieto evitó por dos veces la muerte de José Antonio; presionó lo indecible.

GABRIEL. — En guerra, los crímenes mandan.

ALFONSO. — Pero no en el frente, no donde los hombres mueren cara a cara. Viví yo Brunete. Batalla paradigma: veinte días, y la victoria indecisa. No se le pueden comparar Teruel, ni el Ebro mismo.

GABRIEL. — Brunete fue una batalla a lo africano.

ALFONSO. — Escucha. Atardecía y contemplábamos al otro lado, en silencio, con emoción intensa, los funerales de un comandante inglés, de las brigadas. El ruedo de sombra de los olivos; unos cuantos hombres, firmes, en torno; una babel de idiomas, y las últimas voluntades del caído:

—¡Cantad! Que muera oyéndoos. Y que me entierren aquí, a los pies de este olivo.

Usaba un bastón de puño de oro. Y aquellos rudos, idealistas o aventureros de medio mundo, cantaban. Lloraban como niños cuando el inglés murió.

—Así mueren los hombres. No seáis menos —nos dijo, conteniendo su lágrimas, el general.

GABRIEL. — Sí. También los generales lloran. Lloró Sanjurjo, al que visitara Unamuno en Estoril.

ALFONSO. — Lo he vivido en casa. He visto los ojos húmedos, la voz estrangulársele a mi padre cuando evocaba episodios de guerra. Y sé lo de Sanjurjo. Le llevaron a Pepito, su hijo, vestido de requeté.

GABRIEL. — Se hallaba en el exilio. Con el sentimiento del desterrado.

ALFONSO. — Lloró Franco al izar la bandera rojo y gualda en Sevilla, el público abajo, agolpado:

—¡Ahí la tenéis!

Lloró mi general, y no sólo aquella tarde, ganado por la dignidad del enemigo.

OLMOS. — Franco ha llorado muchas veces. Le inducía Gil Robles a la sedición. No le siguió Franco. Dimitió Gil Robles, y Franco lloró.

GABRIEL. — En Franco pesa la emotividad de Galicia. ¡Si lo sabré yo! Zita es Galicia. Pero hablas de guerra azul: la fantasía de arrancar tierra de Extremadura para meterla en saquitos con los colores nacionales y que esa tierra acoja el cuerpo sin vida, el país extraño, de un doncel. La muerte trágica, la muerte: no la guerra.

ALFONSO. — Hay grandeza. No te obceques: magnificencia. Cercado Teruel, 18 bajo cero, las defensas al límite, hacen una salida; les amparan la nieve y la noche; vadean el río Turia y como un centenar de los sitiados alcanza las líneas nacionales. Va con ellos un niño; en los brazos de ese niño, un hermanito. Ponen al hermanito en el suelo: muerto, helado en el camino.

GABRIEL. — Un caso, que se multiplicaría con la derrota: el éxodo a la raya de Francia, los muelles de Alicante... ¡Qué crispación, qué universal demencia! El hombre: lo más glorioso; y más vil.

ALFONSO. — Las calmas del Mediterráneo, noche arriba, y el torpedo en el corazón del *Baleares*. Un alrededor de buques ingleses, al salvamento. Los marinos del *Baleares* forman en cubierta, viejos lobos de mar, muchachitos, como el hijo de García Sanchiz, diecisiete, dieciocho años, se hunden con el crucero, cantando. Seis de marzo del año 38: quedaba guerra, todavía.

OLMOS. — Y los otros. Conté lo de Miaja. ¿Y ese Mera? Una mezcla de anarquista y de gobernador civil, que llegó, bueno a coronel rojo. Pues, afeitándose en la calle de un pueblo, ¿Olías del Rey?, mientras la aviación lo bombardeaba. ¿Más valor?

GABRIEL. — Un momento, un momento. De quien el español dice: es un cobarde, cree que lo ha dicho todo; no se admite apelación. O al contrario: «Sí, pero es un valiente...». Y a eso ya se le rinden. Es lo del brigada que defendía la muralla de Badajoz. Como se cargó a una compañía del Tercio, ni le tocaron; «¡Es un valiente! ¡Al Tercio!». Y ahora, a vender churros en Badajoz, halagadísimo.

OLMOS. — ¡Ah! Tenía yo un compañero de oficina. Hombre honesto, mano tendida en las persecuciones, republicano. Y su hijo, de la Falange, en las fuerzas nacionales. ¡Lo que ese padre sufrió el extremismo del hijo!

GABRIEL. — Estaba en la edad.

OLMOS. — El muchacho era un sobreviviente de la Montaña, uno de los pocos que se salvó tras el asalto.

GABRIEL. — Pocos pocos... Yo tengo ya la tira.

ALFONSO. — ¡Por favor!

OLMOS. — Entraba aquel hijo en Madrid, oficial de Regulares. Se fue como un rayo a casa; temía por la suerte del padre. Y el padre le aguardaba en su despachito de las horas libres, de funcionario ejemplar. Ejemplar. Mantuvo al hijo enfrente, él sentado. Le habló sereno, bajito:

—No quiero que te avergüences de tu padre, ante los tuyos.

Y rápido, impidiendo toda posible reacción, sacó un revólver y se pegó un tiro en la cabeza... Conozco a ese muchacho. Dudo que logre salvar el trauma ese muchacho.

ALFONSO. — ¡El tiro en la sien! Un coronel de la Guardia civil convoca a sus oficiales. Manda formar la columna. Ha jurado obediencia y siente la lealtad del juramento. Les toca salir a campaña. Lucha consigo mismo, fiel también a sus compañeros:

—¡Cumplid con vuestro deber! —dice a la tropa.

Y se levantó la tapa de los sesos. Aquella columna de guardias se pasó a los nacionales. Y así, hasta que digáis ¡basta!

GABRIEL. — Alonso, conozco ese rito. Fue hace muchos muchos años, y era una pequeña ciudad, rodeada, sitiada por los carlistas. Tu padre, todavía un niño. El padre de tu padre no quiso dar la voz de fuego al pelotón, contra el prisionero de su mismo pueblo; tu pueblo. Desenfundó el revólver y se lo llevó a la sien, con la sobriedad de quien obra en conciencia.

OLMOS. — ¿Tu abuelo?

GABRIEL. — ¡Un crimen, ¿veis?, otro crimen! La guerra es el crimen.

LOS MISMOS

ALFONSO. — No había días en la celda del cuartelillo: veinticuatro horas la jornada, pero de noche: veinticuatro horas de noche.

GABRIEL. — ¿Hubiera sido menos penoso las veinticuatro horas día por día en esa celda?

ALFONSO. — Me perdí en los azares de la burocracia: no me admitió la prisión militar, no tenían orden de ingreso; no nos recibió el gobernador: llegó en esos momentos el moro; de acuerdo: por ventura.

GABRIEL. — No lo dudes: os habría chillado y enviado a la cárcel, ¡orgullo de Alcándara!: una instalación recientísima, a las afueras, de penados comunes.

ALFONSO. — La conocí.

GABRIEL. — ¡Ah!, cuando se llevaron a uno de esos pabellones la prisión militar.

ALFONSO. — En el cuartelillo, a media mañana bajó un guardia; nos sacó de la celda; pudimos asearnos en un patio; tundidos, a la ida y la vuelta, de la recia lluvia que no paró aquella segunda quincena de enero del 37. El mismo guardia puso a mi disposición la biblioteca del cuartelillo.

—¿Y el niño?

—¡Éste, éste! —se reían. Y el muchacho también reía, porque era un falangista precoz y había intentado cargarse a tiros nada menos que a un tren.

OLMOS. — Saladísimo. Claro: los niños jugaban a la guerra.

ALFONSO. — «Éste, que ande por aquí —decían—, y si no fuera por el capitán, que juegue a la pelota». Nos invitaron a café. Mi dinero no valía; ni me lo retuvieron al pasarme. Estaba, pues, sin un céntimo. El niño hasta se alegró:

—Con lo que me traen de comer, tenemos. Y de tabaco, ni te preocupes: toma, tira de petaca, que luego hay más. ¿Tampoco papel?

OLMOS. — De eso no escaseábamos aquí.

ALFONSO. — Y el niño: «A mí me lo mercan portugués; estos librillos de enano; y sin goma, que es lo peor». El guardia me dio unas hojitas de *Abadie*.

GABRIEL. — Pitillos sí encontrarías, rubio, americanos. España no fabrica pitillos. Los del casino, liados. O algo de canarios.

ALFONSO. — Me puse a enredar en la biblioteca. Al niño le dejaron *El Eco*, local, y *Abecé* de Sevilla, dos o tres fechas de retraso. La bibliotequita, muy varia y sin limitaciones de autor ni texto. Valle-Inclán, casi completo, en la edición ornamentada *Opera omnia*. Leí *Jardín umbrío*.

GABRIEL. — Una joya.

ALFONSO. — Un remanso de paz, en el silencio. Poco antes del almuerzo se presentó el capitán. Echaron al niño. Nos conocíamos de mi estancia en Alcándara. Procedía del Ejército y se le tenía por inseguro, no de lo mejor visto.

GABRIEL. — No, ni el teniente.

ALFONSO. — De los dos me habló en la celda el niño, a quien su familia le traía una tartera y se le notaba verdaderamente feliz de compartirla. ¡Concho! ¿Creeréis que no recuerdo el nombre del niño? Le estoy viendo, como delante de mí mismo, aquí. El niño de Balmaseda. Pero ése es el nombre del pueblo y la estación desde donde tiroteó al convoy... ¡No caigo! Me dijo que el capitán no era de los nuestros, y que el teniente, ése, un rojo clavel. Y que así iba todo...

—¿Es de buena tinta? — y tanteé por si conocía a don Camilo, alguien de la familia.

—Ya verás cómo se los cargan. Y pronto.

GABRIEL. — Acertó. Al capitán le trasladaron a Logroño, y no sé si degradado. Y el teniente... Mira, no lo he contado a nadie; ni a Diana. Es la primera vez que lo digo. Iba yo una tarde por la plaza de San Juan. Se me acercó el guardia Eleno; de ése te acuerdas...

ALFONSO. — He vivido ni tres años en Alcándara. Eleno, Eleno...

GABRIEL. — Sí, hombre, sí: el padre de aquella... Bueno. Pues me llevó por sospechoso a la comisaría. No llegué a entrar. Nos dimos con el teniente a la puerta y compareció el guardia: a ver, que si unos papeles, que no los entendía... Fue cuando lo de Asturias. El teniente, mayor que nosotros y tocayo, Ildefonso como tú, era entonces de Seguridad: los romanones. Cogió

la cartera y se puso a enredar en los papeles. Vio una carta del secretario de Acebo, radical socialista, muy exaltado... Pero ¡no conoces a nadie!

ALFONSO. — Alcándara, casi nadie: ¡cómo te lo voy a decir!

GABRIEL. — El teniente don Ildefonso, el registrante, no se quería enterar.

OLMOS. — ¡Oh, cuánto de eso hubo en Madrid! ¡Gentes de corazón! Porque se comprometían. Y en la guerra, gravísimo.

GABRIEL. — Leyó la carta, rápido. Y en un susurro:

—Rómpela.

Al gobernador, que salía del edificio ante él que estábamos, y que le preguntó, aguardando, distante y como distraído el registro, y el gobernador sí que sabía quién era yo, y quién Jesús, mi hermano, le dio el parte:

—¡Nada!

Vino la guerra y quedó entre dos aguas. Se trataba de un buen oficial, hombre hecho, segundo jefe de Asalto. Le anticiparon el retiro. Está bien. Ha seguido en Alcándara.

ALFONSO. — ¡Concho, concho! Pues el capitán, a solas, me anunció que nos trasladarían al Regimiento, detenidos, en calidad de combatientes. Y que por tanto sería inútil avisar a la familia; les mandaríamos recado desde allí; nos podrían visitar y estaríamos relativamente cómodos y atendidos. En el cuartelillo no tenían ni para rancho.

GABRIEL. — Sí. Si es donde pasaban la última noche los arrancados de sus casas y a los que apretaban para sacarles alguna declaración, ya camino del río. Una especie de capilla sin capilla: la España católica, como veis.

OLMOS. — Al lado de Madrid... ¡Los asesinatos de Madrid!

GABRIEL. — En Madrid no había gobierno.

ALFONSO. — No hablemos de ello. Y no esa tarde, ni la siguiente; al tercer día, de noche, a la hora de cenar, nos trasladaron.

GABRIEL. — De punta a punta.

ALFONSO. — El niño del tren daba saltos de alegría. Me emocionó ir al paso del coche viendo las calles, la plaza. Había perdido la noción del tiempo, la fecha en que vivíamos. Luego, en el cuartel, me hice yo mismo un almanaque.

GABRIEL. — Como de estudiantes, ¿verdad? Una cartulina, y cada número en su casilla. Por la mañana, al sentarse, lo primero, cruzar con una raya o dos rayas el día.

ALFONSO. — Tal cual. Entró el automóvil hasta el patio, traspuestos los jardines y el cuerpo de guardia. Allí nos entregó la pareja al oficial y nos

condujeron al encierro. No se veía, de momento, en el pabellón, denso de humo y hombres que se paseaban arriba y abajo, a la luz de unas bombillitas muy altas; las colchonetas, recogidas como bancos laterales larguísimos.

OLMOS. — Es lo tremendo: la promiscuidad; la humillación, primera condena. Y de eso, permítame, Gabriel, sabemos mucho aquellos a quien nos tocó la guerra aquí.

ALFONSO. — Ya. Nos pusimos también a pasear y se acercaron inmediatamente, en grupos, los detenidos. Todos a una, ansiosos:

—¿Quién eres?

Y de dónde, por qué nos detenían, qué noticias de aquí, de allá. No se daban respiro. Me sentía yo hundido, el niño en la indignación de vernos en la cuadra. ¡Pijotero! No soltó prenda.

GABRIEL. — Es que ese niño sabía latín...

ALFONSO. — La cuadra, en efecto. Habilitada para prisioneros; porque la guarnición era de Infantería, los caballos pocos y se los llevaron al frente; o a otras cuadras.

—¿Ves? —palmoteó súbito el niño—. ¡Si te lo dije: no puede ser! ¿Cómo iban a meternos con éstos? Pues, sí que... ¡La de rojos que ahí habrá!

Y es que a la media hora vocearon nuestros nombres a la entrada:

—Con lo que traigan... ¡Vamos!

Agarré el macuto, el niño un maletón tremendo, y abandonamos la cuadra, entre un amago de íntimo rubor y la amargura de quien nos acogieran y todavía indagaban y permanecerían allí.

GABRIEL. — Pero, el niño...

ALFONSO. — Me enseñaba, como si la experiencia fuera suya; no mía, que le doblaba casi en edad... Volvimos a pasar el patio, a pie, acompañados de un cabo, de pocas palabras, y unos números terciado el fusil; en el cuerpo de guardia, el alférez. Nos destinaban, separados, a los calabozos de prevención y principal.

GABRIEL. — Alguien, que se daría cuenta. O te reconoció.

ALFONSO. — Allí nos lo explicamos. Al vernos, y sobre todo el niño, ¡sí a mí no se me conoce en Alcándara!, el niño, de falangista, los retenidos en los calabozos reclamaron al oficial de guardia; éramos falangistas; no se nos podía meter en la cuadra, sino en los calabozos.

—¡No cabe un alfiler!

No importa: si no hubiere petates, se apretarían. El oficial no distinguió entre el niño y yo, en materia de colores: nos traían juntos, de las fuerzas

armadas; luego tenía razón el calabozo. Compartí la celda de un viejo falangista, jefe local de uno de los pueblos del norte.

OLMOS. — ¿Y es que detenían a los falangistas?

ALFONSO. — ¡Ah! Muchísimos. Procesados unos, otros gubernativos; y jefes, los que más.

GABRIEL. — Falange, *refugium peccatorum*...

ALFONSO. — Menos, menos refugio. Los acusados por los caciques, que era el mando real y verdadero: la derecha. Y, ¿yo? Suponía Roberto Nicolás, que ése era el jefe, yo, pues en el expediente... No me apurase; no se estaba del todo mal. Se las arregló para que en casa lo supieran. Podían venir mañana mismo. Normalmente, dejaban pasar a la familia hasta la celda. Dependía del oficial. Las más veces, pasaban. Y se retiraban a la puesta del sol.

GABRIEL. — Dices tú: ¿falangistas detenidos? Los que quieras. Y mientras, venga de formar centurias, Alcándara, y venga de mandar expedicionarios al frente. Al principio, centuria por día.

ALFONSO. — No vi más aquella noche. Me dejó dormir a pierna suelta el viejo Roberto Nicolás. Ni siquiera me contó su peripecia.

Era hombre de criterio: lo aplazaba para mejor ocasión:

—Estabas que no te tenías... Y me dije: ¡a dormir! Anda: recoge la colchoneta. Así. Aquí nos hacemos de estas mesas: un cajón de tabaco, una peseta; lo encargamos en la cantina; te lo traen. Y te fabricas tu mesilla.

El calabozo daba al jardín; anchurosa la ventana, de reja hasta el suelo. En la puerta, un cuadrado, cruzado por dos barrotes, para la vigilancia: lo tapábamos con un cartón. Casi todo oficial lo permitía. Era reglamentario dormir con luz, una luz mínima encendida. Apagábamos y tampoco la guardia se metía con ello.

GABRIEL. — Lo cuentas como es. ¡Si yo estuve a verte! Tu calabozo, y digo mejor, habitación, daba al jardín. Había cinco o seis calabozos a cada lado; pasillo abajo, no se me olvida, el cuerpo de guardia; la biblioteca del cuartel y enfrente el cuerpo de guardia, con los fusiles en la espetera o la armería.

ALFONSO. — Habilitaron la biblioteca para dormitorio de ilustres: uno de ellos, letrado, notabilísimo, candidato al Congreso, pero que, miembro de la Milicia, tenía derecho a detenido en cuartel, no en la cárcel de los comunes.

OLMOS. — Mira, mira; estabais mejor de lo que se quiere.

ALFONSO. — No había en esos momentos bibliotecario. Lo fue un capitán, hombre de estudios y ahora —entonces— comandante estampillado. Le

recordaba, fino y atento; sentía su ausencia. Me encontraba feliz en mi celda, con el viejo falangista, sólo que, la biblioteca... Todo un salón para uno, ¡y las paredes de libros!

LOS MISMOS — CATALINA

ALFONSO. — Tumbado en el camastro, iba dejándome vivir. El compañero se pasaba las horas en el calabozo contiguo, donde los mayores, con posibles, armaban timba, y corta y juego y vuelta a barajar: insospechado regalo para mí: solo. Me iba al patio, me acercaba a la cantina, pedía un café, dos cafés, y tomaba a la celda.

OLMOS. — ¿Y eso era el 37?

ALFONSO. — Enero, 1937. Enero, febrero, meses arriba del 37. Temprano, como a las tres, tres y media, la tarde fría y calma, me sobresaltó una llamada muy conocida, remota: la musiquilla, el tamborileo, el mismo que yo de novio usé, de los nudillos en la puerta, y que me hizo pegar un salto, abrir, y ¡Catalina!

CATALINA. — Medio año sin vernos, sin saber uno del otro. Me estrechaba y yo no podía hablar. A punto de lágrimas pero ¡no lloramos, ¿verdad?! Eché un vistazo a la habitación. Inimaginable: me apuntaba a vivir allí. Acogedora, hecha como para la intimidad y las costumbres de Alonso. Estaba segura de que en ese recogimiento él no padecería. Incluso, y no había ni que preguntárselo, se encontraría feliz.

ALFONSO. — Y para que también tú lo fueras, cerré el portón.

CATALINA. — ¡Calla! Veía yo las barritas en cruz, el cartón que tapaba la miniatura de ventanuco en la puerta.

ALFONSO. — Y entonces fue y echó la aldaba.

CATALINA. — ¿Yo? ¡Por Dios!

ALFONSO. — Una cuña que impediría abrir desde el pasillo.

CATALINA. — Yo lo que dije: ¡os lo consienten!

ALFONSO. — Se admiraba de condescendencia tanta y ese encierro con sus patios y jardines y al que sólo se le prohibía, teóricamente según luego os diré, la prisión verdadera, a calicanto, que es la ciudad. ¿Hablamos? Lo primero, los ojos: nos veíamos, nos mirábamos como un imposible, insaciables de volvemos a ver. Vista, oído, olfato, gusto, tacto...

CATALINA. — Os dejo.

GABRIEL. — ¡No! ¡Que sois unos chiquillos! Ven acá. Catalina.

—Me tapo los oídos.

ALFONSO. — Lo último, no. Desde su irrupción en la celda, mis manos la reconocían, asumidoras de los cinco sentidos. Pues, ¡claro que sí! Arrebatadamente. Pasó horas aquella tarde Catalina, ¿veis?, detenida. El viejo falangista me sonreía, después:

—Fui a entrar. Noté la aldabilla echada, y aunque no tenía noticia de la visita, se me ocurrió; y os hice guardia en el corredor paseándolo, cercano, de arriba abajo. ¡Buena tarde me disteis!

Era costumbre y estábamos a la recíproca.

CATALINA. — Yo lo que hice es no regresar de momento a La Mota. Mi padre en la cárcel, se alegró de la llegada de Alonso, juntos al fin, la misma zona, y eso que temía de saberlo en el expediente.

GABRIEL. — Los amigos todos, en la cárcel. Los de don Camilo. Mi hermano Jesús, no. Ni yo, falangista, segunda línea. ¡Por Berta! Pero Raúl, y don Ramiro...

CATALINA. — ¡Desventurado!

GABRIEL. — Don Ramiro: pitagórico, ¿sabes? ¿Qué podría haber hecho? Le pusieron en libertad, y murió. De quien no se fiaba nadie, tu primo.

ALFONSO. — Y ¡qué injusto! Una desdicha, eso es Raúl.

GABRIEL. — Se encaramó escandalosamente al carro de los triunfadores.

OLMOS. — ¡Quién no! Yo, me tocó la china de que Prieto se portara como un caballero. Y se me hacía indecente, a sus ojos indecente, bueno al apuntarme. Pensaba: ¡qué dirá! Tuve, eso sí, carnet. Sindicaban a todo funcionario.

GABRIEL. — Es otra cosa. Ibais perdiendo. En política lo que no cabe es jugar al caballo blanco.

OLMOS. — Pero ¡qué política ni qué cáscaras! La guerra: una guerra salvaje; y de ocupación. No se alistaba uno a los vencedores. Madrid ardía. ¿Quién eran los vencedores?

GABRIEL. — Se veía venir. Desde el principio.

CATALINA. — Lo deseaba hasta el contrario, sí: que todo acabase y pudiéramos reempezar: La Mota, Alcándara. Madrid... Quizá menos, Madrid. Temía yo las delaciones; la represión a que llevaran esas delaciones serían dantescas.

ALFONSO. — Y allí, don Celes.

GABRIEL. —«¡Se lo escribo en la pared!», Celes famoso.

ALFONSO. — Huyó; se escondió en una casa de campo. Una y otra vez registraban la casa. ¡Nada! Y un día, también qué poco tacto, la señora que despide a la muchacha. Y la muchacha, pues se chivó. Cuando la policía reapareció en la finca, don Celes se dio por perdido. No dijeron palabra, no preguntaron, amables, derechos a la trampa:

—¿Vamos?

Y don Celes se entregó. En la cárcel también, procesado. ¡Cuándo terminaría todo, sí!

CATALINA. — Yo me animaba, por animarle. Me informaron que el evadido permanece en el expediente unos quince días. Tenía que subir a La Mota; dejar en la escuela una sustitución.

ALFONSO. — ¿Cuento el final?

CATALINA. — ¡Sois unos desvergonzados: eso es lo que sois! ¡El final! ¿Qué final?

ALFONSO. — Y al final, aquella tarde me pidió que la acompañase por el pasillo. No se atrevía a cruzar sola el cuerpo de guardia.

CATALINA. — ¡No me atrevía!

ALFONSO. — Y entonces, la salida a la vista, volví a llevármela al calabozo. ¿Lo digo?

CATALINA. — ¡Tonto! Lo que no quería es que me piropeasen, ¿te enteras? ¡Estaba una para eso! Y yo pensando: me voy al capellán castrense, a ver qué pasa, y le habla al juez.

ALFONSO. — Inútil. Llevaba un mes, dos meses en la guardia y ningún juez me requería ni me arriesgaba yo a reclamar. Un combatiente, pero del otro lado. Ponerlo en regla, podía dar con mis huesos en la cárcel. Que no era precisamente aquellos calabozos.

CATALINA. — No dejé en paz a nadie. Conocí jueces de dos tipos: oficiales de la reserva, ineptos, comprensivos, en modo alguno acerbos. Y jueces jóvenes, abogados a quien habilitaban con la estrella de provisional.

ALFONSO. — De complemento.

CATALINA. — O eso. Estampillados. Un modelo de gentileza y decisión. Por qué vía iríamos, era el asunto. Y éste, pendiente de la colchoneta, o que si contra la pared. ¡Cochinos! Es que lo sois: todos, aun en la más grave circunstancia, unos cochinos.

ALFONSO. — ¡Vamos! Aquí no se ruboriza nadie...

CATALINA. — Yo. ¿No basta?

ALFONSO. — Es como el oficial de guardia. Si la guardia correspondía a un provisional, le hablaba el detenido y conseguía unas horas de calle, o a casa, de tener casa en Alcándara. Se me ocurrió; ¡el capitán médico! Me fui a él.

CATALINA. — Era el médico de familia. Militarizado.

ALFONSO. — Me extendió una receta para reconocimiento en el hospital. ¡De los ojos! Aguanté: que le tocase guardia a un alférez provisional. Subí al cuarto de banderas y le pedí autorización. El primer día me custodió un soldado. Tomamos unas cañas. Y el soldado esperó a que me vieran en el hospital. Me senté un rato en un banco del pasillo, y salí. Tomamos otra caña.

—¿El doctor? Que me den una cosa en el botiquín y que vuelva pasado mañana.

OLMOS. — Y a los dos días, bueno te escapaste...

ALFONSO. — No, hombre: no me escapé. Eso es lo que temían los oficiales viejos; no hagas tú de viejo. A los dos días, más confiado y generoso, otro provisional, me dejó solo; a condición de que regresara antes del relevo, por si había cuenta, que a veces la había, y entrega de los arrestados. Ni siquiera nos llamó detenidos.

CATALINA. — ¡Ah! Y aquel brigada legionario...

ALFONSO. — Es verdad. El procedimiento, que se perfeccionaba. Se me hizo amigo un brigada de la Legión, alto grado entre los reclusos.

—¿Listo?

Y arrancábamos a la hora del paseo con la tropa. El centinela, de servicios auxiliares, saludaba ostentosamente al paso del brigada, ¡y de la Legión! Me dejaba en casa y él se iba de tascas. A las dos horas, me recogía. Nadie podría impedirnos la entrada. ¡Al calabozo!

CATALINA. — Lo que tiene es que las vecinas nos metían en compromisos tremendos. Veían a Alonso. Celebraban su libertad. ¿Y qué les decías? Yo andaba asustadísima.

ALFONSO. — Nunca pasó nada. Que el Legión volvía contoneándose, tarareando; *Ej Maricrú, la mosita, / la maj bonita...* Y aun se daba un garbeo

por el paseo de los Álamos. Tenía cabeza de oficinista aquel brigada, fino y andaluz. Le malmiraba un sargento, legionario tipo, ancha patilla pelo en pecho, que les cantaba a voces a los otros detenidos:

—*Tú ereh un rojo clavé...*

Como el niño de Balmaseda. Cargando el énfasis en la alusión, rojo; y murmuraba:

—¿Brigada? ¡Ni cabo! Eso es lo que es ése.

Terminó en la cárcel de comunes. Algo muy serio: le pedían pena de muerte. Mal encarado, le atraía como al hierro el imán el brigada. Y aparte lo del rojo clavel, por eso no reparaba en los demás. Peligroso. Un aventurero de cuidado.

CATALINA. — Yo no lograba dejar tan fácilmente La Mota. Era un sábado y bajaba para también el domingo a la capital. No llegué a tiempo de visita. Hice que le avisaran. Vivíamos cerca del cuartel: lo que falta de calle, desde el 42; una plaza ajardinada, y el cuartel. ¡Plaf!, y se me presentó en casa. Había yo traído a los niños.

ALFONSO. — Desconocidos, ¡tan grandes! Eso me empujó: me fui sin más al oficial, y se lo expliqué. Sonreía:

—A las ocho, mañana aquí.

¡Aquella noche en la vieja casa de Calatravas! Yo había dicho:

—No deben verme los niños entre rejas...

Y no me convencía eso de que ellos, ¡angelitos!, qué iban a saber. Doña Adhelma velaba como nuestra noche de bodas. Vestían los niños los trajecitos que compramos el primer agosto en guerra...

CATALINA. — *Compramos*, no. Yo no estaba en Madrid.

GABRIEL. — ¿Y del huésped? López Lancho.

CATALINA. — Se hizo, tú lo has dicho, amigo de papá.

GABRIEL. — Sí. Le hirieron allá por Griñón y hospitalizaron en Alcándara. Partió en una expedicionaria de Falange. Le vieron en los Carabancheles. Sanitario, interrogaba, escribía y venga de escribir. Murió en otro frente, mucho después.

ALFONSO. — Cuando a la mañana de aquella noche que dormí en casa me presenté, «¡A sus órdenes, mi alférez, se presenta...!», volvió a sonreír, como dichoso. ¡Caray!, era la guerra y había hombres con un corazón así.

GABRIEL. — Y mujeres.

GABRIEL y ALFONSO. — ¡Berta!

ALFONSO. — Berta Coloma, por quien tú y yo vestimos de azul: camisa; yo pantalón de montar y tubos. Había mandado a casa el capote con que me

pasé: verdoso, espléndido, el capote de un sargento de mi unidad; lo cogí del perchero, al paso, la madrugada del ataque y, ¿qué habrá sido del sargento?

OLMOS. — Que se agarraría a otro capote; el del primer recluta: es ley de cuartel.

ALFONSO. — ¡Oh, ese capote! Hizo feliz a tu madre, que lo tiñó de azul y le quedó pero que muy bien, y se puso a las cinco flechas o lo encargó a la bordadora de arriba, porque nunca se vieron insignias de primor tal.

CATALINA. — Y mientras, discutiendo nosotras si convendría acelerar o que se encarpetara el trámite, temerosas de su final que era la marcha al frente. Sin decírselo, Berta y yo.

GABRIEL. — Berta, ilusión... Condescendería. Miraría para adentro, a Enrique, su imagen de Enrique niño, ignoto, y la piedad de verse ella en ti, y tus niños. ¿La guerra? ¿Los niños?

CATALINA. — Berta, ahí la tienes: preguntáselo.

ALFONSO. — No, ¡qué le he de preguntar! Sentimentalismos aparte, el regalo mejor, los tubos.

CATALINA. — Obsequio de Berta.

ALFONSO. — Lo supe. Le expresé mi contento y gratitud. Porque nunca acertaría al enredadísimo vendaje de las bandas caqui, apolainando tobillo arriba. Los tubos, y me veía ya oficial... En el arresto; pero sin el taconazo en que me especialicé, no hubiere provisional que me diera un permiso. ¡Y eso es todo! La vida es así...

HOMBRES — BERTA

ALFONSO. — Alcándara celebraba la toma de Málaga; era el 8 de febrero; aquella tarde, en la biblioteca, presté declaración ante el juez de mi expediente. El 31 de marzo me notificaron el sobreseimiento. Quedaba a las puertas de la libertad.

OLMOS. — Mes y medio.

ALFONSO. — He dicho, a la puerta. Y no en libertad, por un incidente admisible sólo en el reino del absurdo. A media tarde fui como tantas otras tardes a la cantina. Llegaría, de un momento a otro, la orden. Me acerqué por el patio a la ventana del calabozo contiguo al mío. Es donde jugaba su partida el viejo falangista. Pregunté.

—Nada. ¿Estás en la cantina?

Me volvía, cuando me sisearon desde el primer piso, el balcón de encima de la reja a la que me acercara. Que esperase. Bajó un brigada, corto de talla y delgadito, la voz chillante:

—¿Qué papel ha pasado a los presos?

—¿Papel? ¡Qué papel voy a pasar!

—Lo he visto yo, no lo niegue. Lo han visto estos ojos, ¡estos ojos! ¡Venga, al oficial!

Y me condujo al cuerpo de guardia. Es un ancho vestíbulo, del jardín a los pabellones: entrando, a la izquierda la sala de banderas, a la derecha el pasillo de los calabozos; vestíbulo adelante, el patio. Cara rosa, moteada de barros, compañero mío de bachillerato, el oficial de guardia era hijo del maestro herrero.

GABRIEL. — ¡Atiza!

ALFONSO. — No se le tenía en mucho. Ingresó voluntario y con la guerra le habilitaron de alférez. Orgullo de su padre; legítimo; el orgullo. Se arrugó: quiso desconocerme, y nos habíamos saludado esa misma mañana. Le temía al brigadín de las oficinas.

—Es disparatado; yo no tengo que pasar papel ni cosa alguna a esos calabozos. Nadie me impide llevarlo en mano: vivo ahí.

El brigada no se convencía.

GABRIEL. — ¡Eso es la guerra! La arbitrariedad. Mando yo, y punto en boca. Aunque te fuera en ello la vida.

ALFONSO. — Pues, verás. Parte por escrito, registro de los calabozos... Se me tomó por un recluta, mayor, todavía sin uniforme, de las quintas de reserva quizá. Y a los detenidos, ¡infelices!, espías de las potencias rojas. Algo así. Me dejaron, por último, y en el patio, con algún otro, me senté al sol.

OLMOS. — Y sin la orden de libertad.

ALFONSO. — No, no llegó: continuaba, a disposición gubernativa. Me sorprendía, no la imaginación acusadora del brigadín, de quien supe que se mató a los pocos meses con un subfusil ametrallador al descender de un coche.

OLMOS. — Un nervioso; típico: atolondrado.

ALFONSO. — Me dolió, mucho, la cobardía del oficial de guardia, el oficial amigo; debo dar su nombre: Antolín. No olvidar ese nombre: Antolín Navarro, provisional. Me amagaban unos meses de prevención.

GABRIEL. — Perdona: sé su historia. La indignidad de ese Antolín. Lo sabe Alcándara toda; lo del asistente.

ALFONSO. — Que sí, que el asistente era de mi pueblo. Los días, la cuenta de los días la llevaba en un tarjetón, como tú has presentado, minuciosamente. Todas las noches, al acostarme, cruzaba la casilla. Y cada fecha traía su afán. Había yo jugado, niño, en los jardines de ese cuartel: la pérgola, el túnel umbroso, los espaldares de la rosaleta...

OLMOS. — Tu padre era militar.

ALFONSO. — Pasé allí alguna temporada con un amiguito, hijo de otro militar. Un sábado se alborotó mucho la cantina. Se la habían adjudicado al maestro herrero. Y una de sus hijas, que regresaba de noche al cuartel, es decir, a casa, fue asaltada en la oscuridad de los jardines. El maestro se subía por las paredes. Nunca se averiguó el autor o autores del asalto ni a dónde

llegaran en el trasteo de la cantinerita. La imaginación volaba, fácil, y más en hombres jóvenes enclaustrados.

—¡Que se joda! Que en la tierra del cantinero, a una muchacha, preciosa, la pasearon desnuda en un burro.

Todo, ocasión en aquel encierro alegre, para el hombre orgiástico.

OLMOS. — ¡Aun entre rejas!

ALFONSO. — Siempre algún calabozo se trocaba en fiesta, motivo de fiesta de los detenidos. Agotados el vino, coñac, anís, los animosos no se rendían: bebíamos alcohol de quemar, con mixturas desconcertantes; por ejemplo: alcohol y leche condensada.

GABRIEL. — Os salvaba la leche. Porque eso es mortal. O te quedas ciego. Es como el metílico.

OLMOS. — ¡Químico! Tú, apruebas.

ALFONSO. — Pusieron de centinelas a una hornada de servicios auxiliares: quintos, que no lo fueran porque no dieron la talla, o bizcos, o pies planos: un desecho de humanidad. Resultaron temibles. Temblaban.

GABRIEL. — Yo comprobé que en la retaguardia, en peleas de taberna, si andaba por allí un cobarde, se enzarzaban a tiros. El cobarde, tira.

ALFONSO. — Metieron en un calabozo estrecho, de castigo, con sólo el ventanuco en lo más alto, a un legionario gloriosamente borracho; hombre de pelo blanco abundoso, ya entrado en años. Vigilaba, a la puerta de ese calabozo, uno de servicios auxiliares. El legionario, al que le faltaba un antebrazo, sacaba el muñón por el ventanuco.

GABRIEL. — Y aterraba al soldadito.

ALFONSO. — Eso fue. De madrugada, el legionario, que aullaba en alemán y cantaba a todo volumen letras ininteligibles, intentó asustarle. Y lo consiguió; asomó la cabeza por el ventanuco. Dominado por el pánico, el centinela le descerrajó un tiro de abajo arriba, en la base del cráneo.

OLMOS. — Le fusilarían, en el acto.

ALFONSO. — El legionario es quien murió en el acto. Al recluta le concedieron permiso ilimitado; a su pueblo, a reponerse de los nervios.

GABRIEL. — Esos reclutas, les llamaban *la chatarra*.

ALFONSO. — Lo eran. En otro calabozo, vi cómo un legionario endeble, enfermizo, un asco de hombre, tenía acorralados contra la pared a ocho o diez moros, a los que zahería y fustigaba a correazo limpio.

GABRIEL. — El moro es medroso. Taimado y temeroso.

OLMOS. — Y ¡todos se hallaban detenidos!

ALFONSO. — Todos. El hombre es así. Aunque no inmediato al incidente del papelito con el brigada, el resultado, aquel tebeo, es que nos trasladaron a la cárcel nueva: un pabellón a las afueras, destinado a militares. Amplio, cómodo. Con molestias para la familia; nosotros, en menos libertad.

GABRIEL. — Y en Alcándara ya hay distancias. De la estación a la plaza de toros, ¡échale!

ALFONSO. — Se me colocó en la oficina, ¡mecnógrafo! Acataba mi destino. Me apunté a unos cuantos, agrupados en república: imperio, decíamos a esa república. Había un factor de ferrocarriles, de Mirabel; un delineante madrileño a quien le pescó la guerra, en quintas; dos malditos, falangistas de la derecha...

GABRIEL. — ¡Muy bien! Porque yo soy falangista social de izquierdas. ¿O qué se han creído?

ALFONSO. — Calma... Falangistas de un pueblito cercano a la capital. Mi celda, puro privilegio: la enfermería, grande y sola. Hasta que vino a compartirla un hijo de familia, que fumaba rubio y no soltaba un cigarrillo, despreciativo, pero que, al acabársele, y lo consumía rápido, se fumaba mi tabaco de cuarterón:

—¡De cura! —exclamaba, con un mohín de menosprecio.

OLMOS. — En mi oficina, el jefe, uno de los jefes, no compró nunca tabaco.

—¡Ése es el que fuma mi hijo!

—¡Hombre! ¿Hasta el tabaco de los hijos te fumas?

Rompió a reír a carcajadas. Y al cabo de un rato, le volvía la risa, cuando ya nadie se ocupaba del asunto, sino él, que se acordaba.

ALFONSO. — Nos limpiaban la celda, la enfermería, aquellos dos paisanos del pueblito. Y el hijo de papá, una mañana, en la cama todavía, como le molestara la intromisión de los fregadores, dio orden al soldado madrileño, a quien seducía, de que los arrojara de *su casa*. El madrileño, que era una fuerza de la naturaleza, echó a rodar de un puñetazo a uno de los hombrecitos; el otro, salió volando como en alas de su escoba. Y dieron parte. Me presionaban los del imperio para que interviniese; no conseguí nada, en la oficina, sino perder mi plaza de mecnógrafo y que me volvieran al régimen común.

OLMOS. — Yo no lo hubiera hecho. Que, bueno, cada palo aguante su vela.

ALFONSO. — ¡Pchs! Tuvieron un detalle: no me privaron del privilegio de la enfermería. Al jefe del imperio, alto, pelirrojo, riente, paciencudo, le

llamábamos Papá Tornero. Lo llevaba muy bien. ¿Y sabes qué nos torturaba? Las visitas.

OLMOS. — Que daban la lata.

ALFONSO. — No. El sistema de visitas, acostumbrados a la libertad del cuartel. Se celebraban ahora en un salón, sin locutorio ni vigilancia, pero en común, no en las celdas. Un teniente de Estado Mayor, que amistó conmigo y tenía bula por sus relaciones con la división en plaza, y por su grado, me facilitó la visita de Catalina; una o dos visitas: en seguida, removiendo influencias, quedé en libertad. ¡Teniente Gómez, murciano, prismáticos al cuello, rebenque!

—¿Y cómo te las arreglas para dormir con el rebenque?

—Puesto.

Le divertía yo mucho. Tenía a su mujer en la otra zona. Le acusaban de conspiración. Poma a parir al coronel juez de su causa; un viejo artillero, sordo.

GABRIEL. — ¡Arrea! Don Rodrigálvarez. Sordo sordo... Es lo que le quedaba de artillero.

ALFONSO. — No seas así... Ese coronel luchaba entre la ordenanza y la simpatía por el teniente. Gómez, berreaba:

—He otorgado testamento. Y en ese testamento lego el carajo en un bote de alcohol. Como lo oyes: mi carajo, ¡al coronel de la causa!

La liberación de su esposa, y los buenos ojos con que los mirara el coronel, zanjaron el expediente Gómez. Ya estaba yo en la calle. Y aun había subido con Catalina y los niños a La Mota. Cantaba ese teniente *A los pies de un limonero, La bien pagá*; y musiquillas traídas de Madrid por otro no menos teniente, y que al final se salía por tangos.

OLMOS. — La estrella en Madrid era Estrellita. Muy delgada. Estrellita Castro. La consagró Rámper. Se jaleaba ella sola. Con su caracolillo en la frente... Estrellita, pues, ¡todo!, baila, habla, zapatea; la que más en canción andaluza.

GABRIEL. — Lorca. El triunfo de la muerte, ya ves. Luna lunera, olivares. *El café de Chinitos, Los cuatro muleros*. Tientos...

ALFONSO. — Y el tango. Me acongoja... A lo largo del pasillo, arriba y abajo, en el cuartel bordaba el tango un mozo, grueso apacible. No sabíamos de qué le acusaran. No hablaba con nadie: sonreía. Y una noche, una madrugada, tras la noche en capilla...

OLMOS. — ¡Fusilado! Por eso no hablaba. ¿Y le veáis tan campante?

ALFONSO. — La capilla es terrible. Toda la noche el capellán, un anciano vivaz, profesor de Religión y que a los sesenta años se matriculó en Letras, a solas con el condenado. Pasó el condenado la tarde entre nosotros, tan ajenos a su final, ¡y entraba en capilla!

GABRIEL. —La guerra. Todavía tú diciéndome ¡calla!, cuando la llamo crimen.

ALFONSO. — Nos llegaban la súplica, inútil; las imprecaciones, el llanto. Nadie dormía. Cerraban los calabozos y reforzaban la guardia; pero en pie todos, a la escucha. Amaneciendo, nos sacudía el multiplicado tiro de la descarga; el tiro de gracia, alguna vez. Y nos volvíamos al camastro, muertos de sueño, de cóleras de incredulidad.

OLMOS. — ¿Qué habría hecho aquel cantor?

ALFONSO. — *Dueto criollo*. Eso hacía. Era dulce de oír, barítona un punto la voz, el tango del condenado. Paso a paso, orilla del éxtasis. No se me desdibuja: aquel mozo extremeño, fervoroso del tango, a quien nadie visitaba, ni conocía, y le lloramos como en un tango unánime, la última noche, roto, para siempre.

BERTA. —... ¿Qué? ¿Se habla? Así así, ¿verdad? ¡Oh, una pizca trágicos! ¿Qué tal si nos fuéramos de cena?

ALFONSO. — Sí, aquí al lado. Pues, tomamos allí una copa y nos quedamos a cenar. Has hecho bien, pero que muy bien de llegarte a estas sequedades, Berta. ¡Como lo que eres! Y ya está.

LOS MISMOS — ZITA

GABRIEL. — No sé: lo de Guernica es un misterio, una de esas confusiones, en el secreto yo creo que para siempre. El cuartel general no ha atinado: rehuyó. Y eso, desautoriza.

ALFONSO. — Por muy íntimo y hondo motivo me es fecha inolvidable: lunes, 26 de abril, año 37. Hasta dos o tres días nadie supo cosa. Y tampoco lo que después uno averiguara le alteró. Salamanca negaba el bombardeo: «No es objetivo militar», dijo el parte.

OLMOS. — Pues, ¡Madrid! Los periódicos, bueno se volcaron: «Guernica arrasada», «Los aviones alemanes...». Titulares de escándalo. Notas de Gobernación, y la campaña internacional. Insidiosa. Insistente: el alarido diario. Mira que Madrid, ¡supo de bombardeos! Lo de Guernica alucinaba.

GABRIEL. — Guernica es el alma vasca, el roble juradero. Ante ese árbol —*Guemika'ko Arbola*, que hizo como un himno Iparragirre— Castilla le juraba los usos, derechos y costumbres. ¡Berta!

BERTA. — Conozco Guernica.

GABRIEL. — Las asambleas... Berta, ¿las asambleas de Guernica?

BERTA. — *Batzarre*.

GABRIEL. — A la sombra del roble: cinco bocinas de monte en monte, cinco montes, convocándolas.

BERTA. — Está al pie de un monte.

ALFONSO. — Estaba.

BERTA. — Junto a la ría.

ALFONSO. — Eso es clave: los aviones se colaron por la parte del mar.

BERTA. — No hay quien te lo pruebe. Otros dicen que lo primero fue un avión negro, de las montañas, en vuelo bajo, y que el vigía dio la alarma: una gran bandera roja, y entonces sonaban las campanas; la gente se metía en los refugios o huía al monte. Esa primera bomba desbarató una mansión de tres pisos; a las tres horas, Guernica era un brasero gigantesco; a los tres días, seguía ardiendo.

GABRIEL. — ¡No quedó nada!

ALFONSO. — A los tres días, entraba Mola.

BERTA. — Y un requeté y un falangista dieron guardia al árbol. Venía en todos los periódicos.

GABRIEL. — Es de asombro: no se perdió el árbol. Ni se hundió el puente. Ni las fábricas. Lo normal es que se hubieran cargado el puente, sobre el río...

BERTA. — Oca.

GABRIEL. — Y las fábricas de armas... No: se cargaron el pueblo.

OLMOS. — ¿Qué habitantes tendría?

BERTA. — Unos siete mil.

GABRIEL. — Para mí, fue cosa de los alemanes: un ensayo de aniquilamiento. Lo de Madrid, sobre zona rural; ante las columnas en marcha.

BERTA. — Edificios viejos, muchos de madera, en calles más bien estrechas... Por eso, lo que ardió es el casco de la ciudad.

OLMOS. — También se ha dicho que la incendiaron los fugitivos, los mineros de Asturias, para que la culpa, bueno recayese en los nacionales.

GABRIEL. — Eso no se lo cree ni Franco.

ALFONSO. — ¡Para el carro!

GABRIEL. — Picasso ha hecho un cuadro demoledor.

ALFONSO. — Lo ha visto Eve. Dice Eve que el protagonista de ese cuadro, una pintura de pared, enorme, es la muerte.

GABRIEL. — Como que se llama así: *La muerte de Guernica*. Yo es que tuve un catálogo de la Exposición. Un acta, para el mañana. *Los desastres de la guerra*, Goya. La muerte gratuita. Ojos desorbitados, en grises y negros. Mide, sí, unos ocho metros; ocho de largo.

ALFONSO. — Un momento. La guardé en ese libro, de registro. Espera... «Caballos y madres con niños muertos y una bombilla y los toros hombres de Picasso. Brazos en alto. Una mano y una espada rota. Cabezas de mujer, llorando, la casa en llamas, y cabezas de soldados caídos. Un hombre caído. Todo sin color; lo más, medias tintas amarillas o azuladas». Dice Eve.

GABRIEL. — Acuarelista, Eve trabaja en constantes clásicas.

ALFONSO. — Por eso. No le ha complacido *La muerte de Guernica*.

GABRIEL. — El cuadro sobrevive a la ciudad. Esto es lo trágico. No, tampoco le han dado en París mucha importancia. ¿Y la posteridad? Las grandes obras las hace la posteridad. Me temo que sea, este Picasso, una brutal acusación para el régimen. ¡Hay tantas! Lorca, Unamuno... Lo hacemos muy mal.

AVELINA. — Perdón. Que Catalina se empeña y nos quedamos a cenar.

OLMOS. — Necesitaríamos llamar a casa.

ALFONSO. — Lo tengo pedido, el teléfono. Me han dicho que no hay pares. Se puede llamar desde abajo, el bar de abajo. Son amables. ¿Te acompaño?

OLMOS. — Viene Avelina. Tendrá que ocuparse de los niños, la cena de los niños.

BERTA. — Catalina y Zita no acaban.

GABRIEL. — ¿Zita? ¡Oh! Estará husmeando, inquiriéndolo todo...

BERTA. — Voy con ellas. ¡Caramba! También yo he de arreglarme. Lo necesito como ninguna. A mi edad...

GABRIEL. — Los ángeles no tienen edad. ¡Ángel, tú!

BERTA. — Án-ge-la...

ALFONSO. — Y al fin, solos.

GABRIEL. — Ésos, tardan. No te digo, el teléfono en manos de una mujer, Olmos con su carlita y su ¡*bueno!*, al mostrador. Y ellas... Me di cuenta.

ALFONSO. — Fue el día de Jimena. Yo andaba por el patio, al sol; la tarde, espléndida. Me avisó un recluta: que me aguardaban en el cuerpo de guardia; y él qué sabía; una visita. Acudí, no sin fastidio, pesado, de la pereza. De repente...

GABRIEL. — ¡Jimena!

ALFONSO. — «¡Tú aquí!». Sonreía, entre lágrimas. La tomé del brazo. No había un alma en el pasillo, en los calabozos. Hasta la encontré hermosa. No es guapa Jimena; irradiaba emoción y deseo. Don Joaquín, vivían en París; pudo escapar del norte.

GABRIEL. — Y, ¿cómo te localizó? ¡En Alcándara!

ALFONSO. — Jimena venía de unas gestiones delicadas, y sin éxito: no regresarían, de momento. Estoy en 1937. Antes de volverse a París, supo de mí por irnos falangistas, muy agitados aquellos días, la semana trágica de Salamanca.

GABRIEL. — ¡Berta!

ALFONSO. — Ni me lo dice ni lo niega. Pero... ¡Berta la encarriló! Fue la tarde inagotable. A las cuatro y cuarto nos amábamos enfebrecidos. Y te doy precisiones: cuatro y cuarto. A esa hora empezaba la muerte de Guernica. Todas estas cosas no las adviertes; alguna, la conoces mucho después. No puedo alejar a Jimena de mi pensamiento; las consecuencias del amor de aquella tarde, para Jimena y para mí.

GABRIEL. — ¿Catalina?

ALFONSO. — ¡Ahí está; no comprende! Se lo confesé, vísperas de partir para el frente, una noche de ron y vigilia, mano a mano, en La Mota. Y al venirse a la casa de Madrid, hace unos días. Se niega a entender. Calla. Condena y calla. Y yo, ¡más que a mí mismo!, quiero a Catalina. Le he dicho: «Jimena». No la hija de Jimena. Tampoco Jimena me lo dijo. No nos comunicábamos. El nacimiento lo supe por César: unas líneas desde París. Y que doña Cristina, madre de Jimena, se moría. El doble drama de don Joaquín. Por lo demás, juntos, bien situados; Galiano es un genio del mercantilismo. Y de la ciencia del Derecho.

GABRIEL. — Guernica, Jimena... ¡Qué fatalismo!

ALFONSO. — Y eso de Guernica, lo sé como nadie. ¿Tú recuerdas, Alcándara, la radio nueva, aquella telefonista de la que todos hablaban...?

GABRIEL. — Sofía.

ALFONSO. — No. Sofía es la hermana; es compañera de Catalina. Lidia.

GABRIEL. — Que tuvo un lío con alemanes.

ALFONSO. — Nada, ningún lío; que se enamoriscó de un aviador alemán y cuando el bombardeo de Alcándara la tomaron por espía, y a la cárcel. Me lo contó. Porque lo suyo es posterior a Guernica. Nos mirábamos con simpatía. Esperaba Lidia a su alemán en el Círculo, un rinconcito del salón rojo. Charlábamos. Al rato, surgió mi obsesión; Guernica. Lidia lo sabía por él. No había sido la legión Cóndor; actuó un grupo especial de prueba: orden directa de Alemania.

GABRIEL. — El ensayo, la guerra total; no me sorprende lo más mínimo: un bombardeo de saturación, sobre ejércitos en retirada, al centro de comunicaciones.

ALFONSO. — Hay otras cosas. Alemania, ¿podría ver con buenos ojos a una Vizcaya anglófila? Hasta en su bandera, mimética de Inglaterra; su flota al servicio de Gran Bretaña en la guerra europea; su fútbol, inglés; el comercio...

GABRIEL. — Estuviera Javier, y nos diría: Prieto...

ALFONSO. — Pero no hubiéramos hablado de Jimena.

GABRIEL. — Evidente. Sí, un desafío alemán... a Inglaterra; en la España más sensible a Inglaterra. Y ¡qué bestias!, medio centenar de aviones.

ALFONSO. — Tres horas bombardeando. Primero, bombas del mayor tonelaje; brazadas luego de bombas diminutas incendiarias. La bomba gruesa, rompía; las incendiarias, pegándole fuego al maderamen, consumaban la destrucción.

GABRIEL. — Debió de ser pavoroso. ¡El infierno a flor de tierra!

ALFONSO. — El alemán se lo traducía a Lidia como lo más simple del mundo. Un chivato; dos *Pipo y Pipa*, negros; las pavas, Junkers 52, tranvías, trimotores. En cadena, sobre tierra: Heinkel 51, biplanos, de ametralladoras fijas; otros Heinkel tipo tigresa, metálicos, de cúpula de cristal; los *Pedros*...

GABRIEL. — ¿Y lo relataba así Lidia?

ALFONSO. — Como te lo cuento.

GABRIEL. — A mí no se me hubiera quedado en la memoria.

ALFONSO. — Yo he hecho la guerra. ¡Venturoso de ti! El alemán, pues con el contento de proclamarse los más vigorosos. La gente huía al cementerio. El refugio del pueblo se derrumbó.

GABRIEL. — Habría infinidad de víctimas.

ALFONSO. — Calcula. Y los cazas, a dos metros, completando la tarea sobre los fugitivos. No interesaba el barrio industrial. Lo tomaríamos en seguida, intacto. Ni el ferrocarril ni el puente en la carretera de Rentería.

GABRIEL. — Lo que iba a hacer falta. Destruían el villazgo y la moral. ¡Qué vergüenza!

ALFONSO. — Es la guerra.

GABRIEL. — No. Digo: Italia había ganado el sur; Málaga. Alemania quería el norte: Vizcaya.

ALFONSO. — Necesitaba Alemania probarse a sí misma y mostrar a Europa, ¡Europa!, la terrorífica joven Luftwaffe. Goering y su escuela de guerra; se entrenaban, advertían:

— ¡Éstos son mis poderes!

Lidia me abrumó de detalles. Una política de tierra quemada; por eso, la manipulación, el endoso de la culpa a los dinamiteros asturianos; la cortina de humo espesísima, explosiones tardías... Y ninguna bomba sin estallar.

GABRIEL. — ¿Y por qué detendrían a Lidia, sirena juncalísima, la telefonista?

ZITA. —... ¿Decís, telefonista? ¿No es automático? ¿Qué harán esos?
Llevan media hora telefoneando.

GABRIEL. — Pues, lo más peregrino de Alonso, de la guerra: que había un paisano, de las milicias, en el centro del pueblo; cuando veía venir el avión, llamaba a la telefonista. Y la telefonista daba la alarma.

—Señorita; el avión.

—¡Si será memo! ¡A la peor hora!

Y se le olvidó pasar el aviso... Es verdad. Como lo oyes. De verdad.

ZITA. — ¡Iros a paseo!

ALFONSO. — ¡Lagarto, lagarto!

ZITA. — Y además, me importa un pito. O sea... No me interesa lo que habláis... ¡Catalina!, ¡Berta!

ACTO SEGUNDO

1

BERTA — OLMOS — ALFONSO — GABRIEL
CATALINA — ZITA — LUEGO, AVELINA

BERTA. — Pues todavía tengo agujetas. Es el primer desfile nacional de las muchachas. Y digo yo: ¿qué se va a hacer de los vestigios? Porque algo habrá de hacerse: erigir en esas ruinas el símbolo de una España nueva.

OLMOS. — Fue la noche triste de Madrid. Y eso que ha habido noches, y amargura, en tres años. Empezó el 22. Se congregaban alrededor de la cárcel no menos de diez mil hombres, mujeres y hombres, armados.

ALFONSO. — Y la invadieron. Peor que en la Montaña.

OLMOS. — Mucho peor. Mataron a Melquíades Álvarez...

GABRIEL. — Lorito real.

OLMOS. — Cuando lo supo Azaña, que es un corazón duro, lloró. Prieto dijo: «Hoy acabamos de perder la guerra»; y acudió allí con su guardia personal. Patético, patético; bueno, que no se comprende.

GABRIEL. — Badajoz. La represalia por las noticias y los fugitivos de Badajoz.

OLMOS. — No hay excusa. Contra una barbarie no se escarmienta con otra barbarie. Ya veis, Capaz: militar dignísimo, que ocupó Ifni y se negó al movimiento en África. O Rico Avello. Y unos cuantos ministros de la República... Unos suplicaban, otros se crecían. Alguno echó a correr: a morir cazado en un pasillo, o en el patio.

BERTA. — Estoy en que ahora, ¿en qué prisión o qué campo?, damos con Enrique. Comunista, no me duelen prendas. Pero aunque no lo fuese; dependerá de su conducta. Y Enrique, joven, tan ardoroso... No me llega la camisa al cuerpo. Éso es mis agujetas: desde que vine, sin parar.

ALFONSO. — El drama sesión continua. Los jurídicos toman declaraciones, piden informes, se afanan. Habrá sus dos millones de prisioneros. Esos trabajos agotan al instructor.

GABRIEL. — La gente, en mis pocos días de Madrid, no habla más que de «la corrida de la victoria»; una fiesta para el delator, para los vengativos. Sangre y más sangre. Sangre: la vertida en la lucha, todo y nada junto a esto.

OLMOS. — ¡Diantre! ¡Que hay que ver las atrocidades de los otros! Esos pueblos, donde te arrojaban a la mina. O el convoy de Jaén, cuando entre aclamaciones la *Pecosa* a-se-si-nó en el pozo del Tío Raimundo al obispo y la hermana del obispo. Y...

ALFONSO. — ¡Que ya ha acabado la guerra!

GABRIEL. — El extranjero hace oídos de mercader. Ellos mismos tiemblan de una catástrofe. Las conversaciones de Francia y de Inglaterra en Moscú, no progresan.

BERTA. — Estuvo aquí Ciano, en julio. De fiesta en fiesta. ¿A que nadie se le acercó a pedirle una mano, clemencia, para los vencidos?

GABRIEL. — ¿Les dejarían? Se fusila de doscientos a trescientos cada amanecer.

BERTA. — ¿Ha habido un millón de muertos? Exageramos en estas cosas. Y eso que, el número mayor de bajas, la Falange.

GABRIEL. — Cien mil, doscientos mil ejecutados. ¿Cómo admitir que sean españoles? Que todos, los de Madrid, y de provincias, y todos los de la guerra hayan sido criminales... ¡Algún acto grandioso, generosidad, altruismo, algo sublime; y mucho, verdaderas ejemplaridades, habrá habido! Pues, no. Aquí nos cegamos. Nos lanza a unos contra otros el olor de la sangre. Y más sangre.

ZITA. — Habla bajo, ¡por Dios!

GABRIEL. — Y crímenes. No me diréis que haya crimen sin castigo; entonces, condenemos también a los de este lado, nuestro lado. Los crímenes todos. Pero ¡todos!

BERTA. — Nosotras pudimos evitar errores, y crueldades. Los evitamos. Hoy, nadie nos hace caso.

OLMOS. — Hablas de tu zona, la nacional. En el caos revolucionario, ¡imagínate! Porque en medio de la lucha, había otra lucha no menos feroz: comunistas contra anarquistas. La guerra la inició un militar; la acabó otro militar. No sabéis lo que fueron los días finales de Madrid, a cañonazo limpio.

CATALINA. — Sólo que ahí está: Madrid, exultante. La clase media y los combatientes lo llenan todo. Se han volcado las provincias en Madrid. Éste es un barrio apenas poblado; no diré que distante, lejos del centro. Hoteles y figones y bares, cuando subamos lo podréis comprobar, a tope.

ALFONSO. — La policía sale a incidente por calle y no hay noche que no cierren algún establecimiento. Es el hombre liberado. Terminó la contienda: ¡Viva la vida!

CATALINA. — *La Bodega*, donde vamos a cenar, está un par de manzanas Segovia arriba, paralela a casa. Da a la calle una verja alta y estirada, partida en tres por pilastras de fábrica. Coronan las pilastras unas bolas de granito, y capiteles en las dos del medio.

ZITA. — Pues, ¡no hay pierde!

ALFONSO. — Viene un atrio, enlanchado, descubierto, entre las puertas del patio al interior y la verja. Ahí, unimos dos mesas. O tres mesas. La luz suele ser pobre: favorece el recogimiento. ¿Andando?

OLMOS. — ¿A estas horas?

ALFONSO. — Cualquiera hora es la propia para una taza de café. Hemos bebido mucho. ¡Oiga! Nos quedamos a cenar. Ocho. No: siete. ¡Berta! La contaba por dos. Cada Berta con su pareja.

BERTA. — ¡Ay, pareja! Estupendo: ¡música de acordeón!

ALFONSO. — Dentro. Están siempre alegres. ¿Eso? *La morena de mi copla*. El éxito del año.

*Morena,
la de los rojos claveles,
la de la reja floría,
la reina de las mujeres,*

*Morena,
la del bordado mantón...*

CATALINA. — Bajando al comedor, veréis unas cerámicas. Azulejería todo.

ALFONSO. — Y la muerte, a la guitarra. Uno de los personajes de la guerra es el cementerio. Guernica, de lo que hablábamos, fue tomada el 29 de abril. Tres días antes, el bombardeo; sí, la liberación el 29. El dos de mayo aún resistía el cementerio.

OLMOS. — Debe de ser que los pueblos ponen el cementerio por cima. Es un decir. También la cosa comenzó con unos funerales. Parejos: al teniente Castillo lo enterraban entre discursos y puños en alto y banderas rojas, en el civil; el mismo día enterraban a Sotelo en el católico, entre discursos y brazos en alto y banderas rojo y gualda. Una tapia, y no sé si ya habían tirado la tapia, bueno por la secularización de los cementerios; un concepto, civil, católico, los separaba.

ALFONSO. — Brunete no fue definitivamente recobrado hasta que se tomó el cementerio. Pasaba el pueblo de una mano a otra mano; tres, cuatro veces algún día. ¡Si me acuerdo: 25 de julio, Santiago! No, simplemente: que volví a nacer. Al final, arrebatamos el cementerio, y liquidación de Brunete.

GABRIEL. — En Huesca hubo más. Lo he leído. A las afueras de Huesca, tras el asalto al cementerio, ¡la tararira! Una danza de la muerte: los esqueletos, arrancados de sus nichos y sus tumbas, y los muertos que estaban aún por enterrar. Cuadro fantasmagórico; centenares de años se fundían en un figurín mismo: la muerte.

ALFONSO. — Al entrar en Barcelona, se censuraron las inscripciones, los sepulcros.

GABRIEL. — Las encomiásticas del caído por la República.

OLMOS. — En Cataluña nadie se la jugó por la República.

AVELINA. — Tú es que no puedes ver a Cataluña. Como soy catalana... Eso. No lo creeréis, pero es eso.

GABRIEL. — Quizá nombres, sí, que dijeran algo a las generaciones futuras, porque señalasen los restos del luchador o el personaje político o la víctima glorificada: Durruti, Ferrer...

OLMOS. — ¡Dónde vas!

GABRIEL. — Los viejos líderes. Ferrer, 1909, ¿no?

ALFONSO. — Treinta años, y es como la edad media. ¡Qué cambios! En seguida de ocupar un pueblo, se montaba esta primera posición: el cementerio. No sólo es respuesta de heroísmo aquella de los Episodios, *Gerona*, de Galdós.

GABRIEL. — ¡Ah! Cuando le piden la orden al general para caso de retirada, y Álvarez de Castro:

—¡Al cementerio!

ALFONSO. — Jefes que desde luego no habían leído a Galdós...

GABRIEL. — ¡Seguro!

ALFONSO. — Yo vi a un capitán ayudante que llevaba un libro de Galdós. Se llamaba Diez Alegría... Por instinto, o por conocimiento, reiteraban la consigna:

—¡Al cementerio!

AVELINA. — ¡Bueno! ¿Y esta noche? ¡A ver dónde se puede ir esta noche!

ALFONSO. — Ahora, abajo. No sé qué habrá pasado; no he oído el parte; no he visto un periódico. ¡Por favor!: ¿nos da la carta? Y mire si hay algún periódico; la cartelera, ¡cualquier periódico!

OLMOS. — Te la digo. Teatro, tenemos *El Niño de Oro*, de Casimiro Ortas, en el Calderón; el Pavón, *Mi niña es la Greta Garbo*...

GABRIEL. — ¡Catalina! Tú en Alcándara eras nuestra Greta.

CATALINA. — ¡Ya!

OLMOS. — ¿Escucháis? *Mi costilla es un hueso*...

GABRIEL. — ¡Sin alusiones!

AVELINA. — No, hijo: ¡ya quisiera! Que voy a la casilla de los 9.

GABRIEL. — A tono con tu esposo. Esto es lo que se dice un matrimonio acordado.

AVELINA. — ¡Dios te oiga!

OLMOS. — ¡Te podrás quejar! Todo es, bueno espectáculo de risa. Otro: *¡Que se case Rita!*

GABRIEL. — Tiran por Berta.

BERTA. — Tendría que ser Rito, *¡Que se case Rito!*

ALFONSO. — No... ¿Y una sala de fiestas?

OLMOS. — ¿Hay?

ALFONSO. — Me temo que no para matrimonios. Funciona por Rosales, un solar... No, no. *Los Jardines*. ¿Y una sala, todavía no abierta, pero de militares y de invitados? Sala Blanca, en la plaza del Rey. Suele acudir el general; lleva a sus compromisos. ¿Probamos?

AVELINA. — Nosotros, no. Fue una broma. Cenamos; después, ¡ay, mis niños no lo permiten!

CATALINA. — Todo se arregla. ¿Oyes? Tango. Acordeón; toca de oído, aunque es un aire así como de la guardia vieja.

ALFONSO. — ¡Ea, animarse! Que nos pongan otra ronda. Y ahora, bebo.

LOS MISMOS

ALFONSO. — Salí en julio. Fui unos días a La Mota. Mis relaciones entonces, mucho más estrictas. Lógico: uno se apunta a los que ganan. La gente me veía, y temía; llegaba de la cárcel; prisiones militares, pero cárcel: no era militar o, si militar, lo sería rojo. ¿Falangista?

ZITA. — Todos en Alcándara fuimos alistados por orden del gobernador. O sea: carnet, fotografía, huellas dactilares... ¡Todos!

ALFONSO. — ¿Sabéis el gozo de volver a dormir en cama? Es una sensación de tibieza y blandura, impagable. Antes de subir a La Mota, consulté en Caja: no habían llamado a mi quinta. ¿Voluntario? No me animaba, ¡más y más guerra!, Catalina. El reencuentro de los niños me hizo temeroso, no de la muerte; la separación, el caer prisionero.

CATALINA. — Sentía yo en la guerra la destrucción del amor.

GABRIEL. — Acabas de inventar casi un título de libro de versos: *La destrucción o el amor...*

ALFONSO. — Recuerdo una compañera de Catalina. Tenía a su novio en Madrid; se la notaba muy enamorada. En cuanto finalizó la guerra, acudió a mí. Indagamos: su novio logró escapar; aquel éxodo terrible de Levante.

OLMOS. — ¡Fortuna! Cientos de miles quedaron en tierra, umbrales de la salvación. Padecieron mucho. Y muchos, ni lo cuentan.

ALFONSO. — Él embarcó: Gandía. La novia le supone en América, algún país de habla española. Espera y sueña. Sufre y sueña.

GABRIEL. — ¿Llaman del mostrador? ¡Es un momento! ¡Alonso!... ¡Por los clavos de Cristo! No te fijas; no viste la cara de Catalina. Te oía yo y no te oía. Llegabas al tablón. A punto de contarle todo.

ALFONSO. — ¿Todo?

GABRIEL. — Lo sabe Alcándara. Te la trajiste a Madrid. Contigo en el hotel.

ALFONSO. — Pero ¿qué dices?

GABRIEL. — Jesús; me lo contó Jesús.

ALFONSO. — Tu hermano, en mis asuntos, ¡concho, concho! Me cuida... El destino. Traté de que se colocara: la Biblioteca, unos trabajos para la compañía de petróleos, algo que permitiera lucirse en los consejos al general.

GABRIEL. — En situación como la suya, el solo requiebro es una infamia.

ALFONSO. — No dramáticas. Perdida la guerra, el novio desaparecido, la tragedia que diluye los rostros y el amor... Ni ella, mucho menos él, ¡ni yo mismo!, tuvimos culpa. Es, te lo concedo, las degradaciones de la victoria. No se triunfa en vano. Ahora mismo, y no sé de Sofía, dónde estará, qué hace.

GABRIEL. — Eres más cruel de lo que te había imaginado.

ALFONSO. — ¡Vamos! Catalina estará inquieta.

GABRIEL. — ¿Catalina? Se encontrará mejor sin ti.

ALFONSO. — ¡Gabriel!... La ética de la izquierda te fanatiza. Te hace sectario, implacable. El hombre...

GABRIEL. — La dignidad de hombre: eso te invoco.

ALFONSO. — ¡El hombre! Es uno más desdichado de lo que se figura. ¡Vamos!

ZITA. — ¿Qué pasaba?

ALFONSO. — Que lo cuente Gabriel.

GABRIEL. — Quería... No, esa muerte rascando la guitarra.

ALFONSO. — Bombardearon Alcándara. Volvieron las ejecuciones, unas ejecuciones que no se hubieran confirmado, en el archivo los expedientes, de hombres reconocidos de la ciudad.

GABRIEL. — Se ejecutaba. ¡Legalmente! Con todas las de la ley.

ALFONSO. — La papeleta de inscripción, decía: «Causa de la muerte: detonación de arma de fuego»; en otra línea; «Orden del tribunal militar».

ZITA. — Como esta noche. Mientras la gente ríe, se tronchan de risa, o sea, esos teatros de la cartelera que hemos visto, un centenar, dos centenares de hombres, y de mujeres, irán entrando en capilla.

OLMOS. — *Dura lex...* Son los vencidos. Ellos, ¿qué hubieran hecho, bueno con nosotros?

GABRIEL. — Los que no mataron lo bastante, y esperan noche a noche, la noche que Alonso ha conocido, la noche de las cárceles, las apretadas

incontables cárceles de la capital.

ALFONSO. — La retaguardia es lo vil. Me alisté en Falange. Volví, ahora de aquel lado, al frente. Berta se encargó de los trámites.

BERTA. — Se obstinaba en marchar...

GABRIEL. — La guerra todavía puede ser limpia, de cara. No, en efecto, la guerra de las retaguardias, una y otra retaguardias, guerra de asesinos.

BERTA. — Y de buenas gentes. Catalina, ¿te acuerdas? Aquellas pocas, situadas, casas con radio, de enormes receptores, las puertas de par en par, dueños y visitantes en rueda, felices, a la escucha; la satisfacción de quienes lo que oían llegara también a la gente, agolpada, compartiendo...

OLMOS. — Pero ¡Madrid! Éste, salió a buena hora. No ha sufrido la desolación del asedio, la miseria humana, los bombardeos y la represalia fiera. Las restricciones, el corazón encogido a cada paso, y no podías seguir en el escondite, porque tú mismo te mandabas dar ese paso: que era el paso de la vida. A veces, con el traspies de la muerte.

ALFONSO. — Tampoco participé de sus grandezas: el orgullo de Madrid, la rebelión del condenado: aquel grito, *¡Viva Madrid sin Gobierno!*, de noviembre del 36.

OLMOS. — Y es cierto. Cierto.

ALFONSO. — Las argucias pintorescas de los conocidos, el cambio de indumentaria: mono azul, no a la corbata, el pañuelo rojo al cuello; eso, lo vi. Las vendas sobre una herida imaginaria; el bastón de cojera en el más listo de piernas que de cabeza... ¡Quiero a Madrid!

OLMOS. — ¡Ay, amigo! La guerra en los interiores de la ciudad: barrio por barrio, calle a calle, en las casas, y dentro de la familia en cada casa...

AVELINA. — Sí. Y los padecimientos: el hambre y el frío, el desamparo de los niños. Los cristales, donde quedara un cristal, cruzados de aspas de papel: por las explosiones. El riesgo de encender una luz, invitación al blanco de la ventana...

ALFONSO. — Madrid se unificaba en el dolor; no perdía su gracia. Yo usé de los boletos rojo y negro para un comedor confederal: la calle del Príncipe, junto a la Comedia, piso primero. Te daban garbanzos, mucho caldo caliente y un hueso. No tenías hambre en veinticuatro horas.

AVELINA. — Porque no te apetecía el desperdicio. El Madrid de las sobras del rancho y los refugiados a la hoguera entre los árboles del Retiro, y los encerrados: en la propia casa o la del amigo menos perseguido; quien podía, en los enclaves de las embajadas.

GABRIEL. — Una protección que no consentimos ahora.

BERTA. — ¿Tendría sentido? Ni utilidad: se acogerían cientos de miles por puro miedo; a muchos, muchísimos de los cuales no les va a pasar nada. Esos miles de españoles, ¿los puede España perder?

GABRIEL. — No hace otra cosa. El derecho de asilo se acabó. Entre la liquidación y el exilio, un país amputado de medio cuerpo. La radio, «¡Aquí Radio Castilla Burgos!», las publicaciones de quiosco, lo reiteran: «¡España sigue en guerra!». Y no te llegan sino amenazas: «La segunda vuelta...».

OLMOS. — Abrumamos a las señoras. Ellas han pagado más, han temido, han arriesgado lo que ninguno de nosotros.

CATALINA. — La verdad pura, Javier. Éste en la guerra se lo pasó bomba. No es un chiste. Basta con oírle. ¡Y lo que no dice!

ALFONSO. — Yo estuve en Madrid, solo, sin dinero...

CATALINA. — De momento.

ALFONSO. — Me enganchó la guerra de un lado y luego del otro lado. La cárcel, meses de cárcel.

CATALINA. — ¡Bueno! Tú cárcel...

ALFONSO. — Empecé a llevar unas notas. Sentíamos la pasión del Diario, escribir un Diario. Escondí esas notas, a la salida, en un barómetro, barómetro-termómetro, en el tubito, encima del tambor del barómetro. Había escondrijos inverosímiles.

CATALINA. — Tanto, que alguno de esos escondrijos después no los localizaba.

ALFONSO. — Pero tú sí que adivinaste.

AVELINA. — ¿Habéis pensado la cena?

GABRIEL. — Nos ponemos de acuerdo.

ALFONSO. — Voy al teléfono. Si doy con el general, tenemos pase. El general o Tarburúa; es el contable de la Sala y a mí no me niega, siete, ¿que vosotros no?, cinco entradas. Os mando mientras unas gambas. Son de Huelva; del día; las he visto en el mostrador, con Gabriel. ¡Ahora vengo!

3

LOS MISMOS

BERTA. — Podíamos ser enfermeras o costureras; madrinas de guerra.

CATALINA. — O jóvenes viudas.

ZITA. — Que tenían muy buen partido. O sea: se recasaban en el acto.

CATALINA. — Y a tropezar en la misma piedra. Yo acato. Ves que una va a casar mal; cambia de novio y se casa mal. Procuraré no oponerme cuando le llegue el turno a mi hija. ¡Mucho menos, al noviazgo del hijo!

AVELINA. — Ha habido matrimonios de enfermeras de la más alta clase. Y la enfermera heroica: aquellas hermanas guapísimas, prisioneras porque se negaron a abandonar sus heridos y a retirarse en el instante preciso.

ZITA. — No les harían nada.

AVELINA. — ¡Ah, nunca se sabe!

BERTA. — Por de pronto, no las mataron. Rescatadas, se las condecoró.

ALFONSO. — Tuve un tiempo a mi cargo la censura postal: evitar la inconsciencia del soldado, señalización de lugares, una desmoralización posible por noticias que, de buena fe, transmitieran a la retaguardia. Se fechaba: Estafeta número tal; estafeta de campaña, 13; o estafeta 6.

GABRIEL. — Como los corresponsales, que firmaban; *En un lugar del frente*.

ALFONSO. — Pues me sumió en la ternura, aquella temporada de lector: cartas y cartas a las madrinas. Había quien se carteaba con una docena, y más, más madrinas. Luego, en los permisos, o al final, ¡vendría cada sorpresa!: la bonita, la poco agraciada...

GABRIEL. — No hay mujer fea. Ninguna.

ALFONSO. — Y resultaba, ese de las madrinas, el cariño púdico, romántico. En contraste con las otras cartas de novio de los pueblos: crudamente naturales, sexo todo. Reprimido, para más natural. El encanto, las madrinas. La amistad que, entre mujer y hombre, es siempre amorosa. Mantenido en la línea de la amistad por la circunstancia.

BERTA. — Y no te digo, monjitas. A las monjas, las adoraban.

ALFONSO. — ¡Ninguno de nosotros cayó herido!

GABRIEL. — No estuve en el frente.

OLMOS. — También podían herirnos: los bombardeos, la artillería, las luchas armadas interiores.

BERTA. — La sección femenina ¡cuánto ha conseguido! En la guerra, y esa otra guerra, sorda, mucho más innoble, de la retaguardia.

ALFONSO. — Por supuesto, en los pueblos del frente se desvivían: fiestas, bailes, excursiones; unas horas de olvido, para el desenganche y la ilusión.

BERTA. — Desde el principio, el día de la Patrona, que es el 15 de octubre, organizamos un té de oficiales en el casino. Cuando el Salón de Recreo fue destinado a hospital, lo dábamos en el hotel Europa.

ZITA. — Tenía ese hotel los bajos: unas estancias magníficas.

BERTA. — No es que fuera el Salón de Recreo, tan historiado; pero quedaba muy bien. Y ¡qué gracia!: los cojos, los relativamente cojos, ya en la convalecencia, soltaban las muletas o el bastón y se volvían tarambas, de tanto baile. Pasodobles y eso: ¡bailar!

CATALINA. — Alojó La Mota un destacamento. No comprendo de dónde pudo salir tanto soldado. Hasta en el pueblito de Alonso. España entera militar. Y yo vi cómo una muchacha, que estaba en la fuente, le hablaban y ella, muda; ni una vez les miró. Más arriba, fija en la fuente, pero desde la puerta de su casa, otra muchacha, el cántaro al cuadril, aguardaba a que los soldados desaparecieran para bajar por agua.

BERTA. — Sentían temor. Atracción y temor. No que fuera cosa política. ¡Oh, y si hubieran sido moros! A los moros se les tenía auténtico pavor. O le dabas media vuelta al miedo y amistabas con alguno de ellos y aun los invitabas a casa; la garantía más firme. Eran unos niños.

ZITA. — Queipo tuvo mucha culpa. A mí no me gustaban nada las charlas de Radio Sevilla. Era un ordinario. Un grosero. Ponía voz de borracho, jactancioso.

BERTA. — No bebía gota.

ZITA. — Pues, peor. Al hablar de los moros, amenazaba siempre con suciedades...

CATALINA. — ¿Venís un momento?

GABRIEL. —... No mentía. Acentuaba las figuraciones de potencia sexual de los regulares. Potencia, ¡cualquiera! Lo que pasa es que se les atribuía un miembro exagerado. Quizá por la circuncisión. O la forma de los calzones, como si el colgante de tela de entrepiernas fuera la funda, y sí que se necesitaría para llenar esa funda...

ALFONSO. — A cristianos y moros nos excitaba el más eficaz de los afrodisíacos; tú antes lo has dicho: la abstinencia. Mi coronel, ya veterano, bromeaba; «Lo peor es los quince primeros días». Y se traía a palique obsesivamente. En la vanguardia, en la cárcel. Los moros hacían a todo: incluso la bestialidad. Unos instintivos.

GABRIEL. — ¡Unos salvajes!

ALFONSO. — En Centenera, a una mujer encinta la forzaron; se hallaba en el campo. Y otra, en plena calle, cuando barría la puerta de su casa; la cogió de espaldas un moro, atraído por lo que se le viera al inclinarse; le arremangó las faldas, se las alzó, y por detrás, allí mismo. No hubo tantas violaciones. A esos dos de Centenera los fusilaron: se les tenía a raya.

OLMOS. — ¡Violaciones! No sé si hablar: vienen. Solos, ya recontaríamos. Lo que hubo es mucha entrega por móviles humanos: petición de amparo a alguno de los suyos, hambre, aun gratitud.

AVELINA. — ¿Gratitud? Dejemos eso.

CATALINA. — ¡Qué conversaciones!

ALFONSO. — ¿Y cómo os casasteis, Diana?

ZITA. — Deshecha, de la muerte de Eusebio. O sea, aceleramos los trámites.

GABRIEL. — Yo sin un duro: ni para los papeles, los diez duros de los papeles. La documentación de Miño tardaba. Lo arregló todo Berta: habló al juez.

ZITA. — El cura, venga de poner trabas. Me fui entonces al señor obispo. Era un santo. Se precipitó lo del juzgado y nos casamos por lo civil.

GABRIEL. — ¡Y ahora es lo bueno! Que se negó a irse conmigo; para ella, no estábamos casados... Hasta que llegó la dispensa, y nos volvimos a casar, a solas; de testigos, el sacristán y algún otro feligrés de quien ni me acuerdo. Nos cedió Jesús el dormitorio y casa compartida. Jesús quería mucho a Diana. Tuve celos.

ZITA. — Sí, sí... Celos, ¡fíjate!

GABRIEL. — Oye, que mi hermano tampoco está de mal ojo... Falange me pagaba cuatro pesetas, menos los domingos, temporero de Prensa y Propaganda, eso del teatro en que yo enredaba.

ZITA. — El día de las velaciones, ni os lo podéis figurar. Nos arrodillamos, me acerqué, y éste ¡nada! Le hacía señas, y nada: allí quieto, detrás. Hasta que el señor cura interrumpió el oficio, y le mandó al otro cojín. ¡Calamidad!

GABRIEL. — ¡Quién se aventuraba! El asunto es que de la iglesia nos largamos a celebrar el sacramento a la botica. La rebotica. Miramos el balcón del Banco. Y Diana se echó a llorar. Me contagié: rápido, me puse una probeta de coñac, un tarro que entre los azules talaveranos ostentaba este marbete, de mi mejor letra gótica: *Licor de pedernales*. Con las tibias cruzadas de la muerte.

CATALINA. — ¡Dices, calamidad! Alonso, como si fuera Angelito: tengo que bañarle. Y ante cualquier problema: «¿Y yo qué hago?», me pregunta.

AVELINA. — Hija, pues ¡qué suerte!

CATALINA. — Si lo hiciera... Si hiciera lo que se le dice.

AVELINA. — Porque Javier... No, si no oye: están en sus cosas... Ofenderme. Eso es: ¡ofenderme!, de pelandusca en pelandusca. Y encima se pone burro y me maltrata.

ZITA. — ¡Cállate esa boca! ¿A qué viene esto? Pero ¡no llores!

AVELINA. — Me maltrata, sí. Como un carretero.

OLMOS. — ¿Qué te pasa?

AVELINA. — ¡Me pasa, me pasa! El señor feudal... ¡No fuera por los niños!

OLMOS. — ¡Vaya: le dio!

AVELINA. — Ya te lo iba yo a decir. ¡Si una quisiera! Así, así los tenía.

OLMOS. — Por favor... ¿Te llevo a casa? ¿Nos vamos?

GABRIEL. — ¡Oye, oye, Javier! Pues, no la conocí; sí los versos que le dedicaron.

OLMOS. — Aquí se le sacó mucho partido: perdió una mano; le estalló la bomba y, muñón en alto, siguió con la otra mano arrojando granadas hasta el desvanecimiento.

GABRIEL. — Aquellos versos... ¿Cómo dice? *Era tu mano derecha / capaz de fundir leones...* Sí:

*Rosario, buena cosecha,
alta como un campanario,
sembrabas al adversario
de dinamita furiosa
y era tu mano una rosa
enfurecida, Rosario...*

ALFONSO. — Y bordadoras de insignias. La camisa nueva, *que tú bordaste en rojo ayer...* Escapularios. Detentes: sobre la orla, *¡Detente, enemigo: el Corazón de Jesús está conmigo!* Y alguna vez se detenían...

GABRIEL. — ¡Le pegaban a otro, el de al lado!

AVELINA. — No seas zangolotino. Que eres un zangolotino. No digas blasfemias.

ZITA. — Sufríamos. Periódicos rancos de bravatas; y pasquines, homilías, sermones... ¡Qué ensañamiento! «Contra la frivolidad y contra Francia», y ponían a Francia, la mujer de Francia, como un trapo: Francia, judía y traidora... ¡Qué pasaba! Pues que éstos se soñarían con las francesas.

AVELINA. — Como con nosotros los moros.

ZITA. — ¡Y que lo digas!

LOS MISMOS

ALFONSO. — Bajé de aquellos días en La Mota a tiempo de incorporarme. Salía una bandera expedicionaria, al cerco de Madrid. Con la autonomía propia de las banderas, se nos encuadraba en una división. Y yo, contento de esa división: la mandaba *el Rubito*. No, al general nunca le había visto, pero le sabía corazón generoso. Le estaba agradecido.

GABRIEL. — Tuvo el mando de Alcándara y puso en libertad a los gubernativos.

ALFONSO. — A este cura. Por eso digo que, aunque de lejos, me contentaba ir con él. Llegamos a primera hora de la noche: un pueblo en su mayor parte evacuado.

OLMOS. — Y además, huían desde la marcha sobre Madrid. Claro que ya hablas del 37: todo un año.

ALFONSO. — Esos pueblitos se parapetaban en la iglesia, las casas de más recio porte, y alojamientos. ¡Buena sombra! Quizá por edad, quizá la profesión: abogado...

GABRIEL. — Tu *fatum*, no le des vueltas: mecanógrafo de la plana...

ALFONSO. — Pues, no señor. O sí, pero no. Me nombraron enlace. Y se me alojó en una casa de labranza, un matrimonio mayor, del que en seguida me dijeron, «¡rojísimos!», e imperdonable que los dejaran allí.

OLMOS. — Como que había espionaje. Los de los pueblos, bueno que iban y venían.

ALFONSO. — Ni molesté ni me fastidiaron. Llegaba de noche y solían aguardarme. Charlábamos un rato, a la chimenea; pensaba: ¡qué suave el invierno, a esa lumbre! y en verano, por lo recogido y el tiro de la chimenea,

lo más fresco. La alcoba era un techo de sanjuanés, sin revoque, y unas oruguitas que no me dejaban en paz.

ZITA. — ¡Qué asco! ¿Y te dormías?

ALFONSO. — Me las ingeniaba: me cubría la cara con la sábana. Tampoco, nunca, protesté. En la cómoda, enmarcado con papel de pegar, de los sellos, y una mano de anilina verde, resplandecía un dibujo de Freixas. Al fin, no me traje de La Mota el cuadrito de Eve. ¡Cuánto lo he celebrado! Mi propósito es que me acompañara toda la guerra.

CATALINA. — Lo hubiera perdido; o se le destrozaría.

ALFONSO. — Sí. Me levantaba, no lo temprano que los demás, y a la comandancia. Hacíamos a la vista de Madrid guerra de posiciones. Esa vida alerta cotidiana, de vigilancia y espera: bajo el temor del ataque o el traslado a primera línea.

OLMOS. — Los pueblos del frente, del Escorial a Madrid, se encontraban agarrotados; con la amenaza al norte, al este, al sur. Los de cercanía, ya segunda línea, por bajo, paralela a Navalgamella, Los Llanos, Villanueva del Pardillo, Las Rozas, y así hasta la Universitaria, eran Quijorna, Villanueva de la Cañada, Villafranca del Castillo...

ALFONSO. — ¡Te lo sabes mejor que yo!

OLMOS. — He cazado mucho. Me he pateado esa tierra.

ALFONSO. — Sí, sí. Pues en todos había unidades de Falange. Un poco al este, Majadahonda. Quedaban Perales de Milla, Brunete, Boadilla del Monte. El mando y servicios, en Brunete. Daba una vuelta por la comandancia y si no se me encargaba un quehacer cualquiera, subía al Capítol.

OLMOS. — Mira, eso no lo conozco.

ALFONSO. — Seguro. Llamábamos Capítol, pomposamente, a un cafetín; una casa que habilitó el desván, diminuto, para la mesa, mesita camilla, y estabas en lo alto: ¡el Capítol! La mujer seca, silenciosa, me servía un huevo frito, pimentón y vinagre; luego, una taza, otra taza, de café. Y me ponía a escribir cartas.

AVELINA. — ¡Tiene gracia! Los dos sitios lo mismo. Untábamos de aceite, en Iberia, ¡en Madrid ni eso!, un panecillo partido al medio; le echábamos pimienta colorada, apretábamos mitad contra mitad, ¡y el bocadillo de chorizo! Como los huevos de ese Capítol.

GABRIEL. — Huevo. Al implantarse, mucho después, en nuestra zona el plato único, se limitó el de huevos: un solo huevo. A un escritor famoso, Eugenio d'Ors, en Las Pocholas de Pamplona:

—Don Eugenio, ¿cómo quiere usted el huevo?

—¡Fritoss! —respondía, alargando enfático y sonriente la ese.

ALFONSO. — Si contáramos la vida íntima, la de verdad, ¡las niñerías que al hombre se le ocurren! Elegía al levantarme, un día distinta a la del otro día, una canción. Ya esa canción —*María de la O*— no me soltaba hasta la noche. Era el emperreamiento de la musiquilla: *Ojos verdes, La bien pagá, A los pies de un limonero...*

OLMOS. — ¡María de la O! *Que desgraciaíta gitana, tú ere, teniéndolo to...*

ALFONSO. — Hablábamos antes de la mujer. Una mocita, que si no la mataron morirá mocita, primoreaba al realce estrellas de seis puntas, estrellas verde estelar, que es lo propio, sobre el terciopelo de los estampillados. Me regaló una de esas estrellas, en Quijorna, para cuando la ganase. ¡Fuencisla! Y todo, todo quedó en el fondo del macuto de los días.

OLMOS. — No te quejes: te dieron luego dos.

ALFONSO. — Luego. Alguna mañana, al alba, acompañé las descubiertas: ir, y volver, atentos a la posible mina, tendido el cable como un lazo de muerte de un borde al otro de la carretera. Me extasiaba, a media legua, de unas ruinas:

—La Avellaneda —me decían—: un caserío rojo, devorado por las hormigas.

OLMOS. — ¿Rojo?

ALFONSO. — No, unas ruinas de adobe. Rojeaban. Parábamos a la hora del rancho, un rancho frío; montábamos centinelas a la sombra, rala, de los olivitos, porque son así, olivillos, y ¡ventura si dábamos con la encina, la poderosa encina que centrara una pastiza, rueda único de vida en medio del secarral!

OLMOS. — Secarral, sí, de acuerdo; adobe, por esas tierras hay poco adobe.

ALFONSO. — Quizá. Los recuerdos se mezclan, se me confunden. Por ejemplo: os detallaría las noches de la comandancia. La noche no invitaba al sueño. Cuando la oficialidad se retiraba, el de imaginaria prendía una fogata y se recostaba, para atrás, en la silla de enea, con la esperanza de una cabezadita entre ronda y ronda. El calor, que trae sueño.

AVELINA. — Estabais en julio...

ALFONSO. — A eso iba. Situaba yo en julio y en el frente de Madrid mis noches de la Jara, roja y nieve. No le dejaba solo, al oficial. Recorríamos los

puestos, cantimplora en mano; de regreso, al rescoldo, entremetíamos en la ceniza, ardiente, de la ancha campana, chorizos, los menos curados, envueltos en estraza, mojado el papel, hasta que ennegrecía; entonces lo quitábamos, quemado, chorreante de grasa, y nos comíamos dos, tres chorizos. Pasábamos del coñac de la cantimplora a una jarra de pardillo.

OLMOS. — Y sigues hecho un lío. Porque el pardillo es el vino de esas tierras madrileñas: como que uno de los pueblos donde estarías se llama Pardillo, Villanueva del Pardillo.

ALFONSO. — Para el caso... Y a la cama: de la chimenea, a la cama. Antes de cenar, otras noches, en el jardinillo de la comandancia, el alférez capellán, que tan nada tenía de alférez como de capellán pero la voz algo tenora, se daba al gorgorito. Mucho de Fleta: desde el ¡Ay, ay, ay!, a su número más sentido: *Amapola*. ¡Qué fenómeno, qué engolamiento de voz!

GABRIEL. — *Amapola, / lindísima amapola...*

OLMOS. — Que no, que no. A los del sur no os va eso.

ALFONSO. — Oye, en la casa del médico titular, que a la llegada de los nacionales, pian pianito, se escurrió para Madrid, encontré un libro rarísimo: *El marido, la mujer y la sombra*; novela a juicio mío vanguardista.

GABRIEL. — ¡Toma! De Mario Verdaguer. Asombroso, en un médico rural. Arte puro, ese libro; surrealista, surrealista.

ALFONSO. — ¿Ves? Ya sabía yo que lo gozabas. Me la llevé para los desayunos del Capitol. ¿No fue aquel año la muerte de Gardel?

ZITA. — El 35. Gardel, Carlos Gardel murió en accidente de avión el año 35.

AVELINA. — ¡Vaya memoria! En cambio hoy, Alonso no da una.

ZITA. — El tango es que me rindo y me arrastra.

ALFONSO. — Sí, se me enzarzan y funden las cosas de la guerra. No han pasado tres años, y las noticias que me afectaran, la muerte de Gardel y el combate ¡*nochau* Paulino Uzcudun! Sólo que igual sucedieron no antes sino después de Brunete.

OLMOS. — Es que Brunete, bueno la batalla más significada, la clásica; primera y última de la guerra.

GABRIEL. — Teruel...

OLMOS. — Teruel es un cerco.

GABRIEL. — El Ebro. Ahí terminó la guerra.

OLMOS. — ¿Se podrían comparar?

ALFONSO. — No lo discuto. Digo que Brunete marcó y ha cambiado la ruta de mi vida. No leíamos periódicos. Cuando la guerra del otro lado, inactivo el frente, secundario, nos permitíamos estos juegos: poner en tierra de nadie unos periódicos, papel de fumar; y a los dos días, recoger periódicos nacionales, tabaco. Hasta que lo cortaba el mando y venía un tiroteo, de compromiso.

OLMOS. — Es que, tú te perdiste la arribada y ataque a Madrid, aquel mes de noviembre. Presentíamos la liberación. Con todos los riesgos, nos volvimos de Iberia a Madrid. Hubiera sido el final de la guerra.

GABRIEL. — Hoy es, no ridículo, de pena, aquellos anuncios: «La grata nueva de la toma de Madrid la dará Pemán a toda España». Optimismos que se publicaban en octubre.

BERTA. — Y a los combatientes: «Para Navidad, en casa».

ZITA. — O quien se dejaba la barba hasta la caída de Madrid. Ovejero Nogales, ¿te acuerdas?

BERTA. — ¡Y qué señora barba! Se montó la delegación de Prensa en Fuenlabrada. Teníamos ya tirado el primer número de *Arriba*.

ALFONSO. — Y al año, el frente ni moverse. Sin embargo, no se te quitaba la sensación de una inminencia: Madrid, a los haces de luz de las balas trazadoras, las bombas rojo y fuego, las bengalas en sus paracaidistas, los cohetes de señales verdes, azules...

OLMOS. — Todos ansiosos. Temblando, ¿eh?, ¡pues al pozo de Madrid! En noviembre del 36; y el 37 por dos veces: febrero, o la maniobra del Jarama; la corrida de Guadalajara, en marzo. Pero decías: Brunete...

LOS MISMOS

ALFONSO. — Apenas se ve. Las posiciones eran éstas. Aquí mismo, en el mármol. Mejor, si es lápiz tinta. ¿Que me pongo los labios perdidos? Mojo en la copa. Ir pidiendo. La penúltima: Brunete bien vale una espuela.

OLMOS. — Se esperaba. Madrid entero lo sabía.

ALFONSO. — ¿Se esperaba? No nos engañemos: hubo sorpresa. Esto es el río Guadarrama y este otro Perales. El mando. Tendría Brunete mil...

OLMOS. — Mil quinientos habitantes.

ALFONSO. — Falangistas, las Villanuevas, Villafranca del Castillo, Quijorna. Mi bandera, en Quijorna. La cosa empezó al amanecer, seis de julio. Se nos echaron encima dos cuerpos de Ejército.

OLMOS. — Que serían...

ALFONSO. — Ochenta y tantos mil. Carros y tanquetas, aviación, las baterías. Mi bandera, encuadrada en la división 150. Ya la víspera amagaron entre Toledo y Aranjuez; y se venían Escorial abajo, como sobre Navalcarnero.

OLMOS. — Meridiano: para cogerlo de revés. El doble ataque en ese arco; y otro menor al medio, por los Carabancheles.

ALFONSO. — Tú lo conoces, ¿verdad? Sí, el madrileño salía de caza, o de excursión, a tierras de Brunete: una altitud allá con la de Madrid. En la llanada. Cosa de dos leguas hacia El Escorial sube doscientos metros: 170. Una legua de posta de Brunete, Villanueva de la Cañada es todavía llanura. Otra, legua larga, esta dirección misma y Valdemorillo se eleva a 820.

GABRIEL. — Más alto. ¡Qué barbaridad! Te lo sabes...

ALFONSO. — Como en la palma de la mano. Si lo puedes contar, días así no se olvidan. El norte, un poco a poniente de Villanueva de la Cañada, Villanueva del Pardillo: es la que da nombre al vino, los pardillos de Madrid. Este redondelito, Villafranca, un pueblo muy pequeño; esta raya, Guadarrama; aquel mes de julio, arena pura.

GABRIEL. — Etimológicamente, arena: *Río de arenas*.

ALFONSO. — Y un tormento unánime: la sed. El sol implacable y la tierra machacada: nubes de polvo y de humo. Siguiendo las aguas de Aulencia, Perales, Palomera, algo de fresno, chopos. El regalo era las manchas de encinar. Hay mucha retama.

OLMOS. — Por eso es tierra de conejos. Y en los recuestos, al mediodía, viña.

ALFONSO. — Villanueva de la Cañada cayó el siete. Al anochecer salí de Quijorna para Boadilla; al primer golpe, el seis, de madrugada, perdíamos Brunete. Necesitaba Quijorna artillería. El comandante de la bandera me dio un papel:

—Vale por un cañón.

Y con ese papel, a mano, sin ni siquiera en el sobre verdosos de las operaciones, le prometí que hablaba al general y nos traíamos el cañón.

BERTA. — ¡Los ilusos de la Falange!

ALFONSO. — Nunca más volví a Quijorna. La plancharon al otro día. Villanueva del Pardillo y Villafranca, el once. Se instaló el general en Boadilla, el palacio de los duques de Sueca.

GABRIEL. — Es decir: Godoy, descendientes de Godoy.

ALFONSO. — Por eso allí, si no mi paisano, rondaba el genio de su temple: fue generalísimo...

GABRIEL. — Ahí tienes, Manuel Godoy, un hombre maltratado por la historia.

ALFONSO. — Escucha. El ataque tomó en finta a Brunete el primer día; resistían los flancos: dos pueblitos. El enemigo se paró. Éso le suponía la derrota. Ya, lo que quieras: forcejeo, un sangriento, costosísimo forcejeo de un par de semanas; y la propina. ¿Os aburro?

BERTA. — Me apasiona. Y además, como lo cuentas... Yo es que lo estoy viendo.

ALFONSO. — El siete, sufría Boadilla el avance de los tanques rojos: alcanzaron las primeras casas, medio kilómetro del puesto de mando. Se les alejó un poco, al contrataque. Me presenté al general. No entendía cómo logré

llegar, cómo salí vivo de Quijorna. A la mañana siguiente, la aviación la arrasaba.

—Muchacho: tú no puedes volver. ¿Qué eres? Enlace, ¿pero tu oficio? ¡Abogado! ¿Y por qué no te llevan al Estado Mayor? ¡Estos falangistas! No, no puedes irte. Le voy a quitar al Rubito este falangista...

Y es que me abrí paso entre la estupefacción de los ayudantes; llegaba empapado de sudor, recostrado de polvo. Le entregué el papel. Antes, al cuadrarme, di tal taconazo que me vine al suelo. Y al general le hizo gracia: caí en gracia, eso.

OLMOS. — No. Te vio falangista distinguido y mal empleado. Él formaba requetés. Le divertiría, bueno quitarle ese falangista al otro, el Rubito...

ALFONSO. — Me repuse un poco, me cambiaron de ropa y empecé a darme cuenta. Los pueblines aguantaban. Los perdíamos, pero a costa de un tiempo sin precio para la resistencia. El diez aún se combatía en Villanueva del Pardillo. Desesperadamente: atacaban a pecho descubierto. Las bajas eran enormes.

OLMOS. — Esa batalla, Madrid la vivía al minuto. Su cuartel estaba en otro palacio; el Canto del Pico, de Torrelodones. Con Prieto y el teniente coronel Vicente Rojo.

ALFONSO. — Verás. Me nombraron auxiliar de información. Al principio, para poner en orden el balance de las unidades y redactar el parte. Complicadísimo: Villanueva del Pardillo, pues las vanguardias enemigas entraron y se retiraron varias veces. Algún día, la fatiga impuso una tregua tácita.

OLMOS. — ¿Te acuerdas de Boadilla? Que fuimos de almuerzo al campo, con los Sedeños... Vimos el palacio, el del infante don Luis de Borbón; lo desterró allí el rey porque matrimonió sin su licencia. Gran cazador el rey, Carlos III.

AVELINA. — Me acuerdo. A la salida, un convento de carmelitas. ¡Ah! en el palacio, el dormitorio del infante. Y la tumba de mármol de su hija, condesa de Chinchón, la de Godoy.

CATALINA. — La única ternura de Goya. ¡Con qué sensibilidad la pinta niña, y luego cuando va a ser madre! El único delicado Goya.

GABRIEL. — Es que Goya quería a Godoy. Eran los dos muy hombres.

CATALINA. — Sí, pero al retratarla niña, lo que ve es una hija del Infante, el hermano del rey.

OLMOS. — ¿Qué le diría al general todo eso?

ALFONSO. — Tenía cuarenta y pocos años. Soltero. Vestía de recepción: guantes blancos. Se llegó a ironizar: inventaron que se acostaba con las condecoraciones puestas. Algo había, sí: yo le vi una noche, de bata, y en la bata las dos laureadas.

GABRIEL. — No condeno. Es lo que quizá le hace simpático. Y su afecto por ti. Un general de los viejos tiempos.

ALFONSO. — ¿Viejo? Viejo, Queipo. A la última. ¡Sin él, no te digo! En la que estábamos... Recuerdo el Carmen, la fiesta del Carmen, que fue uno de los días de Brunete. Aguantando, el castillo de Villafranca: Villafranca del Castillo. Y la gran batalla sobre nuestras cabezas; la comarca retemblaba de los bombardeos; nos cegaba la tierra pulverizada. Una columna marchó contra Brunete. Legionarios y regulares penetraron en Brunete.

OLMOS. — ¿El 16? No. Brunete se liberó el 25, el día de Santiago.

ALFONSO. — Vamos por partes. El 16, moros y legionarios entraron en Brunete. Vino un contraataque y los echaron del pueblo. El pueblo quedó deshecho. Pero de nuevo se tomó Brunete. Y otra vez los tanques nos expulsaron de aquella nada, ruinas y caídos... Por la tercera lo reconquistamos, y todo inútil: se nos perdió. Eso, ocurría el 16. No pongo el menor énfasis; entre ríos de sangre. El Rubito maniobraba y los asaltos eran a cuchillo y granadas de mano.

ZITA. — ¡Qué horror! ¡Cómo es posible! Matar y vengas de matar...

GABRIEL. — ¡La guerra! Me lo has oído: el crimen; la universal impunidad del crimen.

ALFONSO. — En esos momentos no se ve, no oyes. La posición, aquella jornada, cambió de mano hasta seis veces. Y oír, ¡hombre, sí!, oías: los gritos, los vivas, los idiomas: el moro, los internacionales.

OLMOS. — Ya tiraríais del saltaparapetos...

ALFONSO. — ¿El aguardiente? Se agotó. Y el general, impoluto, de guante blanco. Los enlaces, porque en definitiva yo no dejé de ser enlace, llevábamos y traíamos papelitos, a mano, con la orden de operaciones:

—Que se tome aquel vértice... Rodear la loma.

Risueño el general, la faz morena, tersa, como recién afeitado siempre.

OLMOS. — ¡Es un tío! No, no: cuando, bueno conspiraba en el Pirineo, le decían Tío Pepe. Iba de misionero:

ALFONSO. — Con su alma en su almarío: ¡el maletín! El uniforme en el maletín. Infundía lo más valioso a quien lucha: serenidad. Aquella sonrisa, en una paria ceceante, de gaditano... Yo me había hecho de tubos y pantalón de

montar: como en los tiempos del calabozo. Me caí un día del caballo; se cayó el caballo: muerto. Me atrapó una pierna debajo; no se me rompió la pierna, pero sí las correas del tubo. ¿Y quién allí, qué talabartero lo reparaba? Me puse un mono blanco:

—¡Hombre! —dijo, al verme, el general—: ya te has quitado la sotana. Llamaba sotana a la camisa azul.

BERTA. — Es que no puede ni tragarnos.

ALFONSO. — No, tampoco eso. Ya sabes lo que alguien replicó a los falangistas que se quejaban:

—¡Cómo no va a ser falangista, si es de origen muy humilde!

Y entonces, al encontrarme de mono blanco:

—Ya tenemos aquí al pintor de la batalla. ¡Nada, nada: los cursillos! Tú, teniente.

—Yo no querría separarme de vucencia, mi general.

—Te traigo a mi Estado Mayor. Te reclamo. Si salimos de ésta...

Y es cuando pensé, cambio de nombre: Alfonso de la Mora. Lo de Alonso lo tomaban por apellido, indefectiblemente.

OLMOS. — Él era muy de los moros. Usaba chilaba.

ALFONSO. — Chillaba a rayas. ¡En julio, no! En la percha. Vestía camisa caqui, arremangada, y bota alta. Luego, en otoño, un jersey grueso de lana, entre verde y beige. De alguna madrina. Con bolsillos. Y guantes blancos. Eso, no se los descalzaba ni para comer...

OLMOS. — ¡Qué tío! Que lo digo, bueno con devoción.

ALFONSO. — Ya. Se dieron en esas tres semanas escenas tremendas. Habíamos hecho una salida: trescientos de los nuestros, prisioneros, con las piernas cortadas; cuatrocientos moros, fusilados. Un capitán rojo, nos lo contaron, se las piró a Francia en su coche.

OLMOS. — Volvió. Lo ejecutaron.

ALFONSO. — Un comandante abandonó su posición y la pasaron a cuchillo. Se presentó en el cuartel; pretendía que el general le recibiera. Un ayudante le advirtió:

—No es el momento, compañero.

Paseaba como enajenado. Insistía. Entró, y al instante le vimos fuera, en el patio. Se llevó la pistola a la sien, y fulminado. Acudió el general. De rodillas, junto al suicida:

—¡Pobrecito! En su caso, yo hubiera hecho igual. Que lo entierren. Y que en el parte se le dé muerto frente al enemigo.

Temí acercarme. No me había fijado bien. Supe que el general en su despacho ni le miró:

—Se presenta el comandante...

Sin alterarse, muy queda la voz —comentaban—, silabeando:

—Es usted un cobarde.

Y es cuando salió, llegó al patio y se pegó el tiro. Aquella noche tuve la aprensión de que se tratara de un capitán de Alcándara.

GABRIEL. — Espeluznante, ¿eh?

ALFONSO. — Era todo. El calor. 45 grados a la sombra; y se peleaba de sol a sol. Dominados por el fuego contrario; los partes cerraban con el cincuenta por ciento de bajas de la oficialidad, día tras día. Y el general, impasible, ganando palmo a palmo la batalla desde su cuartel de Ventura Rodríguez: el palacio de Godoy, en Boadilla.

GABRIEL. — Se dio ahí otro caso: el alférez de tu incidente del brigadín, el calabozo y el papelito.

ALFONSO. — Ni olvidaba ni lo quería declarar. Aquel alférez de los barrillos, pues que huyó. Y el asistente, de Centenera, quinta del 29, la más vieja, corría tras él, le gritaba: «¡Mi alférez, mi alférez!», acongojado. Se detuvo, súbito, el desertor, se volvió y disparó contra el asistente.

GABRIEL. — ¿Le mató?

ALFONSO. — Le mató. El terror... Envuelto en llamas, el enemigo se volcaba hacia el río Aulencia. Nosotros, muy batidos, al río Perales. Agotados los unos y los otros. Se moría a boca de trinchera; atacaban en oleadas, encarnizadamente. Y el 21 y el 22, desde el amanecer.

GABRIEL. — ¡Qué rabia! Este croquis, me lo llevaría. Y, ¿cómo cargo con el mármol? ¡Me vendieran la mesa!

ALFONSO. — Terminó, termino... El 24 se quebró la resistencia. Desbordado por los flancos. Brunete quedaba sentenciado. Se tomó y luego, ¡no se podía salir!, proseguir el avance, allí atrapados. Es cuando el general dijo:

—¡Al cementerio!

Las diez de la mañana, y contra el cementerio. No había manera. Y otra vez por la tarde al cementerio: enfurecida la defensa, en la cresta, entre los muertos. El enemigo, al asedio de la plaza. Y así mañana, tarde y noche. Los moros, el día de Santiago...

GABRIEL. — ¿Te das cuenta? Santiago matamoros. Y los moros, a la mayor gloria de Santiago. ¡La guerra! Disparate insigne...

ALFONSO. — Sin duda, porque fue la tropa mora. De madrugada, el 6.º tabor de Melilla, que salen como una exhalación y se cuelan, y ya está el cementerio. Vino un picado general de bombarderos, nuestros, muy bajo. Y la desbandada contraria. El general estaba triste.

—¡Oh, no parar hasta El Escorial!

Madrid a la mano, pensaba en el espolón del Escorial. Ordenaron el alto. Ni un paso más. Fortificarse. Las fuerzas se necesitaban en el Norte. Sacrificábamos, con la nueva línea, las Villanuevas: Cañada, el Pardillo. Y Quijorna; lo que restase de Quijorna: mi Quijorna.

OLMOS. — Fue la primera sangría de la guerra: veinte mil muertos de cada lado.

GABRIEL. — Y para final, lo de siempre: el cementerio.

LOS MISMOS — LUEGO, SÓLO HOMBRES

ALFONSO. — Dormí aquella noche y el día entero y toda la otra noche. Preguntaban por mí. No concebían que se durmiera todo ese tiempo. Vio el general mis ojos, sonrió:

—Creí que habías desertado.

—¡Mi general!

—No, hombre. Que te habías vuelto con los tuyos.

Se refería a mi unidad. Y ¿dónde? Quijorna la abandonamos para siempre. Quijorna y algún que otro de aquellos pueblecitos.

OLMOS. — La línea rectificada, pero definitiva, tanto que permaneció así hasta el final de la guerra, a menos de un kilómetro de Villanueva. Yo eso lo seguía, ¡bueno!

ALFONSO. — Pues, no supe más de mi bandera: la bandera que habría sucedido, ¿y sólo una bandera?, a la bandera aquella en que estuve y de la que salí para infiltrarme por bajo de Brunete y luego torcer hacia Boadilla. Resistió. Desapareció con el último de sus hombres: ni un solo prisionero. No, nunca me reincorporaría a las milicias. Había visto la guerra. Todo lo anterior, cosa de niños que jugaran a la guerra. Me encuadraba ahora en mandos militares. Por el general, y es a lo que iba, eché la instancia; el cursillo de Estado Mayor.

GABRIEL. — Yo lo comprendo. Lo tuyo, es que no te sintieras entre falangistas. Ahora, la apología del general, me callo por un respeto y porque tú lo dices.

ALFONSO. — No he puesto ni tanto así de exageración. Mi título, ¿dónde podía estar!, en casa, zona roja. Queriendo, hay fórmulas para todo: una copia del carnet. ¡Ilustre Colegio de Abogados de Madrid!, legalizada en el Cuerpo

de Ejército, y la instancia. Se cursó, con el informe, y yo, mientras, ¡diez días de permiso!

BERTA. — Eso sí que es señal de estima. Teníamos que reclamar, a cualquiera que fuese, y cuando por asunto realmente grave necesitara el permiso.

ALFONSO. — Fijé la residencia: Alcándara. Y empecé a viajar. Viajar. Nadie hoy lo entendería; de Madrid, frente de Madrid, a Alcándara, pasé por San Sebastián.

ZITA. — ¿Eh? O sea: éste y yo fuimos a la tierra, Miño, y tardamos en tren dos o tres días, pero no que pasáramos por Cádiz. ¡Madrid-Alcándara por San Sebastián!

ALFONSO. — Me comisionaron un convoy de heridos hasta San Sebastián.

ZITA. — Ya. Es otra cosa.

ALFONSO. — ¿Me contarían, me lo descontarían del permiso? Pequeñeces como ésa llenaban mi pensamiento. El viaje a San Sebastián, ¡media España!

GABRIEL. — De nuestra media España.

BERTA. — Un poco más.

ALFONSO. — Hicimos noche en Talavera. Con el capitán, que se apellidaba Alférez, capitán Alférez, recalamos en algunas tascas. La noche era alegre. A Talavera la envolvió la nube de polvo de Brunete.

BERTA. — Llegaba a Navalmoral.

GABRIEL. — De la Mata, ¡puerta grande de Extremadura!

BERTA. — Sí, Navalmoral, turbia de la tierra hecha polvo de la batalla, que ya es.

ALFONSO. — Las calles de Talavera se animaban de muchachas, y del tránsito de la tropa. Acechaba el enemigo en los Montes, la otra orilla del río. Le habían cambiado el nombre a la ciudad: Talavera de Tajo, para ellos.

GABRIEL. — En la división administrativa napoleónica, hubo una provincia de Tajo; comprendía a Talavera; su capital, Cáceres. Y no creo acertada la actual división, la distribución de provincias. Extremadura, debería tener quizá cuatro: Plasencia, Mérida...

CATALINA. — No digo, si te oyen los de Cáceres. Que no comulgan con Plasencia. Badajoz es otra psicología.

ALFONSO. — Nos topamos con más de un pendenciero. Ese legionario de cartel, tatuaje y chirlo, amuletos, el pecho descotado velloso...

GABRIEL. — Los novios de la muerte.

ALFONSO. — La provocaban. Veías en las manos una *laffitte*, o los toneletes rojos de la granada de palanca... Seguimos, porque no le estaba el enterarse al capitán. En otro bar, entró un grupo de oficiales. Saludaron, y se les rebotó la canción interrumpida: *Mi jaca / galopa y corta el viento...* Cuando llegaban a *camini-to / de Jeréé*, soltaban el tiro, cada uno un tiro. No debía el capitán presenciárselo:

—Quédese; si le entretiene, quédese. Vienen de la muerte... Es lo menos. Mañana, a las ocho.

Le acompañé al alojamiento. Sin sueño, tras aquel día y medio de cama, me volví a la calle. No pasé de la puerta de un cafetín. Estampaban las copas contra el suelo:

—Cóbresela.

Me alcanzó uno de los compañeros de expedición:

—Es que he estado...

BERTA. — ¿Y si fuéramos bajando?

AVELINA. — Sí, nos arreglamos un poco.

GABRIEL. — ¡Qué fina es! ¿Os disteis cuenta?

ALFONSO. — Pues me decía:

—Es que vengo de una casa de putas, de las de antes del cacao. Pregunté por Fátima, que se tatuó una estrellita en la frente. Y la Cordobesa, que la mandaron a su pueblo...

—Córdoba.

—Sí. Un pueblo de Córdoba. Pasó la noche en la pensión, y ya esa noche, nadie; no se dejaba. Y querían todos. ¡A ver! La pareja que fue por ella, para conducirla, se la encontró colgada del montante en la alcoba.

OLMOS. — Hay una comedia, *Las putas son gente honrada*.

GABRIEL. — Hombre, no: no es las putas...

OLMOS. — Bueno... Pues también las putas. Que en lo demás son honradas.

ALFONSO. — Paramos en Valladolid. Caía la tarde. Me atraía toda mujer. Y como dormiríamos en la ciudad, lo tomé con calma: una copa en el *Cantábrico*, y más arriba, a la terraza de un bar de la calle de Santiago, ¿la conocéis?, la calle.

OLMOS. — Como la de Alcalá, de Valladolid.

GABRIEL. — Estrechita y corta, Artesanos, la calle de Alcándara.

ALFONSO. — Me senté, eso, a mirar. Aquel gozo perdido de los ojos en una calle. Y las mujeres. Tú te acuerdas, ¿verdad? Que para simulación de

prendas interiores o del acortamiento de la falda, las usaban con un vivo blanco, y todavía algunas ese vivo, a picos, como si fuera la enagua.

GABRIEL. — Sí, sí. ¡Caray! Son unas pijoteras. ¡Cómo se las apañan!

ALFONSO. — Había mucho italiano en Valladolid.

GABRIEL. — Por eso, entonces. La mujer, ¡lo que sabe!

ALFONSO. — Flechas negras, Flechas azules. Saludos hieráticos. Jefes de rostros complacidos, sonrientes. Por la noche, dos o tres nos fuimos al estribo: Valladolid Caballería, la copa del estribo. Ya desde Talavera veníamos contagiados. Juan Manuel, por ejemplo, bachiller en armas, delicadísimo, pidió, contemplando la botellería:

—Una copa de aquello.

—¿Cuál?

Y ¡zas!, disparaba a la botella elegida. Invariablemente, daba a otra. Y de ésa, no se bebía. El dueño lo encajaba sin visible esfuerzo:

—Se van ustedes a divertir, esta noche...

GABRIEL. — No hay que ir a Valladolid. En Alcándara, el café grandote que abrieron en los bajos del hotel, ese hotel de la plaza, ¿no has estado?, pues yo he visto a un oficial entrar ¡a caballo! Era su guerra.

OLMOS. — No puedo colaborar. Carezco de episodios y de escenas para el decir ameno. Mi guerra no me ha consentido frivolidades. Aquí, dramatismo todo; y al menor descuido, antesala de la muerte... Sí, evocaría algo, de referencia. El combatiente que se hace de un carro y echa a rodar, en el tanque, Puerta de Toledo arriba. Le detiene el control. Se proponía desfilar ante la casa de la novia. Pero eso, en Madrid, ni era frecuente ni se perdonaba con facilidad.

ALFONSO. — Para contraste: San Sebastián o la apoteosis del permiso, el convaleciente de hospital, los situados de retaguardia. Surgía un mutilado, en su cochecito: el café no sé si *Raga*, o *Madrid*; un café de la Avenida. Ponía horizontales, como dos remos, las muletas, y avanzaba entre las mesas, diminutas, barriendo la cristalería, hasta el mostrador, al fondo del café.

OLMOS. — ¿Y no le hacían nada?

ALFONSO. — ¿Un mutilado? ¡Señor! Ante ese mostrador mismo sucedió un hecho comentadísimo en mis días de San Sebastián. Un comandante, a la barra, y a su lado una señora que traía un perrito. Bebía el comandante, a solas, silencioso. Y la señora, de melindre en melindre, quizá animada por la presencia del comandante, convidaba al perrito con las golosinas del mostrador. El comandante se agachó, cogió al perrito, derretida sonrisa la señora, y le descerrajó un tiro.

OLMOS. — La verdad, que no había derecho a esos lujos; en la dureza de una guerra.

GABRIEL. — Piensas como un comandante.

OLMOS. — Hombre, sí.

ALFONSO. — A la señora hubo que atenderla de un ataque de nervios. La gente ni rechistaba. El comandante pidió otra combinación.

OLMOS. — Mira, en Iberia, sí: un sargento de Caballería, que no es que fuera de Caballería sino que tenía caballo; y muerto de hambre, famoso el caballo: lo dejaba, ¡y arda Bayona! El caballo se comía, bueno las albardas y hasta una almohadilla de paja una tarde en un portal. Pues, el tal sargento se llegó a la casa de un señor de derechas, acaudalado, y le pidió la mano de su hija.

—Tengo entendido que es usted un poco insensato.

—No lo sabe usted bien, mi coronel —dijo el sargento, y se retiró.

Ni coronel ni nada: un propietario de la Diócesis y de quien nadie comprendía cómo no estaba detenido. Se dijo que por masón, que sería masón. Aquella noche, el sargento, que no era de Caballería pero sí sargento, volvió a la casa de su pretendida; roció el portal de gasolina y le pegó fuego.

ALFONSO. — ¡Simpático! Y ya en Alcándara, porque os hablaba de mi viaje, media España, para que veáis qué viajes aquéllos, a medianoche, maleta en mano, a oscuras la ciudad, me enfocaron las linternas de la guardia:

—¿De permiso?

Encontré mal a Catalina. Tenía yo agotada la licencia. Solicité en el gobierno ampliación de permiso. A los dos o tres días, me llamó un teniente coronel. Vi en su mesa el dictamen; no me dijo en qué sentido diagnosticara el médico, un capitán que había ido a casa. Lo miró, serio, me preguntó por mi mujer, y resolvió:

—Cuando se reponga, vuelve a verme.

Con la prórroga, ilimitada, me llevé una sensación de angustia. ¿Tan peor se hallaría Catalina? Y el teniente coronel me había tuteado, como diciéndome, «¡hijo mío!». Catalina padecía de una recidiva de paludismo.

GABRIEL. — Es que hay formas perniciosas, enquistadas. Muy espectaculares.

ALFONSO. — Conseguí quinina, ¿verdad?, por éste.

GABRIEL. — No había nada de nada.

ALFONSO. — Y una de aquellas tardes, en el café de la calle de Artesanos, presencié el número de la ruleta. Una mesa, tres o cuatro, y no legionarios, junto a un oficial de la legión Cóndor. Le pasaban. Tomó uno el revólver, le

metió un solo proyectil, dio vueltas al tambor, y se disparó a la sien derecha. Era el número espeluznante. El alemán no se animaba.

GABRIEL. — ¡Carajo! La ruleta rusa...

ALFONSO. — Hasta que una mañana me avisaron del gobierno militar. Que había sido admitido y debía salir, en el acto, al cursillo de Estado Mayor. ¡Y eso es!

OLMOS. — ¡Qué tío!

HOMBRES

ALFONSO. — Nos metíamos en el otoño, y mira: el general me reclamó. Caminaba a su final la campaña del Norte: en Asturias, lucha penosa, de resistencia inverosímil.

GABRIEL. — Inhumanamente heroica; disputaban el terreno, áspero, intrincadísimo, palmo a palmo. Les machacaban desde el aire, y no tenían un solo avión. Se les encontraba sin ropa, descalzos, entre la nieve. No he conocido heroísmo igual: tan sostenido.

OLMOS. — El Alcázar. Santa María de la Cabeza.

GABRIEL. — Por eso digo, sostenido; excepto en los sitios, el heroísmo es un acto, no un estado. Y el aguante sin esperanzas, el de esos asturianos acosados desde Vizcaya, empujados contra su rincón, me parece la epopeya de toda nuestra bárbara guerra civil.

ALFONSO. — Organizaban su terreno propio; no podían contar con fortificaciones, el esmero de unas fortificaciones en zona hecha a la defensiva. Y la espera.

GABRIEL. — Esperar, esperaban armas, el gran protagonista. De un lado y el otro lado; se agotaban las municiones, y parábamos.

OLMOS. — En Madrid, un general repartió cartuchos de fogueo: mientras hacen fuego —pensaba— no se les viene abajo la moral.

GABRIEL. — ¡Eso es un crimen!

ALFONSO. — Y además, entraba un invierno el más frío del siglo. El invierno de Teruel.

OLMOS. — ¡Madrid! Las casas destrozadas, sin cristales, a trozos sin pared, ni calefacción. Sin comida. ¡Cuánto sufrió Madrid!

ALFONSO. — Una de las costumbres que me sorprendieron, ya de asiento con el general, es los muchísimos que sentían la vocación de cronistas, silenciosamente, en lo íntimo. Se redactaba en la división el diario de operaciones. Y me daba a leer el suyo un oficial, aficionado. Pero sabía yo de otro, escribiente de la plana. Es el ansia de permanecer.

GABRIEL. — La muerte, algunos digo, nos la representábamos joven, hermosa, personaje de ilusión.

ALFONSO. — No hay, si no, guerra posible.

OLMOS. — No la habría sin los empujes del aguardiente o el coñac.

ALFONSO. — Me tocó mucho de la guerra: el avance enemigo y el frente roto; la maniobra. En contraste con el atildamiento de mi general, veía otros, de jefe para arriba, reacios al distintivo. Traté a uno, viejo soldado, sin más que su cazadora de cuero: ni estrellas ni bastón de mando: una cachava.

GABRIEL. — Casi todos adoptaron el capote, de manta abierta y forros blancos o de fantasía. Por ejemplo, Artiles, que ¡fíjate! siendo de Alcándara y ya coronel vestía mono mahón; o, de uniforme, se ponía en la cuartelera las estrellas de ocho puntas, pequeñas; tanto, que le tomaban por capitán. ¿Estamos? Personalidades que me entusiasman: no eran el pagado de sí.

ALFONSO. — Pocos de la oficialidad alardeaban de pistola; quien podía, se la compraba a otro, o acechaba la herencia, o la tomaba al prisionero, y esto en el mayor de los secretos, o el muerto. Yo, pues me deshice de mi ridículo detonador. Merqué un rebenque. No conseguí caballo, pero rebenque.

GABRIEL. — Una noche, en Alcándara, un oficial discutidor soltó un rebencazo en medio de una pandilla y le abrió la cabeza a un muchacho. Había terminado la guerra. Era a la puerta del cine. Me impresionó, penosamente.

ALFONSO. — Tú lo dices: y ya no había guerra... Me encantaba visitar las unidades de batallón abajo; apuntarme al comedor de oficiales. Allí aprendí el placer de la leche en bote, una, dos horas, según te gustase de color, de condensación, al baño de María. Y la tortilla de patatas; los riñones de la res. La res, al rancho de la tropa; los riñones, para la oficialidad. ¡Privilegios! Pesaban sobre la Intendencia mil dificultades. Más duras en el enemigo. Por un panecillo, el furriel conseguía una hembra y... contra la misma tapia.

OLMOS. — ¡Cuidado!

GABRIEL. — Podemos hablar; las señoras se están hermoando. Exacerba la guerra los instintos, es innegable. La cercanía de la muerte, el paso fugitivo, las circunstancias. Y del modo más indeliberado, recamadas de variantes, las

escenas se sucedían. Y se comprendían. Es lo humano. Aunque a veces hubiera que, puestos en ley, fusilar a un mochilero.

ALFONSO. — No exageras. En un pueblito, un lugarejo del alfoz de Morella, encargué a unos del servicio topográfico la configuración precisa del terreno. ¡Y qué terreno! Era pueblo nuestro: funcionaba. Todo: tenía escuelas; una mixta, de niñas y de niños. Lo conocí al detalle, porque instruí primeras diligencias por deserción. Gobernaba una especie de taller de costura la esposa de un combatiente.

OLMOS. — Y se te enredó con el topógrafo...

ALFONSO. — Verás, verás. Pasaron los soldados a media mañana delante del obrador, en la primera planta, que daba a la carretera. La modista se encontraba al sol, en el balcón, y la chicolearon. No les hizo cara; les sacó la lengua y se reía. El muchacho me dijo:

—No dejábamos de hablar y entonces a mí no se me iba de la cabeza la señorita.

Regresaron y se metieron en una taberna que lindaba con el costurero. El muchacho, que era un vivales, se asomaba a la puerta, fisgaba. Oficialas y aprendizas empezaron a salir.

—Y cuando me percaté de que ya no quedaban, del personal, tiré escaleras arriba y me colé en el salón.

La costurera, que cerraba los balcones, al verle se volvió y dio un chillidito. Se fue a ella y la abrazó. Pero quedaba un balcón todavía no cerrado y además temía que subiese alguna de las chiquillas o cualquiera a prueba o encargo de vestidos. Y empezó a protestar y le dijo no, que allí no.

GABRIEL. — ¿Que allí no? Pues, hecho. Desde aquel «aquí, no»...

ALFONSO. — Le ayudó a cerrar y bajaron juntos. En la puerta, le señaló, un poco al fondo, otra calle perpendicular a la carretera, la casa donde vivía. Le advirtió que al día siguiente era fiesta local, y no había labores, de modo que ella se quedaba en casa, aunque los demás irían al baile, precisamente en la taberna de donde el fulano venía.

GABRIEL. — ¡Y volvió!

ALFONSO. — Volvió saltándose un servicio y sin decir nada. De ahí el procedimiento en que le tuve y para defenderse del cual declaraba todo eso. Antes, se pasó por el baile.

OLMOS. — Cauto, ¿eh?

ALFONSO. — Y se arribó a la casa de la modista. Sentada a una camillita, junto a la ventana, le puso a él enfrente, ella en quimono. ¡Todo, lo confesaba todo!

GABRIEL. — Pues, lo escribes y es la novela sicalíptica.

ALFONSO. — Lo escribí. Era una casi novela; no sé si licenciada. Le salvé del proceso. ¿Cómo elevaba un expediente así? Que fue a darle una copa. Las botellas las tenía en una alacena, en la pared del asiento que él ocupaba. Sirvió la copa. Y al pasar para su silla, él la atrapó y la sentó en sus piernas: ardía. Empezó a besarla y se la encontró desnuda bajo el quimono...

GABRIEL. — ¡Si estaba hecho! Cuando dijo; «Aquí, no».

ALFONSO. — Espera. Hablaba con realismo implacable; que lo tenía... Y que ella hizo un movimiento como para soltarse y tiró hacia la alcoba, a la que daba la salita. La siguió y la echó en la cama, de matrimonio. Ni tiempo —decía— a quitarme el cinturón.

OLMOS. — Y tú, escuchándole...

ALFONSO. — Repitiéndolo al mecanógrafo, secretario del expediente.

GABRIEL. — Pues, también ése...

ALFONSO. — Y quien me convenció, luego, que aquello no se podía cursar. «¡Figúrese la cara del auditor!». Porque a lo último gemía y se le escapó un nombre, que no era, Gaytán, el nombre del soldado. Entonces él se enfrió y ella no le soltaba hasta que la gozó de nuevo. Quedaron para el domingo. Pero el domingo, y sería miércoles o jueves, le habíamos metido en el calabozo. Y además, esa misma semana regresábamos a la base.

GABRIEL. — Sí. La costurerita veía quizá en aquél su hombre. Transportaría al desconocido el deseo del ausente. Se trataba de uno, forastero, de paso. Y soldado. En guerra. Se vivía la provisionalidad. Sin el temor a las consecuencias.

OLMOS. — ¡Quién sabe! Un acto así puede traer consecuencias. Y en cuanto a la fama, algo habría en el pueblito sobre la tal, bueno, como para que se le atrevieran.

ALFONSO. — También pudo él hablar no a mí, que inquiría oficialmente, sino en la taberna. Sospecho que de continuar las operaciones, no sólo él habría entrado en aquella casa. Para mí que esos chismes se corren, y más de uno rastrearía los caminos del madriles. Mejor, que nos fuéramos.

GABRIEL. — Sí, la mujer protagonizó mucho de la guerra. Se ocupaba un pueblo. Y poco después, en que hube de ir por asuntos de familia, vi a una muchacha a la que habían pelado y humillado públicamente. La guerra no tiene entrañas.

OLMOS. — No las tiene, y tan obsesivo era el asunto que uno de los riesgos de Madrid se cifraba en el control de espías. Irrumpían de repente los

milicianos y separaban a los integrantes de un grupo: «A ver, ¿de qué hablabais?». Si no coincidían, espionaje. Así que nos poníamos previamente de acuerdo: «Hoy, toca Fulanita». Y al interrogamos, y repetir unos y otros que se ponderaban los encantos y hasta favores de Fulanita, el miliciano lo admitía y celebraba como lo más lógico y unitivo: cosa de hombres.

ALFONSO. — En la batalla que os relaté, anocheceía y resultó violada y estrangulada tras el asalto a una casa, la mujer. Sobre un baúl. Me acordé de *Noche kurda*. ¿La habéis leído? Idéntico. Se detuvo al culpable; un moro. Le fusilaron al amanecer.

LAS MUJERES

AVELINA. — Este comedor es recogidito.

CATALINA. — Como que tiene una que conocerlo. Porque entras, a la derecha, pasas la puerta y viene, tras el mostrador, un biombo que da al restaurante. Y lo que has de saber es que, luego, una escalerita baja a este otro más pequeño, no reservado, lo que tú dices, recogido, en el sótano.

ZITA. — Somos ocho.

BERTA. — Siete.

ZITA. — Hija, porque tú lo quieres...

AVELINA. — Pues, está muy bien. No hay centro ni búcaros ni flores y, sin embargo... La porcelana es inglesa, la cristalería fina, de lo de antes.

CATALINA. — ¿Y qué me dices de este azulejo? Talaverano. Pega con la composición, ¿verdad?; la muerte; unos huesos delicados y los tonos amarillo cálido, la muerte en ese muro, tocando la guitarra.

ZITA. — Un tema de *colmao* sureño, o sea, que no de comedor.

AVELINA. — Sólo que por estas épocas ni sorprende ni escalofría, tan familiar como nos lo han hecho.

CATALINA. — Inspira esa muerte no el horror, sino la sonrisa.

BERTA. — Yo lo que admiro es la maestría de la cerámica, los acabos de la obra para siempre.

CATALINA. — ¿Oís? El punteado de una milonga.

AVELINA. — Y ¿ellos? Igual no saben que ya estamos. Ir viendo la carta. Pensad en algo para todos. Y les aviso.

CATALINA. — Seguirán con la guerra, ¡obcecación sublime!

AVELINA. — La guerra, la muerte a cuestras.

ZITA. — Aquella cerámica me dio un espasmo de susto... ¿Os reís? ¡Ah! Por lo del espasmo.

BERTA. — El gobierno de Madrid apoyaba su propaganda en la escasez de recursos de los nacionales.

AVELINA. — Idea fija. La oí a Javier y cada vez que escuchábamos un discurso de Prieto. No se refería Prieto a los recursos del ama de casa, sino el Banco: esas riquezas que, en realidad, no te sirven de nada... ¡Oiga! ¿Quiere llamar a los señores? Arriba, en el atrio.

ZITA. — Tienes razón; para nada.

AVELINA. — La realidad es otra; por ejemplo, que a los pocos meses se racionaba el pan; el azúcar te lo vendían con receta. Ellos también lo padecieron: el tabaco.

CATALINA. — Los chistes de Rámper, sobre el tabaco. Liaba un cigarrillo, en el Price.

—¡Puaf! No nos dan más que palos...

AVELINA. — ¿Sabes el de las pesetas nuevas? Traían por una cara la matrona de la República y la otra cara un racimo de uvas:

—Venus y Baco—. Y también: —La perdición de los hombres.

ZITA. — Es lo adorable de Madrid; a todo le sacan punta. En la mayor de las desgracias, en los momentos de apuro...

BERTA. — Los chistes se le atribuyen a Rámper y no siempre con motivo.

ZITA. — A provincias de cuando en cuando llega lo que ha dicho en el circo, y que le han detenido. ¡Ganas de enredar!

CATALINA. — La otra noche. Habla de la estatua de Neptuno, la plaza por bajo del Palace. Neptuno con su tridente como un tenedor colosal. Y es todavía un Madrid sin aceituna que llevarse a la boca. Rámper se encara y lo presenta al público:

—¡El optimista!

AVELINA. — Yo en Iberia me defendía. Los pueblos se las componen y van tirando. El egoísmo campesino se forraba con los de Madrid: por un saco, ¡digo, un saco!, una canasta de patatas, o unos kilos de harina, les piden ¡lo que quieras!, y tienen hasta los cofres atiborrados de harina. Aseguraban primero su despensa, de cosecha a cosecha; luego, a explotar a la gente. Y no se careció sino de carne, muy a lo último, ni faltó el pan.

BERTA. — En Alcándara la normalidad era completa. Nos desequilibró la liberación de Barcelona. Entonces, sí, fueron de requisa por los caseríos y los pueblos agrarios: para Barcelona, ese pozo sin fondo.

CATALINA. — Lo que se implantó fue el plato único, que es una cosa alemana. Y después, el día sin postre. En los restaurantes, no sé.

AVELINA. — ¡Pchs! El plato único, un impuesto más:

—Cada hogar —decían los periódicos de la liberación— se santifique de quince en quince días.

A final de mes te lo descontaban de la nómina.

BERTA. — Lo que no hubo manera es el día sin cigarro. Y no faltaba tabaco; sí papel de fumar. Todavía está en vigor el plato único.

AVELINA. — Y lo que te rondaré. ¿No os digo que es un impuesto?... Oye; ¡no nos tocará esta noche!

ZITA. — ¡Qué va! En los restaurantes no cuenta. Pides el plato único, y luego: ¡Oiga, otro plato único!

CATALINA. — ¡Qué gracia! Y lo del postre... Pues, ¿qué habían hecho los niños? ¿Dejarías sin postre a tus niños?

AVELINA. — ¡Pero si es un impuesto!

ZITA. — Ni que viviéramos la vigilia perpetua, el año todo semana santa.

CATALINA. — ¡Oh! Me sé las completas: las semanas santas de guerra. El primer año, porque el viernes cayó en marzo; digo año 37, 26 de marzo, y me pasé la tarde en el calabozo con Alonso. No parecía santo; más bien, un viernes entre amargo y feliz: juntos; gubernativo, no le podía inquietar nada; sólo que, ¡aquella opresión! Cuando le dejé, se me partía el alma. Y pensaba: aunque disimule, todavía más triste para él, entre cuatro paredes, solo.

AVELINA. — Aquí, hija, ¿quién se arriesgaba? Ya sabes Iberia, lo que es la semana en Iberia. Como que por ir de semana santa a Iberia, Javier, nos casamos. Por dentro, sí, más de uno la conmemorarían. Y quizá la semana auténtica, si reparas que son días de mortificación y de dolor.

CATALINA. — No se me va de la memoria. El 38, coincidían jueves santo y 14 de abril. Y esta última, la semana de este año, con la paz; terminó la guerra el uno de abril; el 2 era domingo de Ramos. ¡Triunfal! Los Ramos es la mañana triunfal. Pero, sí, sí: y vas sabiendo que el viernes de la muerte la tragedia divina recaía sobre los vencidos.

ZITA. — Nadie ha invocado la piedad, el perdón: ¡el amparo de la Cruz! Lo que tú dices, Catalina.

AVELINA. — La Iglesia ha padecido mucho en zona roja.

CATALINA. — Ya no hay zona roja. También Cristo padeció. Y murió perdonando. No perdonamos. Mi padre, en la cárcel, ¡a sus años!, de penal en penal. Mi padre es republicano. Idealista puro. Moderado. No se movió de

Alcándara. Actuó de juez las primeras semanas de la guerra: juez municipal. Le horrorizaban los asesinatos y protestó. Eso fue todo.

BERTA. — La Iglesia debió interponer su autoridad, resuelto el combate. Podía. Mandaban, primero, el general; después, el obispo. Los demás se hacían la ilusión del mando: representaban. Media Falange, en Alcándara, ¡a la cárcel! Y se adaptaban o ni siquiera, no digo intervenir, ni influían.

ZITA. — Como en los viejos tiempos, la Iglesia es banderiza. Y hasta sin la menor generosidad; los obispos han prohibido los certificados de buena conducta. O sea: la Iglesia se cuadra, ¡y vamos que si le hacen caso!

AVELINA. — La persiguieron ferozmente. Y, sí: la tragedia se multiplicó aquellos días: no caí que fueran semana santa; tétrica en Madrid. La gente escapaba empavorecida para Levante. Prometieron la evacuación barcos ingleses y franceses. Se agolpaban en los puertos.

BERTA. — Lo de Alicante, es que no te lo crees: infinidad de hombres, y aun mujeres, en condiciones infrahumanas, con sólo su desesperanza. Llegó algún barco de esos. Y se retiró. ¿Ves que yo andaba de sitio en sitio, a la busca de Enrique? Muchos se suicidaron; atraparon a los demás. A los campos de concentración, y miles, cientos de miles de personas en el hundimiento. Ha debido de ser horrible.

ZITA. — Por lo que oigo, quienes se quedaron en Madrid, con el razonamiento de «Yo, ¿qué he hecho? ¿Por qué he de huir?», tampoco lo han pasado, ni hoy mismo lo pasan, nada bien.

CATALINA. — El ensañamiento ensombrece la victoria. Aparte de lo que exaspera: algunos en Madrid terminaron por morir matando. No sé, no sé. No entiendo. Estoy con Alonso; pero no reniego de mi padre. Y no sé...

AVELINA. — ¡Estos hombres no bajan! Mandé recado, lo visteis. Deberíamos no pensar, no hablar más de esas cosas.

ZITA. — Lo que es yo, me estremecen.

CATALINA. — Pues, a mí me indignan. Y me sublevan.

BERTA. — Así nunca cerraremos la herida.

ZITA. — Los vencidos, también son españoles. O sea...

TODOS

ALFONSO. — Estamos. ¿Habéis elegido?

OLMOS. — ¡Os pusisteis de acuerdo! Estupendo. Vamos a ver.

GABRIEL. — Yo, gazpacho.

CATALINA. — ¡Todos gazpacho!

AVELINA. — La carne, ¿es tierna?

OLMOS. — Solomillo. Eso es.

ALFONSO. — Poco hecho.

BERTA. — Para mí, no.

CATALINA. — Merluza. A la romana.

GABRIEL. — Sí, vinos, el mismo: el de arriba.

OLMOS. — Cerveza.

ALFONSO. — La República no hizo depuraciones; no abrió expediente a funcionarios, ni al profesorado, ni la policía. Concedió en Ejército el ascenso a quien se retirara: una especie de ley Weyler; fue siempre así: oficialidad numerosa, invitación al retiro. No alteró el poder judicial. A nadie se le exigía ser republicano para una plaza en la Administración.

OLMOS. — Innegable. No se puede, bueno, decir; pero es cierto. Se respetaban los derechos adquiridos. Ahora, tras una guerra...

GABRIEL. — No: es que empezó con la guerra misma. Era uno republicano en la República, acatabas el golpe militar, y te depuraban.

CATALINA. — El alzamiento se inició al grito de ¡Viva la República!

ALFONSO. — Y duró mucho ese vitor. En el frente, recuerdo que llegó a la bandera un capitán retirado por la ley de Azaña. Prototipo del oficial de Caballería; tuvo sus más y sus menos en la sanjurjada, con la remonta. Le

admirábamos; todo: el porte, la compostura digna. Feo de rostro, la figura espigada, altísimo. Su cortesía grave... Pues, resulta que no entendíamos cómo ese capitán fuera monárquico: no nos cabía en la cabeza.

BERTA. — Las emisiones de radio, al principio las cerraba el himno de Riego. El Jefe, a quienes le presionaban para un más decidido tinte monárquico:

—Gran parte del Ejército es prorepublicano, y yo no lo puedo ignorar.

CATALINA. — ¿Por qué entonces se perseguía al republicano? Todos: a los radicales se les achacaba la masonería, que es mucho peor. Y me refiero a la depuración legal, por decreto, de los funcionarios: la propia Falange, que abrió sus puertas generosa, escandalosamente, negaba el ingreso a los empleados de la Administración, y la provincia y municipios. Acogía a los parias.

OLMOS. — Y los conversos.

AVELINA. — Eso, la Falange. Barcelona cesó a quince mil de la Generalidad.

ALFONSO. — Unamuno, rector unos meses, pocos, porque le destituyeron tras el incidente de Salamanca... Me contaba un secretario que le llevó los recursos de la depuración del Magisterio:

—Don Miguel: que dicen que la maestra es un poco masona...

ZITA. — Y me consta otro caso. Me consta:

—Va a misa los domingos, pero la oye como distraído...

ALFONSO. — ¡Ah, y una defensa muy graciosa! Alguien debía de saber que su expediente iría a Unamuno, y quiso halagarle:

—Yo, de libro de mesilla, leo el *Sentimiento trágico*. ¿Que no lo entiendo? Lo entiendo, ¡vaya si lo entiendo!

Y Unamuno:

—¿Entender? Ni yo mismo.

OLMOS. — Unamuno es un caso: no estaba ni con éstos ni con aquéllos. En Madrid, un chupatintas que montaba las páginas literarias de un periódico, bueno, de izquierda, se pavoneaba de su pistolón y decía:

—Me voy a Salamanca. Voy a liquidar a ese facha de Unamuno.

Oye, ¿y qué fue exactamente lo de Salamanca?

BERTA. — Pues, lo de Salamanca... Que se celebraba sesión académica el 12 de octubre; y habló uno metiéndose con los catalanes y los vascos. Entonces Unamuno exhortó al obispo, que es catalán, y a otro de la presidencia: «¡Purifíquese la Iglesia!». Y proclamó él las virtudes de los vascos.

GABRIEL. — La armó Millán Astray, con su ¡Viva la muerte! Unamuno dijo que en aquel templo el sacerdote era él, Unamuno. Fue cuando Millán Astray dio un puñetazo en la mesa: «¡Mueran los intelectuales!», mientras se le llegaban los legionarios de su escolta.

BERTA. — Doña Carmen se acercó a Unamuno y le tomó del brazo. Así abandonaron la sesión.

GABRIEL. — Iba ya muerto.

BERTA. — Aquella noche acudió al casino.

GABRIEL. — Y le abuchearon.

BERTA. — Sí.

GABRIEL. — Tomó café y se volvió a casa. Nunca más pisó la calle. Antes, al paso de una garita, el centinela se cuadraba: le tomaba por un coronel retirado. La tarde fin de año se quedó muerto, a la camilla. Se le chamuscaron las pantuflas, y eso alertó a un acompañante, que le creía dormido.

BERTA. — El féretro fue sacado a hombros de falangistas.

GABRIEL. — Artistas y escritores, que militaban en la Falange, toda distancia a salvo, como yo. ¿A qué esa burrada? ¡Contra Unamuno! ¿Por qué la de Lorca? Federico García Lorca hubiere sido el poeta de la Falange.

BERTA. — No le mató la Falange. La Falange le amparó.

GABRIEL. — La derecha. Hay una hostilidad de principio, de la derecha contra los intelectuales: ¡la anti-España!; ahí sitúan al intelectual. Una de las ceremonias de la depuración fue la requisita y quema de libros no gratos a la Iglesia. Los que registraban, en casas particulares, en centros de cultura y bibliotecas y librerías, no eran de lo más avisados.

ALFONSO. — Os lo dije. El autor de un diccionario francés, que lo tomaban por el expresidente de la República. ¡Nada, nada!: en casa de mi suegro. ¡Al fuego! Y detuvieron a mi suegro.

GABRIEL. — Otros pensarían que ese Alcalá Zamora es Ricardo Zamora.

OLMOS. — ¡Hombre!

GABRIEL. — ¡Que sí, que unos cabestros! Y a lo mejor les convencías y te identificaban al Presidente como portero del Madrid F. C.

CATALINA. — Los maestros y los médicos lo pasaron fatal.

GABRIEL. — ¡Fatal! La guerra la ganaron los curas y los militares: mitad monje, mitad soldado.

BERTA. — ¡No me deforméis a José Antonio! Eso es una norma, un estilo de ser.

GABRIEL. — Todos te adoramos. Y a José Antonio. En Salamanca, Agustín de Foxá, el poeta de la Monarquía, susurraba:

—Sí, si al final ya veréis: mitad coroneles, mitad obispos...

BERTA. — Foxá, falangista, jerarquía de la Falange exterior, es un lenguaraz. ¡Imperdonable! Que se hagan chistes de una tragedia.

ALFONSO. — El hombre ríe lo que teme. El humor lo inspira la muerte, el médico... Y además, andábamos por las depuraciones políticas: políticas; la angustia y picaresca del funcionario. No en las depuraciones de conducta, que solían rematar en el paredón. Yo soporté una, ¿una?, media docena de esas depuraciones de conducta.

OLMOS. — Sobre todo cuando las hacían los cuatro inciviles aquí... Sí, sí; y comprendo que ahí: en una zona y la otra zona. Pero en ésta era, bueno, el secuestro y era la ejecución. Sin jueces.

ALFONSO. — Pues, allí con jueces: los depuradores de conducta.

CATALINA. — ¿Cómo se podía fusilar en Alcándara por rebelión, si en Alcándara no se habían rebelado sino los que fusilaban? No hubo lucha, ni la menor oposición ni resistencia: se declaró el estado de guerra y no se movió nadie. Detuvieron a los dirigentes: concejales, algún diputado. Una noche: «¡Estáis en libertad!», y les aplicaron la ley de fugas. Eso, no se veía desde Martínez Anido. Sí que muy pronto Anido subiría de nuevo al poder.

GABRIEL. — La sociedad suele ser más cruel que el inquisidor. Y, sin embargo... Esa cancioncilla, ¿oís?; lorquiana. Todo ahora es García Lorca: *Limón limonero*, *Zorongo gitano*, *Vargas Heredia*, los tientos del pino verde... Las letras: luna lunera y luna... Reinar después de morir, se llama eso. Lo que fue tema de reinas y de campeadores, se traslada para triunfo póstumo del poeta. ¡Qué dislate, asesinar a Federico García Lorca!

ZITA. — Y no alces la voz. ¿Quién se expone a señalar, sino en familia? Nadie te da un nombre. Y testigos habría. O sea: ¡el pavor!

GABRIEL. — Fue alguien de la *Ceda*, no lo dudéis, la *Ceda*.

BERTA. — Y un ataque al bies contra los falangistas que le habían acogido y casi ocultado. También los tradicionalistas de Alcándara procesaban porque el juez supremo, juez de jueces, era tradicionalista, y encausaba a los desvalidos, simpatizantes de la Falange.

ALFONSO. — Evidente. Si yo me apunto a la Milicia, que la mandaba el general retirado, el de la señora de los favores cuando les distinguía Primo de Rivera padre, mi expediente, ¡ni veinticuatro horas!

BERTA. — Pero... Me lo llevé a la Falange. ¿Un reproche?

ALFONSO. — ¡Berta! ¡Con Berta siempre!

GABRIEL. — Y punto. ¿O qué se te había perdido, a ti, en esa formación de vejestorios?

BERTA. — Pues, encima, Brunete me lo pasó al otro general, y ahí le tienes: requeté flamantísimo.

ALFONSO. — ¡Qué tontería!

CATALINA. — No olvidaré la estampa de los pueblos, más de uno y de dos pueblos, sus hombres todos a la capital en cuerda de presos... Los vi por la plaza de Santa María: y de aquel muro, no de la iglesia, al retirarme, se me clavó esta imagen, esta pintura de molde: *El... de la sonrisa*.

GABRIEL. — ¡Ja, y lo que falta! Porque principian las responsabilidades. Esa palabra tan española; Res-pon-sa-bi-li-da-des. Ya vais a ver.

AVELINA. — No vivisteis la guerra en Madrid: es eso. Vuestra ignorancia y sofoco de justicia, a quienquiera, hombre o mujer, derecha o izquierda, que pasara lo que hemos pasado, le pasma. ¡Y sois vosotros los vencedores de la guerra! A veces, me parecéis perfectamente fusilables.

ZITA. — ¡Hala!

LOS MISMOS

GABRIEL. — Ni la zona roja ni la zona azul han sido monolitos sin fisura. Para empezar, los republicanos desaparecieron: o ganaba la revolución o ganaban los militares.

ALFONSO. — Ahora: la revolución traía en sí el germen de otro dualismo; comunistas o anarquistas.

OLMOS. — Como que se diferenciaban en todo: los confederales, que es los anarquistas, saludaban uniendo las manos y alzándolas a nivel de la frente; socialistas y comunistas, con el puño en alto o, de remedo militar, a la sien. Se trataban, socialistas y comunistas, de camaradas; compañeros, los cenetistas.

ALFONSO. — Creía yo que al revés: que lo cenetista es el camarada; de ahí que se llamasen camaradas los de Falange. Como la bandera; falangistas o *Ceneté*, roja y negra. No importa que hubiese, y los hubo, muchos, socialistas honestos; ni que al Gobierno lo representaran los republicanos: ¿quién de otra forma les atendería? En el exterior.

BERTA. — Nosotros también nos debatíamos y disputábamos la influencia —el poder lo acaparaba el Ejército— entre dos corrientes: tradición y Falange. En la tradición no sólo incluyo a los carlistas, con los que en definitiva podíamos entendernos, sino monárquicos, derechas católicas: todo eso. Y sé muy bien lo que pasó, lo que pasamos, en Salamanca.

OLMOS. — Calculo que, por el estilo, y no, bueno a cañonazos, lo de los últimos días de Madrid.

BERTA. — Más se le asemeja, en el tiempo y las ideas, la semana de Barcelona. ¿Qué sucedía hacia mayo del 37 —Salamanca se anticipó: abril— en Barcelona?

GABRIEL. —Azaña, es decir, el Jefe del Estado, escribía un libro en Barcelona. Desconozco ese libro. Ignoro si el libro se publicó en la otra zona o en el extranjero. Me basta el hecho; de lleno en la guerra, el Presidente de la República de una España partida, se abstraía y entregaba a escribir un libro. Y no condeno.

ALFONSO. — Se podría, y aun debería, escribir por exigencias de la causa. Lo que tengo entendido, tampoco he visto el libro, es que se trata de una especie de diálogos de pensamiento de alta calidad, y a su modo críticos de la contienda.

GABRIEL. — Quizá no le estuviere hacer otra cosa. Aislado, a las puertas mismas de su residencia, Barcelona es un charco de sangre. No logra él evitarlo. Entonces, cavila, escribe: un testimonio socrático, de primera mano, actitud admirable: de serenidad, de alteza. *Velada de Benicarló*.

OLMOS. — En Benicarló. *La velada en Benicarló*, se titula. Y la lucha vino con la ocupación de la Telefónica: fuerzas de la Generalidad y cenetistas se disputaban las calles; piso por piso, la misma Telefónica.

AVELINA. — Me encontraba en Barcelona. Ver, no os digo que lo viera. No salí de casa. Y además, llegué a Barcelona en ese viaje inacabable a través de Valencia, por asunto muy grave: mi pobre madre, sola, se moría. Las vecinas traían y llevaban.

OLMOS. — Pero ¡qué diferencia! En la primera planta la policía, mandaba irnos bocadillos a los anarquistas de los piso de encima. Y apostados, desde las azoteas los anarquistas arrojaban granadas a los coches de la policía.

GABRIEL. — Me entusiasma: cada uno en su papel. ¡Perfecto!

ALFONSO. — No Valencia: el Gobierno se desentendía. Incluso del Presidente de la República.

OLMOS. — Ciertísimo. Sólo Prieto permaneció al habla, preocupado, le ofreció un buque y la marinería que le trasladara al puerto. Azaña, que siempre congenió con Prieto, prefirió seguir en su libro, de fondo musical los tiros, impasible.

GABRIEL. — ¡Sensacional! Ya lo ensayó cuando la sanjurjada: aquel 10 de agosto, media noche sentado al balcón del ministerio de la Guerra mientras se tiroteaban abajo, alrededor de la Cibeles. ¡Qué aceros!

ALFONSO. — Días antes de lo de Barcelona fue borrada del mapa una villa, símbolo de los vascos. Mola avanzaba sobre Bilbao. Ligo estas incongruencias para que os convenzáis de hasta qué extremo somos un pueblo de excepción. Porque nada de ello es ni imaginable en cualquier otro país.

BERTA. — Pues, nosotros, por los dos lados. Ya os hablaré de la semana de Salamanca. No que hubiese lucha callejera: la España nacionalista era una sociedad militar organizada. Tampoco faltaron tensiones y resueltas a tiro limpio. El 25 de abril de 1937 detenían a Hedilla; hasta el 19, había sido el jefe.

OLMOS. — Lo mismo, sólo que todo lo contrario. Allí, os unían. En Barcelona, el 25 de abril, justo el 25 de abril, se desencadenaban las pugnas de anarquistas, socialistas, trotskistas, y la fuerza pública. Empezaron el 25: la muerte de uno, manifestación del entierro, la represalia contra dos de la otra parte. En fin... El 3 de mayo las fuerzas acordonaban la Telefónica, tomaban posiciones en la plaza de Cataluña.

AVELINA. — Y la reacción inmediata: paro general, barricadas, encierro, disparos por todas partes. Un espanto. Nadie entendía nada. Y mamá, muriéndose. Mi padre, inútil en Iberia: incapaz de ese viaje.

OLMOS. — Se luchaba y se moría en la plaza de Palacio, y la plaza de la Universidad, y del Teatro, el Paralelo; bueno, la Generalidad...

AVELINA. — Azaña se alojaba en el Parlamento catalán, el parque de la Ciudadela. Ahora, los combates, allí violentísimos, no creo que fuesen por Azaña.

OLMOS. — ¡Ah, quién sabe! Para humillarle. Desde los tejados, Azaña contemplando el fulgor de la primavera.

ALFONSO. — Recuerdo esa primavera. Esplendente.

OLMOS. — A los caídos, se les remataba. Guardias y socialistas y anarquistas. Le sacaban a uno de casa. Prohombres de la Generalidad, cazados al paso.

AVELINA. — ¡La Generalidad! Federica Montseny, que venía de Valencia, salvó la vida de milagro. ¡Ya! Que no admitiría ella el milagro. Era la única mujer ministro. Única entonces y quizá de toda la historia, en España. Anarquista.

OLMOS. — Los cadáveres de uno y otro bando, por las calles; y la Telefónica. En el campo, sañudamente mutilados.

ZITA. — ¡Calla, por Dios! Se me hace increíble toda esa impiedad, furor tan ciego.

OLMOS. — No acabó con el final de la lucha. Tocaba el turno a las detenciones. El frente, sostenido por los anarquistas, a punto de venirse abajo.

GABRIEL. — Pero ¿y el Gobierno?

OLMOS. — En Valencia.

GABRIEL. — ¡Carajo! Hasta ahí estábamos.

OLMOS. — El Gobierno hizo lo único digno de su existencia: dimitir. El *sargento*, que es como le llamaban a Caballero, acudió a Barcelona. Y presentó la dimisión.

BERTA. — No fue menos viva la desunión entre nosotros. Se manifestaba dentro de unas formas. Quitando lo de Salamanca, una semana que también como Barcelona se estiró a casi la quincena, las diferencias no alcanzaron ese radicalismo: no lo habrían permitido los militares, dueños de la situación; dignificaban y prevenían.

ALFONSO. — Sin que por ello pudieran ni verse, los unos con los otros, monárquicos de Acción Española, católicos de Acción Popular, carlistas, falangistas. Importantísima como ejército de ocupación y poblada en los frentes, la milicia nunca pasó de ser lo que era: una fuerza auxiliar.

GABRIEL. — Y en ocasiones, pintoresca: los requetés no se ponían la camisa azul ni los falangistas la boina roja. ¡Vamos, el único de camisa y boina, el Jefe!

BERTA. — La pugna y es lo más grave, arañó los adentros del falangismo: en definitiva, falangistas contra falangistas.

GABRIEL. — Cultivábamos un disolvente: el humor. Las disidencias entre requetés y falangistas se resolvían en humor:

—¿Por qué no lleva la camisa azul? —le reprochaban a un alto cargo, requeté.

—Porque no puedo meterla en el bolsillo.

BERTA. — Que es lo que hacían los falangistas con la boina roja de la unificación. Y bueno..., aquellos días, la que estuvo en Salamanca soy yo.

ALFONSO. — ¿Concluimos? Una guerra civil, no declarada, cada retaguardia.

GABRIEL. — Y por lo que se filtraba, en los mismos frentes: los requetés, prontos a celebrar cualquier tropiezo falangista; y a la inversa.

ALFONSO. — Sólo nos alegró, a todos, los de una y la otra zona, el fiasco de los italianos en Guadalajara. Le entrevistaban al general:

—¿El mejor ejército de Europa?

—El nuestro.

—¿Y después?

—El rojo.

CATALINA. — Este gazpacho está riquísimo. No es el gazpacho extremeño, ¿te acuerdas de La Mota?

BERTA. — En La Mota es que lo rizan.

CATALINA. — Sí, quizá haya exceso: le echan huevo, algunos conejo, fantasía. Éste no queda mal. Tiene huevo: la yema rayada, la clara a trocitos; huevo cocido. Y pan; no concibo un gazpacho sin el empaparse del pan. Además, no está helado; frío, pero no helado. Los hielos le quitan el gusto. ¿No os parece?

SÓLO HOMBRES

ALFONSO. — Tuve suerte, una suerte loca. Porque, aun de Estado Mayor, me pudo tocar la negra: también los generales caían. Y antes de ese destino hice un tercio de campaña; sí que algo acertado y no por excusa ni de propia voluntad, sino en el expediente. Soy de los pocos, y aquí entre los íntimos me enorgullece, que no he matado a nadie: primero, que anduve con un revólver mataperros; y al fin, sin ni siquiera ese revólver: cachava o rebenque, y aguantar.

GABRIEL. — Y ahora que no nos oye Catalina, en La Mota. Eso sí que es aguantar; se volvió a La Mota.

ALFONSO. — Pero siempre en mi pensamiento. Ya lo dije: desde mi estancia en la tierra, con el temor, no a ser herido, o muerto; a quedar prisionero. Conocía la angustia de la separación. Y ¡otra vez! ¿Y para cuánto? Estábamos, desde el principio, en que era cosa de cuatro días.

OLMOS. — Tan pronto se tomara el Norte. ¡Se hubiera entrado en Madrid el 36!...

GABRIEL. — No, no sigue. La guerra se alargaba por las inyecciones de armamento que de vez en cuando recibían los unos y los otros; y el miedo a las represalias; sobre todo, tras el pánico impuesto a la población civil. Y la resistencia; a la espera de la extensión del conflicto.

ALFONSO. — La guerra de los mundos. Sí, la nuestra, un capítulo, quizá ni el primero, de la guerra universal. Nadie me quita de la cabeza que cualquier día se nos eche encima. Cuando los alemanes bombardearon Almería...

OLMOS. — ¡Al dedillo! Prieto quiso declarar sin más la guerra; o que nos la declarara Alemania. Bombardeamos un buque alemán en aguas de

Alicante. A las cuarenta y ocho horas, una escuadra del Reich se desplegó frente a Almería y trazó en la ciudad la cruz gamada, a cañonazos.

GABRIEL. — Valientes, ¿eh?

OLMOS. — No le dejaron a Prieto. Eso era en 1937.

ALFONSO. — El año 37 fue el de la medición de fuerzas, a lo africano; Brunete; una manera de retrasar la pérdida del Norte. Teruel enmascaraba algún otro motivo; íbamos ya al 38, año de las tentativas de negociación: Teruel, y la más aparatosa de las batallas, la del río Ebro, respaldaban los tanteos de una mediación.

GABRIEL. — Rusia, lo publicamos nosotros, pretendía una gran alianza contra Hitler; Inglaterra en la Sociedad de Naciones se opuso. Efectivamente, primavera del 38. Inglaterra no veía por los ojos de los republicanos, realidad que jamás éstos admitieron: les irritaba, se dolían, pero con su fe en Inglaterra.

ALFONSO. — No había nada que hacer: los nacionales eran insensibles a un final negociado. En Burgos, aquella misma primavera, Yagüe elogió al combatiente enemigo; pidió la liberación de los presos y que se les incorporase al movimiento. Le destituyeron y su discurso no lo publicó más que el periodiquito de Burgos.

GABRIEL. — Lo recuerdo. Esperanzaban muchísimo gestos como ése. Estériles, ¿eh? Pocos días antes firmaban Italia e Inglaterra el pacto Mediterráneo: Italia retiraría sus fuerzas, ¡escucha, escucha!, «al término de la guerra». Luego Inglaterra confiaba en la victoria, pronta, de los nacionales.

ALFONSO. — Y Estados Unidos. Ninguno de los candidatos se jugaba el voto católico para noviembre. Desampararon a la República. ¡Todos!

OLMOS. — Y ahí lo veis; la República resistía y aun organizaba tomates como el paso del Ebro, pendiente, bueno de que se armase.

ALFONSO. — Como que se pudo armar. A principios de marzo, y con los mismos *junkers* que tuviera en España, Alemania se incorporó Austria. Transportó en esos *junkers* las tropas que ocuparon Austria.

OLMOS. — Su baza de arrastre la perdió Madrid con el conflicto checo. Al capitular en Munich ingleses y franceses, la moral de la zona roja se vino a tierra. Chamberlain especulaba con otra conferencia sobre España. Lo que tiene es que ni rojos ni azules mostraron el menor entusiasmo. Lo nuestro era matarnos.

ALFONSO. — Pues, ahora te digo: no podíamos más; estábamos en las últimas. La guerra iba por el tercer año: el 39, este año. En marzo mismo,

Inglaterra y Francia han ofrecido garantías a Polonia. ¿Qué es eso? Su decisión de ir a la guerra.

GABRIEL. — Me río...

ALFONSO. — Sí, hombre, sí. Es «¡Atención, Alemania: ni un paso más!».

OLMOS. — Formalmente, en Moscú siguen las misiones de la triple alianza: lo que podría ser alianza ruso-franco-británica.

GABRIEL. — ¡Enredos!

OLMOS. — Me fastidiaba, lo comprenderéis; y sin embargo, lo de Negrín era razonable: continuar, continuar. De otra manera, la guerra, para la zona que me tocó, no tenía sentido. Nunca pensaron sino en resistir: «¡No pasarán!».

ALFONSO. — A la vista de Madrid, que las noches encendía de bengalas y proyectiles trazadores, me acordaba de casa, mi casa, tan a la mano, y ¿quedaría ya casa? Por asociación, evocaba al huésped, López Lancho, ilusionado, quizá con la alegría de llegarse, el primero, y darme un abrazo en casa. Y Galiano.

GABRIEL. — ¿Sabes de él?

ALFONSO. — Ni palabra. ¿Cómo a hombres de su valía se le cierran las puertas? No hablaba de política: escuchaba, callaba; y a su trabajo. No conozco otro ser más comprensivo, ni tan respetuoso de la opinión ajena.

GABRIEL. — De verdad, los masones, ¿influían?

ALFONSO. — No. Supongo. No habrían perdido los republicanos.

OLMOS. — La República se desencuadernó el 18 de julio.

ALFONSO. — Eso es cierto. Perdíamos todos: algunos, la propia vida; otros, quedaban a cero. Y barajar. Mi peripecia, no debo implicar a nadie, la mía, ha terminado. Me veo ahora como un número del destino, con su marca.

OLMOS. — Pero ¡si estás en lo mejor!

ALFONSO. — Sólo sé que no soy. Estiré mi nombre en el cursillo, me adapté: ¡las posiciones de la vida!

OLMOS. — Verdaderamente es raro en estos tiempos el nombre de Alonso. Apellido, sí; no de nombre. Se correspondería, bueno con Ildefonso, o Alfonso.

ALFONSO. — Eso. Firmé: Alfonso. Y por obligado, el genitivo: *De Mora*, no; *De la Mora*. Estoy a la orden. ¡Lo que se lleva!

GABRIEL. — Estás de estreno... ¡Oye! ¿Te acuerdas de Castillo? Santi Castillo.

ALFONSO. — ¡Sí! Que hizo con nosotros un viaje a Mérida. Cuando Unamuno dio en el teatro romano una de sus traducciones o arreglos... *Medea*. ¿No era *Medea*?

GABRIEL. — *Medea*. Pues, Castillo, soldado de segunda. ¡Vive, vive! Es que al mencionar tú eso de la costurerita y el topógrafo, me acordé. Se dedica al mosaico. Se asoció con don Sergio, el del alfar *La Mayora*. Les va.

ALFONSO. — ¡Concho, Castillo! ¡Santi! ¡Sansanti!, le sobrenombrábamos. Lo encajaba todo.

GABRIEL. — Una noche, Santi nos confesó, como si tal cosa, lo suyo de la toma de Tarragona. Enardecía el júbilo de Tarragona, porque habían oído misa en la catedral, y allí no se oficiaba desde casi tres años. ¡Un ganso, Castillo! Se ponía muy serio, ¿no? y ni él mismo se cree a veces lo que cuenta.

OLMOS. — Algo de faldas, como si lo viera.

GABRIEL. — ¡No le conoces! Atiende, atiende. Tal lo describía, ¡no!: imposible; es el remedo imposible. Voy al asunto. Mediaba la tarde y paseaban la ciudad. Eran dos, de la misma compañía; la ciudad, liberada al amanecer. Subieron.

OLMOS. — ¿Cómo que subieron?

GABRIEL. — Paciencia. Un segundo o tercer piso. A la izquierda. Abrió la señora. ¿Les podría vender algo? Nutrimentos. Llevaban pan. Allí no había nada de nada, les dijo. Se marchaban, y la señora a la puerta. El compañero ya iba para abajo. Volvió Santi la cabeza, al doblar la escalera. La señora le hizo una seña. Y Santi regresó.

—Pasa. Vamos a ver: te puedo freír un huevo.

Ya sabes de qué manera dice las cosas: «Tenía la mirada brillante negra...».

ALFONSO. — ¡Calcado! Le estoy oyendo.

GABRIEL. — «Y como absorta», Santi. A la derecha, un largo pasillo; la señora:

—¿Querrás lavarte? —y le indicó el cuarto—. Voy por una toalla.

Cuando se enjugó las manos, otra vez al pasillo; acababa en una salita; a la izquierda, la alcoba. Él la seguía. Entraron en el dormitorio, sobre la calle, a media luz:

—¡Cómo puedes llevar todo eso encima! Quítate la guerrera. ¿Te quedarán bien estas zapatillas? Ponte a gusto.

Y se sentó, ella, en la cama. No le dio las zapatillas. Le cogió una mano y también él se sentó.

ALFONSO. — ¡Sí, sí! Como si le oyera. Calmo, con los detalles todos.

GABRIEL. — Le dijo que su marido huyó al monte, de madrugada, temeroso, no de los que llegasen, que fuera del somatén, sino por la represalia de quienes se iban. Y que estaba muy contenta y ¡un poco triste!: al verles, pensó que la violaban. Le corrió como un escalofrío y le atrajo hacia su cuerpo. Alzó la cabeza y, Santi:

—Redondeó en un ofrecimiento la boca...

ALFONSO. — ¡Fenomenal! Así, es así.

GABRIEL. — Empezó a besarla y ella se echó para atrás.

—Yo la tendí, casi con cariño, en el tálamo conyugal, y me desabrochaba torpemente, como podía. Cuando acerté, intentó no dejarse. Protestaba. Se negaba, pretendía resistir y se movía, apretaba los muslos. Le arranqué la ropa a zarpazos. «¡No! ¡Mi marido!». Acezaba y gemía. Ronqueaba, Como en un desvarío. Había estado jugando a la violación. Había temido y soñado la violación.

ALFONSO. — Es que era eso.

GABRIEL. — Le veía comer llena de complacencia. No tenía otra cosa; preparó un té. Inmediatamente, saltó a sus rodillas. La fue él acariciando. Ya más familiarizados, se metieron otra vez en el dormitorio. Le pidió que se desnudara. Y dice:

—Me carabriteó ella, verriondísima... «¿Y tu amigo?». «Se habrá cansado de esperar». «¿No pensará que te hemos matado aquí dentro?».

Soltó Santi una carcajada.

—Me pareció oír antes el timbre. No me soltabas. ¡Estaréis ansiosos!

ALFONSO. — Pues, y puede que sea verdad.

GABRIEL. — ¡Ah! Ni lo dudo. Le pondrá Santi Castillo las florituras que se quiera, pero él no inventa.

—Al timárseme, en la escalera, quizá no se había atrevido con los dos. Habría ahora también necesitado de mi amigo. Su marido regresaba esa noche... No volví.

OLMOS. — ¡Qué enormidad! No he respirado. No he dicho, bueno esta boca es mía... ¡Oye! ¡No terminan! Se meten, y que son cuatro, en el tocador, y ya puedes estarte aquí hasta el 18 de julio... ¿Tiramos para arriba? A estas horas, Avelina y yo estaríamos en la cama.

HOMBRES — AVELINA — BERTA

OLMOS. — El pronunciamiento de unos militares principió la guerra; el alzamiento de otros militares la remataba. Entonces y al final, con una misma bandera: contra el comunismo.

GABRIEL. — No había comunistas en 1936...

OLMOS. — 1939, y controlaban el mando.

GABRIEL. — A costa de una guerra. Y sólo esa zona.

OLMOS. — Sí, contaban con el presidente.

ALFONSO. — Los necesitaba. No le quedó otra ayuda.

OLMOS. — Dos tercios de guerra atrás, Gobierno y comunistas juntos, juntos, aniquilaban a los confederales de Cataluña.

ALFONSO. — Lo de Rusia, con el triunfo bolchevique. ¿Podrían hacer lo mismo, ya a la postrera, encerrados en Madrid? Nosotros, observando los coletazos, sin correr la pólvora.

OLMOS. — Disparaban por ti: bala que no matara a un comunista, mataba a un anarquista. No había que precipitarse: el vencedor de aquello, era ya el vencido definitivo; sobrevivía para su entrega.

GABRIEL. — Cuando nombraron presidente a Negrín, un hombre de letras, figura ejemplar, socialista de la primera hornada, el profesor Besteiro, dijo:

—Es un Karamazov.

OLMOS. — Le correspondía ser lo que fue: el último de Filipinas.

GABRIEL. — Ese honor es el que le disputaba Besteiro.

OLMOS. — Merecidamente.

BERTA. — Tienes tú mucha simpatía a los socialistas, ¿eh?

OLMOS. — No dirás que me seduce Caballero... ¡Por Dios! Ninguna. Es que es lo que es: metidos en jarana, ¡como en todo!, yo juego al hombre honesto.

AVELINA. — Prieto.

OLMOS. — Besteiro.

ALFONSO. — Vivía Besteiro cerca del Viso. He ido a ver el hotelito: el teléfono, de pared, desde el que se rindió Madrid... Hace esquina a Vitruvio y Grijalba: un chalet modestísimo.

OLMOS. — Besteiro permaneció en Madrid. No participó del poder. Se le encomendó, que yo sepa, sólo esto: el viaje a Londres, a la coronación del rey. Los militares que el 4 de marzo se levantaron contra Negrín, acudieron a Besteiro.

ALFONSO. — Y ni en esa ocasión quiso Besteiro el mando, la Junta de defensa.

OLMOS. — No. Lo cedió a un militar; Casado. A su vez, Casado resignó la presidencia en el general representativo de Madrid: Miaja. Los comunistas abandonaron el frente.

ALFONSO. — Es fabuloso: nadie se precipitó a llenar el vacío. Los nacionales, ni inmutarse. Esperábamos el resultado de la contienda interna; la posesión de la plaza, agotada en esa contienda.

GABRIEL. — Así fue.

OLMOS. — ¡No hay derecho! Porque vino la semana sangrienta de Madrid. La gente moría; mucha gente, muy larga la semana. Todo eran ataques y, bueno, contraataques: Serrano, Ríos Rosas, Manuel Becerra, puerta de Alcalá... Intervenían la aviación, la artillería, los tanques: un combate sin tregua, enconadísimo. Se ganaba y se perdía, alternativamente.

ALFONSO. — Los sitiadores, al aguardo: impasibles. Era también batalla nuestra, la batalla regalada. Y eso es la guerra.

GABRIEL. — Fíjate que los anarquistas se alinearon con el Gobierno, dentro todos de la revolución, unidos por el enemigo no de enfrente, no los militares: el enemigo comunista. Una venganza de tragedia griega. No se repetiría lo de Barcelona. O la Rusia del año 17.

OLMOS. — El prisionero, ejecutado en el acto. Cuatro mil, cinco mil muertos.

ALFONSO. — Para los nacionales, fue la batalla gratuita. Olmos lo ha dicho: no se fallaba un tiro.

GABRIEL. — Otro acto más, ya conocido el desenlace...

OLMOS. — Todavía Negrín confiaba en la victoria. No por el camino de las armas: no iba a ser tan ciego. En la complicación internacional.

ALFONSO. — Y yo: lo temía. La veía a punto. Ahora mismo, ¡y cómo está la cosa!

AVELINA. — Pues, ¡lo que nos faltaba!

OLMOS. — Nunca perdió Negrín su talante. Prieto, es que se le atragantaba. Comía como una fiera, Negrín, bebía, se rodeaba de mujeres y derramaban el champán a cajas.

GABRIEL. — Fisiología, ¿eh? Profesor de Fisiología.

OLMOS. — Y sí, le alentaba una internacionalización posible; el conflicto en Europa.

BERTA. — Yo subí a Burgos. ¿Febrero? Cuando Londres nos reconocía.

OLMOS. — Es igual.

BERTA. — ¿Cómo igual? Ante ese reconocimiento, Azaña dimitió la presidencia.

OLMOS. — ¿Azaña? ¿Y qué pintaba Azaña? No era Negrín hombre que se alterase. La guerra, la gran guerra, para él inminente. Por eso, contra la rebelión de los militares, la semana de Madrid, echó al fuego las fuerzas de su propia guardia: los comunistas.

ALFONSO. — En todo de acuerdo. Y ni un solo momento dejo yo de pensar: las complicaciones internacionales. Los comunistas perdieron Madrid el 14 de marzo. El 15 fue la marcha de Hitler sobre Praga. Automáticamente, sin liquidar aún nuestra guerra, Gran Bretaña y Francia, ahí lo tienes: garantías a Polonia. Esas garantías, ¿impedirán que Alemania reivindique Dantzig? ¿Era lunático Negrín? ¡Era un vidente!

GABRIEL. — Eso, el tiempo lo dirá.

ALFONSO. — Finalizó la guerra, y aquella misma semana Italia ocupaba Albania. No es un augurio: veo el desequilibrio de la paz.

OLMOS. — Para Negrín, todo eso es la cebada al rabo. El último marzo de la guerra se iniciaban conversaciones con Burgos; ni en zona roja ni, bueno, lo supongo, en la nacional decían una palabra.

ALFONSO. — Sería fácil ahora reflexionar, explicárselo. Mi general no soltaba prenda; advertí algún indicio.

OLMOS. — Pues, sí. Se constituyó la Junta en Hacienda, ya ves, el ministerio de mi pan. Besteiro lanzó un manifiesto. ¡Cómo se retorcería Negrín, oyéndole! Y eso que, aquellas radios... Para escuchar la radio, los

ministros se reunían en casa de Prieto. Y si uno pretendía afinar, volumen, tono, la estación se les iba.

GABRIEL. — Negrín, ¿vino a Madrid?

OLMOS. — ¡Ca! Apremiaba, telefoneaba a Casado, le invitaba a su cuartel de Alicante, cerca de Alicante. Ponía a disposición del coronel, por dos veces lo puso, un *douglas* en Barajas. Insistía. No le dejaba en paz. Le instaba, o conminaba, según, a que se presentase en la posición *Yuste*.

GABRIEL. — Nombre imperial...

ALFONSO. — Pero de postrimerías.

OLMOS. — Casado temió la detención. Va a la cita, y le detienen. Argüía pretextos; su úlcera; rechazaba el avión, y el avión iba, volvía. Explotó al fin: — Señor presidente: me he sublevado.

GABRIEL. — Un cuadro de sainete; de la revolución de Pancho Villa...

OLMOS. — ¡Buen humor! Escucha. Casado entonces se dedicó a formar la Junta nacional de defensa. Empleaba *nacional*, término equívoco. Y consiguió lo increíble: la colaboración de Besteiro, admirado, querido.

ALFONSO. — No cometió sino un error: confiar en Burgos. A esas alturas, ¡Burgos! Fueron, y regresaron a Madrid, los representantes de la recién nacida Junta.

GABRIEL. — Nacional.

ALFONSO. — Con las manos vacías. No sacaron más concesión que la promesa de una generosidad cristiana.

OLMOS. — ¿Qué hubieras tú hecho? No era posible apelar al numantinismo. Sí Negrín. Pero, dimitido Azaña, Besteiro en rebelión, la dignidad, el estoicismo, la grandeza ética y personal de Besteiro, Negrín se quedaba sin ese último cuarto de hora que decide, en el agotamiento de los contendientes...

ALFONSO. — No. Burgos, muy sencillo. Burgos se negaba a parlamentar, con civiles, la rendición de las armas.

GABRIEL. — ¡Negarse a un Besteiro!

ALFONSO. — Allí había un militar, dechado de militares. Exigía la incondicionalidad. A cambio, su propio buen corazón.

GABRIEL. — Por de pronto, cortó el diálogo.

ALFONSO. — ¡Ah! Y dio orden de avance en los frentes todos. Unas operaciones de ocupación; banderas blancas, y el final. Los supervivientes de tres años al rececho de la ciudad inexpugnada, entraban, entrábamos, el 28 de marzo y paseábamos, atolondrados del triunfo, las calles de Madrid.

GABRIEL. — Encontraríais a un hombre; sólo un hombre: Besteiro, esa ejemplaridad. Sumarísimamente, ¡al paredón!

OLMOS. — Se le conmutó la pena.

GABRIEL. — ¡Cadena perpetua, para Besteiro! España sancionaba en Besteiro su derecho a la dignidad. Y estoy seguro, segurísimo: sentido del pecho, enfermo desahuciado, morirá muy pronto. Besteiro en la cárcel. ¡Muerto en cárcel!

ALFONSO. — Se alzaba un militar y empezaba la guerra. Se alzaba otro militar y la guerra concluía. Es verdad, Javier: observación muy fina. En el poder, un tuberculoso, Casares Quiroga, al comenzar la contienda; al acabarse, Besteiro: otro tuberculoso.

GABRIEL. — Confiados, uno y el otro.

OLMOS. — ¡No compares!

GABRIEL. — Confiados. Sí, negando aquél las armas al pueblo; ¿o lo olvidas, tú precisamente? Besteiro, ganoso de paz, contra el terror revolucionario. Buscando la muerte: Casares, en Guadarrama; Besteiro, con su negativa a la huida: anclados ambos al destino, como números de la tragedia.

ALFONSO. — Te exaltas; y lo confirmas: España, esa tragedia.

OLMOS. — Para que se consumase, el gobierno de la República, vencida el 17 de julio de 1936, dejaba el primero de abril de 1939 todos sus papeles, de inteligencia, de relaciones, en manos del vencedor.

GABRIEL. — ¡Redondo! Que la fatalidad se extienda y alcance al seguidor, el implicado, la muchedumbre: ¡el Coro!

TODOS

ALFONSO. — ¡Dolerme! Si digo me sorprendió, mentiría: dos años y medio cañoneando, bombardeando Madrid; la casa daba a la fachada poniente de Madrid: justo del río allá, y disparábamos.

CATALINA. — ¡Ni restos!

ALFONSO. — Me ocupé del general, sólo del general; no el Estado Mayor, ni los ayudantes. El general, que para mi ya era cosa distinta, quizá decisiva en mi camino. Habíamos hablado: la paz y qué podía hacerse. De ninguna manera la pasantía, ni con Galiano; tampoco espero que Galiano regrese, en mucho tiempo.

GABRIEL. — Donde cae una bomba no vuelve a caer otra bomba. España es hoy por hoy el único rincón de Europa sin amenaza de guerra. Liquidado. El primero de abril lo dijo Mussolini:

—Este atlas lo he tenido abierto por esa página casi tres años. Y sé que ahora he de abrirlo por esta otra página.

OLMOS. — Albania. Y tomó Albania.

GABRIEL. — Sin perder un minuto: el 6 de ese abril mismo.

ALFONSO. — Me quedaba con el general. Ilusionadamente. Busqué habitaciones: el Ritz, el Palace, cerrados. No había comida. Ni luz. La falta de calefacción, primavera adelante, ¡vaya!

AVELINA. — En abril quitan la calefacción. Lo malo es que habitábamos edificios rotos —no el nuestro, gracias a Dios—, y heladitos de tanto invierno, tres inviernos... Lo menos confortable.

ALFONSO. — No había un colchón, ¡en el Ritz!

OLMOS. — Es lo inconcebible.

ALFONSO. — Hallé irnos, de reserva, almacenados en los altos del Palace, hospital. Me prometieron encalar, ¡encalar!, dos alcobas antes de la noche. Pasábamos el día de ruina en ruina, y en la casa destinada a la división: para el mando.

OLMOS. — Sí, hombre, sí. Los que entraron la víspera, el 28 de marzo, se apropiaron de todo local presentable.

ALFONSO. — El general aceptó la invitación de un aristócrata, un chalet de los altos de Serrano. Se alojó en el hotelito de ese aristócrata, frecuentador del cuartel y amigo de todos en la plana.

BERTA. — Lo que has dicho de Mussolini... ¿Sabes? Yo presencié el paso de Pétain por las calles de Burgos cuando se le nombró embajador. Me dio pena. Burgos cerró puertas y ventanas al noble mariscal. Me acordaba del Cid. Aunque no hubiera en este otro caso orden superior.

GABRIEL. — ¿Tú crees? ¿Se hacía algo sin que viniera de arriba?

BERTA. — El mariscal merecía un respeto. Por eso le eligieron. Y se le estimaba. Pues, iba en medio de la guardia mora, solo.

GABRIEL. — Escolta del cristianísimo Jefe del Estado español...

BERTA. — ¡Chist! Las paredes oyen.

GABRIEL. — ¡Y a que salió una niña y abrió un postigo y le confió la pesadumbre de la ciudad, la niña lacrimosa! Ingenua Berta...

BERTA. — ¡Que no, que es el pueblo! Francia no nos puede ni ver. Esa actitud, un día se paga.

ALFONSO. — No me dejaréis que os lo cuente... Ayer mismo, ¡y qué otro Madrid! El vigilante de noche desconocía lo de nuestras habitaciones. Celebré que no estuviese el general: ¡entra con mil de a caballo! Y comenzamos a recorrer planta por planta. ¡Nada! Abríamos una habitación y a veces con inquilino: no descuidados, sino que las puertas no cerraban. Por lo demás, en muy apetecible compañía.

GABRIEL. — Militares.

AVELINA. — Y su última conquista. ¡Para eso hicimos la guerra!

ALFONSO. — En la primera habitación disponible, y que no era la prometida por la gerencia a media mañana, me encerré. Sin agua. Casualidad: el colchón, de estreno. Pensé que, puestos a limpiar habitaciones y a renovarlas, extendí en todo lo posible mi hallazgo de colchones del desván.

GABRIEL. — ¿Y dormiste?

ALFONSO. — Diez, doce horas. Desayuné de mi rancho frío. ¡A la calle! Tomé un agua caliente en un café. Y taxi: para mí que el único taxi de la

capital. Me llevó a la vieja casa: no existía ni el barrio, escombros todo. No pregunté. No hubieran entendido.

OLMOS. — Madrid empezaba pasado el puente, Segovia arriba.

ALFONSO. — Se me ocurrió ir al despacho. Rompí los precintos con que protegiera —siempre lo atribuí a Martínez Barrio— el protocolo, y que determinó mi traslado a una pensión aquel agosto del 36.

GABRIEL. — Te emocionaría.

ALFONSO. — Todo. Los estantes de libros, las cajas de cada pleito; dos mil pleitos, muchos de ellos trabajados o conocidos por mí. En los cajones, esos papeles que repasaba cuando llegasteis, esta tarde.

CATALINA. — El cuadrito de Eve lo guardé yo, en Alcándara.

ALFONSO. — El título que le dimos representa, me representa con precisión profética: *La soledad en armas*.

CATALINA. — Aunque, ¡muy bien!, jamás anduvo solo. ¡Solo!

ALFONSO. — No se trata de andar, estar, o de no estar solo. Sino de ser. Yo había hecho la guerra, solo. Ni los unos ni de los otros. No debo decir, luché. En el frente rojo, fui esta monomanía: pasarme. ¿Y por qué? A tu encuentro.

BERTA. — Eras lo que se llamaba «geográficamente rojo».

ALFONSO. — Y luego, azul. Ya en la España de los nacionales, otra idea fija: esperar el fin. Trabajé, no combatía. No pegué un tiro. Aguantaba decorosamente el que me lo pudieran dar.

GABRIEL. — ¡Bonita factura!

ALFONSO. — Las cuatro cosas recuperadas en el despacho, la cartera de papeles que no me llevé. Entre esos papeles, la agendita de aquel año. Me pongo a pasar lista en el cuadernillo de direcciones, y voy, ya os lo enseñé, marcando con una cruz a quienes, de ahora telefonar, no responderían.

AVELINA. — ¡Cuánto muerto, Señor!

ALFONSO. — En una casilla, la de mi inicial, he escrito: *Mora, Alfonso*; ese nombre. Tentado de pintar ya una cruz junto al nombre. Sólo que, mi crucecita, alguien, llegado el momento, la trazará con pulso no sé si menos firme, y yo le pediría; sin dolor.

ZITA. — ¡María santísima! Toco hierro. Pero ¿cómo se te vienen esos pensamientos? O sea, cuando todo pasó. Y tu vida hoy brillantísima...

ALFONSO. — Esa agenda, querría que con el cuadrito de *La soledad* bueno, ¿el cuadrito?, no me la apartaran de mi última tierra.

OLMOS. — ¡Oh! Hemos bebido mucho... Me acerqué esta mañana al ministerio. A la mano derecha, del ascensor al salón Carlos III, esplendoroso, está el despacho del ministro. Me recibía el señor ministro.

ALFONSO. — ¡Casualidad! Hace unos días nos ofreció un almuerzo en otro salón, arriba...

OLMOS. — ¿Goya? Goya, no: se encuentra deshecho.

ALFONSO. — Es grandioso, el viejo caserón ministerial.

AVELINA. — Éste lo conoce mejor que a nuestro propio cuarto. Aunque se esté media jornada en la Delegación provincial y por la tarde los Nuevos Ministerios. Es también de Obras Públicas.

OLMOS. — Mientras aguardaba la audiencia, formaban corro al fondo tres ujieres: uno, sentado, escuchándoles; los otros se quitaban la palabra, cada cual en sus recuerdos: la guerra. Vive en todos la guerra. Hablaron de las lápidas en las paredes: lo que habría que poner. Y de un almacén de muñecas, tomado al asalto: fue para uno de ellos la sorpresa de la campaña.

ZITA. — Sería en Ibi, Alicante...

GABRIEL. — O, vete a saber, una ciudad populosa, unos grandes almacenes.

OLMOS. — No les seguí. El ministro me esperaba.

ALFONSO. — Pues yo hablo mañana al general, a ver si nos instalamos. No te oculto mi impaciencia por el licenciamiento; aunque, a sus órdenes, tampoco me preocupa lo que digan, poco ni mucho.

BERTA. — ¡Tendrás de qué!

ALFONSO. — Es que uno se harta: el uniforme, la revista, el zarandeo de cualquier emergencia... Deseo el licenciamiento.

CATALINA. — El general es consejero de Porto Ares. Y una asesoría...

ALFONSO. — Porque el general no puede ser consejero. No sé cómo arreglarlo. Y aquí me tenéis noche tras noche sobre los textos legales, las sociedades anónimas y la responsabilidad de los consejos de administración.

OLMOS. — ¡Ah! Un idioma riquísimo.

ALFONSO. — Nunca mejor dicho. Y sí que tú lo entiendes. Mira: hablaremos con calma; aunque pronto. Yo no salgo de eso de *liquidez*. Liquidez, ¡caramba, liquidez! La primera vez que topé con la palabra, me dije; «Hacerse de un buen diccionario. Sobre la mesa, el diccionario...».

OLMOS. — ¡Pchs! Para nada. Es idioma de iniciados, y el camino único, seguirlo. No preguntar jamás. ¿Os lo pongo, bueno en lenguaje cuartelero?: El que pregunta se queda de cuadra.

GABRIEL. — Te lo traslado a sentencia siglos de oro: Del rey y del sol, cuanto más lejos mejor.

ALFONSO. — Muy fino, Gabriel. Y ¿qué os parece? ¿Queréis otra copa? ¡En la sala esa de fiesta!

CATALINA. — Es un fastidio que no vengáis. ¡Los niños! Pero estarán dormidísimos... ¿No?

ALFONSO. — ¡Oiga!: la nota. Os acompañamos al tranvía. Tenéis ahí mismo el 35. En Plaza Mayor, sí: a Sol y metro San Bernardo.

AVELINA. — Gracias: que somos de Madrid... O como si lo fuéramos. Y éste lo es: por sus dieciséis costados, Madrid. Concedo: el barrio... No había venido nunca, la verdad.

BERTA. — Me animo. ¿Sabéis por qué? Las cancioncillas del verano. Que se te pegan y me doy postín allá, entre las mías. ¡Ah, rejuvenecerse! ¡Adelante!

CATALINA. — Hoy con la radio llegan en seguida.

ALFONSO. — En la guerra saltaban de zona a zona y le hacían una higa al expediente: *Antonio Vargas Heredia...*

GABRIEL. — ¿Más lorquiano?

ALFONSO. — *En el café de Chinitas...*

GABRIEL. — Eso, letra del propio Federico. Los tientos del amanecer, el limonero, la pava y los *ceviles...*

ALFONSO. — ¿Y esto?:

*El que tenga un amor,
que lo cuide, que lo cuide;
la salú y la platita
que no la tire, que no la tire.*

Tres cosas. La sintonía, cuando nos echen del baile y todo se acabó.

AVELINA. — ¡Hija, para vosotros es el mundo!

ZITA. — Y que lo digas.

CATALINA. — ¿Vamos?

ALFONSO — GABRIEL — ZITA — CATALINA — BERTA

ALFONSO. — ¿Te diste cuenta? Como yo. Ha redoblado el nombre: Javier Olmos Pérez, y aquí, en la tarjeta, Francisco Javier de los Olmos y Pérez-Sanroma, Interventor de la Hacienda Pública.

GABRIEL. — ¡Rotundo! Éste sabe lo que se hace.

ZITA. — Lo supo siempre. Ya ves: de comunión diaria y en zona roja no le tocaron un pelo. Sí, le amparó Prieto; ahora ahí lo tienes, avalando.

GABRIEL. — Es que él es así. Y eso le honra. En Iberia se hinchó de salvar gente. Como el suegro: pesaba mucho don Urbano Bermejo en la ciudad.

ZITA. — Avelina mismo, pues ha donado una tierra que le dejó el padre, un campo cerca del río, para el equipo de fútbol. Pueden, y se portan. No tienen hiel.

CATALINA. — Javier es de pocas palabras. Se interesa, escucha. Se pone en hombre cabal.

ZITA. — ¡Avelina! Se queja Avelina, y tampoco hay derecho: es celosa, le trae por la calle de en medio; hasta que le ofusca, porque nada irrita más que la injusticia, y él la sacude. O sea, que se quita la correa, la mete en un cuartito, una despensilla, y le da. Entonces, la prima hecha un cristo se derrite... ¡Aberraciones!

BERTA. — Lo del cambio de nombres lo trajo la guerra. Antes, no prestábamos atención a esas cosas. Estornudabas, y te decían: «¡Jesús!».

CATALINA. — Un profesor muy listo, y derecha derecha, de Alcándara, estornudaba un alumno, y él, irónico: «¡Lenin!».

ALFONSO. — Satirizaba a la República. Aquí se tomó en serio. Una costumbre muy nuestra es el enredar con los rótulos de las calles.

Alfonso XII; viene la República, y calle de Alcalá Zamora; empieza la guerra y se cargan lo de Alcalá Zamora; pasa a llamarse de la Reforma Agraria.

BERTA. — Muchos nombres, sobrenombres, nacían de la gracia de Madrid, que es única.

ALFONSO. — ¡Anda! Lo de los santos. Tomo en la guerra un taxi:

—San Marcos, 32.

Y el taxista:

—Dirás, calle del compañero Marcos.

BERTA. — Eso. Pero que además, a la Gran Vía, embreada de bombardeos, van y le ponen: Avenida de los Obuses; o Avenida del Quince y medio.

GABRIEL. — Y nada correcto. Obús es el cañón, no la granada. Decir los Obuses vale por los Cañones, y lo que se quería señalar era no los cañones, sino los cañonazos.

ZITA. — Amor, ¡cuánto sabes! Y qué bien te expresas.

ALFONSO. — Lo de los cañones, inspiraba: a uno, perfecto, ruso, del doce cuarenta, le apodaron *La una menos veinte*. La Telefónica, acribillada de impactos, doscientos, trescientos cañonazos, pues, *El queso de Gruyère*.

CATALINA. — Y la gente, que se mudaba de camisa: Juan de Dios, Juan de Stalin. Hoy, lo mismo: Alonso, Alfonso; Javier, Francisco Javier.

ZITA. — En zona militar se decretó la prohibición de los nombres que no viniesen en el Año Cristiano.

BERTA. — Para las mujeres siempre hay remedio: María por delante. Por ejemplo: Córdoba, la Sierra; o Alcándara, la Montaña. Sencilísimo: las de Córdoba, Marías de la Sierra; Marías de la Montaña, en Alcándara. Y luego se las llamaba Sierra, Montaña..., como si tal.

ZITA. — Prieto, que era ministro de Hacienda y le hicieron dimitir pero pasándole a Obras Públicas, llamaba a Javier para cosas técnicas; lo quiso llevar a Obras Públicas y Javier lo agradeció. O sea, le dijo que sólo si se ganaba el puesto por oposición. ¿No os lo ha contado? Prieto mandó al subsecretario que convocase las oposiciones.

GABRIEL. — No le quito mérito. Ahora, en aquella convocatoria sólo faltaba que entre los requisitos pidiesen: estatura 1,75; gafas, tantas dioptrías; cabeza en pera, pelo poco; báscula, 110 kilos. Y que su inicial sea J.

ZITA. — Las sacaba, de todas todas. Es un fenómeno. Eso también le favorece; porque será católico, o sea, como la mayoría en España, pero nunca se metió en política: de ningún partido.

CATALINA. — ¿Eh? ¡Y cómo se combinan! Los dos son altos, gruesos los dos. Los catres, el catre de matrimonio, lo refuerzan. De cara ancha y morena, moreno claro ambos. Casan hasta en la vestimenta. Hoy...

ZITA. — Siempre. Un día, al salir de la oficina, que es cuando se da a la cerveza, con los compañeros, ¡pumba! una gitana:

—¿Por quién vas todo de marrón, mi arma? —como si fuera de luto.

CATALINA. — Marrón él. Avelina de verde. No me negaréis que lo justo, lo entonado. Porque, ¡mira que es difícil combinar el marrón!

ZITA. — Entre sus amigos tiene fama de chancero. Luego, en visita, ya lo habéis visto, de lo menos comunicativo. Le echa a la vida humor, una punta sentencioso. ¡Si es madrileño! Y canta muy bien. Una de las afinidades con Prieto es su erudición en zarzuelas.

GABRIEL. — ¿Os figurabais ese Prieto? Lo domina todo, ¡el género chico todo!

ALFONSO. — Las ideas, no les separan tanto las ideas. ¡Concho!, no es que Prieto sea católico; eso para mí no es ideas: eso es creencias. Y en eso, como aquel andaluz: «Ca uno es ca uno; ¡y hay ca uno!...». Digo los sentimientos de humanidad, de Prieto: que ni su peor enemigo te lo discute.

GABRIEL. — Pesimista, Prieto el 18 de julio vio perdida la guerra.

ALFONSO. — No hay en ello pesimismo: realista puro.

GABRIEL. — Es que no se cuidaba de ocultarlo. Muchos pensaban como él. A él se le permitía: hacía los imposibles para no dar la razón a su pesimismo y sacar adelante la República. En alguna ocasión he barruntado si a Javier lo tendría por testigo de su conciencia.

ZITA. — Javier es el apolítico. Creyente de fe y de obras: él, a su trabajo y al mimo de su madre, su mujer y los hijos: sus tres hijos. Prieto le dio en el acto la credencial para mi tío; aquella fatídica expedición de Extremadura. Miró el certificado y lo retuvo:

—Un momento... ¡Sellos! Ponerle sellos, muchos, todos los sellos.

ALFONSO. — Los sellos inmutaban al control.

BERTA. — ¡No sabían leer!

ALFONSO. — ¿Y cómo no sentirse pesimista?

ZITA. — Una tarde, Javier en el despacho de Prieto, llegó el director de *El Socialista*. Comentaron algo de última hora. ¡Ni noticia!, el director. Prieto, que le apreciaba —como que le hizo ministro; y fue también el secretario de la Defensa—, sonrió:

—Zuga: no ha comprado usted hoy los periódicos...

GABRIEL. — ¡El director de un periódico, y *El Socialista*, nada menos, se enteraba por los periódicos!

ZITA. — ¿Sabéis la verdadera vocación de Prieto? ¿No escandalizo? Esta vocación: obispo. Gordo, regalado, vanidoso.

GABRIEL. — ¡Buen concepto de los obispos! No. Pero plutócrata. O senador vitalicio... Y eso, lo han dicho.

ALFONSO. — Es un personaje raro: histriónico; a ratos, procaz. En el fondo, un escéptico.

BERTA. — El afán de Azaña era hacerle presidente del Gobierno. Lo intentó. Se le rebotaban los socialistas.

ZITA. — Vino Javier de Iberia, una de aquellas inspecciones para alejarle de Madrid y que vivieran mejor los suyos, y Prieto ordenó que le militarizaran. Se resistía Javier: confiaba en que su peso le eximiera del servicio.

ALFONSO. — En su zona valdrían de muy poco las eximentes.

GABRIEL. — Si caigo en Madrid... ¡Canastos! Hasta cinco veces conseguí yo la eximente.

ZITA. — Le militarizaban por Obras Públicas; como a los ferroviarios. Comentaba Javier su desamparo desde que Prieto abandonó y salió para Chile.

ALFONSO. — Como que ya no regresó Prieto. Iba de tribuna en tribuna, hablaba.

GABRIEL. — Más que hablar bien, es que era un parlamentario, un coloso de parlamentario.

ALFONSO. — Le cogió allá el final. Había dicho, en un rapto, con desilusión apasionada:

—Me tiene sin cuidado que los partidos se unan o no se unan; en cuanto se acabe la guerra, de cualquier modo que sea, si salvo el pellejo, doy por terminada mi vida política. En el primer barco que salga para el país de habla española más lejano, tomaré pasaje...

BERTA. — Premonición.

GABRIEL. — Cumplida. Hombres así, que son los que podrían salvar a un pueblo, no caben realmente en los partidos.

BERTA. — La mezquindad de los partidos. ¿Andando? ¡Qué gran rato me habéis hecho pasar!

CATALINA. — ¡Y los que vengan!... ¡Taxi!

LOS MISMOS

ALFONSO. — No era taxi.

CATALINA. — Ya estás con que necesito gafas...

GABRIEL. — Los ojos hermosos, Catalina, son para ser vistos.

CATALINA. — Al menos tú, eres galante.

ZITA. — Contigo.

BERTA. — ¡Alto ahí!

ZITA. — Con Berta.

BERTA. — ¡El tranvía! ¿Ya vuelve? Será otro.

CATALINA. — Sí, el 35: Mayor-Término. El mismo quizá. Canario. Los hay cangrejo y hay canarios. Éste es amarillo: canario. Y digo, el mismo porque de ese tipo no quedarán muchos.

ZITA. — ¡Si estoy como todavía viéndoles, Avelina y Javier en la jardinera, saladísimos, agitando la mano de la despedida! Hasta que se perdieron calle arriba, por el viaducto.

ALFONSO. — Mira si baja alguno, Gabriel. Yo atiende a esta otra.

GABRIEL. — ¡Taxi! ¡Taxi!

ALFONSO. — Suerte, vista...

GABRIEL. — Y al toro. ¿Eh? Que no se me despintó... ¿cómo lo llamáis?

CATALINA. — El chivato.

GABRIEL. — Esa pupila verde en la foscura; la noche, noche: apenas iluminada.

ZITA. — ¿Le habíais oído? ¡Cómo silba!... Gabriel: ¡que se te mete encima! Es un chiquillo.

GABRIEL. — Dé la vuelta. En éste no cabemos.

ALFONSO. — No lo habrá más cascajo en todo Madrid. De los de pescante; y afuera, el cajoncito de los sobresaltos: el taxímetro, sonoreando a cada paso la cuenta. Insoportable.

GABRIEL. — La isocronía, monótona, acaba por hacérsele inaudible al conductor. ¿Lo tomáis?

ALFONSO. — Vosotros. Tú con Diana. A plaza del Rey. Si es que no llegamos antes...

GABRIEL. — ¿En Price?

ALFONSO. — Puede que esté cerrado. Junto al Jacinto Ruiz. O si no funciona el circo, hay por bajo otro café.

BERTA. — Gabriel, ¡qué filigrana de silbo!

ALFONSO. — Sí, porque tiene el volumen campesino y no salvaje: modula al silbar.

BERTA. — El taxista ha debido de quedarse paralelo. ¡Vaya chavó!

ALFONSO. — Sentí no ir con ellos. No: por contarle a Gabriel historias de los irlandeses: aquel irlandés que al contacto de las armas se volvió chifla y se paseaba la guardia de prevención y principal silbando el himno de su patria. Irredenta.

BERTA. — ¡Alonso, Alonso: por el puente! Otro taxi.

CATALINA. — Estupendo. La separación cristalera, que es como vas a gusto, sin que te fisguen; y el agujerito en medio, para los avisos.

BERTA. — Me aflige todo este mundo, la calle, tan distinto; desierta, ¿ves?, en noche de bochorno.

CATALINA. — Mira los desmontes: de las Vistillas al viaducto, esos chiquillos en despliegue, inventándose ni más ni menos que la guerra.

ALFONSO. — Se les legó la miseria alegre. Y esa libertad.

BERTA. — Estamos. Pues, casi a un tiempo. Acaban de apearese; ahora mismo. Abierto. Tenemos abierto el cafetín.

ALFONSO. — Alguna mañana he pasado no por ese café, sino el del circo. Me he ido al mostrador. Un día, asomé a la pista donde el domador adiestra sus leones, y no me explico, la verdad, cómo un león no sale al pasillo y se planta en el café. Ni la menor seguridad en las horas sin público.

CATALINA. — Gabriel: silbas prodigiosamente.

ALFONSO. — Lo veníamos diciendo. Me recordabas a Lynch, un irlandés de Alcándara. Los irlandeses acudieron a las dos zonas; hacer la guerra; era eso. Y en ambas, tomaron una única lección, de quizá el mismo texto:

—¡Otro medio litro!

GABRIEL. — Aprendieron la instrucción en Alcándara seiscientos irlandeses de Eoin O’Duffy, general, jefe de su movimiento. Como hacia febrero, el año 37, marcharon al frente. Pues, claro que me acuerdo.

ALFONSO. — Viví con ellos. En el frente no dieron una. Atacaban a las propias fuerzas nacionales. Hubo que mandarlos a casa.

BERTA. — ¡Ya! Nos tocó. Llegaban que era un desastre: ¡aquellos uniformes alemanes de la gran guerra! Y tuvimos que ponerles de limpio para su devolución a Irlanda.

ALFONSO. — También los rojos encuadraban, o pretendieron encuadrar, a otros irlandeses, aventureros como los de Alcándara. Aquellos se alistaron en Albacete. Unos y otros competían sin acuerdo previo en dos ejercicios: ver quién más, de borrachada, y cómo la dormían en los calabozos. Los soportamos allí, aquí, seis meses.

GABRIEL. — Me trae eso a pensar en la tercera España: no imperativamente roja ni azul.

ALFONSO. — ¡Surgirían dos terceras Españas!

GABRIEL. — ¿Acaso no tantean una los anarquistas?

BERTA. — Los falangistas. El descontento —amamos a España porque no nos gusta—, el desengaño, los replegados por igual sobre sí mismos.

ALFONSO. — Ambos alzaban bandera de fe, Iglesia a un lado, el otro lado humanismo, y manifestaban su menosprecio de la política: manos sucias. Los libertarios nacieron de ese descontento, en Córdoba, hacia el año 72. Ni derecha ni izquierda.

GABRIEL. — Foxá, ¿cómo decía? En aquella Salamanca de la unificación, Agustín de Foxá, ante el tan estirado nombre, recitaba: *Falange Española Tradicionalista y de las Jons compañía internacional de coches camas de los grandes expresos europeos...*

BERTA. — Cuando las últimas elecciones, celebradas, ¡qué cosas!, el domingo gordo, 16 de febrero, carnaval, Falange se quedó sin ni siquiera un puesto en las alianzas nacionales.

GABRIEL. — Cádiz, donde tampoco hubo candidatura José Antonio, los anarquistas, pagados por la derecha, hacían campaña antielectoral y se abstenían.

ALFONSO. — Es como un *fatum*. Lo evocábamos en casa: bajo una misma estrella, el 20 de noviembre de 1936 morían José Antonio y Durruti, a tiros.

ZITA. — ¡Ah! Yo he visto los periódicos de aquellos días. Los guarda Javier. Madrid daba con letras enormes la noticia: «Sentencia cumplida. José

Antonio Primo de Rivera, fusilado en Alicante». Y cómo llevaron a Durruti del quirófano del Ritz al cuartel general de su columna en Miguel Angel.

ALFONSO. — Era su hombre representativo. Le abatieron la víspera, en la Universitaria; nunca se supo si por nosotros, si fue casual, si alguno de los suyos.

GABRIEL. — Falangistas y anarquistas, es lo que yo dije, lloraban ese día a dos hombres, uno de cada lado, personificadores de su mística en la idea, en la acción: los dos, héroes de su tiempo.

BERTA. — Los anarquistas no participaron en el fusilamiento de José Antonio. Sentían por la Falange y el jefe de Falange una atracción íntima. No conocieron la sentencia hasta que José Antonio ya había muerto. Y entonces firmó el Gobierno, ¡miserables!, el enterado: ¡miserables y mil veces miserables!

ALFONSO. — Comunistas, socialistas, republicanos malmiraban a la *Ceneté*.

GABRIEL. — ¿Y cómo estar seguros de la *Ceneté*?

ALFONSO. — En Barcelona, el 18 de julio, asaltaron los depósitos de armas, que les negaba Companys; combatieron. Contagiaban de su entusiasmo y su ejemplo a camaradas y a enemigos: redujeron a los militares. Indiferentes en Madrid, seguían temas la huelga de la construcción.

BERTA. — ¿Y Zaragoza? Una *Ceneté* potentísima permitía el triunfo sin lucha a un viejo republicano, el general Cabanellas, ganado por el compañerismo o la oficialidad para el alzamiento.

GABRIEL. — ¡Zaragoza! Lo que no hemos tenido es mujeres del heroísmo; así como una Agustina de Aragón.

BERTA. — Mártires, ¡dímelo a mí!

GABRIEL. — No heroínas. La única, Anita López, que alentó en Mérida la resistencia, y era anarquista. Me apenó muchísimo su fusilamiento.

BERTA. — La Asociación de mujeres libres, su propósito, sólo el propósito, valdría por la sección femenina de la *Ceneté*. Para los milicianos, fue desastroso el hacerlas combatientes.

GABRIEL. — Hay semejanza de estilo entre confederales y Falange; un telón de sangre y de fuego nos separaba.

BERTA. — Usábamos de un idioma de familia: camaradas.

ALFONSO. — Compañeros, según Olmos.

BERTA. — Banderas y centurias; los colores, rojo y negro; los caídos, la exaltación del sindicato, el apartamiento de los políticos, la independencia, la

austeridad. Un enemigo mismo nos unía; medio año más sin guerra, y quién sabe si ya no hubiere habido guerra, porque la impidiéramos con toda la tremenda fuerza de una fusión.

CATALINA. — Os lo impedía un abismo: la fe.

BERTA. — La fe, no: la Iglesia. Nos vinculaba más, y era más honda, la simpatía que las diferencias. Falange: «*Café, Camaradas-Arriba...*» etc.

ALFONSO. — A los cenetistas les manipularon hasta la sigla, malévolamente, en su propia zona: «*C. N. T., Carcas-No-Temáis*».

BERTA. — Abrimos los brazos en la nacional. Y los abrió el cenetista en zona roja.

ALFONSO. — ¡Dímelo a mí!

CATALINA. — Lo tuyo es aparte.

BERTA. — Fue una descomunal crecida. Los habría en busca del carnet, y aun para encubrir una filiación anterior que les amenazaba. Llegados a nosotros, y quizá también aquí, entre los cenetistas, actuaron fielmente, como camaradas. ¿Sabes qué nos diferenció? Nuestro sometimiento militar.

ALFONSO. — Y por eso se ganó la guerra. Los anarquistas lucharon del principio al fin contra comunistas y republicanos; aquello era una guerra dentro de la guerra, una interior brutal sangría. Hasta el último instante.

GABRIEL. — Y por eso perdieron la guerra.

LOS MISMOS

ZITA. — Veníamos hablando de los irlandeses.

ALFONSO. — ¡Inefables! Principiaron a poblar los calabozos: detenidos unos, otros de visita a los detenidos. Amistaban rápidamente, sin más idioma que estas palabras al cantinero:

—Felippe —reduplicando la pe, las erres—, ¡otro medio litro!

Bebían vino como en su verde Erín la cerveza. Y acababan en la prevención.

BERTA. — Vestían un mamarracho de uniformes: verdosos de tabardo, áspero el pelo, envolventes.

ALFONSO. — A la vista de las armas, uno de los irlandeses se trastornó. Pacífico, sonreía, paseaba corredor arriba, corredor abajo, virtuoso del chiflido, pero de sólo esta pieza: el himno de su país.

CATALINA. — O'Neill, o Lynch; lo has dicho.

ALFONSO. — Le preguntabas a un recién detenido y te decía que estaba allí por haberle hinchado un ojo al capitán. A todo esto, por señas. Dormían sus medios litros, hasta que aparecía el capitán del ojo moratado y le sacaba del calabozo: «¡Cosas del vino!».

GABRIEL. — Aquí, le fusilan.

ALFONSO. — ¡Hombre! Pues, ellos, concluían de ese modo procedimiento y reclusión. Me robaron la pluma estilográfica. Un irlandés alto y amable me la pidió una noche para un escrito de urgencia; por la mañana había desaparecido. Indagaba yo, y no sabía su nombre, entre los nuevos detenidos y visitantes de los detenidos. Porque aquello era la noria de Irlanda. Irrumpió una tarde: había estado en el hospital.

ZITA. — ¡Infeliz! O sea, te traía la estilográfica.

ALFONSO. — ¡No! Que se la robaron. Frecuentaba la guardia el capellán de la bandera: un capitán grueso rosita, buenazo, que se interesaba, cristianísimo, por nuestras causas. Le atraía singularmente el caso del niño que fusilara a un tren. ¡Fusilar al tren! Le divertía hasta la carcajada.

ZITA. — ¿Y seguía detenido aquel niño?

BERTA. — Protegido. Retrasándole su incorporación a filas.

ALFONSO. — Al capellán se le condecoró; le impusieron la medalla al mérito militar. Sí, caídos todos los oficiales, le siguieron a una en el asalto; crucifijo en mano, a la muerte. Y no murió. Coronada la posición, se detuvo, miró atrás: solo, quedaba él solo, erguido en un campo de sangre.

BERTA. — ¡Inaudito!

GABRIEL. — Como lo del cura de Trujillo. Le conoces: el párroco de San Martín.

ALFONSO. — ¡Quién no! Le conozco. Medalla militar. Rabiosamente católicos, muchos de los irlandeses hicieron la guerra del 14. Les tocaba ahora luchar junto a sus enemigos de la gran guerra.

BERTA. — Por de pronto, iban de uniforme alemán. ¡Bueno: hechos un asco!

ALFONSO. — Alguno me contó que, niño, le ponían a dormir sobre una bomba; las bombas de la rebelión, ocultas bajo los almohadones, burladores, ¡a costa de qué riesgo!, del registro de la soldadesca impía: los ingleses.

GABRIEL. — Un terrorismo sin salida. Porque lo nutren las raíces esenciales del ser: nacionalismo y religión.

ZITA. — ¿Se alojaban en el cuartel?

ALFONSO. — No. No sé dónde.

BERTA. — ¡Claro que sí! Allí los instruían. Y juraron bandera.

ALFONSO. — Es verdad. Desde las ventanas que dan al patio, al otro lado de los calabozos, presencié la revista: el general Oso ruso, como llamaban a Saliquet, y Franco; representativos de las dos generaciones del Ejército.

BERTA. — Franco tendría, pues 44, ¡43 años!

ALFONSO. — Jovencísimo. A dos pasos de mí, en su capote, de forros creo yo que de piel blanca, y la gorrilla legionaria. El Oso, barrigón avante, polainas y el dormán azul recamado que tanto viera en el armario de mi padre.

BERTA. — Salían por la ciudad, los irlandeses, a la hora del paseo. También a otras horas, formados, a la sección femenina por asunto de indumentaria. Incapaces, ni de pegar un botón. ¡Un desastre!

ALFONSO. — No sabían coser porque les era inútil. Tomaban casi todos perdidos de vino, rotos los uniformes, entre cánticos y jolgorio... Sí: en los pabellones de atrás. Es que yo no gustaba de retroceder, de pasar el patio. El día de la marcha al frente, les mirábamos con pena, como si algo nuestro se fuera con ellos. Agolpados a la entrada, la boca del pasillo, seguimos el desfile del patio al jardín, por el cuerpo de guardia, los camiones cargados de irlandeses. En uno de esos camiones se empinaba el loco. Nos saludó al pasar, agitando un fusil de madera.

GABRIEL. — No habían querido quitarle su ilusión...

ALFONSO. — Fuimos recibiendo noticias. Componían las 15.^a o la 16.^a bandera de la Legión. Una unidad heterodoxa, a la que llamaban *La bandera católica*. Su primer destino, Torrijos; y apenas en Torrijos, un encuentro con fuerzas nacionales. Mediaba febrero y, ¡zas!, al atardecer, de manos a boca un batallón de nacionales. ¿Fuerzas amigas? Lo eran: canarios de Tenerife. Se adelantó un oficial irlandés y chapurreó:

—¡Bandera católica de O’Duffy!

Los canarios, que oyeran aquel idioma de acento de brigada internacional, respondieron a tiros. Fue su bautismo: dos docenas de bajas, sin enemigo a la vista.

GABRIEL. — Responsables, el batallón canario.

ALFONSO. — Acamparon en Ciempozuelos. Se les llevó al río Jarama, y sobre la carretera de Valencia, en marzo, atacaron enconadamente a otra bandera de las nuestras. No tenían remedio.

GABRIEL. — Ni culpa.

ALFONSO. — Pero les pasaba sólo a su bandera. ¡Ciempozuelos! Y yo, acordándome del irlandés músico, perito en chiflas, entre los locos de Ciempozuelos.

BERTA. — Eran todos igual. Nos tocó ponerles de limpio, ¡ya para Irlanda!

GABRIEL. — Un amigo que anduvo con ellos —amigo ¿amigo?, un compañero de Jesús; médico— nos dijo que se afeitaban escrupulosamente. Y que no dejaron de cogerla un solo día. Otro, que venía del frente, un legionario extrañísimo, lampiño y bravo, ésta lo recordará, contaba cómo ya en marzo les sacudieron a manta. De tres combates, dos los riñeron contra los nacionales. Los cruces de camino, la noche, les desorientaban; se ponían a pegar tiros desde la segunda línea a las avanzadillas propias.

BERTA. — ¿Y es verdad que cantaban en gregoriano?

GABRIEL. — ¡Ah! Que éstos no lo saben. No cesaba la batalla, y ¡alto ahí!; el jueves santo formaron con algún que otro requeté, las velas encendidas, de rodillas, espaldas al frente, el Santísimo en procesión...

ALFONSO. — ¡Lo que les faltaba, la compañía de los requetés! Le preguntaron a Baroja: ¿el animal más peligroso?:

—Un requeté recién confesado y comulgado.

GABRIEL. — ¡Baroja! A Baroja le pinchaban:

—Don Pío: que *El Pensamiento Navarro* se mete con usted.

—¿Pensamiento y navarro? Imposible.

ALFONSO. — Era socarrón. Le trajeron a Salamanca, a eso de la Academia, y Jordana, que es quien les tomaba juramento, gentil, en voz baja:

—¿Jura o promete?

—¿Yo? Lo que se lleve.

BERTA. — Debió de ser abril, quizá mayo, la despedida de los irlandeses. Regresaban a su patria, y por eso los conducían, formados, a que les aliviáramos de aspecto: el despojo de aquellos tabardos; las camisas claras, vivas, que se les dio. Y en paz. Uno me confió su desencanto: venía a decir que el frente era insufrible. No por los tiros; los castigos idiotas que se les imponían.

ALFONSO. — ¿Idiotas?

BERTA. — Pues, abrir una trinchera y volver a rellenarla de su misma tierra.

GABRIEL. — ¡Qué estupidez! ¡Ofende!

ALFONSO. — Víspera de la partida, un irlandés a quien nunca había yo visto, vino a mí: ¡la pluma!

ZITA. — ¿La estilográfica que te robaron?

ALFONSO. — El que se la apropiara —no podría ya decir, robara— le dio ese encargo. Se lo dio al morir. «Este recuerdo, para un detenido en la guardia de prevención, de Alcándara», cuyo nombre no conocía.

GABRIEL. — ¡Curioso! Es admirable. Los dos, admirables: el del encargo y el que te buscó y te lo hizo llegar.

ALFONSO. — Por mis señas, y el conocimiento que mis compañeros tenían del asunto. Lo pensé de penitencia: la confesión *in articulo mortis*.

GABRIEL. — ¡Ahora caigo!: aquel fenómeno de capellán.

ALFONSO. — ¡Si eran almas niñas! Ni aun siquiera la guerra les corrompió.

LOS MISMOS — LUEGO, CATALINA Y BERTA

ALFONSO. — ¿Nos acercamos a la Sala? Ahí enfrente. El general me prometió los pases: que me dirija al portero. Si los tiene, bien; si no, ya hemos hablado, ¡caramba!: a casa y a dormir: ¿De acuerdo?

GABRIEL. — Voy contigo.

ZITA. — Os acompaño. ¿No parecerá..., que se queden solas?

ALFONSO. — ¿Berta? ¡Es una alta jerarquía!

ZITA. — Volvemos. Y así, habláis...

CATALINA. — ¡Hablar! ¿Se hace otra cosa?

BERTA. — ¡Déjales! Te decía que no es comparable. No trato de personas: Enrique puede, no es que lo sea, pero podría ser un santo. Lo que yo, tú no lo has padecido por tu hermano cartujo; ni por el anarquista; feliz él; tuvo la mejor muerte; murió por sus ideales y no se vio tentado o forzado a intervenir, ni aun presenciar, la catástrofe. Enrique...

CATALINA. — Sabes que vive.

BERTA. — Me lo da el corazón. Y no me voy de Madrid sin localizar a Enrique. Cuando os canse, me echáis. Yo me llevo conmigo a Enrique.

CATALINA. — ¿Es Enrique vasco?

BERTA. — No. La vasca soy yo: la única de la familia; nací en San Sebastián. Un vasquismo relativo; mi sangre anda muy revuelta. Nada de raza pura, ni vizkaitarra. Ahora: siento los problemas del alma vasca.

CATALINA. — En la guerra murió algún que otro vasco sacerdote. Alguno, a manos de los nacionales.

BERTA. — Ésa es la paradoja; ese drama. La Iglesia estaba contra la República. Y no digo la República estaba contra la Iglesia, porque la Iglesia

traía esa posición desde antes de que existiera la República; siglos antes. Luego, claro está, la Constitución le despojaba; un expolio no ya de bienes: de prerrogativas. ¡Perdía la púrpura!

CATALINA. — En los pueblos, es cosa más de la mujer; los pueblos, tú eres testigo, La Mota, Alcándara, ni iban a misa.

BERTA. — La Virgen, la Madre, la mariolatría, el matriarcado asumen el país vasco. El cura se sabe cerca del pueblo; no sólo de las clases privilegiadas, como en Castilla o como Andalucía.

CATALINA. — El obispo de Salamanca cedió su palacio; llamó Cruzada al movimiento. Los sermones acababan con vítores, ¿cuándo se vio eso?: vivas a España, a los generales. Era la guerra santa.

BERTA. — No lo entendía el católico extranjero. El propio Papa, el anterior, se dolió públicamente del fusilamiento de religiosos por los nuestros. Un periódico de Navarra publicó a toda plana: «Si el Papa quiere condenarse, allá él; nosotros, no».

CATALINA. — Ha habido su tanto de fanatismo en la guerra.

BERTA. — Yo en Salamanca he visto a un capuchino de camisa azul, correa y pistola. Sí, la Iglesia beligerante. Los mismos capellanes, muchos de los capellanes, fueron voluntarios. Las prédicas tomaban a veces un tinte guerrero.

CATALINA. — Alonso me contó cómo los tercios de requetés, los que formara su general, guiaban con la cruz al frente las columnas.

BERTA. — No la cruz, ¡Cristo!: un crucificado arriba, sobre la cruz altísima. Y en cabeza, de abanderado.

CATALINA. — ¡Bien que nos dimos de bordar detentes! No habría soldado sin su cadenita y la Virgen o Cristo al pecho.

BERTA. — Para los falangistas, el ideal, que se ha hecho frase, es *mitad soldado, mitad monje*; la mujer, una mezcla de la reina Católica y Santa Teresa.

CATALINA. — Se impetraba a diario la protección de María a las tropas y se oraba por la toma de Madrid; los obispos, brazo en alto...

BERTA. — ¡Con una timidez! Encogido el brazo... Es de pena. ¡Ah!, y cantaban el *Cara al sol*.

CATALINA. — Había curas peleones. No te sales de la tierra, ¡para mí eres extremeña, toda tu vida allí!, y uno, lo citaban Gabriel o Alonso, fue medalla militar. Un párroco de Trujillo. En Badajoz, al de Zafra lo tenían por energúmeno los propios combatientes.

BERTA. — Es que la persecución radicaliza al hombre. El ir o no ir a misa, tú lo sabes, suponía un acto de consecuencias políticas. Deriva al chiste; aquel alcalde que telegrafía a Gobernación: «Proclamada República, ¿qué hacemos con el cura?».

CATALINA. — Alonso: le gustaría oímos. Porque entró en un pueblo, de operaciones, y los buenos, como para defensa del pueblo, decían:

—Aquí se han portado muy bien. No han matado más que al cura.

BERTA. — La propaganda del movimiento la ha dirigido y acaso aún la dirija un canónigo, sí, ya es canónigo, de Pamplona; muy elocuente. La España nacional era una Iglesia en armas. Cuando la Reconquista, en el Santo Reino, la tierra de Gabriel, los obispos oficiaban armados.

CATALINA. — Sólo que obispos y moros hoy, bajo la misma bandera.

BERTA. — ¡Hija! Te quedas sola y me sabes a Gabriel.

CATALINA. — No lo niego. Me inflama Gabriel. Poeta. ¿No se dice que a los pueblos únicamente los mueven los poetas?

BERTA. — Hubo sacerdotes vascos perseguidos por nosotros, eso es verdad. Y ejecuciones: como cuatrocientos, entre curas y frailes y de la Compañía de Jesús. Pacelli, que desempeñaba la Secretaría de Estado, recibió a los vascos de pie, secamente: no aceptaba la protesta. Para él, ese clero no era la Iglesia. Y ya Papa, el día de la Victoria felicitó a Franco.

CATALINA. — ¡Formidable! De manera que el creyente y el infiel, a una, machacaban a los curas vascos.

BERTA. — Me duele reconocerlo. Es así. Un vicario fue obligado a escribir mil veces *¡Viva España!* por los seguidores de Mola en Oyarzun.

CATALINA. — ¿No te sabe a cosa de monjas? Colegio de monjas. Y lo que veo es que la fuerza unía a España con la Iglesia de Roma contra la Iglesia y el pueblo vascongados.

BERTA. — Los que intentaban la comprensión, perecían. El párroco de Amorabieta se pasó para una propuesta conciliadora: le fusilaron.

CATALINA. — Ya cargarían el muerto a los rojos.

BERTA. — Fusilamos frailes, sí. Alguno, de Extremadura: el padre Revilla, que fue ajusticiado en Salamanca, o en Burgos. También de Trujillo y franciscano, o capuchino; Gabriel le conocía.

CATALINA. — ¡Y yo! Capuchino. Muy barbudo. No, no pierdo los estribos; sé que no monta nada si miramos los asesinatos rojos. Pero en ésto no debe contar, no sólo debe contar, el saldo. ¿Cómo, ¡nosotros!, podíamos fusilar frailes?

BERTA. — Pues ese problema complica el verdadero problema: el foralismo. Cierto que Vasconia se cree diferente, superior; raza. Guardando las formas, allí son *maketos* el resto de los españoles: los que emigraban con su *maketo*, macuto, a pedirles trabajo.

CATALINA. — El ahogo de los fueros a punta de bayoneta, es un error.

BERTA. — ¡Ah! En cuanto que haya un gobierno débil, tendrás a los vascos, y los catalanes, y hasta los gallegos reclamando su estatuto. Ese gobierno se achica, y se desgaja España. Los pueblos poderosos, Estados Unidos, o ricos, Suiza, han ido de la federación a la unidad. No lo contrario; no de la unidad a la federación, como aquí se pretendería.

CATALINA. — El estatuto vasco lo aprobó la República.

BERTA. — La guerra. Un Congreso cuyas cuatro quintas partes no se hallaban en el hemiciclo, asesinados o presos o huidos, o en alguna que otra misión, los señores diputados. Por eso, por ese Estatuto, los vascos estuvieron con la República y no con los carlistas, las guerras del siglo XIX.

CATALINA. — Cataluña se manifestó sin ambages. *L'Estat Català*, en Francia, nos advertía César, aguardaba la entrada en Madrid para negociar una Cataluña autónoma, a cambio de ella reconocer el gobierno de los militares. Cataluña se consideraba vencedora del 18 de julio por sí misma. Luego..., ¡a lavarse las manos con respecto a España!

BERTA. — Cataluña se aprovechó del golpe y de la guerra para negar el Estado. Companys, y lo confieso, le tengo simpatía, se firmaba presidente, no de la Generalidad: de *Catalunya*. Y al final, ves que no combatieron. La primera República sirvió en bandeja los cantonalismos.

CATALINA. — Puerilmente. Es de risa.

BERTA. — Hoy. ¿Y entonces? Cartagena marchaba sobre Madrid; llegó a las puertas de Chinchilla. Movilizó Granada sus milicias contra Jaén. Pueblos de nada se proclamaron independientes; o declaraban la guerra a su capitales de provincia.

CATALINA. — En la segunda República, sí, catalanes, vascos, gallegos, a vueltas con sus estatutos. El de Galicia, no le daría tiempo a cuajar; lo habrían promulgado. Burgos elaboraba un estatuto de Castilla.

BERTA. — ¡Pásmate! Castilla, separatista...

CATALINA. — Huelva acordó su agregación a Extremadura: una Extremadura autónoma.

BERTA. — Huelva es el puerto de Extremadura. Y Extremadura no será región mientras se hable de *las* Extremaduras. Hay la Alta y hay la Baja

Extremadura: Cáceres, Badajoz. Extremadura una, no existe. Existe Cáceres y existe Badajoz, siempre encontradas. Extremadura, que es un cortijo más y dos Bélgicas, necesita cuatro provincias.

CATALINA. — La de Plasencia, los pueblos del Norte, clarísimo.

BERTA. — Cuatro se agrupan; dos, chocan y se enfrentan.

CATALINA. — Pero ¿quién sueña ahora con Estados bajo este nombre: Extremadura?

BERTA. — En la guerra, el cantonalismo tocó techo, y era la España nacional, en Extremadura: el gobernador militar de Badajoz se declaró independiente de la capitanía de Sevilla. Queipo quiso fusilarle. Se peleaban por sus diferencias sobre las atribuciones del gobierno civil. Le salvó Franco. No se movió de Badajoz; no se le removió de gobernador.

CATALINA. — ¿Ves? ¡Qué cosas!

ALFONSO — BERTA — CATALINA — ZITA — GABRIEL

ALFONSO. — Sala provisional. Provisional todo: habilitados, estampillados. ¡Teniente provisional!

BERTA. — Son las once y cuarto.

CATALINA. — Está echada la puerta.

ALFONSO. — Empujo.

CATALINA. — Parece un vestíbulo de cine, o teatro.

ALFONSO. — Por eso me adelanté. He preguntado al portero: ése de ahí, vestido de mariscal zarista. Es el de la oficina, provisional, Petróleos Porto Ares. Ni la menor noticia, pero le agrada ser él, ordenanza, de quien dependa el que pasemos.

ZITA. — Somos cinco.

GABRIEL. — Provisionalmente.

CATALINA. — ¡Qué oigo! ¿La cigüeña a la vista?

ZITA. — ¡Oh! No hagas caso. Lo han cogido con eso de la provisionalidad.

ALFONSO. — Petróleos Porto Ares, marca provisional. El ordenanza, aquí portero, de vocación fisonomista, me ha reconocido. ¡Pchs!, de alguna mañana por allí.

BERTA. — La pista es magnífica.

ALFONSO. — Probaremos. Tengo ganas de bailarte.

CATALINA. — ¿Esta mesa?

ALFONSO. — Y la otra. Que junten dos. Desde aquí es un soberbio anfiteatro; al fondo, la orquesta y el tablado de las atracciones. El escenario, las plateas para invitados... ¡Toma: el general! Nos pudimos dar pie con pie.

ZITA. — Es como de la Marina, o sea, de uniforme blanco.

ALFONSO. — Y esos que le acompañan... Me habló de unos alemanes.

ZITA. — Mira, las conocen; les besan la mano.

ALFONSO. — Me acerco. Dos minutos.

BERTA. — Está mirándonos.

CATALINA. — ¿Qué hacemos así? ¿Nos sentamos? Yo, me siento.

ZITA. — Pues, figúrate lo que le pareceremos. ¡En un sitio como éste!

GABRIEL. — Tengo la impresión de que lo estrenamos. O casi.

CATALINA. — Ea. Aquí.

BERTA. — El general se va con sus alemanes. Me giba, pero es el más elegante.

ZITA. — ¿Verdad?

ALFONSO. — Vamos a ver. Ya estoy de vuelta. ¿No os atienden?

CATALINA. — Te contemplábamos.

ALFONSO. — ¡Qué ilusión!

ZITA. — ¡Vaya tío pomposo!

ALFONSO. — Viene el *maître* en persona.

ZITA. — ¡Chico! Y a mandar.

ALFONSO. — Acerquen esa mesita. Gracias... ¡Ah! Que esta botella, del general; personalismo; champaña francés.

BERTA. — ¡Deja! Yo en estos casos apago, me desentiendo. Mis preocupaciones exigen la intimidad. Puedo estar entre la muchedumbre, y lo sólo que me llega es una voz de confianza. O lo sólo que doy: por ejemplo, a ti, decirte mis propósitos. Mi dolor:

CATALINA. — Enrique.

BERTA. — Enrique. El tuyo, Alonso.

CATALINA. — Mi padre: ¡ya dos años! Alonso, por las infidelidades de Alonso; cosa que desde luego conoces. Y que únicamente por ti me encuentro en este local.

BERTA. — ¿Sabes? Mi sueño se llama cementerio de los ingleses, aquel rincón romántico del Urgull, yo niña correteando y empinándome para los días claros alcanzar al detalle la marina, varada en San Juan, Pasajes de San Juan, Pasajes de San Pedro...

CATALINA. — Tienes un ideal: ese ideal, mitad la Católica, mitad Santa Teresa, de las muchachas.

BERTA. — Mi dolor es mío, has adivinado; para ellas, la alegría toda. Es la mocedad que él se propuso. Y te digo: por eso, tampoco me incomoda el hallarme aquí, o allí...

ZITA. — Parejas hay; lo que pasa es que nadie se decide: no resbale la pista.

GABRIEL. — Pues, son bailes muy nuestros: vals, tango, pasodoble, fox. En la platea, la derecha del escenario; debe de ser un importante.

ALFONSO. — La distancia, y esta luz, tan discreta... ¿Oso ruso, quizá?

BERTA. — Le rondaba a la Gámez.

ALFONSO. — Pero, ésa no es la Celia.

BERTA. — ¿Estrellita Castro?

ALFONSO. — Puede... El día menos pensado se nos casa el general.

ZITA. — Tiene años.

ALFONSO. — Para general, muy joven. Por los 45.

ZITA. — Ésos, ya no los cumple.

ALFONSO. — No. 45, en Brunete. La otra noche, porque al final se fue al Palace, harto de su marqués, le vi en el bar con una muchacha así garabatososa. Me han dicho que la conoció en un viaje al Norte. Esto es para sólo Gabriel... ¿Gabriel?

ZITA. — En cuanto os juntáis, los hombres, o sea, no hablan más que de obscenidades.

ALFONSO. — ¡Eh! Y que iban de toros. Coincidieron en la fonda. No había más que un baño por planta. Una plaza de tercera.

GABRIEL. — Esas plazas para el suicidio de los grandes: Gallito, la cogida de Talavera; en Manzanares, Sánchez Mejías...

ALFONSO. — Fue al cuarto de baño, el general. Ocupado. Volvió. Y al rato, otra vez al baño. Ocupado. Sonaba el agua.

BERTA. — ¿Qué baño? ¿De qué hablan éstos?

ZITA. — ¡Oh! Ni los escuches. Porquerías.

ALFONSO. — De nuevo el general se retiró y aguantaba medio vistiéndose, medio impacientándose. De repente: me quedo en la habitación, se me cuela allí otro y esto es la fiesta doble de guardar. Y se instaló a la puerta del aseo, a pasitos, sin alejarse de su centinela. Inadmisibile. Enojado, golpeó de nudillos y una cierta viveza. ¿Habría sucedido algo, ahí dentro?

GABRIEL. — ¡Claro, claro!

ALFONSO. — Y venga de pasear:

—Esta puerta, la echo abajo.

Que sí, que no, que cuento y a las diez... Una, dos, ¡cinco! Solemne, llenando el vano, en su bata rameada de blanco y fastuosísima, fruncida la boca, de sonrisa leve, pero ¡qué señora! El general, atónito, reaccionó. A lo bravo. La dejó paso, y:

—Esa agua, ¡me la bebo yo!

GABRIEL. — Flamenco. ¡Si lo da la tierra! Más, más Andalucía que la de Jaén. ¡Cádiz!, y punto.

ALFONSO. — Soltó la muchacha el trapo. Y se les vio por la tarde en una barrera, juntos. Estoy en que es la misma del bar, y no quiso él entonces delatarse. Ni yo enterarme. Dos como ésa, no hay.

BERTA. — Alonso, Alonso... Éste, me lo debes.

ALFONSO. — Pago. Dame tu brazo, Berta, lucero de mi mocedad.

CATALINA. — ¡Es un cursi!

ZITA. — ¡Anda! Pues han llenado la pista.

GABRIEL. — Me puede el tango. Como Alonso. Es lo nuestro. Aunque sea Alonso más joven. Tiene... Los acaba de cumplir, 29 años; yo, 34.

ZITA. — Cuando habla de edades, Alonso ironiza, ¿lo habéis notado? Corta:

—Somos de la misma quinta. Nacer, *nacimos* el mismo día: —O sea— el 18 de julio.

GABRIEL. — ¿Y para quién no es esa broma la verdad?

ZITA. — ¿Qué querrá ése? No hace más que dar vueltas, con gesto así como obsequioso. La otra vez, cuchicheando para Alonso, le señalaba al señor del sillón de ruedas.

GABRIEL. — No sería raro un mutilado en el café; ¡aquél de San Sebastián! Ni aun en salas de fiesta.

ZITA. — Éste es muy mayor.

GABRIEL. — Le pregunto al *maître*.

ZITA. — Lo apuran, Catalina, ¿eh? No sabía yo que Berta fuera tan apache.

CATALINA. — ¡No me hables!

GABRIEL. —... No. Ese cliente, porque la Sala no está abierta al público pero se pagan las consumiciones y puede el *maître* decir, como ha dicho, ese cliente... Un magistrado, que tuvo una juventud deportiva, de olímpico, y fue punto de baile. Parálítico ahora, inmóvil, se hace traer, de smoking; y se consuela oyendo, mirando las parejas. ¡Oh, si tocan tangos y sobre todo su tango!, dice el *maître*: una cosa de la guardia vieja porteña...

ZITA. — Pero ¿qué tango?

GABRIEL. — Lo interpretan por él; las lágrimas le asoman a los ojos, y sonrío. Se puede reír y llorar al mismo tiempo.

ZITA. — ¡Dímelo a mí!

GABRIEL. — Espera. Éstos ya vuelven.

ZITA. — ¡Aplausos!

BERTA. — ¡Como nadie! Lo baila como nadie.

CATALINA. — Querido: ahí tienes tu porvenir...

ZITA. — ¡Qué rebullicio! Ha entrado alguien, allí, la platea del general y la estrella: ese otro general.

ALFONSO. — ¡No será de nuevo el mío! Con sus petroleros.

BERTA. — ¡General de los quinqués!

ALFONSO. — ¡Berta! Pero ¡qué madriles! Atiende: el general, su zumba y su presencia complicará a medio gobierno, ya me lo diréis.

GABRIEL. — Seguro. Si un día escribo novelas, serán realistas. El realismo en novela se llama esperpento: el señor del sillón de ruedas; la platea del general, talle... talle, no... abultado, bigotes, pelo poco a lo alfonsino. Y las estrellas.

ZITA. — ¿Qué estrellas?

GABRIEL. — *Vedettes*, cariño. Y general general, Alonso, el tuyo: el Petróleos Porto Pi.

ALFONSO. — Ares. Porto Ares, S. A.

GABRIEL. — Cabe la metamorfosis: el tiburón.

ALFONSO. — Ya tienes título para esa novela: *El general y las estrellas*.

GABRIEL. — Demasiado lírico.

BERTA. — Azul.

GABRIEL. — *Esperpento del tiburón*. ¿Te gusta? ¡Ah, qué desasosiego! Hablo quedo. La noche es traviesa. La fiesta, de familia. Mandamos. ¿Quién nos tose?

ALFONSO. — Sí, pues, como no sea en novela, yo tiburón, ¡de qué!

CATALINA — BERTA — ALFONSO

CATALINA. — Gabriel: este pasodoble, para Diana.

BERTA. — En Madrid...

CATALINA. — ¿Gabriel? Provinciano en Madrid.

ALFONSO. — Todos aquí lo somos.

BERTA. — Hay provincianos y provincianos. Gabriel lo goza sin límite. Animoso, ilusionadamente.

CATALINA. — Su dolor se llama Diana.

ALFONSO. — ¿Tú crees? Aunque un punto, o dos puntos, más que amiga, él aplica a sus relaciones con Diana la copla, o proverbio, de un poeta mayor:

*Tengo a mis amigos
en mi soledad...*

BERTA. — Le enorgullece que Antonio Machado anduviera tierras de Jaén, y tan junto a Segura, la suya. Para Gabriel, Segura de la Sierra es patria de Manrique, Jorge Manrique.

ALFONSO. — El libro de su vida. Un libro que sería, diez años, veinte años de coser y descoser, *su* libro.

BERTA. — Republicano, se adaptó con facilidad a nuestras actividades. Son muchos los republicanos para quien la República es compatible con el movimiento. Hoy por hoy la enemiga del movimiento, los monárquicos.

CATALINA. — Él habla de ese espolón que mete Castilla en tierras jaeneras: «ese adelantamiento», dice. Hecho a la vida de Alcándara, Gabriel,

¡qué otro si Diana fuese feliz! Feliz enteramente.

ALFONSO. — Sí. Es que un signo de tragedia la ensombrece, desde la niñez. Zita o Esperanza, Diana, como nosotros la llamamos: Diana Suárez y Rodríguez Bermejo. Colegiala, perdió a sus padres en accidente ferroviario; la recogió don Eusebio, hermano de la madre, primo segundo de Avelina. Y de la Galicia rubia marera de las rías altas, vino a encontrarse con Gabriel, ese andaluz severo.

CATALINA. — ¿Severo?

BERTA. — A Diana se le hace todo severo: Gabriel mismo; Alcándara, «la podrida capital». ¡Se lo has oído!

CATALINA. — Una y cien veces: podrida, escocida, fratricida, fría, ¡qué se yo! Y de golpe, como si el destino de que su felicidad mocita enamorada fuera un espejismo, el alzamiento.

BERTA. — Temió por Gabriel.

ALFONSO. — Temió su propia soledad: el paso de los días; aquello, que no acababa.

CATALINA. — Temió por su tío, don Eusebio, de negocios en Madrid, y las noticias dramáticas que se la recomían.

ALFONSO. — Me pongo dentro de ella, y es para desequilibrar al ser más ponderado.

CATALINA. — Se decidió: visitaba a Gabriel, a escondidas, la casa de don Jesús. Y cuando se lo impedía el temor a la ciudad, le mandaba con uno del Banco, un viejo botones, cartas de amor, desesperadas.

BERTA. — Le avisaron que don Eusebio estaba en Alcándara. ¡Cómo! ¿Y por qué no viene? ¿Dónde? Le habían herido; él con unos milicianos infiltrados en la provincia y la derrota fulminante: unos en fuga, otros al hospital. Corrió al hospital. Su tío, en efecto. Una herida limpia.

ALFONSO. — Esas que tanto combatiente deseaba, porque valían por un permiso.

BERTA. — No logró convencerle de que se cura uno lo mismo en casa, y estarían juntos y mucho mejor. No comprendía.

CATALINA. — Piadosamente, su tío le ocultaba no la herida, su situación de prisionero, a las resultas.

ALFONSO. — Tenía enfrente el rabioso rencor de la derecha contra aquél de los suyos en el entredicho. Su expediente no era personal, no lo desglosaron del sumarísimo de los muchachos entre quienes fue apresado y, gracias a Dios, y a su herida, que no fusilado en el acto.

CATALINA. — No se cansaba de contarlo: uno de los días de más íntimo optimismo, la tarde toda cargada de visitas, a los pies de la cama Diana, esperanzadísima, el avance del ejército expedicionario de África, veloz, lo que prefiguraba un pronto desenlace que sería la mejor de las soluciones, irrumpió en la sala de heridos prisioneros el jefe legionario. Y los echó a patadas.

BERTA. — Necesitaba camas, tras el asalto a Badajoz.

CATALINA. — Al protestar don Eusebio, diciéndoles quién era, aquel bárbaro reaccionó con una coz:

—¡A éste, que le fusilen!

También tú lo has oído.

BERTA. — Y temido.

CATALINA. — Yo, con terror doble: Alonso y mi padre, el caso de mi padre. Aterrados, las heridas abiertas, a ciegas, la carretera difícil, de mucha curva. Los sacaron a medianoche. Junto al río, el puente del río, el tiro; y los arrojaban malheridos, o muertos. ¿Cómo se puede ser tan asesino?

ALFONSO. — ¡Chist!

BERTA. — Diana, es que no lo creía. Hasta que dio un grito y rodó a los pies de Gabriel; yo les acompañaba. Vuelta en sí, la cara rígida, apretados los labios, los ojos en el extravío...

—¡Llora, llora! —suplicaba Gabriel.

Y no lloraba ni nos veía, marcada para siempre. Ésa es la histeria, no digo historia, la histeria de Diana.

CATALINA. — Ése el dolor, callado y hondo, de Gabriel, allí tan adaptado, tan dichoso aquí.

BERTA. — Gestioné, rogué, sin que ellos lo supieran, y no se molestó a Gabriel.

CATALINA. — Sufrió mucho, al principio. Se le hacía cuestión de honor.

BERTA. — Hasta que oyó o leyó esta llamada: «Se ordena a todos los varones de 30 a 45 años, que todavía no lo hayan hecho, soliciten su ingreso en Falange, y los que sean admitidos, serán agregados a los que pertenecen a dicho organismo para emplearlos en los servicios de retaguardia». Algo así.

CATALINA. — ¿No era inútil?

BERTA. — Para el servicio militar. Aquí se trataba de la agregación política. Le dieron en el gobierno un carnet. Se abochornó de que le tomaran las huellas dactilares.

CATALINA. — Le ves, la mano derecha bajo el mentón, doblada en un desmayo la muñeca y vencida...

ALFONSO. — No le riega bien la aurícula.

BERTA. — Su reacción fue, ¿cómo te diría?, fervorosa, casi exultante en la adversidad.

CATALINA. — También ésta se pone así, de codos en la mesa, las manos entrelazadas y la barbilla en las manos.

BERTA. — Mis aurículas están bien... ¡Abracadabra! Se tanteaba en Burgos un teatro de la Falange, un retorno del auto sacramental. Yo le animé a trasladar esas creaciones y esos trabajos, para Alcándara.

CATALINA. — Le engatusabas; atraías su personalidad más propia: el entusiasmo lírico, el ansia de vida.

BERTA. — Su hermano, mayor que Gabriel, boticario progresista, le hace ahora, al abrirse las universidades, una sugerencia: que pueden vivir con él, de la farmacia. No han tenido hijos, ¡fortuna! Pero que debería ser, le dice, algo más que mancebo de botica.

CATALINA. — Don Jesús aprecia la poesía.

ALFONSO. — Será porque no la confunde: no la pone en su vida. ¡Un miserable! Es eso: un egoísta enfermo miserable.

CATALINA. — Tampoco; no te dispares.

BERTA. — El asunto es que le animó a preparar esta convocatoria: las dos o tres asignaturas, o cuatro, con que remataría Químicas, su carrera años colgada por el radicalismo del poeta en provincias y que se ruboriza de que le llamen *Don Clorato de Potasa*, dice.

CATALINA. — Está casado. Aunque no tengan hijos...

BERTA. — Por eso y la sacudida moral de la tragedia; con la circunstancia de que además sean exámenes poco menos que patrióticos. Y ha vuelto a los libros.

ALFONSO. — Ha acertado matriculándose aquí: Madrid, camisa azul, las amistades; Francisco Javier de los Olmos y Rupérez, el siempre fiel al poder constituido.

BERTA. — Tirado el pelo a raya, la frente para atrás, los ojos claros, la nariz de leve curva, anhelosa la boca, efusivo, pronto químico, instalará en Alcándara unos laboratorios, precisamente cuando los *Jupe*, la otra familia farmacéutica, se disponen a cerrar.

ALFONSO. — Con el tiempo, no le será difícil la auxiliaría del instituto: ¡Instituto General y Técnico de segunda enseñanza! La tuvo su hermano,

hasta la depuración.

CATALINA. — Y rimar, al paseo de los Álamos. Para Diana. Para los amigos de rebotica. Para sí. Vital y sensible, conversa con atractivo. ¿No habéis reparado?: los apartes en que asorda la voz, persuasiva, suasoria. «¡Ojos de Minerva, poeta, corazón de corzo!», le piropeaba mi padre, repúblico insigne ahora en un penal, con su casa deshecha, cuatro números abajo de don Jesús...

BERTA. — Mírales bailar.

ALFONSO. — Viniendo en el taxi, al pasar el palacio de Viana me acordé, ¿el duque de Rivas?, no, el pueblito, más viejo y menos grande, a donde fui y no fui: mandé parar ante el camposanto, porque no controlaba mi emoción. En el ejido del camposanto y la ermita, linderos, se alzan los polacos. Asocié esta noche a Rivas y el conde de San Luis, Sartorius, oriundo de Polonia, gobernante con Rivas mediado el otro siglo, y jefe de los polacos; las polacadas de los polacos. Se me revelaba ese nombre, el origen del nombre que Centenera da a los hornos de carbón de encina...

BERTA. — Pues, que los carboneros serían del partido de los polacos.

CATALINA. — Te veo los ojos en la pista; melancólica...

BERTA. — Vamos a hacer una España cálida, España arcilla moldeable; que nunca más se nos quiebre de agrietada y seca. La grande España, Alonso. Vencedores y vencidos, a una.

ALFONSO. — En la guerra, ¿hay vencedores? ¿Y los habría en una guerra civil?

BERTA. — No me dirás que Gabriel es un vencido.

ALFONSO. — Pero, Diana...

ALFONSO — BERTA — GABRIEL — CATALINA — ZITA

ALFONSO. — Nada puede ser ya lo mismo. La barbarie y la idealidad juntamente, en una zona y la otra zona, lo han fundido todo: el odio y el amor; la persecución, el amparo. Han saltado las formas de una existencia a la que nos habíamos hecho; un orden, roto para siempre. El vencedor, tanto como el vencido, principian...

GABRIEL. — *¡Incipit vita nova!*

BERTA. — La Nueva España. ¡No te digo, para la mujer! ¿Quién, de la sociedad femenina alcandarense, trabajaba fuera de casa? Hemos revolucionado las costumbres. Las muchachas de nuestra clase, en provincias, se encontraron con la movilización: taller, hospital, la convivencia en la forastería; la atención al combatiente, las madrinas...

GABRIEL. — Es una realidad. Las refugiadas, de la gran urbe, que alternaban y se movían sin los prejuicios de la provincia. El trato alegre con el desconocido, la sensación de provisionalidad que ponía su acento en el gozo pasajero.

BERTA. — Y no sin riesgos. El peligro del combatiente, lo regresábamos y compartíamos en la ciudad. Era el desbordamiento de una juventud represada, y habíamos de controlar cada una de aquellas explosiones de la celebración del triunfo o la desesperanza de una derrota.

ALFONSO. — Pocas. Pero, sí, quedaba la mujer indefensa: viudas, huérfanas, familiares de perseguidos o desaparecidos o ausentes. ¡Aquella costurerita y el topógrafo, Gabriel!

CATALINA. — ¿Quién? ¿Qué costurera?

ALFONSO. — No, un caso del que hablábamos esta tarde. Y la esposa del marido fugitivo; tantas, que sucumbían por un exceso o una necesidad.

GABRIEL. — Y las que no aciertan a la velocidad adquirida en el momento de exaltación o vencimiento y, ya, rodaban.

BERTA. — No siempre se evitó: manifestaciones de júbilo desembocaron en auténticas saturnales. Era una tensión muy alta; la juventud se vivía al inseguro del mañana.

CATALINA. — ¡Con qué irresponsabilidad se contraían matrimonios! O se deshacían.

ZITA. — O sea, que la España de nuestros mayores, el equilibrio burgués bajo el que nos formamos, ha saltado en mil pedazos.

BERTA. — Y ahora nos toca amasar la España nueva.

ALFONSO. — Todo se extremaba: la fidelidad hasta la muerte, más allá de la muerte; la traición, a la vuelta de la esquina: amparada, a veces, por los colores de honor de una bandera.

BERTA. — En mi tierra, desabrida, cerrada sobre sí misma, se dieron los casos de la deslealtad imprevisible. Y digo imprevisible, por la calidad de los personajes o la audacia de los procedimientos. El ingeniero del cinturón de Bilbao, que se pasó en su propio coche y entregó los planos, con el punto débil, pues el monte Urcullo, de la fortificación que él mismo había diseñado y dirigido.

GABRIEL. — ¿Cómo?

ALFONSO. — ¡Oh! Espectacular. Y eso que a uno de sus ayudantes lo fusilaron por espía en el otoño del 36.

BERTA. — Para escamarse, ¿no?

ALFONSO. — Pues ahí lo tienes. Unos meses, quizá sólo semanas, y se pasó. Hablo de memoria. Ese hecho, patriótico, porque nos favorecía, hizo vulnerable el cinturón y, efectivamente, dejó abierto el camino de la capital: la Villa.

BERTA. — Nadie está convencido de que la muerte de Mola, al empezar las operaciones de Bilbao, no fuera un sabotaje. El avión, de Vitoria a Valladolid, se estrelló contra un cerro de Alcocero, provincia de Burgos.

ALFONSO. — La carretera tiene en ese paraje una curva que ha causado muchas muertes.

BERTA. — Ésta, venía por el aire; mediada la mañana, a primeros de junio. Oficialmente se dijo que el avión chocó por la niebla.

ALFONSO. — Puede. Y no sé si te enteraste de lo del padre del piloto.

BERTA. — ¡Ah! Que enloqueció.

ALFONSO. — Coronel en Valladolid, ponía desde entonces en la mesa dos pistolas para vengar la muerte de su hijo en cuanto se echase a la cara al asesino, el autor del sabotaje.

BERTA. — Volviendo a mi tierra. Me aventuro: quien pilotó a un ministro vasco y sus acompañantes, fue el mismo que aterrizara en Zarauz, ya preparados a recibirle.

ALFONSO. — ¿Era vasco?

BERTA. — Partía del país vasco. A bordo, el ministro de Sanidad de Euskadi y el jefe de la Artillería; tomó rumbo a nuestra zona, se posó, y entregó a los pasajeros. Al ministro le fusilaron; un republicano moderado.

ALFONSO. — En los frentes, resultaba peligrosísimo. Es lógico. Se nos recibía con mil cautelas. ¿Cogido? ¿Espía? Si había moros:

—Tú estar rojo —y en todo caso te despojaban.

Un jefe de Caballería se pasó la víspera de la operación; frustró el ataque. Horas después, le fusilaron.

GABRIEL. — Roma no paga traidores.

ZITA. — A ti no te fue difícil.

ALFONSO. — El puro azar. Hay quien rozó lo cómico. Por ejemplo; más de uno escapó del escondite aprovechando un bombardeo. ¡Cualquiera iba a seguirle! El setenta por ciento de los mandos del Estado Mayor rojo desertaron. Los había republicanos.

CATALINA. — Y aun de los sublevados de Jaca. Aquél de Centenera, ¿te acuerdas?, condenado a muerte y que se tiró la guerra escondido; con unas domésticas, muchachas del mismo pueblo. ¡No te digo!

ALFONSO. — Anda que, de personajes... El ayudante de Miaja, ¡Miaja!, llegó a nuestra zona a principios del 37; mientras yo en la cárcel.

BERTA. — ¡Bueno! Había ya facilitado la evasión de guardias civiles a manta.

ALFONSO. — Razón de más para recelar. Pues se trajo consigo, pero ¿no lo sabéis?, al *Cuñadísimo*.

ZITA. — ¡No!

ALFONSO. — Serrano Súñer.

GABRIEL. — Marañón se dio de alta en el sindicato médico de la *Ceneté*; eso, nos enteramos: habló por Unión Radio, que se oía en Alcándara, en familia y, ni que decir tiene, con cien ojos.

ALFONSO. — Lo de Serrano es fabuloso. Fingió una enfermedad, y el ministro Irujo, al que habrán liquidado o andará por el exilio, ordenó que lo

internasen. Lo trasladaron de la Modelo a la clínica España, en la calle de Covarrubias. Le custodiaban los de Asalto y le atendía Marañón.

GABRIEL. — Algo nos dijo tu primo, ¿verdad? Diana: el hermano de un diputado socialista por Zaragoza, que trabajaba en Hacienda... Serrano también era diputado, socialista no, por Zaragoza.

ZITA. — No caigo.

ALFONSO. — El asunto es que a Serrano le acogieron en una legación: Holanda. Luego, un consulado de Alicante; de allí a un destructor argentino. Y entonces, nada de ayudantías, no, ¡el jefe del Estado Mayor de Miaja!, aquel Miaja de la derrota de Córdoba, escapó con él, con Serrano.

CATALINA. — Yo no juzgo; sólo que..., ¡caramba!

GABRIEL. — Había mucho de convenido. ¿O no es pintoresco lo de los toreros; y los futbolistas? Te lo imaginas: traje de luces, puño en alto. Un festival a cambio del salvoconducto. ¡Y a vivir!

BERTA. — Mi equipo, ¡que una tenía su equipo!, el *Euskadi*, a recabar fondos por Méjico y la Argentina. Hasta que se dispersó. Los más en aquellas tierras, jugando, entrenando.

ALFONSO. — Y peripecias verdaderamente heroicas. Ambas zonas. Algún día habrá que decirlo.

BERTA. — Y divertidísimas. ¡El personaje liberador de mi pueblo! Un tipo recio, bravísimo, que de repente recibe el apremio de Mola para la toma de San Sebastián. Bramaba:

—¡Que tome él Madrid!

GABRIEL. — ¡Qué tío!

BERTA. — No lo sabes tú bien. Mira: en medio de un bombardeo, Beorlegui, se llamaba Beorlegui, impasible: abría un paraguas, ¡y lluevan bombas!

ZITA. — ¡Bueno...! Son gestos.

ALFONSO. — Gestos. En serio, los hay que te llegan al alma. Goded, al partir de Mallorca para la sublevación de Barcelona, ordenó que se respetase a todo trance la vida del gobernador, un novelista de tercera.

GABRIEL. — ¡Toma! Antonio Espina. Y de tercera, tercera...

ALFONSO. — No lo he leído. Pierde Goded: Montjuich, pena de muerte, le llega su hora, se afeita, viste el uniforme, correctísimo, sereno; se va al general Burriel, le anima; se despide, enciende un cigarrillo, lo arroja al suelo, y da el ¡Viva España! En el glacis del oeste, Santa Elena.

GABRIEL. — Es un militar. Así deben morir los militares.

ALFONSO. — Lo que subrayo es su humanidad. Ese adiós, alentando al compañero. Y la exigencia, al salir de Palma, de que no tocaran al gobernador civil, enemigo. Saltó a Barcelona con su hijo. Al cabo de unos meses, las gestiones de la viuda y la nuera de Goded consiguen que el hijo, preso en Barcelona, sea canjeado... por Antonio Espina.

GABRIEL. — Entiendo. Sí, el salvar al gobernador, contrario, salvaba postmortem a su propio hijo. ¡Qué tragedia! Pensar si no es esto el imperio del destino.

ZITA. — Oye, ¡qué fiesta nos estáis dando! O sea, en una sala de fiesta.

CATALINA. — ¡Oh!

GABRIEL. — No, no. Yo tengo que añadir algo, todavía. Lo sé por un pariente de Diana. Gallegos y asturianos, primos hermanos. El periodista Javier Bueno; os sonará de la revolución del 34. Pues, Javier Bueno va a embarcarse fugitivo en Gijón. Es de noche. Llega:

—¿Hay sitio para mi gente?

—Sólo para ti.

—Entonces, ¡salud, camaradas!

Y se volvió a las sombras, hacia los piquetes de la muerte.

ALFONSO. — Sí. Si todos españoles, ¡nadie lo duda!

BERTA. — Tiene Zita razón. ¡Ea: a otra cosa! ¿Quién me baila?

ALFONSO. — ¿Ahora? Ahora vienen las atracciones.

LOS MISMOS

ALFONSO. — No, no lo olvido. Insisto, pero no veo en la platea de las estrellas al general. Esta velada luz... No distingo de lejos.

CATALINA. — ¿Si salimos a bailar?

ALFONSO. — Bailando, nos acercáramos.

ZITA. — No eres tú muy del baile.

ALFONSO. — Disimula, que se rebullen; igual se van. ¡Ya! Es que principian las atracciones.

BERTA. — ¿No será Celia? Pues la encuentro en su plenitud. Y el viejo, Saliquet.

ALFONSO. — Le recuerdo siempre a dos pasos, el día de la revista de Alcándara, los irlandeses de Alcándara. No me lo figuro en estas alegrías. Sanjurjo, y a su misma edad, era muy otro; cuando como os conté que llegaba con sus amigos a Echegaray o Ventura de la Vega por el uniforme para irse a Zaragoza, precisamente Zaragoza, a levantar la guarnición.

GABRIEL. — No está mal ese cuerpo de baile. A mí la *Danza del fuego* me gusta. Muchísimo. ¡Vierais a Mariemma!

BERTA. — ¿Eh?: de flamenca, ¡nada! Es de Valladolid. Y tiene unos pies, como para botas de las siete leguas.

GABRIEL. — Aquí viene lo bueno.

CATALINA. — ¿Y cómo os pueden agradar estas cosas?

ZITA. — ¡Ésa es la que estaba con el general!

GABRIEL. — Estrellita. Escucha, escucha. Coreándola toda la parroquia; sí, señor:

*Echalé guindas al pavo
echá leguindas al pavo,
que yo l'echaré a la pava
suquita, canela y clavo...*

Huyendo de los seviles... ¡Arsa! ¡Toma allá!

CATALINA. — Me da risa.

ZITA. — Todavía *Suspiros de España*... El pasodoble de sus triunfos. Era entonces delgadísima. Y muy guapa. Me llevó Eusebio al teatro de Alcándara.

ALFONSO. — Las Marías, todas: *María de la O...* *Maricrú* es mis tardes de Alcándara en guerra; la tarareaba aquel brigada legionario, compañero de tanto hurto de horas al calabozo. *Rocío*. Y *Salomé*.

GABRIEL. — Tuvo problemas Estrellita por su actuación en zona roja, festivales de beneficio. Rámper, Angelillo y la Niña de los Peines, Pastora Imperio... Llenaban los espectáculos ligeros de Madrid: docena y media de teatros. En Lara, Loreto Prado, Chicote.

ZITA. — ¡Qué valor! La guerra guerra, y vengas de sainete.

ALFONSO. — Lo que les jorobó es que cobraba lo mismo la mujer de los lavabos. Y se cuadraron.

ZITA. — Javier frecuentaba, no en la guerra, supongo que no, o sea, no estaban para ello, toda esa *troupe* y artistas de *tablaó*. ¡Donde le ves! Por eso. Avelina chilla y a veces con razón; es su celosía.

BERTA. — ¿Y qué pasaba?

ZITA. — ¡Ah! Que se cuadraron.

ALFONSO. — Y se fueron al empresario: el sindicato. Inútil. ¿Sí? Se dirigió una al público.

—Esta noche vais a ver lo que es bueno: la presentación de la *Blancanieves*.

Que es como le decían a la mujer de los lavabos. Tres duros diarios; eso pagaban a la primera actriz, al muchacho de los recados, a la *Blancanieves*... Se dio en Barcelona un caso divertidísimo. Un escritor, muy de los anarquistas, había conseguido el premio «Ignasi Iglésias» 1936. La guerra demoraba el estreno. Se llamaba Xavier Benguerel y su pieza *El casament de la Xela*. El *Teatre Català de la Comèdia* la puso en cartel la noche del 4 de marzo, el año 38.

BERTA. — ¡Qué memoria!

ALFONSO. — Es que me hizo gracia. Nos lo contaba un ayudante del general, vieja familia carlista, y a quien liberamos en Lérida. Sobrevivió, metiéndose en esa compañía, de cómico: tenía una voz atronadora. Iban por el tercer acto, y sonaron las sirenas; se suspendió el estreno. A la tarde siguiente, el tercer acto y otra vez la alarma: nueva suspensión.

GABRIEL. — Ese autor es un gafe.

ALFONSO. — ¡Escucha! Insistieron: función de noche, tercer acto, las sirenas... Entonces, uno del público:

—¡Y va la tercera! Pues yo de aquí no me muevo hasta ver en qué coño queda esto.

CATALINA. — Habla más bajo. Nos sisean.

ALFONSO. — La representación continuó. En Barcelona estos chismes los toman muy en serio. No diría igual, la guerra: en cuanto la guerra llegó a Cataluña, se acabó.

BERTA. — Lo justifican: su sentimiento de la realidad. O civilidad.

ALFONSO. — Barcelona luchó el 19 de julio; el 26 de enero del 39 se rindió. La tragedia les viene cobrando más que la resistencia históricamente heroica a Madrid. Cataluña... La hundió el desánimo.

ZITA. — Atended. Ponen un número de humor.

CATALINA. — Oye, que esa alegre muchacha, a la izquierda, dos mesas allá... ¡Timándose! Nada, nada: después.

GABRIEL. — Muy bien el caricato.

ZITA. — ¿Qué dices? ¡Caricato!

ALFONSO. — Las mujeres, para eso, tenéis un sexto sentido.

ZITA. — ¿Es que no se ve? De la Legión y lo que tú quieras. El tipo es un mariposa:

—*Soy el novio de la muerte...*

¡Qué cara! Y con esa voz... No os enteráis, charla que te charla. Y se organiza.

BERTA. — Esta Sala quedará muy bonita. Ya me di cuenta, las palmeras. Y la baranda del primer piso. La fuente, la pista giratoria.

CATALINA. — A mí, las mesitas en la penumbra rosada. Como para un champán al amanecer. De palmeras, creo que a éstos lo que les encandila es las palmas de las coristas en sus tronos de plata de cartón.

ALFONSO. — Cuando esté en marcha, veréis las floristas a la entrada, y os regalarán muñecas, y habrá taxis a porrillo. Falta mucho, todavía. Me lo explica el portero alguna mañana. Está muy al tanto. Ya funcionaba en 1932.

GABRIEL. — Como cabaret.

ZITA. — Pero ¿qué pasa? Aquél, aquél, allá en la puerta. Esta noche nos dan una de todos los diablos.

BERTA. — Es que no hay derecho a parodias como ésa: vestido de la Legión.

ZITA. — Le está poniendo verde. Y se tira a él. Es un caníbal.

ALFONSO. — Voy.

CATALINA. — ¡Alonso!

ALFONSO. — Tranquila. Ver qué sucede, y nos marchamos.

BERTA. — ¡Ahora! Ahora es cuando...

—¡A mí la Legión!

Ya verás. Y pega unas voces terribles. Esto acaba como el rosario de la aurora.

ALFONSO. —... No pasa nada. El marica. Nada; que hará mutis, rápido.

GABRIEL. — Ya lo hicieron las plateas. Ni estrellas ni generales.

ZITA. — ¡Ese bárbaro! Nos va a tocar alguna silla o un botellazo. No deja nada en pie.

ALFONSO. — Ahí está la policía militar. No podemos irnos. De momento. Mirad el vestíbulo. Aquél es el empresario. ¡Buena se la han hecho!

BERTA. — No. Él que se lo ha buscado. ¿A qué viene esa injuria a la Legión?

ALFONSO. — Un destrozo las mesas, la cristalería. Y ocurre invariablemente; cada y cuando que el mamarracho se les cuele. El portero le deja, y no tiene arreglo. Lo tiene, claro: echar al portero.

ZITA. — ¡Pobre! O sea, el de tu oficina. ¿Qué vas a hacer?

ALFONSO. — ¿Yo? Mañana irá el dueño a reclamar. Pero nadie quiere conflictos con Millán Astray, ni el damnificado, sino que la Sala abra. Lo que se necesita es policía de paisano, que meta en cintura a esos cuatro desmandados.

ZITA. — No, no deberían permitir estos números. Por menos se fusilaba en Alcándara.

ALFONSO. — Nos han agitado la noche. Lo siento. Siento que os vayáis sin escuchar la sintonía. Yo la gozo mucho.

CATALINA. — ¿Tú? ¡Con todo!

ALFONSO. — ¿Qué quieres? La verdad. Me adapto. ¿Hay que divertirse? Me divierto.

CATALINA. — Que tú, sí. ¡Vaya si te diviertes!

ZITA. — Oye, oye: no rompáis ahora vosotros la mesa... Ea, a la calle; la noche pitusa de Madrid.

ALFONSO. — Es que la sintonía la corea el público; la orquesta bisca una y otra vez. Irusta-Fugazot-Demare. *Tres cosas...* Os la voy canturriendo, pasito, de camino:

*Tres cosas hay en la vida:
salud, dinero y amor;
el que tenga esas tres cosas
que le dé gracias a Dios...*

BERTA. — ¡Madrid bullanguero! A estas horas y tienes a la gente en corros, un jubileo cada corro. Madrid inalterable de gracia y de acogida. Y no es que sea tarde, pero...

ALFONSO. — ¡Sciammarella!

CATALINA. — ¡Qué dices!

ALFONSO. — Sciammarella. Ése. No me acordaba y es que la oí en un disco, unas grabaciones de Irusta: la sintonía. Pero su autor, Sciammarella:

*que aquel que guarda
siempre tiene.*

¡Berta! ¡Gachona!

BERTA. — ¡Brujo, que eres un brujo!

ALFONSO. — *El que tenga un amor, / que lo cuide, que lo cuide...*
¡Andando! Está a dos pasos la pensión; la noche es moza.

CATALINA. — Sobre todo para un teniente y un falangista y, ¿no se dice así?, una jerarquía.

BERTA. — Provinciana.

ALFONSO. — Con derecho a su conquista de Madrid. Brazos abiertos, Madrid.

GABRIEL. — Ocupado.

ZITA. — Alcalá. O sea, Prado abajo. Es el 14.

GABRIEL. — ... ¿Qué? La miras como si fuera un monumento.

ALFONSO. — Es que esta casa, esta casa...

ZITA. — Una pensión, modesta y limpia. Nuestra habitación, sobre el jardinillo. No está para deciros: Subid. Es un tercero y ya la una, casi la una.

CATALINA. — Hasta mañana. Hasta cuando queráis. ¿Qué ves, hombre?

ALFONSO. — El primero, la fachada del primero: esa lápida. No alcanzo a leer. Algún ilustre que vivió o murió o ha morado en la casa.

BERTA. — Les hubiéramos podido preguntar. Ellos la habrán visto.

ALFONSO. — ¡Taxi!

BERTA. — Es feliz, la pareja. Diana, entre cándida y dolorosa. Un encanto, Gabriel.

ALFONSO. — ¡Ya está!

CATALINA. — ¡Ni que te mataras un fínfano en la frente!

ALFONSO. — Prado, 14... No, que he de encontrar casa para los Petróleos, y una así, por el sitio, por su disposición... ¡Pchs! Quién sabe su estado, las posibilidades. He de buscar una carta, cuando lleguemos. A ver si con arte... Yo estoy en que sí. Compraría.

BERTA. — ¿Eh? ¡Te quejarás! Todo un hombre de negocios.

CATALINA. — ¡Hum!

ALFONSO. —... Estamos:

*que lo cuide, que lo cuide,
la salud y la platita
que no la tire, que no la tire.*

BERTA — ALFONSO — CATALINA

BERTA. — Realmente, ha sido un día denso, durísimo.

ALFONSO. — Es el calor, este sofoco de agosto. En la terraza norte, uno se sienta y pero que muy bien.

CATALINA. — Hay que apagar; el río nos llena de mosquitos. Peligrosos, no, desde luego; no son palúdicos.

ALFONSO. — No, que no te dejan dormir.

CATALINA. — Me dirás que, los de tu tierra...

ALFONSO. — Vamos a distinguir: en mi pueblo hay mosquitos. No polillas: ésas, se las llevó todas Alcándara, exclusiva en polilla.

BERTA. — Me relaja tu humor.

ALFONSO. — Pues, lo celebramos. ¿Una copa?

BERTA. — ¿Otra?

ALFONSO. — La penúltima. Y mientras la ponéis, yo coñac, doy un vistazo a esos papeles. En seguida.

CATALINA. — La guerra trae luego estas servidumbres: Alonso no bebía; era hombre de café: a toda hora, café. Ha bebido, ¡la guerra!, y en cuanto a eso, todavía sigue en guerra.

BERTA. — No es la peor de las costumbres. Tienes el abandono, la inhibición de la responsabilidad, el que me lo den todo hecho; Usted me manda.

ALFONSO. — ... Aquí lo veréis..., ¿y la copa?... Goya.

CATALINA. — *Los desastres*, de Goya.

ALFONSO. — La crónica secreta de España. Y hay, en otro carpetón, una de las pinturas negras que colgó en La Quinta, ahí mismo, pasado

Manzanares: aquellos dos hombres hincados en la arena, sin huida posible, y a garrotazos. Protagonista, España.

BERTA. — Protagonista, el miedo. Al valiente se le exceptúa, se le permite, oye, todo. Y lo contrario de todo. «Sí, pero ¡hay que ver el valor que tiene!».

CATALINA. — Yo admiro la civilización árabe. Desde su decadencia, encuentro a media España secularmente aherrojada por la otra media España.

ALFONSO. — Para el miedo, para que no haya escape, miedo, el hombre se clava de pies en tierra; hasta la rodilla, más. Y ya sin retirada, transforma su miedo, un miedo radical, enraizado, en odio activo, ferocísimo: le va en ello la vida y lucha por su propia vida. Todos estos fantasmas, estos grabados de represalia, de crueldad, pintan la intransigencia del español, inapelable, a la vista de otro español.

BERTA. — Lo acepto. Y no es una serie, estos grabados, como de antes de dormir.

ALFONSO. — ¡Ah! Os dije que la casa, la pensión de Gabriel, Prado, 14, me interesaba. He venido dándole vueltas, y es que tuve la impresión de que hallaría unas apuntaciones de aquella casa. Exacto. Si la consigo, nos resuelve la instalación de las oficinas.

BERTA. — ¡Petróleos! ¡No sabes qué gracia me hace!

ALFONSO. — La zona: ese Madrid del museo del Prado. De ahí que sacara la carpeta de Goya. A los pies de la casa un jardinillo. La verja. Enfrente, el espacio impagable del Prado.

CATALINA. — Es edificio que no aparenta; señorial, quizá. ¿No lo habrá dañado la guerra?

ALFONSO. — Nada. Pues, por lo que veo, esta casa la alzó Madrazo, Juan de Madrazo, el arquitecto. La construiría para mansión de familia: hay ciento y la madre de Madrazos. Ha vivido ahí Juan Gris. Y un orador; Vázquez de Mella, el último cisne o último abencerraje de la retórica.

BERTA. — ¡Ajá! Aquella placa de la fachada, que mirábamos y mirábamos, al despedir a Gabriel. O puede que memorativa de los Madrazo, o Juan Gris.

ALFONSO. — Apuesto: Mella. Vázquez de Mella, que moriría en la casa. Gabriel, ni las ha oído. Tendrá, si es Mella, sus tres cuartos de siglo.

CATALINA. — ¡Cualquiera sabe! ¿Cuándo la pondrían?

ALFONSO. — Me entero. Mañana le digo a Gabriel que si me invitan. Porto Ares en esa casa, ideal.

BERTA. — Diana y Gabriel hacen vida de estudio, intensísimo estos días.

CATALINA. — La licenciatura a la vista, los exámenes. Y sin embargo, la Química yo estoy en que le importa un pito.

BERTA. — Me contó Diana que se levantan muy temprano. Temprano para las costumbres de Madrid, población de noctívagos. Piden el arreglo del cuarto, lo más rápido. Y se acercan mientras al Museo. Cruzar, y el Museo. Regresan. Diana se entretiene o da una vuelta por el Prado, y se engolfa Gabriel tema tras tema en el programa.

CATALINA. — Estudia hasta en el café, *Gran Café*.

BERTA. — Sí, alguna mañana siguen Cibeles arriba a *Gran Café*. Gabriel se abstrae; y Diana, a mirar la gente que pasa por Recoletos. Las tardes, Diana le deja en la pensión, y se va con Avelina: feliz allí, entre los niños.

CATALINA. — Ya no tan niños.

BERTA. — Para la casada sin hijos, los hijos de otra mujer son siempre niños. Y ésa es su vida de universitarios de agosto, este bochorno de Madrid.

ALFONSO. — Los poetas tienen la voluntad fuerte. El mundo no los entiende. Llegará el examen el diez, el once:

—Ha estudiado usted. Poco, pero ha estudiado.

BERTA. — Y aprueba. Con no callarse, aprueba. Un alumnado de uniforme, los cien uniformes de la contienda...

ALFONSO. — Pues, se presentarán militares, requetés, falangistas, cada cual con su atuendo. El uniforme, el uniforme, ¡el maletín del uniforme!, que en ello les va el aprobado, un noventa por ciento del aprobado.

BERTA. — Y todavía Gabriel vacilaba, si ir o no ir de camisa azul. ¿Quién ahora en Madrid se le atreve? ¡Un falangista!

CATALINA. — Otro falangista.

BERTA. — No. En eso te equivocas.

CATALINA. — Bueno, o también, como el profesor sea de la cáscara amarga...

BERTA. — Razón de más para extremarse en generosidades.

CATALINA. — Lo mejor es que se hubiera examinado en Salamanca. Universitariamente, capital de la Alta Extremadura.

ALFONSO. — ¿Hay Químicas en Salamanca?

CATALINA. — O Valladolid. ¡Sevilla!, la otra capital de Extremadura.

ALFONSO. — Confía en las recomendaciones: Javier.

CATALINA. — ¿Qué tiene que ver Hacienda con la facultad de Química?

ALFONSO. — Madrid, la fuerza de Madrid, las relaciones de Madrid: eso.

BERTA. — Oye, ¿por qué no tocas algo? Pianísimo.

CATALINA. — ¡A estas horas!

ALFONSO. — ¿Molestamos? Ya me dirás a quién, qué vecinos. Se cierra esa terraza, que con luz y sin luz nos está invadiendo de bichos y luego no habrá quien duerma... Sí, ¡un poquito de música!

CATALINA. — Lo que digáis. No bajas la persiana y encendemos el farol de fuera.

BERTA. — Es gratísima penumbra. Estos ejercicios, ¿Chopin?

ALFONSO. — ¡Chis!... Sigue.

BERTA. — Admirable... ¿Qué te pasa? ¡Oh! Nos rompes la emoción... ¿Por qué cierra así, de golpe? ¡Catalina! Se va medio llorando.

ALFONSO. — Sí. Éramos todavía, ella niña, yo casi un niño. Me acerqué. Tocaba eso mismo, ese estudio de la tristeza. Se volvió, fue a escapar y la refugié en mis brazos. Había ido en silencio, religiosamente a ella, absorta, inadvertida de mí. Y, como ahora:

—¡Sigue!

BERTA. — Comprendo. Es muy sentimental. Yo la acompaño. Quédate. Otra copa, te la pongo: un largo chorro; aquí tienes sifón. Y no pienses, no sientas, no te muevas, ajénate de todo: cuanto os rodea y cuanto esa prueba de amor, infinito, herido pero amor, acaban de darte. ¡Déjame a mí!

ALFONSO. — ¡Angel, Ángela, Berta!

BERTA. — ¡Calla! ¡Loco, loco! O la llamo. Ea: me voy con Catalina. Los dos chiquillos más chiquillos que en la vida... la zaleada vida..., que en mi vida vi.

BERTA — ALFONSO

BERTA. — Muy cansada. Tuvo un repente. Y... ya sabes: está la otra.

ALFONSO. — Se lo conté.

BERTA. — ¿Todo?

ALFONSO. — Lo que entonces era todo. Lo que yo mismo ignoraba, ¡no!

BERTA. — Pero ha encontrado una carta. Y descubrió lo de la hija, tu hija con Jimena. Le sube a la memoria y trina.

ALFONSO. — Fue el enero del 38. Esplendía una aurora boreal; puso inquietud unánime esa aurora: en ambas zonas. Begoña nacía a las diez, aquella noche. La carta de Jimena no existe. César: es de César, y dejó pasar meses sin decírmelo. Metí la carta —«¿Sabes que has sido padre? ¡Y en París!»— entre el cartón del cuadrito de Eve y el papel que tapaba el dorso.

BERTA. — ¡Caray! Pues, Catalina dio con esa carta.

ALFONSO. — Catalina intentó fijar uno de los alfileres; vio torcido el revés del bastidor; se entretuvo una tarde en arreglarlo. A solas: tocó, y sacó la carta.

BERTA. — Conocía tus relaciones de guerra: Jimena.

ALFONSO. — Naturalmente. Lo que desconocíamos, *mos*, tanto Catalina como yo, es la consecuencia de esas relaciones.

BERTA. — La revelación brutal, la sorpresa, el silencio engañoso, todo, se le suma y hiere.

ALFONSO. — Comprendo. Hay cosas que no se dicen. Yo no he dicho que la casa de Prado 14, es donde vivió Luis, su hermano; y me he inventado eso de que nos vendría muy bien a Petróleos, etc. Esto, aquello, caen sobre una llaga, la enconan, se envenena.

BERTA. — No cabe sino los bálsamos del tiempo.

ALFONSO. — El tiempo ahora se llama Begoña. ¿Y cómo Jimena me localizó en el cuartel? Llevo años sin decidirme a una explicación contigo.

BERTA. — Se enteraría en Salamanca. Es verdad. Hablamos, y no hablamos nunca de ello.

ALFONSO. — Pensé en ti: andabas por Salamanca. Jimena venía de Salamanca.

BERTA. — Sí. Averiguaría. Eve, César ¿ignoraban tu situación?

ALFONSO. — Sí el lugar en que me encontrara precisamente aquel 26 de abril de 1937...

BERTA. — Vendría Jimena, iría, a Extremadura. Indagaría allí.

ALFONSO. — Tu mohín, ese misterio, te delata. No le pregunté. Las cortas horas, el regalo de la tarde no daban para más. Tampoco sospeché que no volviéramos a vemos. Aunque me dijo adiós, y dijo: ¡Para siempre! Palabras. Emociones. Yo a la niña le hubiera puesto Aurora.

BERTA. — Recuerdo esa noche. Dices que ¿enero?

ALFONSO. — 25 de enero. La aurora iluminaba el frente.

BERTA. — Y la ciudad. Tal un signo de acabamiento del mundo, una amenaza apocalíptica y, figúrate, para los españoles en guerra... Nadie ve lo que es como lo que es: aquello, una aurora boreal. Lo leímos en los periódicos; esa noche España, las dos Españas, se estremecían de supersticiones y de pavor.

ALFONSO. — Ingresó poco antes en el cuartel, preso, uno de los implicados de Salamanca.

BERTA. — Sé a quién te refieres; un antiguo carbonario, muy situado, un ser odioso, tráfuga, y que con aquel otro que había sido repartidor de telegramas, ejecutaban a tantos como cayeron en la capital.

ALFONSO. — Lo mejor para él, que no le llevaran a los calabozos. Lo habría pasado mal. Muerto de miedo, nadie en la cuadra le dirigía la palabra; sólo que en esos pabellones no se le atrevían, temblando de su propia situación. Celebraban muchísimo verle procesado y, por un descuido, al desnudarse, comprobar sus insuficiencias. ¡Ruín!

BERTA. — Su proceso fue un subconsciente de la justicia: que iba sin salvoconducto a Salamanca, fiado de su poder, de mareante. En Alcándara no se decía paseo, dar el paseo, sino mareo.

ALFONSO. — Hombre de confianza de algún mando, que se valía de perros, esos perros, para la represión. También personas de apariencia

respetabilísima se dedicaban a tarea tan vil.

BERTA. — Curioso. Te fijas, y qué curioso; el 25 de abril detenían a Hedilla; el 26 arrasaban Guernica. El 3 de junio moría Mola, y el 4 fechaban las conclusiones para el consejo de guerra contra Hedilla.

ALFONSO. — Hedilla y su guardia. Los escoltas, muchos, eran espectaculares: su número, su teatralidad; ridículo, si lo miras hoy:

—¡Ahí viene... —ése, no quiero dar nombres—, con su pistolón del Tenorio!

¿Te acuerdas? Privaba en Salamanca, ostentaba la jefatura de las represiones, un individuo estrambótico.

BERTA. — Ya sé quién dices.

ALFONSO. — El de la famosa columna que desapareció camino de Ávila, arrollada por el ejército de menesterosos de café al mando de otro no menos extravagante. Ascendieron los dos. A Mangada le hicieron general por aclamación. Sí, los del barrio en que vivía.

BERTA. — El de Salamanca será ya coronel.

ALFONSO. — Y no se libraba nadie. En zona roja se producían tensiones de comunistas y anarquistas, mediado abril, primer abril en guerra, aquel abril.

BERTA. — Esas tensiones de abril. Salamanca las padecía entre la Falange y el Ejército, y en los adentros de Falange. Hasta que se decretó la unificación y acabaron por detener a Hedilla.

ALFONSO. — A tiros, los seguidores de uno y otro bando. Los de la Falange, sólo pedían esto: irse a un bou, voluntarios de aquella Marina mínima eficaz.

BERTA. — Quién no se apuntaba a enlace, al unificarse las milicias. Yo creo que nosotras salvamos la pervivencia de la Falange.

ALFONSO. — Complicaron a unos muchachos que hacían en Pedro Llen el curso de jefes de centuria; instructores y cadetes de la academia de milicias.

BERTA. — Ya: los condenaron a muerte. Llegaron a entrar en capilla. A las tres de la madrugada, Ávila, ¡si hay un pinchazo!, la sección femenina llevó en mano desde Salamanca la orden de indulto. Animaba la represión contra los falangistas un jurídico significado, asesor de la época de Canarias. ¿O te olvidas que el alzamiento me pilló en Tenerife? Así, me los conozco...

ALFONSO. — Salamanca era la capital política, más que Burgos, de nuestra zona.

BERTA. — Pues, el amigo controlaba tres habitaciones contiguas al Gran Hotel, o cuartel general de «los generalísimos».

ALFONSO. — El cuartel, instalado en el palacio del obispo, recibía este otro nombre: *Cuartelepiscopo*, ¿no?

BERTA. — *Episcopo*. Falange, tras la unificación, *Fraifalange*. En el café Novelty, Foxá, Gabriel y cómo lo remeda, lanzaba invectivas cargadísimas de ingenio.

ALFONSO. — Saber, de antemano se sabía toda decisión importante. Eso, a mi general le sublevaba.

BERTA. — ¡Dices, Salamanca! Para ir, necesitabas un pase especialísimo; acudían falangistas de provincias. Se jugaba allí el destino de la Falange. Y eso que Pilar advirtió:

—¡Manolo! No entregues la Falange...

ALFONSO. — Hedilla es un hombre elemental. Y en cuanto al destino, estaba jugado. Y perdido: Falange dejó de existir el 18 de julio.

BERTA. — Algunos se colaban en la ciudad vadeando el Tormes. Vigilaban las entradas gente de la *Hospecheca*, los que ejercían en las habitaciones contiguas a Gran Hotel.

ALFONSO. — No he pateado Salamanca. Me entusiasmó, de unas horas, el Candil; las tapas, sus mesitas de falda y brasero; los cafés de los soportales, esa magnificencia de plaza... No estuve nunca en Gran Hotel.

BERTA. — El día de la unificación, antes y en seguida de leerse el decreto desde el balcón de palacio, un poeta, encantador, de oratoria entre sagrada y castrense, poeta del Imperio —te subyugará, os entenderéis— se encaramó a un farol; arengaba a la explanada. Todos brazo en alto.

ALFONSO. — Los alemanes. Digo que Alemania nos endosó, como a la zona roja el saludo puño en alto, el lema *Una Patria, un Estado, Un Caudillo: Ein Reich, Ein Volk, Ein Führer!*

BERTA. — Los importantes de Hedilla se vieron encarcelados. Uno de ellos, escritor, fue puesto en libertad; se encomendó la orden a un falangista rudo, de lo más tosco de Falange, con la sugerencia de que no importaba la llegada del escritor a San Sebastián, a donde se dirigían.

ALFONSO. — ¡Qué bárbaros! Y se lo cargó.

BERTA. — Verás. A mitad de camino pararon. Entonces, el escritor se hincó de rodillas, los brazos en cruz, y chillaba:

—¡Me ha perdonado el Papa! ¡Me ha perdonado el Papa!

Y el falangista comisionado para la desaparición del escritor:

—¡Me dio la risa! —dijo.

De la risa aquella se sobrevive el escritor, puntero de Falange. No. No cito nombres. No quiero que, si te los encuentras, te sonrojes por ellos.

ALFONSO. — El 26 de abril fue la visita de Jimena. La tarde en la celda.

BERTA. — Yo el 26 de abril estaba de regreso en Alcándara. Lo sabría por alguien de Alcándara. Y que te hallabas en Alcándara, eso, desde París.

ALFONSO. — Me rindo. No consigo cazarte. En fin... Hay que agenciárselas para calmar a Catalina.

BERTA. — Estoy verdaderamente rendida. Y mañana, Enrique. ¡Tengo tanto que hacer!

ALFONSO. — Déjame que te bese. Con unción, Berta. ¡Hasta mañana!

BERTA. — No te echés más coñac...

ALFONSO — CATALINA

ALFONSO. — ¡Concho! Me había traspuesto. ¿A ver? Y veinte. Le oyen a uno así, a solas, y te sentencian: «¡Tocado!». Lo observé mil veces; quien va por la calle, mascullando:

—¡Marranos!

Eso. Y el asunto, que no acabo de entender. Metería la cabeza en agua; hubiere mejor luz y me afeitaba. Toda la tarde a papeles y ¡zas!, la visita. Por estas mismas fechas, el 36, Jimena: unas letras en la pensión, Jimena a la embajada. Hice lo que debía: el frente; semanas de acecho y a la otra zona. Ahora caigo: que me tiré entera la guerra, y ni herido ni prisionero. ¡Baraca! Los meses en el expediente, no los cuento; no, tampoco entro en la suma la academia. ¿Seguir? Mi general, yo me conozco: ¡ajeno a toda disciplina! Concédame la última gracia: ¡No a los cursos de transformación! Declino el honor. Ahorco la carrera. Y se lo pido: ayúdeme a reiniciar mi vida, una vida, jurídico, de ley. El general, y qué tío más grande:

—Ahí lo tienes. Allá tú. Eres un majadero, solemne majadero.

Pues, la asesoría de Petróleos Porto Ares. Las cosas, bien: empezando a rodar. Esta casa en un Madrid sin viviendas, deshecho... Para la felicidad, ¿qué falta? ¡Puñetas! Siempre lo mismo; Catalina... Desacerté mandándoles a la tierra aquel verano. Los niños han crecido sin mí. No se habría interpuesto la sombra: Jimena sombra. Inatacable. No puedo romper con Jimena: no está aquí; no sé yo nada, ni las señas de Jimena. Galiano me aborrecerá:

—¡Venga! Lo peor de lo peor, sobre ese miserable.

Yo, yo miserable. O saldrán camino de América: la cátedra, el bufete. Está doña Cristina, la salud de la señora, tan delicada... Jimena, ¡este silencio! Odiarme no, Jimena. ¿La quise? Aurora, ¿basta para crear un amor?

Nunca me he explicado mis relaciones con Jimena. Los descuidos. Su entrega. Hasta ahí, de acuerdo; nos empujaba al uno contra el otro, ¡no contra!, a uno y otro la desesperanza, el límite de la nada. Por qué se plantó en Alcándara, ya no. Era lógico amarse en una celda; se llama eso fatalidad. Pero ¡no se lo imaginaría! ¿Iba a pensarse dentro, que la dejaran pasar, conmigo horas y horas? El que no insistiera, que no me volviese a ver, a escribir... Una carta, la noticia de su estado, el nacimiento de la hija. ¿Vivirán con los padres de Jimena? O ¡qué cruel!: ¿vivirán? ¿Habrá otro hombre? La niña, ¡cómo he venido yo a desentenderme! Ni una fotografía de Jimena: la del carnet de aquel club deportivo, antes de separarnos, la reencontré pinchados los ojos, yo de permiso. He roto la fotografía. No dije nada a Catalina. La incompreensión tiene otro nombre: Catalina. Nunca le confesé mis intimidades. No vivo con Jimena. Si Jimena entra ahora por esa puerta, ¿yo qué hago?, eso. En mucho es como si mis actos los determinase Jimena: que los sepa y juzgue Jimena. ¿Se acabó el coñac? Aquí ya se detiene el pensamiento. Los papeles me regresan a la primera hora, camaradas de la primera hora... Ojeo, me distraigo; los debería quemar. ¿Qué pintan esos recortes, la carta de Catalina 18 de julio; la agenda del 36, con sus teléfonos y las crucecitas que voy poniendo a los desaparecidos del listín? Y hoy, ¿qué habrá pasado? El periódico, en *La Bodega*, ni lo miré: buscaba espectáculos, a dónde ir. Y ya está: *Sala Blanca*. Además, eran de ayer: noticias de antier. En Colombia hablan como en Centenera: antes de ayer, anteayer, antier. Me lo anunció el general; habré de ir a Colombia. Viaje de negocios a Colombia. En Colombia dicen antier. Y de quien se muere: «Pasó a la indiferencia»... ¡Recoño con el general: se las sabe todas! No, no he oído el parte. Y encima, ¡este silencio! En la guerra temblabas del silencio. Ni la calle, ni de las habitaciones, una sola sensación de vida. Estoy cansado. ¿Cómo irse al dormitorio así, con Catalina? Bajito: ven acá, radio, corazón, bajito que estamos en guerra y eres de auriculares, galena 1936, siempre pegada a mí. ¡Anda!, una estación de allá. Ahora, ahora. La una...

—Radio Castilla Burgos transmite...

¡Quieta! ¡Menuda potencia! Los alemanes, que te instalaron y alcanzas a Norteamérica. Norte-América. La 1,45: puntualísima... Las misiones, niño en mi pueblo y las misiones... militares de ingleses y de franceses continúan... Írsele a uno la sangre a los zancajos. Así, en la garganta... El general estos días dale con los alemanes; y ni hablar; todo a medias; los amagos del Tercer Reich, el pasillo de Dantzig, y que *Deutschland über alles*, Alemania se enfurruña, y el mundo hace:

—¡Brrúnnn!

No acabo de atraparte, veterana. Te vuelve a ratos el pelo de la dehesa: Burgos, radio local. ¡Si retransmite Madrid! Me ha hecho gracia, el incidente del legionario. No el marimarica vestido de legionario, ¡mamón! El tío aquel que se cargó media sala y atronaba la noche de militares y de putitas con su: «¡A mí la Legión!».

Que le consentía el portero, mi provisional de la oficina, el ordenanza de la oficina provisional... ¡En qué belenes te meten! Le recomendó Tarburúa. Antes de la guerra, Tarburúa fue profesor de una academia. Se llevaba eso de las academias. Contador ahora de *Sala Blanca*, ¡menudo lío para el portero! Y que todas las noches se le cuele ese capitalista, hombre...

—¡A mí, la Legión!

Y zumbando: mesas, cristalería. Todo hecho cisco. No doy una; este chisme... ¡Aquí está! ¿Cómo? Que en Moscú Von Ribbentrop, el ministro de Exteriores. Nunca aceptaré el que no se unan los países por lazos de simpatía ni política: ¿o no existe el Estado correligionario? Alemania-Italia. ¡Mudo! Sólo intereses. Petróleos Porto... eso. No oigo ni pío. ¡Este dial! Pero, más al volumen, despierto a medio mundo.

—Última noticia...

¡Atención! Y me sales con música. Música. ¿Eh?... Tres de la tarde, Ribbentrop llegaba al Kremlin. ¡Canastos con la radio! Está uno que ni respira y ¡pum!, la noticia; te vas a dar cuenta, ya ha pasado. Eso: no te vuelven a decir esta boca es mía. Y hasta otra: el boletín mañana temprano, o el parte de las dos, de sobremesa. Me la llevo. ¡Tonto! ¡Como si fuera mi galena! Aquí desconecto y no suelta palabra. ¡Que chille! La cosa es como para bramar: si Ribbentrop está en el Kremlin, ¡al garete! Nos vamos al garete, ¿o no? ¡Un momento, un momento, don Alfonso!

—Von Ribbentrop y Molótov en el Kremlin han firmado ante Stalin un pacto de no agresión germano-soviético... Era la una de la madrugada.

La una, en Madrid diez de la noche. Nosotros en *La Bodega*, tan felices, los ojos en la cartelera... ¡Y esto es la guerra! Primer aviso: Catalina, que se levante; y Berta, los amigos; Madrid todo. ¡Insensatos! Del sainete a la cama... No tengo que oír más. ¡Ea: a tu mesita, receptor! Ése, ese espejo. ¿Te ves bien, verdad? Te repizcas la mejilla. Así. Mirándote. ¡Alonso, a la mierda! Y ya se estruje uno la cabeza, y se tire de los pelos, que no saca otra solución: la guerra. Se me clava en las cárcavas su imagen: París en guerra... Jimena.

CATALINA. —¿Qué te pasa? ¿Por qué das esas voces? ¡Berta: respeta al menos a Berta!

ALFONSO. — Catalina, cariño... Ven que te abrace. ¡La despertamos! Decírselo. Hay que decírselo.

CATALINA. — ¡Oh, cómo has bebido!

ALFONSO. — Sí, bebido. He bebido. ¡La guerra! Como allá. Bebíamos, ¡carajo si bebíamos! Y no importa: me ves. ¿Oyes? Traspaso, recuerdo y traspaso las paredes. Una embriaguez lúcida, ¿habría algo más en este mundo? Eso es. Que se quede si quiere. En casa; para ella, la casa. Nosotros, no; otra vez julio, allí tú, yo aquí, ¡no! El tiempo que nos concedan, ocho, diez días, en cuanto que amanezca, hoy mismo, ¡a La Quintana!

CATALINA. — ¡Por favor! Sosiega. No comprendo. ¿Qué guerra? Y a ti, ¿no estás para licenciarte?

ALFONSO. — ¡Catalina, ay, Señor! Escucha. Sí, mira mis ojos: rayados; sangran. No es eso. He bebido, y ya no he bebido: no estoy bebido. Sé lo que me digo. Sereno. Te hablo. Fríamente. ¿O no?

CATALINA. — ¡No!

ALFONSO. — Catalina... Se han aliado rusos y alemanes, y eso es la guerra, la gran guerra.

CATALINA. — ¿Por qué guerra? Es decir: los rusos y los alemanes se entienden. Luego no hay guerra. ¿Y cómo lo sabes?

ALFONSO. — ¡Oh! Ese cacharro. La radio, que por mucho que lo intentara, bajito, ponerla bajo, te despertó.

CATALINA. — Me has despertado tú, tus voces, ¿o no te das cuenta? Creí que te pasaba algo. Aquí luchaban, con nosotros, los alemanes; frente a los rusos. Dejaron de pelearse y ahora se amigan. Pues, ¡qué ha de haber guerra!

ALFONSO. — Piensa, ¡Dios!, pero piensa. Rusia deja manos libres a Alemania. Y Alemania se va contra Francia. Como siempre. Eso es la guerra, la gran guerra, la segunda gran guerra.

CATALINA. — Bueno, y nosotros ¿qué? ¿Por qué tenemos que entrar en esa guerra? ¿Fuimos a la anterior gran guerra? Pues sí que hemos quedado... ¡Como para seguir matándonos!

ALFONSO. — Si ganan los aliados, porque se les volverá a llamar aliados, unidas Inglaterra, Francia, Bélgica, todo eso, y ganan, hemos perdido nuestra guerra. En apelación, perdida. Aunque no participásemos, que ¡a ver quién lo evita!

CATALINA. — Rusia, ¿no está del lado de Alemania? ¿No me has dicho eso?

ALFONSO. — ¡No! Pactan el reparto, la destrucción de Europa. Alemania es catastrófica. Catastrófica para con ella misma. Y para el mundo. Y si triunfa Alemania, y no hubiéramos tomado las armas y ayudado a Alemania, cargará la cuenta de su victoria también sobre nosotros: los neutrales. ¡Traidores! No hay solución. No hay remedio.

CATALINA. — Ya. ¡Qué horrible! ¡Otra vez!

ALFONSO. — La última. Europa de éstas se suicida. Ven a mis brazos. Así. Tu cabeza en mi pecho. No te acongojes. Lloro, pateo este suelo, más, más. ¡Suelo de sangre!... Y ¡basta! Un café ardiendo, y nos ponemos a cerrar maletas.

CATALINA. — Sí.

ALFONSO. — Juntos. Lo que nos dejen, pero juntos. Tú, sólo tú; ayer y mañana, tú. El mundo todo, tú...

CATALINA. — Perdóname, Alonso, perdóname. Alonso, Alonso...

La Quintana, verano 1977; y julio de 1979.



PEDRO DE LORENZO (Casas de Don Antonio —Cáceres—, 7 de agosto de 1917 - 20 de septiembre de 2000) fue un escritor y periodista español.

De entre su obra cabe destacar *Los cuadernos de un joven creador* (1971), conjunto de cuadernos en los que repasa su vocación y concepción literarias, y el movimiento de la Juventud Creadora; y *Viaje de los ríos de España* (1968), su ensayo más conocido, llevado a una serie documental de RTVE en 1975.

En segundo lugar, su obra sobre Extremadura: *Y al Oeste, Portugal* (1946), *Extremadura la fantasía heroica* (1961), *Capítulos de la insistencia* (1975), *Despedida por extremeñas* (1992), *Redoble para Extremadura* (1997) y *Siete alardes al asedio de Extremadura* (1997). El lema de Pedro de Lorenzo fue: «Amó a su tierra; escribió las memorias de sus muertos». Manifestó en numerosas ocasiones: «No quisiera ser nada si para serlo tuviera que dejar de ser extremeño». Por eso Extremadura es protagonista en buena parte de su obra. La ve como una fantasía en cuatro actos, en devenir: Mérida o la romanidad; Badajoz, reino moro; Cáceres señorial y Trujillo, expansivo, abierto a América, junto a Guadalupe y Yuste.

Por último, el grupo de *Novelas del descontento*. Están protagonizadas por un *alter ego* del autor llamado Alonso Mora. Para el novelista forman «una novela de una familia en una familia de novelas». Su estilo es sumamente

preciosista y de gran riqueza léxica, con resonancias de Gide, Azorín y Gabriel Miró. Su argumento gira en torno a los avatares de la vida de Alonso: su infancia en *Los álamos de Alonso Mora*, su noviazgo y adolescencia hasta el año 31 en *Cuatro de familia*; su desengaño y huida analizados en la noche del 21 de junio de 1936 en un monólogo extenso, *Gran Café*; los días de la guerra, con un tiempo reducido a la tarde-noche del 23 de agosto de 1938 a base de diálogo dramático en *La soledad en armas*; esos mismos días pero en narración de cuadernos en *Una conciencia de alquiler*; la cuarentena franquista en *Episodios de la era del tiburón*; retiro y declive del personaje en *El hombre de La Quintana*.